M. SANCH

LOS

SANTOS PADRES.

PRECIO

20 rs. Madrid.
24 rs. Provincias

1864.

LOS

SANTOS PADRES,

POR

D. MIGUEL SANCHEZ,

PRESBITERO.

3569

MADRID

A. DE SAN MARTIN, Victoria, 9. | AGUSTIN JUBERA, Bola, 11.

1864

3569

L47-9555

St. 31-8

LOS

SANTOS PADRES.

Es propiedad de su autor.

Imprenta á cargo de J. Peña, Rubio, 35.

LOS

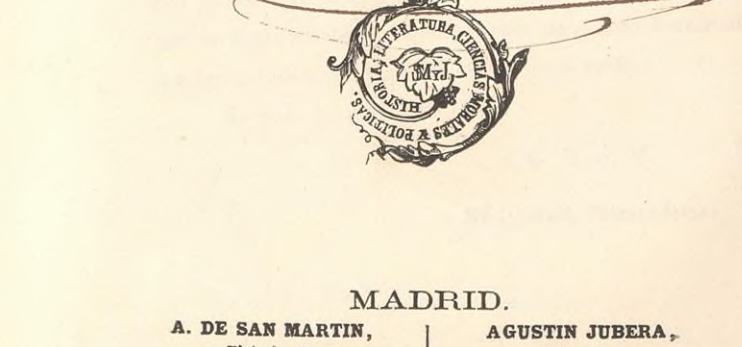
SANTOS PADRES,

POR

D. MIGUEL SANCHEZ,

PRESBITERO.

Patres nostri narraverunt sic.



MADRID.

A. DE SAN MARTIN, Victoria, 9. | AGUSTIN JUBERA, Bola, 11.

1864

AL EXCMO. E ILMO. SR. DOCTOR D. JUAN NEPOMUCENO CASCALLANA Y ORDOÑEZ, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Cárlos III y de Isabel la Católica, Senador del Reino, Obispo de Málaga, del Consejo de S. M., etc., etc., etc., etc.

EXCMO. SR.:

La humilde obra que hoy publico se coloca naturalmente bajo los auspicios de V. E. Comencé á recoger sus materiales en 1856, siendo, gracias al favor de S. E., bibliotecario del Seminario de San Sebastian de Málaga. Entonces me propuse y ahora satisfago con júbilo, el vehemente deseo de ofrecerla á V. E. Espero, pues, que se digne aceptarla viendo en ella un pálido testimonio de la profunda veneracion y grande afecto que le profesa

Su S. S. y humilde Capellan,

Q. B. S. M.

Miguel Sanchez.

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

1.° Necesitamos comenzar esplicando el objeto de esta obra. Es preciso saber qué es lo que decimos, cuál es su autoridad y con qué método se expone. Un libro de *Patrología* ó de la ciencia, y el estudio de los Santos Padres, nos ha parecido muy útil, por no decir necesario, en las actuales circunstancias. La *Patrología* es, por decirlo así, la historia del orígen divino de la Iglesia y de la teología. Esta ciencia nos dá á conocer las fuentes de la tradicion, el principio y fundamento de las ciencias sagradas, y el celo y la elocuencia, la fortaleza y la erudicion con que los primeros maestros de la religion defendieron y propagaron por todas partes la doctrina de Jesucristo.

El estudio de los Santos Padres nos suministra

ineluctables argumentos en defensa de nuestra religion y en apoyo de nuestra fé. Fueron escritores de grandísimo ingenio, y con sus poderosos raciocinios nos enseñan á pulverizar los sofismas de los racionalistas contemporáneos, parecidos en todo, hasta en la manera de hablar, á los filósofos gentiles del paganismo.

Los Santos Padres habian empleado la mayor parte de su vida en el estudio de las Sagradas Escrituras, y por lo tanto sus libros contra los judíos, encierran demostraciones evidentes contra los antiguos fariseos que crucificaron á Jesucristo, lo propio que contra los modernos críticos que niegan impiamente en estos tiempos la divinidad de Jesus, nuestro Salvador.

Los Santos Padres, por su remotísima antigüedad, tocaban con sus manos el orígen mismo de la tradicion; habian oido á los discípulos mismos de Jesucristo ó de sus apóstoles, y por lo tanto, su testimonio es de fuerza irresistible para confundir á los protestantes y á los jansenistas que hace tres siglos nos vienen atolondrando los oidos con sacrílegas declaraciones contra lo que llaman *corrupcion* del espíritu primitivo.

En fin, los Santos Padres eran hombres de mucha ciencia y no podian ser engañados; tenian una gran virtud y no podian engañar; poseian una heróica fortaleza y no podian, ni admitir ninguna teo-

ría por miedo, ni exponerla sin conviccion, guiados por espíritu de lisonja.

Así es, que la autoridad de los Santos Padres ha sido, y no puede menos de ser, reconocida y aun venerada por toda crítica sensata y racional, por más que se le suponga rígida y severa. Aun humanamente hablando, no hay ningun antiguo escritor que por su crítica ó por su integridad merezca tanto respeto como los Santos Padres. Sócrates, con su cacareada virtud, se degradaba quemando incienso, por miedo al pueblo, ante ídolos que despreciaba en el fondo de su corazon. El mismo Tácito demuestra que habla con sobrada precipitacion; que trata de lo que no entiende; que miente en lo que quiere cuando se refiere á los cristianos ó necesita exagerar para sus fines lo que él llama la virtud de los germanos. Como historiadores, como teólogos, como moralistas y aun como filósofos en muchas ocasiones, tienen los Santos Padres infinitamente más prestigio que los sabios más ponderados de la antigüedad gentílica. Platon desaparece cuando se le pone al lado de San Agustin, y el mismo Aristóteles no es nada cuando se le compara con San Isidoro.

Algunos desprecian á los Santos Padres fundándose en lo que llaman su mal estilo. Esta objecion es fútil, y aun digna de desprecio. Los Santos Padres no podian menos de hablar como hablaba todo el mundo en su tiempo. De otro modo, sus obras hubiesen

sido completamente inútiles, porque nadie hubiera podido entenderlas.

Creemos que estas breves reflexiones serán suficientes para llamar la atencion de los que temen, ó al menos citan con alguna frialdad, la autoridad de los Santos Padres. Cítenlos sin miedo, aunque sea en presencia de los mismos racionalistas. La experiencia demuestra que si desprecian las sentencias de los Santos Padres con los labios, las admiten, y no pueden nunca rechazarlas con el corazon.

2.° El número de los Santos Padres es bastante crecido. Natal Argonense, en su célebre obra, titulada *De optima legendorum ecclesiæ Patrum methodo*, parte primera, cap. I, dice que se dá el nombre de Santos Padres á los que *antiquitate*, *sanctimonia*, *doctrinaque in asserendis*, *vindicandisque Ecclesiæ dogmatibus famam et célebre nomen adepti sunt.*

Por tanto, para ser enumerado entre los Santos Padres, se requieren cuadro condiciones:

Primera. Remota antigüedad, ó sea proximidad al orígen de la tradicion.

Segunda. Ciencia eminente, ó sea el ingenio y la instruccion que se necesitan para poderse llamar Padres y doctores de las ciencias sagradas en toda la Iglesia católica.

Tercera. Insigne santidad, ó sea las condiciones de virtud, de integridad, de abnegacion hasta el heroismo, que son indispensables para que nadie pue-

da, ni aun poner en duda su ódio á la mentira y su amor á la verdad.

Cuarta. Testimonio de la Iglesia, ó sea la declaracion explícita ó implícita hecha por los Papas ó por los concilios, del respeto que merece la doctrina y de la veneracion con que es recibido en la Iglesia el nombre de su autor.

La antigüedad, la primera condicion, se considera como dividida en tres períodos.

1.° Los Padres de los tres primeros siglos, ó sea hasta San Cipriano.

2.° Los de los tres siglos siguientes, ó sea desde San Gerónimo hasta San Isidoro.

3.° Los seis siglos que siguen, ó sea desde San Ildefonso hasta San Bernardo.

Respecto á la segunda condicion, que es la ciencia eminente, no tenemos ni necesitamos hacer ningun comentario. Los Santos Padres han tenido, por lo general, un inmenso talento, y los pocos que no pueden contarse en la línea de ingenios de primer órden, sobresalen al menos en las ciencias á que se consagraron ó el ramo especial de los asuntos que tratan. En este punto no hay escepcion ninguna.

Respecto á la tercera condicion, ó sea la santidad, necesitamos advertir que algunos como Orígenes y Tertuliano, sin ser santos, se llaman, sin embargo, Santos Padres, por lo mucho que trabajaron en beneficio de la Iglesia y la grande utilidad que

del estudio de sus obras han reportado siempre los apologistas de la religion católica. Esto, sin embargo, no impide el que se señalen y aun que se condenen sus errores.

Respecto á la cuarta condicion, ó sea el testimonio de la Iglesia, nada necesitamos decir. No hay un sólo Santo Padre que no se haya granjeado un inmenso crédito por su ciencia y su doctrina ante la Iglesia docente.

Los Santos Padres pueden considerarse como testigos de la tradicion y como apologistas de la fé. Como testigos, son como un canal purísimo, por el cual se trasmite sin mancha la predicacion de los apóstoles y la doctrina de Jesucristo. Como apologistas, son filósofos ó teólogos, buscan argumentos, defienden la verdad, arguyen contra el error y emplean, en fin, en daño del mal, todos los recursos de su ingenio. Como testigos, los Santos Padres dicen lo que han oido, y lo que han oido es la verdad. Como apologistas, como defensores de la verdad, eligen el método que les parece más oportuno, y en lo que atañe á la eleccion de sus argumentos, se les puede no imitar, aunque nunca es lícito despreciarlos.

Entre todos los Santos Padres hay cuatro que se llaman especialmente *Doctores de la Iglesia*. Son estos San Ambrosio, San Agustin, San Gregorio Papa, y San Gerónimo. Así consta del Derecho Canónico,

De Reliquiis et veneratione sanctorum, in 6.°, capite unico, Gloriosus.

Cuando el Papa Bonifacio VIII quiso señalar los cuatro grandes doctores ó cuatro columnas de la Iglesia, hubo quien prefiriese San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, á San Ambrosio, Arzobispo de Milan. La eleccion recayó, sin embargo, sobre San Ambrosio. Más tarde se consideró á San Isidoro como Doctor de la Iglesia, y se ordenó por decreto de la Sagrada Congregacion de ritos que su oficio fuese el de los Doctores. Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, por decretos de los Sumos Pontífices, han sido nombrados más tarde Doctores de la Iglesia.

San Bernardo se ha considerado en mucho tiempo como el último entre los Santos Padres. Esto, no obstante, hoy nadie duda que San Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura y San Raimundo de Peñafort, todos del siglo XIII, deben ser contados entre los Santos Padres de la Iglesia.

Hay escritores que consideran á los Santos Padres como divididos en Padres griegos ó de Oriente, y Padres latinos ó de Occidente. Pertenecen al primer grupo los que nacieron en Oriente y escribieron en griego ó en alguna otra lengua oriental. Pertenecen al segundo los que nacieron en Occidente y escribieron en latin. La residencia accidental en un punto ó en otro, no influye para nada en esta clasificacion. San Ireneo y San Atanasio, Padres griegos,

no se llaman latinos, aunque el primero escribió mucho en Francia, y el segundo escribió no poco en Italia. San Gerónimo, Lactancio y San Gregorio Magno no se han llamado ni pueden llamarse Padres griegos, aunque escribieron mucho, el primero en Palestina, el segundo en Nicomedia y el tercero durante su legacion en Constantinopla.

A pesar de esto, nosotros no hemos querido adoptar esta clasificacion, porque en la Iglesia no hay más que un Señor, una fé y un bautismo; porque la Iglesia es católica ó universal, abraza todos los tiempos y se extiende á todos los paises, sin distinguir de Oriente ni de Occidente; porque, en fin, Padres griegos y latinos todos tenian una misma fé, reconocian una misma autoridad, predicaban una misma doctrina y combatian á un mismo género de adversarios.

Réstanos advertir que hemos hablado en esta obra de algunos antiguos escritores, como Sócrates y Sozomeno, que ciertamente no deben contarse entre los Santos Padres. Sin embargo, nos ha parecido muy conveniente el escribir su biografía y el dar cuenta de sus obras, considerándolos únicamente como cronistas de la antigüedad.

Hemos escrito tambien la biografía del impío Focio, autor del cisma de Oriente, sólo por dar á conocer su obra, su inmensa compilacion, su célebre archivo, titulado *Biblioteca de los Santos Padres*. Esta

obra debia ser conocida, porque es con muchísima frecuencia citada.

3.° Hemos comenzado esta historia crítica ó este libro de *Patrología* por la vida y escritos de San Justino, Padre griego, que floreció en el siglo II. De intento hemos omitido los que podiamos llamar Padres del siglo I. Porque á estos los designamos con el nombre especial de Varones Apostólicos, ó discípulos de los apóstoles y aun del mismo Jesucristo. Aquí harémos una brevísima reseña de cada uno de ellos. Los más notables son San Marcial, San Clemente, San Policarpo, San Dionisio y San Ignacio.

San Marcial era uno de los setenta discípulos de Jesucristo. Fué enviado á predicar el Evangelio á las Galias, y se le atribuyen dos epístolas, una *ad Burdegalenses* y otra *ad Tolosanos*. Estas dos epístolas se encuentran en el tomo 3.° de la Biblioteca de los Padres.

San Clemente fué contemporáneo de los Apóstoles, y mereció ocupar la silla de San Pedro despues de la muerte de San Lino, que fué el segundo Vicario de Jesucristo. San Pablo habla de San Clemente en la epístola á los filipenses, cap. IV, asegurando que su nombre *se hallaba escrito en el libro de la vida*. San Clemente escribió algunas epístolas, y se le atribuyen algunos libros, que, ó están alterados, ó no son auténticos. Véase lo que dice Focio en la *Biblioteca de los Padres*, código 113.

San Policarpo fué discípulo de San Juan Evangelista y Obispo de Smirna. Escribió algunas epístolas que se leen y se citan con interés. San Gerónimo, en el *Catálogo* de los escritores eclesiásticos, cita y elogia como muy útil la epístola de San Policarpo á los filipenses.

San Dionisio Areopagita, fué discípulo de San Pablo. Se le atribuyen varias obras tituladas: *De coelesti Hierarchia, De ecclesiástica Hierarchia, De Divinis Nominibus, De Mystica Theologia,* y además diez epístolas.

San Ignacio fué discípulo de San Juan Evangelista y tercer obispo de Antioquía. Se le atribuyen quince epístolas. Entre estas, solo hay siete que sean auténticas, y son las dirigidas *ad Ephesios, ad Magnesianos, ad Trallianos, ad Romanos, ad Philadelphios, ad Smyrnoeos, y ad Sanctum Polycarpum.* Convienen los críticos en que estas epístolas son auténticas, aunque se encuentran en ellas algunas alteraciones. Las ocho restantes se reputan como apócrifas.

Basten estos ligerísimos apuntes acerca de los Padres del primer siglo ó de los Varones Apostólicos.

4.° En este párrafo vamos á esplicar con brevedad suma, la autoridad de los Santos Padres. Para ello, no podemos hacerlo mejor ni con más claridad, ni de una manera más conveniente que copiando las seis conclusiones del insigne teólogo Melchor Cano, *De Locis Theologicis*, Lib. 7.°, cap. III.

1.ª Conclusion. «La autoridad de los Santos Padres, sean muchos ó pocos, no suministra argumentos ciertos cuando se aplica á cosas que pueden conocerse por la luz natural. En este caso sus palabras no tienen más prestigio que el valor de sus razones.»

Esto quiere decir que los Santos Padres cuando hablan de literatura ó escriben, v. gr., la historia profana, sus palabras, siempre muy respetables, no tienen en este caso infalibilidad ninguna.

2.ª Conclusion. «La autoridad de uno ó dos Santos Padres, aun en las cosas que pertenecen á la fé y á las sagradas ciencias, suministra un argumento probable, pero no firme. Despreciarlo sería imprudente; el considerarlo como cierto equivaldria á faltar á la prudencia.»

Esta conclusion nos enseña que los Santos Padres son depositarios infalibles de la tradicion en su conjunto; pero no en cada uno de los Santos aisladamente considerado.

3.ª Conclusion. «La autoridad de muchos Santos Padres, habiendo algunos que la contradigan, no puede suministrar al teólogo argumentos firmes.»

Esta conclusion no es más que una consecuencia de la que le precede. La certeza no puede encontrarse en el testimonio de muchos Padres, cuando hay algunos que contradicen su testimonio.

4.ª Conclusion. «La autoridad de todos los Santos Padres, en asuntos que no pertenecen á la fé,

forma un argumento probable, pero no cierto.»

Esto quiere decir pura y simplemente que Dios no ha revelado á nadie las cosas que se refieren á las ciencias meramente humanas. Todos los Santos Padres podian haberse equivocado, admitiendo el sistema astronómico de Ptolomeo, como hoy podemos nosotros equivocarnos admitiendo el sistema de Copérnico, sin que por esto pierda nada la religion. En asuntos puramente humanos, agenos á la fé, Dios no ha prometido á nadie su infalibilidad.

5.ª Conclusion. «En la exposicion de las Sagradas Escrituras, la comun sentencia de todos los Santos Padres, debe considerarse como un argumento ciertísimo para confirmar las asersiones teológicas.»

El Concilio Tridentino en la sesion cuarta, decretó que nadie osara interpretar los libros santos *contra eum sensum quem tenuit, et tenet Sancta Mater Ecclesia cujus est judicare de vero sensu, et interpretatione Scripturarum Sanctarum, aut etiam* CONTRA UNANIMEM CONSENSUM PATRUM.

Se vé, pues, que en la interpretacion de las Sagradas Escrituras, no solo es ciertísimo argumento la comun sentencia de los Santos Padres, sino que de ningun modo podemos contradecirla.

6.ª Conclusion. «Todos los Santos Padres no pueden errar en un dogma de fé.»

Esto es evidente. Dios ha hecho á los Santos Pa-

dres testigos de su tradicion, y es imposible que falte la verdad en los labios de los hombres á quienes Dios ha escogido para que den testimonio de su doctrina.

CAPÍTULO PRIMERO.

San Justino.

1.° San Justino, mártir, sabio y valiente apologista de la religion, nació en Sichen ó Naplusa, ciudad de la Palestina, hácia el año 114 de la era cristiana. Recibió una educacion gentílica; tenía inmenso talento; hizo grandes estudios en las ciencias humanas; adquirió una erudicion portentosa, y buscando con noble afan la verdadera sabiduría, llegó por fin á encontrarla entrando en la Iglesia católica á los 30 años de edad. El mismo San Justino cuenta la historia de su conversion en el *Diálogo contra el judío Trifon*, en los términos siguientes: «Como sus padres eran gentiles, él fué educado en la religion pagana. En su juventud se dedicó al estudio de la filosofía. Su primer maestro fué un estóico, cuyas esplicaciones acerca de la naturaleza de Dios, no le agradaban. Despues

se acercó á un filósofo peripatético, de quien se apartó disgustado, porque consideraba la ciencia como un oficio que le producia riquezas, y no como un empeño decidido y desinteresado en encontrar la verdad y propagarla. Más tarde entró en casa de un pitagórico, en cuyos misterios no pudo ser iniciado, porque ignoraba la geometría, la astronomía y la música. Su último profesor fué un platónico, cuyas doctrinas satisfacian más su alma por el tono espiritualista y religioso que en ellas observaba.

Las ciencias humanas no podian, sin embargo, satisfacer el vacío inmenso, el vivísimo amor á la verdad que inflamaba el corazon de Justino. Por consejo de un venerable anciano, leyó los libros de los profetas y de los apóstoles. El Señor iluminó su espíritu, y encontró en ellos la verdadera sabiduría que con tanto ardor buscaba. Convertido al Cristianismo, se estableció en Roma, y sin abandonar el manto que entonces usaban los filósofos, fundó escuela, y se dedicó á enseñar y defender la doctrina de Jesucristo.

Viajó mucho. Recorrió la península italiana; permaneció mucho tiempo en Egipto, y conocia perfectamente el Asia menor. Sus estudios filosóficos lo hacian temible á todos los sofistas. Sus viajes le habian dado grande experiencia. Su virtud llenaba de prestigio y de autoridad sus palabras. Añádase á esto el valor de su sencilla y poderosa elocuencia, y se comprenderá el ódio que le profesaban los gentiles y el universal respeto con que lo escuchaban los cristianos.

Crescencio, filósofo cínico, fué su más encarnizado adversario. Lo acusó como cristiano, y logró que fuese condenado á muerte. San Justino recibió el martirio con admirable resignacion en el año 168 de la era cristiana, siendo emperador Marco Aurelio, y Rusticus prefecto de Roma. La fiesta del martirio de San Justino se celebra en la Iglesia el dia 13 de Abril.

2.° Las obras de San Justino han tenido, tienen y merecen grandísima autoridad. Eusebio, en el libro 4.°, cap. XVII, hace un brillante elogio del ingénio, de la sabiduría, de la sana crítica y de la grande utilidad de la lectura de los libros de San Justino. Estos son muchos. Procurarémos enumerarlos aquí con suma rapidez.

San Justino escribió dos *Apologías* de la religion cristiana. Envió la primera al emperador Antonino Pío, y la segunda á Antonino Vero y Aurelio Commodo que le sucedieron en el imperio. San Justino sabia mucho y escribia con suma erudicion; pero ponia grande empeño en expresarse con la solidez del filósofo, evitando las galas del literato. Así es, que su estilo es claro, sencillo y enérgico; pero sin afectacion, ni brillantez.

El método que adopta en sus *Apologías* es excelente. Demuestra la verdad de la religion católica con la santidad de su moral, por el cumplimiento de las profecías, y por la paz y lealtad y espíritu de caridad que reina en todas sus reuniones. San Justino necesitaba combatir á enemigos implacables que calumniaban la religion cristiana, suponiendo, como los ju-

díos, que en ella no se habian cumplido las divinas profecías, ó como los gentiles, que solo era una asociacion de hombres inmorales y corrompidos, enemigos de la religion y de las leyes, y sistemáticos perturbadores de la paz pública. No pueden leerse sin horror las calumnias que se inventaban contra los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia. San Justino logró confundir á los incrédulos con sus brillantísimas *Apologías*.

Tambien publicó una *Exortacion á los griegos*, llamada por Eusebio y por San Gerónimo *Libros contra los gentiles*, título merecido, porque el objeto de San Justino, al escribirla, fué el excitar á los paganos á que abandonaran la idolotría y entrasen en la religion verdadera.

El libro que escribió San Justino, titulado *La Monarquía de Dios*, ha sido consumido por el tiempo antes de llegar á nosotros. Solo conocemos de él lo que nos dice la historia ó los textos que se han conservado en los antiguos escritores.

Se ha perdido de igual modo su *Comentario sobre el alma*.

En el *Diálogo contra el judío Trifon*, San Justino defiende la Divinidad de Jesucristo, apelando al cumplimiento de las profecías. Como Trifon, quizá el más instruido entre todos los hebreos de aquel tiempo, admitia la infalible autoridad del Antiguo Testamento, recurriendo á sus propias armas, procuró confundirlo el gran apologista de la religion, San Justino.

Tambien escribió varios libros *Contra Marcion*, de

los cuales habla San Ireneo, en el Lib. 5.°, *Adversus Hæreses*.

El libro de San Justino *Contra todas las heregías*, no ha llegado á nosotros.

Estas son las obras de San Justino, segun la numeracion que de ellas hacen San Gerónimo en el capítulo XXXIV del *Catálogo de los escritores eclesiásticos*, y Eusebio en la *Historia eclesiástica*, Lib. 4.°, capítulo XVII. Phocius en la *Biblioteca de los Padres*, código 125, añade que San Justino escribió una obra de física contra ciertas fórmulas de la filosofía peripatética. Algunos creen, sin embargo, que esta obra no es de San Justino.

3.° Despues de haber dicho cuáles son las verdaderas obras de San Justino, debemos enumerar las que acaso sin razon se le han atribuido.

Existe una obra, titulada *De Monarchía*, que algunos críticos atribuyen á San Justino. Parece, sin embargo, que no debe ser así, porque en esta obra se trata solo *de la Monarquía*, y en la de San Justino se trataba *de la Monarquía de Dios*. Además en el libro *De Monarchía* no hay más que citas de filósofos y poetas griegos, y el libro que con parecido título escribió San Justino, no solo contenia autoridades de la ciencia profana, sino que además estaba lleno de textos de la Sagrada Escritura, segun afirma Eusebio en el Lib. 4.°, cap. XVII.

El libro de las *Cuestiones cristianas á los griegos*, tampoco es de San Justino. En él se hallan artificios retóricos que jamás se encuentran en los escritos del

santo mártir. Además nombra y refuta á los maniqueos, hereges que no vivieron ni pudieron ser conocidos en el siglo segundo.

El libro sobre *La fé de la Trinidad*, tampoco es de San Justino. Se escribió indudablemente, por lo menos dos siglos despues. En él se habla como en el siglo IV, despues de oir á San Atanasio y escuchar las dogmáticas decisiones del Concilio primero de Nicea. Esta obra, sin embargo, es ortodoxa, es muy antigua y goza de grandísima autoridad.

Las cuestiones y respuestas á los ortodoxos, no son tampoco de San Justino. Y esto es evidente, porque en ellas se habla de los maniqueos, que vivieron cien años despues, y se cita á San Ireneo y á Orígenes, que tambien fueron posteriores á San Justino. Añádase á esto que en la Cuestion 126, se supone que los cristianos se hallaban en paz y que se habian prohibido los nefandos ritos de los paganos, lo cual no aconteció sino dos siglos despues, en el reinado de Constantino. En este libro, por último, se esplica mal la palabra *Osanna*, lo cual no podia hacer San Justino, conociendo tan bien su significacion por haber nacido en Palestina.

La epístola sobre *La vida cristiana*, dirigida á Zena, tampoco es de San Justino. Su estilo es demasiado inculto y en ella se muestran conocimientos muy superficiales para que se pueda atribuir al autor de las *Apologías* y del *Diálogo*.

La *Epístola á Diogneto*, se cree que tampoco es de San Justino. Su autor dice que fué discípulo de los

Apóstoles, y por lo tanto, debe suponerse que fué escrita cuando más en los primeros años del siglo II.

Es muy importante el distinguir las obras que pertenecen y las que no pertenecen á San Justino.

4.° Las mejores ediciones de las obras de San Justino son la de *Roberto Estéban*, en griego, hecha en 1471; la de *Comelin*, en griego y con traduccion latina, hecha en 1593; y la de *El Padre Marand*, sábio benedictino, hecha en 1742. En nuestros propios dias el célebre sacerdote Migne está haciendo una magnífica edicion en París.

5.° Se han atribuido muchos errores á San Justino. La incredulidad procura siempre buscar gloriosos progenitores, y en nuestros dias abundan gentes que se llaman amigas del saber y de la crítica, y muestran decidido y hasta ridículo empeño en apoyar en los Santos Padres las blafemias impías y los groseros errores del panteismo aleman. En Francia ha publicado Mr. Vacherot una obra voluminosa, encaminada, segun dice, á escribir la historia de la *Escuela de Alejandría*, y segun vé todo el mundo, á desfigurar y truncar la doctrina de los Santos Padres para presentarlos como en contradiccion con los dogmas más trascendentales del Catolicismo. Mr. Vacherot no vacila en afirmar que «el Catolicismo y el neoplatonismo son en el fondo dos doctrinas que han brotado de un mismo principio; dos emanaciones diferentes del espíritu universal, cuyo centro se hallaba en Alejandria.» Y en otro lugar añade: «La fusion del orien-

talismo y del platonismo *ha hecho nacer en Alejandría el Cristianismo*.»

Este escritor incrédulo se empeña en considerar la religion católica como una copia de la filosofía pagana para despojarla de su divinidad. Al intento se esfuerza por hacer ver que la doctrina católica no es más que la doctrina platónica, y que los antiguos padres de la Iglesia no son más que humildes discípulos de Platon. Estas sencillas observaciones prueban cuán necesario es en el dia el estudio crítico de las obras de los Santos Padres para refutar y aun pulverizar las vanas argucias de los que sostienen impíamente, que los antiguos doctores de la Iglesia no son testigos, maestros y apologistas de la celestial doctrina de Jesucristo. Hablando en general, dice Vacherot (tomo 1.°, pág. 290) «que los padres de Alejandría no conocian la verdadera fórmula de la Trinidad.» Refiriéndose á San Justino, en el tomo 1.°, página 230, dice que, segun este santo mártir, «Dios, el Verbo y el Espíritu Santo no son tres hipostasis de una misma naturaleza divina, sino solamente tres principios desiguales en naturaleza y en dignidad.» Y no contento con esto, hace decir á San Justino cosas bastante oscuras acerca de la divinidad de Jesucristo.

El fin de este escritor, como el de todos los de su escuela, consiste en buscar pretestos para seducir á las gentes cándidas, presentándoles como doctrina de la Iglesia la doctrina del ateismo.

Comienza Vacherot asegurando que San Justino,

empeñado «en conciliar á Platon con el Génesis, fundó en las palabras de Moisés la doctrina de *una materia preexistente* á la obra de la creacion.»

Esto quiere decir, que San Justino admitió la eternidad de la materia y negó la verdad de la creacion. Parece mentira que haya valor en los hombres para sostener errores tan evidentes. Cabalmente acerca de este punto se expresó San Justino con asombrosa claridad. En la *Coortacion á los griegos*, núm. 29, dice San Justino lo que á continuacion traducimos con entera exactitud: «Platon, dice, ha leido las palabras de Moisés, *pero no las ha entendido*, porque supone que en ellas se habla de una *materia preexistente*.» En el mismo libro, núm. 23, San Justino censura á Platon por haber sostenido que la materia es *eterna é increada*. Además define el santo mártir la idea precisa de la creacion, distinguiendo entre el *Creador*, que solo necesita su propia omnipotencia, y el *Hacedor*, que no puede componer su obra sin materia preexistente.

¿Cómo pues, se dice, que San Justino admitió la eternidad de la materia y negó la verdad de la creacion? Pero aun hay más. En la obra citada números 22, 23 y 29, dice San Justino lo siguiente: «No hay materia preexistente, ni alma preexistente, ni dioses secundarios preexistentes, ni arquetipos ó ideas preexistentes; fuera de Dios, ningun ser existia antes de la Creacion, sino Dios que es el solo eterno, él solo increado, y él solo que no ha tenido principio.» A esto se reduce toda la doctrina de San Justino; pero oigamos sus propias palabras: «¿No se vé, dice, que la materia, que segun

la opinion de Platon, no es creada, es igual y coeterna á su artífice y tiene desde luego el poder de resistirle? Porque quien no es creador de una cosa no puede tener dominio sobre lo que no ha creado: no puede hacer violencia á la materia que permanece independiente á él.» Y además añade: «Tambien *se equivoca* Platon cuando habla del orígen del cielo, de la tierra y del hombre. Supone ideas *preexistentes*, entendiendo mal las palabras de Moisés. Creyó que Moisés designaba *una tierra preexistente*, cuando dijo que Dios crió el cielo y la tierra *en el principio*.»

Si tenemos en cuenta que estas palabras las escribia San Justino en una obra escrita contra los errores de los filósofos griegos, se comprenderá fácilmente cuán impío y cuán absurdo es el empeño de los que intentan negar la creacion y sostener el panteismo, fundándose en la doctrina del autor de *Las dos Apologías*.

6.° Hay tambien *filósofos* que suponen á San Justino como enemigo de la revelacion. Hasta hay quien lo describa como un perfecto raccionalista. Para expresarse así se fundan en ciertas palabras de la segunda *Apología*, en las cuales asegura el santo mártir que: «Los que han vivido *segun la razon y segun el Verbo*, pueden llamarse cristianos, aunque hayan sido reputados como ateos y como enemigos de toda divinidad.» Entre estos, San Justino enumera á Sócrates.

Pocos esfuerzos necesitamos, para hacer comprender cuál es la verdadera intencion y la significacion única de estas palabras. Sabido es que en los antiguos tiempos era condenado como ateo el que no rendia

culto á las falsas divinidades. Sócrates fué condenado en Atenas, como enemigo de los dioses, porque solo creia en un solo Dios. Platon creia en la unidad de Dios y no se atrevía á defenderla con claridad, por temor á la cicuta. En los primeros siglos de la Iglesia los cristianos eran tratados como ateos, porque adoraban al Dios único y verdadero, y arrojados á las fieras en el circo, cual si fuesen enemigos de la divinidad, porque detestaban las sacrílegas abominaciones de la idolatría. Esto supuesto, fácilmente se concibe que San Justino llamaba cristianos, no á los ateos, sino á los que eran reputados como tales, á pesar de vivir *segun la razon y* segun *el Verbo*. La razon es aquí lo mismo que la recta razon, la ley natural, la luz del rostro de Dios, grabada en nuestra alma. Y el *Verbo* significa lo mismo que la revelacion de Dios, hecha en lo antiguo por medio de los patriarcas y los profetas y en los últimos tiempos por el mismo Jesucristo Hijo de Dios y Dios verdadero. ¿Cómo pues se asegura que San Justino, llamaba cristianos á los que no creian en Dios? ¿Puede olvidarse lo que dice acerca de la necesidad de vivir, *segun la razon y el Verbo?* Téngase en cuenta que en lo antiguo solian ser castigados como ateos los que creian en el verdadero y único Dios.

San Justino además afirma, en la primera *Apología*, que la doctrina cristiana es superior á la doctrina de los filósofos. Respecto á Sócrates, dice « que conoció de una manera imperfecta á Jesucristo. » Y hablando de Platon, en la *Exortacion á los griegos*, núm. 22, dice lo siguiente: « Platon estudió en Egipto la doc-

trina de Moisés. Su definicion de Dios, *yo soy el que soy*, llenó de admiracion á Platon. Sin duda no juzgó prudente citar á Moisés en Atenas, por su doctrina acerca de la unidad de Dios; pero al menos en el *Timeo* hace uso de esta misma doctrina, y habla de Dios como el legislador hebreo. «Es necesario, dice, distinguir bien, ante todo, *lo que es, lo que existe siempre, lo que jamás ha sido creado y las cosas que son creadas.*» ¿No hay identidad aquí entre la doctrina de Moisés y la doctrina de Platon? Moisés dice: *Dios es el que es.* Y Platon copia su pensamiento diciendo «que Dios *es lo que es*, porque solo él existe siempre y no ha sido creado.»

En este pasaje hallamos dos observaciones muy notables. La primera: que Platon ha sido el discípulo de los profetas, y no los profetas los discípulos de Platon. La segunda: que si Platon ó Sócrates dicen algo perteneciente á la revelacion, no es porque ellos lo han inventado, sino porque lo han aprendido de los judíos, lo han visto en los profetas ó lo han leido en el *Pentateuco*. Añádase á esto que la revelacion primitiva, aunque alterada, nunca fué completamente extinguida en la memoria de la humanidad. Los incrédulos son dignos de compasion cuando afirman que los Santos Padres son plagiarios, solo porque dicen algunas cosas que antes han insinuado de una manera vaga los filósofos paganos. Deberian tener en cuenta que, si Platon vivió muchos siglos antes que San Justino, Moisés vivió muchos más siglos antes que Platon.

Vacherot asegura en el tomo 1.°, pág. 227: «que San Justino, en la epístola á Diogneto, no apela en ninguna parte á la autoridad de los Apóstoles, añadiendo que en ella *es manifiesto el espíritu filosófico.*» Para rechazar esta ridícula objecion, solo se necesita advertir dos cosas:

1.ª Que la carta á Diogneto no es, segun los más prudentes críticos, de San Justino, sino de un escritor más antiguo.

2.ª Que en la citada carta se hallan las siguientes palabras: « *Yo soy discípulo de los Apóstoles*, y por esto soy doctor de las naciones. Lo que me enseña la tradicion, lo trasmito á los discípulos, dignos de la verdad.»

De modo que, segun Mr. Vacherot, esta carta está escrita *con espíritu filosófico*, y sin citar nunca la autoridad de los Apóstoles, y segun la carta misma, su doctrina es la tradicion apostólica, y su autor se llama discípulo de los Apóstoles. Así son siempre las acusaciones que formulan los impíos contra los Santos Padres. O no los han leido siquiera ó alteran su doctrina con insigne mala fé.

7.° No falta quien diga tambien que San Justino negó la inmortalidad del alma y la eternidad de las penas. Para confundir á los que así se expresan, oigamos lo que dice el mismo San Justino en el *Diálogo contra el judío Trifon*, núm. 5.°: «Estos filósofos, dice, no saben lo que es el alma. Yo creo en ella. No se puede decir que es inmortal por sí misma, porque entonces sería *eterna*. Los platónicos sostienen que es

inmortal é increada. ¿Creeis vosotros que el mundo es increado? Algunos lo han dicho; pero yo no lo creo. ¿Puede pensarse de una manera racional que no han tenido causa que los produzca los cuerpos que nacen y perecen cada dia, que están constantemente experimentando variaciones? Si el mundo es increado, *lo son tambien las almas.* »

Aquí San Justino refuta á los panteistas, afirmando que el alma no puede ser increada, porque en tal caso seria igual á Dios en poder y dignidad. Lo que hace aquí el santo mártir es sostener la doctrina de la Iglesia, segun la cual, el alma no es eterna y ha sido creada por Dios. Nuestra alma no puede perecer por corrupcion, porque su naturaleza es simplísima; pero no es eterna, porque ha tenido principio, aunque vivirá siempre porque Dios no quiere aniquilarla.

Y respecto á las penas del infierno, nos bastará repetir las siguientes palabras de la segunda *Apología*: «Nosotros, dice San Justino, creemos que eternamente son atormentados en el fuego del infierno los que siendo pecadores mueren sin haber hecho penitencia. »

8.° Los incrédulos han tenido hasta la sacrílega audacia de citar á San Justino para negar la divinidad de Jesucristo. Los socinianos lo hicieron así en el siglo XVII, y Vacherot no ha vacilado en seguir sus huellas en el siglo XIX. ¡Que San Justino no creia en la divinidad de Jesucristo! Para refutar este ridículo argumento, no se necesita más que copiar íntegro el *Diálogo contra el judío Trifon*, en el cual el santo már-

tir se propone únicamente convencer á los hebreos de su error, demostrando que en Jesus se han cumplido todos los antiguos vaticinios; que es el Mesías esperado; que es, en fin, el Hijo de Dios y Dios verdadero. «Cristo, dice San Justino, es el Señor, es Dios y el Hijo de Dios. Es el Verbo, es el Hijo unigénito de Dios y Dios mismo. Es el Verbo de Dios, inseparable de Dios en su poder, que ha tomado la naturaleza humana.» No queremos citar más pasajes de San Justino, porque nos parece completamente inútil esta tarea. Los que deseen más testimonios, pueden consultar el *Diálogo*, páginas 221, 355, 357, 33 y muchas otras. Pueden leer la primera *Apología*, pág. 82, y la segunda desde la página primera. Pueden, en fin, examinar la *Exortacion á los griegos*, pág. 19, 20 y 34. Pero ¿qué necesidad hay de hacer este trabajo? ¿Quién ignora que San Justino escribió todas sus obras con el único fin de probar que Jesus es Dios y que es divina su Iglesia?

9.° Si hasta aquí hemos defendido á San Justino de cargos que injustamente se le dirigen, ahora no podemos ménos de censurarle por algunos defectos que ciertamente se encuentran en sus obras. Su error es escusable, porque se fundaba en la limitacion de la inteligencia, y no tenía en él parte ninguna la malicia de la voluntad. Veneremos, pues, al doctor, adoremos al santo mártir, y señalemos los errores del hombre.

En la primera *Apología*, cap. XXIV, supone que los ángeles malos fueron castigados por mantener un co-

mercio carnal é ilícito con ciertas mujeres que habitaban en la tierra. No se puede concebir cómo cayó en error tan grosero un hombre tan versado en las Santas Escrituras, y que tan bien comprendia y esplicaba lo que es el espíritu. Esto nos servirá para humillarnos delante de Dios, orando siempre para no entrar en la tentacion.

San Justino se expresó en términos bastante favorables al *Milenarismo*. Acerca de este punto creemos oportuno advertir que su error, ni consiste en suponer la destruccion de la Iglesia, ni menos en ofrecer un reinado sacrílego de inmundos placeres carnales. Pero en otra ocasion examinaremos con detenimiento este importantísimo asunto.

San Justino, en el *Diálogo*, pág. 269, admite la mezcla de ciertos ritos judáicos con las prácticas de la religion cristiana. Aunque expone esta opinion solo como una duda, nosotros, en esta parte, no podemos menos de reprobar su duda y llamar la atencion de todos los eruditos que en este punto quieran consultar sus obras. Aquí San Justino tuvo la desgracia de apartarse involuntariamente de la doctrina católica.

En la segunda *Apología*, hablando de la *Version* de los 70 intérpretes, dice que Ptolomeo, rey de Egipto, envió legados á Herodes, rey de Judea. Debió decir que estos legados fueron enviados doscientos años antes al sumo sacerdote Eleázaro.

Del propio modo incurre en error San Justino cuando dice que David vivió mil quinientos años antes de Jesucristo. La Cronología nos enseña que entre Jesu-

cristo y David solo mediaron unos mil veinticinco ó mil treinta años.

Esto es lo que creemos oportuno decir acerca de San Justino, el primero entre todos los Padres griegos.

CAPÍTULO II.

Atenágoras.

1.° Atenágoras, filósofo griego y valiente apologista de la religion cristiana, nació en Atenas en el primer tercio del siglo II. Vivió en los tiempos de los emperadores Aurelio Antonino y Aurelio Comódo. Era hombre de clarísimo ingenio, de mucha instruccion y de grande elocuencia. Conocia con profundidad las ciencias divinas y humanas. Su estilo es casi siempre claro, algunas veces algo afectado y siempre enérgico. Es irresistible el vigor de sus raciocinios. Publicó su célebre *Apología* titulada *Legatio pro Christianis* en el año 179, segun el cálculo del Cardenal Baronio. Otros historiadores bastante respetables dicen, que este libro se publicó once años antes. Esta opología se escribió con el objeto de rechazar y refutar las calumnias que se inventaban en aquel tiempo para hacer aborrecibles á los cristianos.

2.° Tres son las objeciones ó argumentos principales que se propone pulverizar Atenágoras en su célebre *Legatio pro Christianis*. Los fieles eran en aquel tiempo acusados como ateos, como culpables de incesto y reos de escandolosos, crueles y aun inhumanos banquetes. Atenágoras para rechazar estas tres horribles acusaciones, expuso con admirable claridad y brillante energía, los dogmas y la moral de la Iglesia; habló de la unidad de Dios, de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, y del orígen y vanidad de los ídolos, y por último, en cuadros de portentosa elocuencia hizo ver cuáles eran las verdaderas costumbres de los cristianos. Demostró hasta la evidencia que ellos detestaban los ídolos y adoraban al Dios verdadero; que miraban con odio la impureza y hasta con horror el adulterio y el incesto; que en fin, en sus banquetes no se cometian crueldades ni eran manchados con ningun linage de inmundicia, antes, por el contrario, procuraban justificarse para recibir dignamente al Dios de la santidad y de la justicia. Traduciremos aquí un sólo párrafo para que se vea cómo discurria el gran apologista Atenágoras, cuánta era la viveza de su fé y cuál la índole de su moral. «Si nosotros, dice, creyésemos únicamente en la vida presente, entonces podría temerse que nos entregáramos á la carne y á la sangre y nos dejásemos arrastrar por la avaricia y la concupiscencia. Pero no sucede así: nosotros sabemos que Dios es luz infinita, que escudriña los más recónditos deseos de nuestro corazon; que tanto de dia como de noche vé todos nuestros pensamientos y oye

todas nuestras palabras; que por último, al abandonar esta vida perecedera, hallaremos en recompensa de nuestra virtud, otra vida mucho mejor, la vida del cielo.»

¡Qué fé tan viva! ¡Qué moral tan pura! ¡Qué sancion tan admirable! Estas son la única fé y la única moral que pueden salvar el mundo.

Además publicó Atenágoras un libro importantísimo, titulado *de Resurectione mortuorum*. En esta importantísima obra se expone y defiende la doctrina de la Iglesia acerca de la inmortalidad del alma, de la resurreccion de la carne, del premio que han de recibir los justos en el cielo y de las penas con que eternamente han de ser castigados los malvados en el infierno. Eusebio no habla en su *Historia eclesiástica* de las obras de Atenágoras. San Gerónimo no hace tampoco mencion de este eminente apologista en su *Catálogo de los escritores eclesiásticos*. Sin embargo, las dos obras citadas de Atenágoras se han conservado en la *Biblioteca de los Padres*, tomo 1.°

Se conocen varias ediciones de las obras de Atenágoras. Nosotros sólo hemos visto la de Oxford, de 1706 y la de París de 1574.

3.° Atenágoras, como todos los Santos Padres, ha sido calumniado y desfigurado por los enemigos de la religion católica. Vacherot en el tomo 1.° de la *Historia crítica de la escuela de Alejandría*, pág. 232, hace un absurdo paralelo entre San Justino y Atenágoras, suponiendo que el primero tenía nociones más confusas que el segundo acerca del misterio de la San-

tísima Trinidad. En la pág. 233 añade que «la doctrina de Atenágoras señala un progreso evidente en el dogma de la Trinidad, aunque todavía se muestra muy distante de la doctrina precisa y completa á que llegó más tarde la teología cristiana.» Aquí, como en toda su obra. Vacherot muestra sacrílego empeño en pervertir á los ignorantes, haciéndoles creer que los dogmas no son verdades eternas, reveladas por Dios, sino teorías convencionales inventadas y recibidas por los hombres.

Es cierto que Atenágoras habló más de la Trinidad que San Justino. Pero ¿qué prueba esto contra el dogma de la Santísima Trinidad? ¿Están acaso obligados los apologistas de la religion á tratar todos de todos los asuntos religiosos? ¿Podrá decirse nunca que Santo Tomás, v. gr., no creia en la autoridad eclesiástica, porque no hizo una compilacion del derecho Canónico? ¿Cómo pues se dice que San Justino tenía nociones más confusas que Atenágoras acerca de la Trinidad, sólo porque no tuvo ocasion de tratar extensamente este augusto misterio? Atenágoras y San Justino fueron contemporáneos. En sus doctrinas pues, como de un mismo tiempo, no hubo ni pudo haber el *progreso* que señala Vacherot.

Y no contento con lo dicho, este calumniador de lo Santos Padres añade, que «Atenágoras estuvo *muy distante* de conocer la doctrina *precisa y completa* del misterio de la Trinidad.» Así se expresa el sofista incrédulo; veamos ahora lo que dice el mismo Atenágoras, *Legatio pro Christianis*, párrafo 10: «El Hijo de

Dios, dice, es el Verbo del Padre, su idea y su operacion. Todo ha sido hecho por Él y en Él. El Padre y el Hijo son una misma cosa. El Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, en la unidad y en la virtud del Espíritu Santo.» ¿Puede decirse nada más claro acerca del dogma de la Santísima Trinidad? ¿Cómo pues afirma Vacherot que Atenágoras no conocia la doctrina *completa* y *precisa* de la teología cristiana? Hay más todavía. El mismo Atenágoras, en el lugar y párrafos citados, dice lo siguiente: «Se nos llama ateos á nosotros que predicamos á Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, en la unidad de su omnipotencia y en el órden de su distincion.» ¿Quién sabe hoy más que Atenágoras acerca de la Santísima Trinidad? ¿Qué innovacion hay aquí? Ninguna. Nosotros creemos lo que Atenágoras, y Atenágoras lo que Jesucristo cuando enviaba á sus apóstoles á predicar el evangelio en todo el mundo y á bautizar á todas las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los dogmas de nuestra santa religion no son inventados por el hombre, son revelados por Dios, y siempre serán venerados como verdades inmutables y eternas.

Tambien se ha querido presentar á Atenágoras como enemigo de la creacion y defesor de la eternidad de la materia. Bien se conoce que cuando Vacherot se expresa así, ó no sabe lo que dice, ó dice lo que es falso por odio sistemático á la verdad. Atenágoras mismo lo refuta explícita y terminantemente, diciendo lo que á continuacion copiamos: «El mundo ha sido hecho por Dios, Dios no tenia necesidad de la crea-

cion. Dios se basta á sí mismo. Dios ha hecho el mundo como una casa ó como su instrumento.» Estas palabras que se hallan en la *Legacion por los Cristianos*, pár. 16, demuestran que Atenágoras no era panteista; que creia en el dogma de la creacion; que rechazaba la absurda y sacrílega máxima de que la creacion era una necesidad en Dios; que en fin, consideraba el mundo solo como una cosa contingente, que ha podido existir, y sólo existe porque Dios ha querido darle la existencia. Lean y mediten estas palabras los que revuelven las obras de los Santos Padres, con el diabólico intento de hallar en ellas blasfémias contra Dios y absurdos sofismas contra los dogmas de la religion católica.

Además añade Atenágoras: «¿Cómo se nos llama ateos, cuando separamos á Dios de la materia, diciendo que Dios y la materia son cosas diversas, cuando demostramos la diferencia que existe entre Dios, sér increado y eterno, y la materia, sustancia creada y corruptible?» (*Legatio pro Christianis*, pár. 4.°)

Véase pues, á lo que se reducen las declamaciones de los modernos panteistas, fundadas en lo que llaman ellos doctrina de los Santos Padres. Todos los testos que se citan, ó están truncados, ó se hallan mal traducidos, ó son completamente falsos. Los impíos que no cesan de conspirar contra la verdad, intentan desfigurar todas las fuentes de la tradicion y no pueden dejar en paz, ni aun en el polvo de las Bibliotecas, las grandes obras de los Santos Padres. Por lo mismo

que se quiere enturbiar el orígen de nuestras sagradas tradiciones, es hoy quizá más necesario que nunca el estudio de los primeros testigos de nuestra fé y los más antiguos apologistas de nuestra religion santa.

CAPITULO III.

San Clemente de Alejandría.

1.° San Clemente de Alejandría, padre griego, hizo profundos estudios y se mostró sumamente instruido en la filosofía platónica. Fué discípulo de San Panteno, y en el año 190 le sucedió en la direccion de la célebre escuela de Alejandría. San Clemente dió grande explendor á la escuela y tuvo la fortuna de formar discípulos de tanta celebridad como Orígenes y Alejandro, obispo de Jerusalem. La persecucion obligó á San Clemente á retirarse de Alejandría, no por miedo á la muerte, sino por evitar el crímen, el homicidio que querian perpetrar sus perseguidores. No consideraba el martirio como un mal, sino como un favor de Dios, que nos abrevia el camino del cielo. San Clemente no creia que el martirio debia *provocarse*, pero aseguraba que se podia, y aun se debia *acep-*

tar en caso necesario. Murió San Clemente en el año vigésimo del siglo III.

2.° Los críticos se hallan divididos en la cuestion de la santidad de San Clemente de Alejandría. Usuardo lo coloca en su *Martirologio*, señalándole fiesta el dia 4 de Diciembre, y San Alejandro, obispo de Jerusalem, segun refiere Eusebio en la *Historia eclesiástica*, Lib. 6.°, cap. XIV, habla de San Clemente, llamándole *Santo*. Hé aquí sus palabras: «*Sanctum Clementem Dominum item meum, qui me plurimum adjuvit.*» San Gerónimo, en la *Epístola ad magnum oratorem*, elogia á San Clemente llamándole varon *omnium eruditissimus*. San Cirilo Alejandrino, en el Lib. 6.°, *Contra Juliano*, dice que «Clemente sigue en todas partes, *ubique*, á los Santos Apóstoles, y que conocia además las infinitas historias de los griegos.» El papa Gelasio, por el contrario, colocó entre los apócrifos los libros de San Clemente, y Casiodoro asegura que San Clemente, *aliqua incaute locutum fuisse*. Benedicto XIV, no como papa, sino como crítico, ha sostenido que Clemente de Alejandría no debe ser inscrito en el catálogo de los Santos. En este punto la Iglesia nada ha resuelto, y en nuestra opinion, es lícito continuar llamando santo á Clemente de Alejandría interin no resuelva otra cosa el vicario de Jesucristo.

3.° La obra más notable de San Clemente Alejandrino es la titulada *Strómata*, voz griega, que equivale á la española *Tapicerías*. Consta de ocho libros. En el 1.° ensalza la utilidad de la verdadera filosofía; prueba que la filosofia de los hebreos es an-

terior á la de los griegos, y demuestra que Moisés es el más antiguo entre todas los filósofos, y que debe ser considerado como legislador sapientísimo, excelente caudillo, profundo filósofo y perfecto hombre de gobierno.

En el Lib. 2.° enseña que la fé no se funda en las opiniones de los hombres ni en las demostraciones de los filósofos, sino en la revelacion del Verbo divino. Hace ver que la ley de gracia es justa, y que el temor de Dios, fundado en la ley divina, no solo es bueno, sino que además nos escita al arrepentimiento y nos infunde la esperanza. Hablando de la penitencia, declara que puede repetirse, y que los pecados dependen de nuestra voluntad, ó de la voluntaria infraccion de la ley divina. Añade que las máximas morales que se enseñan en el *Pentateuco*, han sido en muchos puntos copiadas por los filósofos griegos. Así prueba que no es la revelacion la que proviene del paganismo, sino la filosofía pagana la que ha tomado y alterado muchas verdades de la revelacion divina.

En el Lib. 3.° refuta á los valentinianos y carpocracianos, porque admitian y santificaban el horrendo crímen de la promiscuidad. San Clemente intenta aquí demostrar que Platon no es bien comprendido por los que suponen que aconsejó en su república el que se considerasen como comunes todas la mujeres. Supone que el filósofo griego creia que las mujeres solo debian ser comunes antes de ser elegidas; pero que en el momento de ser elegidas por un varon, la elegida solo á él pertenece. Nosotros aquí no hacemos

más que copiar lo que hallamos en el Lib. 3.° de *Los Strómatos*. San Clemente condena tambien á los marcianistas, porque consideraban como un pecado la generacion lícita, y reprobaban el legítimo matrimonio. Detesta á los *Gnósticos*, por sus nefandas concupiscencias, llamándolos partícipes de la intemperancia, hermanos de la impureza y oprobio de la filosofía. Estos hereges no solo vivian en el más escandaloso desenfreno, sino que miraban la inmundicia más repugnante como cosa agradable á Dios. San Clemente dá reglas á los casados para que usen con moderacion del matrimonio, *propter solam liberorum procreationem*. Además dice que *á feminis temperandum, cum prægnantes sunt*. Reprende al herege Taciano por haber dicho que el matrimonio era una invencion de Belcebú, y concluye San Clemente asegurando que el apóstol San Pablo fué casado.

En el Lib. 4.° defiende y recomienda el martirio contra los gnósticos y valentinianos, que enseñaban que en los tiempos de persecucion, por evitar los tormentos era lícito negar á Jesucristo y aun blasfemar contra su santo nombre. Este error es repugnante por su hipocresía, y execrable porque destruye el gran fundamento de la dignidad y del heroismo. Refuta á Basílides, cuyo estravagante error consistia en admitir la trasmigracion de las almas, y en suponer que el martirio debia sufrirse para purificar en una vida las manchas con que pueden haberse degradado las almas en otra. Despues trata San Clemente de la santidad del matrimonio y de los deberes de la mujer

cristiana. Habla de los que se convierten á Dios, por temor al infierno, y de los que lo hacen por amor filial. No reprende á los primeros, pero elogia, como es natural, la mayor perfeccion de los últimos.

En el Lib. 5.° establece que la fé y la salvacion no dependen de la naturaleza humana, como decian los hereges Basilides y Valentino, sino que nos salvamos por las buenas obras con el auxilio de la divina gracia. En seguida San Clemente expone en sentido alegórico muchas sentencias de la Sagrada Escritura, en las cuales se habla del templo, del arca y de los sacerdotes de la antigua ley. Concluye este libro demostrando que muchas sentencias verdaderas que se encuentran en los filósofos y poetas del paganismo, están copiadas de los libros santos.

En el Lib. 6.° acusa como plagiarios á los filósofos griegos, para confundirlos, para llenarlos de humillacion, para hacerles comprender que las máximas sabias con que se envanecen no son de la vana filosofía que ensalzan, sino de la divina revelacion que desprecian. Encomia la predicacion de San Pedro, y enseña que Dios ha de ser adorado segun las leyes de los cristianos, y no segun la obstinada perfidia de los judíos y la sacrílega profanacion de los gentiles. Despues establece que Jesus, que el Hijo de Dios es el maestro de todos los hombres, y que los cristianos son los verdaderos gnósticos. Elogia las costumbres de los cristianos y describe la gerarquía de la Iglesia. Demuestra la necesidad de la tradicion para entender las sagradas Escrituras; esplica el estilo parabólico

del Evangelio; expone los preceptos del *Decálogo* con brillantes alegorías, y refiere los beneficios que por decreto de Dios dispensan los ángeles á los hombres.

En el Lib. 7.° prueba que solo en el cristianismo existe la verdadera ley, y solo entre los cristianos puede haber hombres verdaderamente justos. Habla de la oracion, y la recomienda. Señala los deberes de los cristianos, y demuestra la necesidad de que se cumplan. Trata, en fin, de los vicios, los reprueba y nos exorta á huir de ellos.

En el Lib. 8.°, por último, trata de la lógica y de la física con grande extension. Los críticos creen que este último libro ha sido añadido á los *Strómatos* como un apéndice de muy mal gusto. Hay quien cree que no ha sido corregido ni colocado en este lugar por el mismo San Clemente. Focio dice, que este libro *alicubi non sana tradere*. Como hoy no se encuentra nada en el Lib. 8.° que pueda considerarse como herético, se supone que, ó habrá sido interpolado ó acaso destruido por los amigos de San Clemente. Hasta hay quien opine que se ha suprimido el antiguo Lib. 8.° para colocar en su lugar el libro de lógica y física que hoy tenemos. Otros aseguran que el mismo San Clemente escribia sin órden por sistema, para lograr que los filósofos incrédulos leyesen con más interés sus libros, y encontrasen entre las doctrinas filosóficas que tanto les agradaban, la doctrina católica, que miraban con tanta repugnancia.

3.° San Clemente escribió otra obra titulada *Ad hortatio ad gentes*. En este libro refuta y escarnece el

paganismo; reprueba la idolatría porque rinde culto á falsos dioses, porque quema incienso en las aras de hombres llenos de crímenes, y porque, en fin, cuenta para las ceremonias de su culto con prácticas abominables. Con esto se refiere á las escandalosas inmundicias con que se celebraban las fiestas de Venus; á la sangre de mujeres que se derramaba en los altares de Diana, ó á los horrorosos sacrificios que se consumaban arrojando niños vivos para que ardieran en la hoguera encendida en el pecho de la estátua de Saturno. Tambien se refiere á los templos que se erigian y al incienso que se quemaba en honra de algunos malvados emperadores.

La tercera obra de San Clemente es el *Pædagogus*. Consta de tres libros, y su objeto es exponer las leyes de la vida cristiana. En el primer libro dice, que Jesus, el Verbo del Padre, es quien nos enseña á todos los hombres la verdad, y que la Iglesia es la maestra universal, cuya voz debemos todos oir. En el Lib. 2.º enseña á los cristianos cómo deben portarse en la comida, en la bebida, en el vestido, en los banquetes, en la risa, en la conversacion familiar, en el uso de los ungüentos y aromas, en el sueño y en la educacion de los hijos. Dá reglas hasta para evitar los excesos del orgullo en los grandes filósofos y poetas que son coronados en los públicos certámenes. En el Libro 3.º y último, desenvolviendo el argumento del anterior, reprueba el ornato vano y supérfluo; condena la afeminacion en los hombres y la afectacion en las mujeres; exige trages decentes y demuestra que

solo puede ser verdaderamente rico el verdadero cristiano, esto es, el que se conforma con la voluntad de Dios, espera las recompensas del cielo y no se entrega á la desesperacion por las contradiciones que experimenta en la tierra.

El Pedagogo es sin duda la obra que escribió San Clemente con más método y mejor estilo.

La cuarta obra de San Clemente de Alejandría se titula: *Hipotiposeos ó Instrucciones*. Queremos formar el juicio de esta obra, no con nuestras propias palabras, sino con las de Focio, autor de *La Billioteca de los Padres*, código 109. «*Las Hipotiposeos* dice, contienen algunos lugares del antiguo testamento, brevemente esplicados é interpretados. Aunque en algunos puntos discurre bien, en otros se expresa de una manera impía y fabulosa. Afirma que la materia es eterna; enumera el Verbo entre las cosas creadas; admite la trasmigracion de las almas; supone que hubo hombres y aun mundos antes que Adan; describe á Adan y Eva de una manera enteramente contraria al Sagrado Texto; admite carnal consorcio entre algunas mujeres y los malos ángeles, y cae en el error de los que negaban verdadero cuerpo á Jesucristo.»

Indudablemente, si este libro es de San Clemente, su doctrina no puede ser más opuesta á la doctrina católica. Nosotros creemos que se puede escusar á San Clemente diciendo con San Gerónimo, que antes de la heregía Arriana se solía hablar con no gran cautela ni entera precision en lo que se refiere á Jesucristo. San Agustin defendiendo á los antiguos Padres, se

dirige á los hereges y los increpa diciéndoles, *Vobis nondum ligantibus, securius loquebantur*. El mismo Focio, tan rígido censor, sospecha que los errores de *Las Hipotiposeos*, pueden ser de algunos malignos heresiarcas que hayan querido escudarse con la grande autoridad de San Clemente. Desde luego llama la atencion que los arrianos no citasen en su favor á San Clemente. Esto prueba que todavía, en el cuarto siglo no se habia hecho la interpolacion que hoy deploramos. Tambien hay quien crea que San Clemente escribió *Las Hipotiposeos* antes de ser cristiano ó de conocer á fondo la verdadera religion. Lo cierto es que forma contraste la doctrina católica de sus demás obras con la impía doctrina de la obra que ahora juzgamos. De todos modos *Las Hipotiposeos* deben ser leidas con suma precaucion y nunca respetadas como obra de un padre de la Iglesia.

Escribió además San Clemente otros libros *De Paschate, De Jejunio, De Obtrectatione, Ad Patienciam, Ad Nuper baptizatos, De Canonibus ecclesiasticis*, etc.

Acerca de todos estos libros puede leerse lo que dice Eusebio en el Lib. 6.°, cap. II, ó Focio en la *Biblioteca*, código 109 y los dos siguientes. Hoy sólo se conservan de San Clemente de Alejandría, *La Exhortacion á los gentiles, El Pedagogo y los Stromatos*. Todo lo demás se ha perdido.

Las obras de este Santo Padre pueden verse coleccionadas en la edicion de Oxford, de 1715, y en la de París de 1629.

4.° San Clemente se expresó en algunas ocasiones

en términos que al parecer se acercan á la heregía arriana; pero no es posible dudar que esto le sucederia por inadvertencia, y que creia realmente en la divinidad de Jesucristo. En la *Exhortacion á los gentiles*, hablando del Verbo dice, que *revera est Deus manifestissimus*. Y en *El Pedagogo*, Lib. 1.°, cap. VIII, dice lo siguiente, hablando de Dios y del Verbo: «Uno y otro son *una misma cosa*, á saber, Dios. Porque Dios dijo: en el principio era el Verbo y el Verbo era Dios, y Dios era el Verbo.» En el mismo *Pedagogo*, Lib. 3.° cap. VIII, dice lo siguiente: «Demos gracias al Padre y al Hijo, al Hijo y al Padre, en union con el Espíritu Santo, que son una misma cosa, *per omnia uni*. En el cual son todas las cosas; por quien es lo que siempre es; de quien son la gloria y los siglos; quien es en todo bueno, en todo hermoso, en todo sábio y en todo justo. A quien sea la gloria ahora y en todos los siglos.» ¿Puede decirse que no creia en el misterio de la Santísima Trinidad, ó que negaba la divinidad de Jesucristo quien así se expresa? Añádase á esto que el mismo Vacherot se vé obligado á confesar en el tomo 1.°, pág. 255 que, «segun San Clemente, el Padre y el Hijo son una misma cosa y se confunden en un sólo Dios.» ¡Tan clara es en este punto la doctrina de San Clemente de Alejandría!

Algunos han creido que San Clemente niega los dolores de la pasion de Jesus en ciertas palabras que se hallan en el Lib. 6.° de los *Stromatos*. Creemos que si las citadas palabras de San Clemente son algo oscuras, están muy lejos de confundirse con las de los

antiguos hereges que negaban los dolores de la pasion, suponiendo que Jesus no tenia cuerpo real, sino aéreo ó fantástico. San Clemente supone que siendo divina la única persona de Jesucristo, podia librarse de los trabajos de la vida y aun vivir sin dolores y sin necesidad de alimentos. Pero no niega, ni podia negar, que si en Jesus hay una sola persona, hay tambien dos naturalezas, y que si la naturaleza divina no puede padecer, la segunda puede estar triste hasta la muerte, puede orar hallándose en la agonía y puede en fin agotar hasta las últimas heces del cáliz de la amargura, despues de haber visto rodar su sudor, como gotas de sangre sobre la tierra. Y para convencernos de que esta es la doctrina de San Clemente, sólo se necesita leer lo que dice en el cap. XLXIX de la *Exhortacion á los gentiles*. Hé aquí sus mismas palabras. «Cree, hombre, al Hombre y á Dios. Cree, hombre, á Dios viviente que ha *padecido* y es adorado. Cree al siervo, al muerto; creed todos los hombres á aquel que sólo es Dios entre todos los hombres. El Verbo derramó por nosotros su sangre. «En *El Pedagago*, Libro 2.° cap. VIII dice: «Es irracional que coronemos nuestras cabezas con flores, cuando sabemos que Nuestro Señor fué coronado de espinas y colmado de insultos en su dolorosa pasion.»

San Clemente creia que Jesucristo no fué hermoso en su forma corporal. Así lo dice en *El Pedagogo*, Libro 3.° cap. I y en varios otros lugares de sus obras. La misma opinion sostienen Orígenes en el Lib. 6.° *Contra Celso*. Tertuliano en el libro de *Carne Christi*,

cap. XIX dice que Jesus asombraba al mundo con sus hechos, con su doctrina y con su virtud, pero no con su belleza corporal. *Sed carnis terrenæ non mira conditio.* San Agustin, en el salmo 118 dice: *Sponsus non carne sed virtute formusus.* En este punto, pues, no es singular la opinion de San Clemente.

Sin duda alguna San Clemente cayó en un error cronológico cuando en el Lib. 1.º de *Los Stromatos* sostuvo que solo debió durar un año la predicacion de Jesus. La historia entera se levanta contra esta infundada aseveracion.

San Clemente supuso en el Lib. 3.º de *Los Stromatos*, que los malos ángeles habian caido del cielo por amor á la incontinencia. Hé aquí sus palabras: *Angeli quidam cum fuissent incontinentes, Victi cupiditate, huc á coelo descenderunt.* En este punto es imposible negar que cayó en un grave y trascendental error San Clemente. Los Santos Padres, por sí solos, como hombres, cuando no son intérpretes de la tradicion universal, no pueden ser considerados como infalibles.

Algunos han creido que San Clemente ensalza en el Lib. 1.º de *Los Stromatos* la filosofía humana hasta el punto de atribuirle virtud para justificar á los hombres. Esto es absurdo. San Clemente no pensó en decir nunca semejante cosa. En el lugar citado dice expresamente que «si la filosofía puede ayudar, por sí misma no podria producir verdadero efecto. Si alguna vez la filosofía justificaba á los griegos, *no era para la universal y general justicia.* Y poco despues añade: «Y es ciertamente una doctrina perfecta y no indig-

na del Salvador, porque es la virtud y la sabiduría de Dios. La filosofía griega no hace la verdad más poderosa, sino que contra ella hace más débil la sofística argumentacion. La verdad que es de la fé *es tan necesaria como el pan para la vida.*» Despues añade: «Antes de Jesucristo la filosofía era necesaria para los griegos; ahora es *útil* para el culto de Dios en los que reciben la fé por demostracion.» «Los piés, continúa, no te arrastrarán al mal, si refieres á la providencia de Dios las cosas buenas, ya sean nuestras, ó ya procedan de la gracia, pues Dios es causa de todas las cosas buenas.»

San Clemente, lejos de conceder tanto como se supone á la humana filosofía, sostiene, por el contrario, en el Lib. 2.° de *Los Stromatos*, que la fé y la caridad son necesarias para la justificacion. «La fé, dice, ya se funde en la caridad, ó provenga del temor, es una cosa divina, que no puede disolverse, ni por la mundana amistad, ni por los peligros de la tierra. La fé es la base y el fundamento de la caridad.» Y en el Libro 5.° de *Los Stromatos* añade: «La santificacion se obtiene, no con la naturaleza, sino con la fé, con la caridad y con las buenas obras. Si los hombres se salvaran por la naturaleza, como decia Valentino, ó se hicieran fieles y electos por sus solas fuerzas naturales, como enseñaba Basilides, entonces no seria necesaria la redencion del Salvador.» En el mismo libro, poco despues, dice: «Nos salvamos con la gracia, pero no sin las buenas obras.» En el Lib. 6.° combate expresamente y con detenimiento la doctrina de los

que creen que la revelacion no es necesaria ó que el hombre por sí sólo puede *pro dignitate de Deo verâ dicere*. «Si el hombre, pregunta, no puede decir la verdad tratándose de sí mismo, ¿cómo ha de poder decirla cuando se trata de Dios?»

No ha faltado quien crea que San Clemente niega el pecado original en el Lib. 3.° de los *Stromatos*. Esta creencia es absurda. Lo que hace San Clemente es refutar á los que dicen que es un pecado la generacion lícita. San Clemente no niega la culpa original; lo que hace es condenar á los basilidianos que consideraban como un pecado grave el legítimo uso del matrimonio.

Algunos rígidos jansenistas han censurado á San Clemente, suponiendo que relajaba la moral aprobando y aun justificando la mentira. Para contestar á estos *rígidos* censores sólo se necesita copiar lo que dice San Clemente en el Lib. 7.° de los *Stromatos*, pág. 524. «El verdadero cristiano, dice, revela con sus palabras, lo que tiene en su espíritu. Siempre dice la verdad, escepto en el caso de que *loco medicinæ, ut medicus ad ægrotantes ad eorum qui laborant, salutem mentietur, aut falsum dicet.*» Aquí no necesitamos hacer comentarios de ninguna especie.

Se ha supuesto que San Clemente consideraba como auténticos los libros llamados de *Enoch* y *La Apocalipsis* de San Pedro Apóstol, condenados como apócrifos por la Iglesia. Con decir que esto se encuentra en *Las Hipotiposeos* y recordar lo que hemos dicho acerca del poco respeto que merece esta

obra, queda completamente deshecha la presente objecion.

Lo que dice San Clemente en el Lib. 6.° de los *Stromatos* acerca de lo que llaman la predicacion de los Apóstoles *ad inferos*, debe leerse con mucho cuidado, aunque puede interpretarse en buen sentido. En elpasaje citado pueden encontrarse dos errores, uno de hecho y otro doctrinal. Consiste el primero en suponer que los Apóstoles descendieron á los infiernos, *ad inferos*, para anunciar allí la redencion de Jesucristo. Y consiste el segundo en suponer que los condenados son capaces de conversion.

En el Lib. 7.° de los *Stromatos* incurre San Clemente en un grave error histórico, diciendo que el herege Simon Mago fué posterior á Marcion y Valentino.

CAPÍTULO IV.

San Ireneo.

1.° San Ireneo era griego. Nació por el año 130 de la era cristiana. Fué discípulo del mártir San Policarpo. Estudió mucho y conocia con profundidad las ciencias sagradas y profanas. Su virtud le hacia más digno de respeto y aun de veneracion que su vasto saber y su enérgica elocuencia. En el año 157 vino á las Galias. En Lyon recibió el sacerdocio. Habiendo recibido el martirio el año 177, (en la persecucion de Marco Aurelio) el Santo Obispo Potino, le sucedió en la silla de Lyon el sábio y santo sacerdote Ireneo. Con tanto acierto y tanta independencia gobernó su iglesia, que la hizo resplandecer entre todas las iglesias de Francia. En la quinta persecucion, suscitada por el emperador Severo, recibió el martirio San Ireneo, sellando su predicacion con su propia sangre en el año 202 de la era cristiana.

2.° San Ireneo escribió varias obras, de las cuales conservamos muy pocas, y estas ó de una manera incompleta, ó sólo en la traduccion latina. Su obra principal, es la titulada *Cinco libros contra los hereges*. Fué escrita en griego; pero el original se ha extraviado y sólo se conserva una traduccion latina, llena de defectos literarios. Los críticos están divididos acerca del autor de esta traduccion. Natal Alejandro cree que no fué hecha por el mismo San Ireneo, fundándose en que ni Focio en la *Biblioteca de los Padres*, ni San Gerónimo en el *Catálogo de los libros eclesiásticos*, ni Eusebio en su *Historia eclesiástica* han mencionado esta traduccion, ni á su decir, San Ireneo tenia el tiempo necesario para hacerla. Barruel y Ardent, por el contrario, creen que lo más verosimil es atribuir á San Ireneo la traduccion latina de sus propias obras. Se fundan en que siendo este Obispo tan santo y tan celoso, no podia ménos de tener grande empeño en traducir sus obras al latin para que las entendiesen sus diocesanos. Si el estilo del traductor es incorrecto, nada tiene de extraño cuando su mismo autor dice en el prefacio que no puede expresarse con elegancia, porque vive entre los *celtas* y se vé obligado á expresarse en una lengua bárbara, en la cual no era muy perito. Lo cierto es que la traduccion latina es muy antigua; que no es bien conocido su verdadero autor, y nada impide el atribuirla al mismo San Ireneo.

Además escribió San Ireneo un libro titulado *Ogdoades*, contra los valentinianos. Sólo se conserva un pequeño fracmento de esta obra en la *Historia eclesiás-*

tica de Eusebio. Lib. 5.°, cap. IX. Las *Epístolas* á Blasto sobre el cisma, y á Florino sobre la monarquía, se han perdido tambien. Sólo nos quedan algunos trozos conservados por Eusebio en el lugar citado. Escribió San Ireneo una carta al Papa Victor, acerca de la cuestion de la celebracion de la Pascua. Además publicó varios opúsculos sobre *la ciencia* contra los gentiles, y acerca de la *predicacion apóstolica*, dirigida á Marciano.

El Padre Massuet, monje benedictino de San Mauro, publicó en 1710 una edicion de las obras de San Ireneo, con los fracmentos que se encuentran en las citas de los Santos Padres. El sábio editor enriquece su trabajo con eruditas y muy oportunas disertaciones. Para conocer bien á San Ireneo se pueden consultar su Biografía escrita por el Padre Gervaise, dos tomos en dozavo, y el tomo 2.° de la *Historia de los autores eclesiásticos*, escrita por el Padre Cellier.

3.° San Ireneo ha tenido y tiene grandísima autoridad en toda la Iglesia. Tertuliano lo llamaba *curiosissimum omnium doctrinarum exploratorem*. Eusebio lo coloca entre los apologistas á quienes *propter vere, recteque opinionis ecclesiasticæ patrocinium merito fides adjungenda est*. San Basilio, ensalzando su manera de refutar á los hereges dice, que con su lógica *sane admirabilier convincit*. San Gerónimo llama á San Ireneo *varon de los tiempos apostólicos*, y asegura que sus libros contra los hereges fueron compuestos *doctissimo et eloquentisimo sermone*. San Agustin lo cita tambien

con respeto y elogio como testigo de la antigua y sana tradicion.

4.° Ya hemos dicho que la obra principal de San Ireneo es un *Tratado contra los hereges*. Consta de cinco libros, y es al mismo tiempo una historia exacta y una refutacion completa de todas las heregías que turbaron la Iglesia desde Simon Mago hasta Taciano. Tambien hemos indicado ya que el estilo de San Ireneo, al ménos en lo que de él se conserva, no carece de defectos. En sus raciocinios suele ser tan duro contra el error como severo contra los heresiarcas contumaces. El mismo Santo dice, que si los hereges se quejan de la energía de sus palabras, es porque les toca en lo que más les hiere, que es en sus vicios y en el veneno de su orgullo.

San Ireneo escribió mucho en favor de la tradicion; defendió la divinidad de Jesucristo y confesó que era igual al Padre; sostuvo la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía; probó la verdad de la resurreccion de la carne; demostró que las reglas de la moral se fundan en la ley de Dios y no en los caprichos de los hombres, y mandó á los fieles que se sometiesen á las autoridades legítimas, dando siempre al César lo que es del César, sin negar nunca á Dios lo que á Dios pertenece. San Ireneo, *Adversus hæreses*, Lib. 3.° capítulo III, declara que Roma es la primera entre todas las iglesias; que en ella se conserva la tradicion apostólica, y que á ella deben someterse todos los fieles del mundo. Sabido es que San Ireneo escribió á los Obispos del Asia exhortándolos á que se sometiesen á

la autoridad del Soberano Pontífice en la cuestion relativa á la celebracion de la Pascua, El mismo San Ireneo, segun refiere Eusebio en la *Historia eclesiástica*, Lib. 15, cap. IV, siendo presbítero, fué enviado á Roma por su Obispo y antecesor en la silla de Lyon, el martir San Potino. Recordamos con placer estos hechos para demostrar con ellos que en el siglo II se confesaba y se reconocia la autoridad del Romano Pontífice en toda la Iglesia. Recuerden estos hechos y confúndanse los que miran como una invencion moderna el primado de honor y jurisdiccion que por institucion divina ejercen los sucesores de San Pedro.

San Ireneo sienta principios que hoy mismo se aplican para refutar el libre exámen. Hablando de la tradicion dice lo siguiente: «Aunque la Escritura es la regla inmutable de nuestra fé, sin embargo, *no lo dice todo*. Como es oscura en muchos pasajes, necesita ser esplicada por la tradicion, esto es, por la doctrina que Jesucristo y sus Apóstoles nos han trasmitido de viva voz, y se conserva y se enseña en la Iglesia.»

5.° Todo lo que dicen los modernos incrédulos contra San Ireneo, no es más que una copia servil y miserable de lo que han dicho los *centuriadores de Magdebourg*. Estos fanáticos panegiristas del protestantismo se empeñaron en desacreditar á San Ireneo, pintándolo como un mal filósofo, como un mal herege y hasta como un hombre lleno de repugnante fanatismo. Refutando las absurdas acusaciones de los *Centuriadores*, quedan de hecho refutadas todas las objeciones de los modernos sofistas.

Se acusa á San Ireneo de haber enseñado doctrinas contrarias á la divinidad de Jesucristo. Nada más falso ni ménos fundado. En el Lib. 3.°, *Adversus hæreses*, cap. VIII, dice expresamente que, «quién hizo todas las cosas se llama justamente *con su Verbo Dios y señor sólo.*» *Quiden qui omnia fecit, cum Verbo suo juste dicatur Deus et Dominus solus.* Podríamos citar muchos testos de San Ireneo en favor de la divinidad de Jesucristo. Puede leerse el Lib. 2.° de la obra citada en los caps. XLIII, XLVI, XLVII y XLVIII.

Se ha supuesto tambien que San Ireneo fué materialista. ¡Qué absurdo! Para expresarse así es necesario leer sus obras con los ojos cerrados. Es cierto que San Ireneo, como muchos otros Padres de la Iglesia, hablaba del alma y de los ángeles, atribuyéndoles *characterem corporis;* pero esto en un escritor que cree en la inmortalidad del alma, en la resurreccion de la carne, en el último juicio y en la vida eterna, no puede significar nunca el materialismo.

Petavio (*Theolog. Docmat*, tomo 3.°, Lib. 1.°, cap. II y III), examina esta cuestion con gran copia de datos y la resuelve de un modo que no deja nada que desear. San Ireneo no creia que el alma se compone de materia corruptible, sino de una sustancia inmaterial é incorruptible. Si alguna vez emplea la palabra *cuerpo* al hablar del espíritu, es para darle la significacion de sustancia inmaterial y no la de sustancia material. Si San Ireneo sostiene que el alma sólo vive *por gracia de Dios*, con esto no quiere decir que el espíritu puede perecer por corrupcion, sino que pu-

diera ser aniquilado por un acto de la omnipotencia divina.

Se acusa á San Ireneo de haber dicho que el hombre no fué creado perfecto. Estas palabras se encuentran realmente en el Lib. 4.°, cap. LXXIII. Pero ¿cuál es su verdadera significacion? ¿Quiere decir acaso que Dios ha negado al hombre alguna perfeccion que le fuese debida? ¿Quiere decir que Dios no enriqueció al hombre en la creacion con dones sobrenaturales, que eran completamente gratuitos, que perfeccionaban su naturaleza y de los cuales fué despojado en castigo de su soberbia? No. ¿Qué pues significan las citadas palabras de San Ireneo? Hélo aquí. Que Adan pudo pecar, porque tenia libre alvedrío, y de hecho pecó. Que Adan como hombre, tenia limitaciones en su inteligencia, en su voluntad y en su poder, y no podia ménos de tenerlas, porque sin estas limitaciones, hubiera sido infinito, no hubiera sido criatura y se hubiera confundido con el Criador. El hombre no podia ser perfecto en sentido metafísico, porque la perfeccion absoluta sólo se halla en Dios. Tampoco podia ser incapaz de pecar, porque poseia el libre alvedrío. Hé aquí lo que quiere decir San Ireneo al sentar *hominem non esse á Deo perfectum conditum*.

Tambien se ha dicho que San Ireneo niega las fuerzas naturales del hombre, con daño del libre alvedrío. Para refutar esto necesitariamos copiar muchos pasajes del santo mártir. Nos contentarémos con citar solo un pasaje del Lib. 4.°, cap. IX: «El hombre, dice, es racional, hecho á semejanza de Dios, con libre alve-

drío, dueño de sí mismo, y con potestad para hacer lo bueno ó inclinarse á lo malo.» Puede leerse además el citado Lib. 4.°, caps. XXIX, LXXI, LXXII y LXXVI.

Se ha atribuido á San Ireneo un error enteramente contradictorio. Algunos suponen que se inclina á la doctrina de Pelagio, dándolo todo, hasta la fé y la gracia, á la razon del hombre, mientras otros, por el contrario, creen que todo lo concede á la gracia y todo lo niega á la razon. San Ireneo ha tenido la desgracia de ser citado por los socinianos, enemigos de los divinos auxilios, y por los jansenistas y luteranos, adversarios del libre alvedrío y defensores de la corrupcion de la naturaleza. Los que así se expresan se fundan en palabras aisladas que no significan lo que ellos quieren, sino todo lo contrario. San Ireneo, como San Pablo, podia decir: *omnia possum in eo qui me confortat.* Esta era su única doctrina.

Algunos escritores censuran á San Ireneo por haber dicho en el Lib. 4.°, cap. XXX, que los antiguos patriarcas, *ante legem promulgatam justos fuisse lege naturæ.* ¿Y es posible que se considere esto como un error? ¿Hay quien dude que antes de la ley de gracia se justificaban los hombres por la ley de Moisés, y que antes de la ley de Moisés se justificaban por la ley natural, grabada con el dedo de Dios en sus corazones? ¿Obliga ninguna ley antes de su promulgacion? Pues esto es lo que enseña San Ireneo.

En el Lib. 4.°, cap. XXX, dice San Ireneo que Enoch, *sine circuncisione placens Deo, cum esset homo*

Dei legatione ad angelos fungebatur. Fundándose en estas palabras, aseguran los *centuriadores* que, San Ireneo se dejó arrastrar por un horrible fanatismo. Y ¿en qué consiste este fanatismo? En que los *centuriadores* no saben que los *ángeles* de quienes habla aquí San Ireneo, no son los ángeles del cielo, sino los descendientes de Seth, á los cuales, por mandato de Dios, predicó el justo Enoch la necesidad de la conversion y las penas de los pecadores. Los *centuriadores*, con toda su crítica protestante, no pudieron comprender que San Ireneo no habla de una predicacion hecha á los ángeles del cielo, sino á los hombres que moran en la tierra.

6.° San Ireneo no entendia bien la lengua hebrea. Por esto, cuando necesita esplicar la significacion etimológica de ciertos nombres hebreos, suele hacerlo con poca exactitud. En el Lib. 2.°, cap. XLI, esplica mal, por ejemplo, el nombre Jesus. En el mismo libro, capítulo LXVI, dá una mala esplicacion del nombre Adonai.

En el Lib. 5.° se muestra algo inclinado al *milenarismo*. De esto hablarémos en otra ocasion.

En el Lib. 2.°, cap. XXXIX, dice que Jesucristo murió á los cuarenta ó cincuenta años de su edad. Este es un error que no puede concebirse. Lo contradicen todos los cálculos cronológicos.

CAPÍTULO V.

Tertuliano.

1.° Tertuliano era de Cartago. Su padre fué un centurion romano, y en sus primeros años se dedicó á la carrera del foro. Poseia un talento muy claro, una imaginacion brillantísima y una admirable energía en sus raciocinios. Su carácter era tenaz y vigoroso, y su elocuencia irresistible. En todo era más inclinado al rigor que á la indulgencia. Era severo consigo mismo, y queria serlo con todo el mundo. Sus costumbres eran puras, su fé exaltada y su moral sumamente rígida. Disgustado del paganismo, por su corrupcion y su falsedad, se dedicó á estudiar la vida de los cristianos y concluyó por entrar en la Iglesia. Convertido á la verdadera fé por la constancia y la caridad de los primeros mártires, ya cristiano, estudió con profundidad las ciencias sagradas, y ascendió al sacerdocio. Su

celo y su elocuencia, convirtiéndolo en el espanto de los gentiles, le granjearon inmensa autoridad entre los fieles. Publicó muchas obras en defensa de la religion y en daño del paganismo. Habia leido mucho á San Justino y á San Ireneo, y expone y amplifica, con éxito admirable, sus principales argumentos en favor de la fé católica. Tertuliano, sin embargo, tenía grande originalidad, tanto en sus ideas, como en su manera de expresarlas. Empleó muchos argumentos inventados por él. Respecto á su estilo, solo diremos que aparece encubierto con una brillante rudeza, que lo torna á la vez en terrible y en agradable. Tertuliano confundió á los herejes de su siglo; fué causa de que muchos incrédulos se convirtiesen á la fé católica, é infundió valor á no pocos cristianos para que alcanzasen la palma de la perseverancia enmedio de los más numerosos y más horribles tormentos. Tertuliano, sin embargo, á la edad de cuarenta años, empañó todas sus glorias con una horrorosa apostasía. Se llenó de vanidad y de soberbia. Quiso ser colocado en los primeros puestos de la Iglesia. Creyó que en Roma no se recompensaban pronto y con justicia sus merecimientos, y por esto y solo por esto, se llenó de indignacion, se dejó arrastrar por la violencia de su carácter, quiso vengarse y perdió la fé. Se ha dicho que Proclus, con su artificiosa elocuencia, lo hizo caer en la secta de Montano. No creemos en esta *conversion*. Tertuliano no fué vencido por los sofismas de Proclus, sino por su propio despecho. Se separó bien pronto de los montanistas, y fundó una secta especial que llevó su

nombre. Murió Tertuliano sin reconciliarse con la Iglesia el año 216 de la era cristiana. Sus discípulos continuaron enseñando y propalando sus errores hasta los tiempos de San Agustin, en los cuales fueron extinguidos casi por completo.

2.° Tertuliano ha sido muy respetado en la Iglesia. A pesar de su caida, sus obras son citadas y estudiadas por los más notables teólogos de todos los siglos. San Cipriano lo leía asíduamente y lo llamaba el *Maestro*, como para indicar el gran respeto que le tenía. El célebre Vicente de Lerins afirma que las palabras de Tertuliano son *sentencias y victorias*. San Gerónimo sin embargo lo declara enemigo de la Iglesia, y San Epifanio lo coloca entre los hereges. En esto no hay contradicion ninguna. Tertuliano publicó muchos libros antes y despues de su caida. En los primeros se encuentra siempre la sana doctrina. En los últimos, al lado de cosas muy buenas, se hallan muchos y muy lamentables errores.

Las obras que compuso Tertuliano antes de su apostasía, son las siguientes: Los libros de *La Oracion*, *De las Plegarias*, *Del Bautismo*, *El Apologético*, *Los Tratados de la Paciencia*, *La Exhortacion al Martirio*, el libro *Ad Scapulam*, *El Testimonio del Alma*, *Los Tratados de los Espectáculos y de la Idolatría*, y el libro de *Las Prescripciones*. Las obras compuestas despues de su caida, ó manchadas con sus errores, son: *Los libros contra Marcion*, *Los Tratados del Alma, de la Carne de Jesucristo, y de la Resurreccion de la Carne*, *El Scorpiaco*, el libro *De la Corona*, el *Del Palio*, el *Tratado contra los Judíos*, los

Opúsculos contra Praxeas y Hermogenes, los libros *De la Pudicicia y de la Fuga de la Persecucion*, los *De los Ayunos*, *La Monogamía y La exhortacion á la Castidad*; todas estas obras, repetimos, están llenas de monstruosos errores.

La edicion de las obras de Tertuliano que hemos consultado, es la que se hizo en Venecia en 1746. En esta edicion se halla el *Tratado de la Trinidad*, que algunos atribuyeron á San Cipriano y otros á Tertuliano, y que como demuestra San Gerónimo fué escrito y publicado por Novaciano. En este tratado se expone la verdadera doctrina de la Iglesia acerca del misterio de la Santísima Trinidad. Es un gran documento de la tradicion primitiva, por haber vivido su autor en la primera mitad del siglo III. En la citada edicion de Venecia se halla el *Tratado de Cibis Judaicis*, que tampoco es de Tertuliano. Se encuentran tambien cinco libros *contra Marcion*, escritos en verso. De la misma manera, hay varios otros opúsculos en verso, como los poemas del *Juicio del Señor*, *Del Génesis y de Sodoma*, *De Jonás y Nínive*, que ó no son de Tertuliano como creen muchos críticos, ó es preciso convenir en que Tertuliano fué tan buen prosista como mal poeta.

3.° La persecucion decretada por el emperador Severo al comenzar el siglo II, llenó de afliccion á los cristianos. Con el fin de ver si hacía cesar la persecucion, y de demostrar cuán injusta era, publicó Tertuliano su *Apologético* en el año 202 de nuestra era.

Se ignora si publicó este libro en Roma ó en Cartago. Lo cierto es que *El Apologético* puede considerarse

como la mejor y más brillante entre todas las antiguas apologías del cristianismo. Tertuliano se dirige siempre en esta obra á los perseguidores, es decir, á todos los que en aquel tiempo gobernaban en las provincias del imperio. Los argumentos están expuestos con gran lucidez y suma viveza. Parecen un contínuo apóstrofe.

Necesitamos dar á conocer *El Apologético* con algun detenimiento. «Yo repruebo, dice, la injusticia de condenar á los cristianos, sólo porque llevan este nombre, sin oirlos, sin conocerlos y hasta sin permitirles defensa. Si nosotros somos criminales, ¿por qué no nos tratais como á todos los demás criminales? ¿Por qué no nos permitis la defensa? Los cristianos son los únicos en quienes no se conoce ni aun el derecho de escusar sus faltas ó probar su inocencia. Hasta se ha prohibido la formacion de procesos contra nosotros. Sólo se trata de condenarnos. No se quiere ni aun averiguar si somos ó no delincuentes. Todos recordais la respuesta de Trajano á Plinio, pro-consul del Asia. Le manda que no haga diligencias para buscar á los cristianos; pero que los castigue si los encuentra. ¡Qué absurdo! Si somos culpables, ¿por qué no se nos busca? Y si somos inocentes, ¿por qué se nos castiga? Nuestro crímen no consiste pues en que existamos sino en que seamos conocidos. Procedeis contra nosotros de una manera extraña. Sujetais á los delincuentes al tormento para que confiesen sus crímenes, mientras á nosotros nos dais tortura para obligarnos á negar nuestra fé, ó lo que vosotros considerais como nues-

tro delito. Vuestros tormentos no se nos aplican para que digamos la verdad, sino para convertirnos en hipócritas y obligarnos á manifestar lo que no sentimos. Vosotros creeis que un cristiano, sólo porque es cristiano es enemigo de los dioses, de la moral, de la naturaleza, de las leyes y del imperio. La palabra cristiano llega á vuestros oidos como el conjunto de todos los crímenes. Y sin embargo, nos dais tormentos para que neguemos lo que es verdad y lo que á vosotros os parece un tremendo delito. (Cap. II.)»

«El odio á nuestro nombre llega hasta el punto de obligarnos á negar y aun á despreciar lo bueno que hay en nosotros. Si una esposa antes prevaricadora, se hace cristiana, enmienda su vida y corrige sus costumbres, su marido, si es gentil, deplora la virtud de su mujer por odio á la religion que la obliga á cumplir con todos sus deberes. Un padre vé que su hijo se torna en honrado y virtuoso haciéndose cristiano, y por odio á la fé de Jesucristo, lamenta más la conversion que antes lamentaba los vicios. Un dueño de esclavos prefiere ser mal servido, con tal que no sean cristianos los siervos que posee. No se quiere ni aun el bien por aborrecimiento al cristianismo. (Cap. III.)»

En los caps. IV y V, examina Tertuliano las leyes que autorizan la persecucion, y demuestra que no son justas, que no son convenientes, que deben reformarse como se reforman todos los dias cien otras leyes del imperio. «Hay en Roma una antigua ley que prohibe rendir culto á ninguna divinidad sin la aprobacion

del Senado. Tiberio, habiendo tenido noticia exacta de los milagros de Jesucristo, quiso colocarle en el número de los dioses. Al intento pidió y no obtuvo el permiso del Senado. Consultad la historia. Ella os dirá que Neron fué el primer perseguidor del cristianismo. Nos honramos con contar á este hombre entre nuestros enemigos. Domiciano comenzó tambien á perseguirnos; pero desistió bien pronto de su criminal empeño. Los buenos emperadores nos dejan en paz. Por el contrario, los mismos á quienes vosotros llamais malvados, son los que nos persiguen.

»Marco Aurelio dá testimonio de la lluvia que obtuvieron los cristianos con sus oraciones para apagar la sed que devoraba al ejército romano en Alemania. ¿Qué leyes pues son esas, que no son ejecutadas, sino por los malos emperadores? ¿Qué leyes son esas que Trajano ha eludido en parte, prohibiendo buscar á los cristianos; que Adriano no ha querido cumplir; que Vespasiano no aplica; que en fin ni Pio ni Vero han querido emplear en nuestro daño? Añádase á esto que las leyes sobre religion son tan mal observadas como todas las demás en el imperio romano. Las ceremonias extranjeras de Serapis y de Baco han sido admitidas despues de haber sido rechazadas.» (Capítulo VI.)

«Se nos acusa de asesinar á los niños, de cometer incestos y de alimentarnos con carne humana. ¿Dónde están las pruebas de esta horrorosa acusacion? La verdad es, que se nos imputan á nosotros los crímenes que cometen nuestros mismos acusadores. En Africa

se han inmolado públicamente niños sobre los altares de Saturno; y Tiberio quiso corregir este mal, crucificando á los sacrificadores en los árboles mismos que rodeaban sus templos. Los soldados que han estado en Africa dan testimonio de esta verdad. Todavía se hacen en secreto estos sacrificios impíos. Los mismos padres llevan sus hijos al sacrificio y los alhagan para que no griten al ser inmolados. En las Galias se degüellan los hombres en honor de Mercurio. En la misma Roma hay un dios Júpiter cuyos altares se riegan con la sangre de los hombres, sacrificados en su honor. Vosotros pues soy los reos de los sacrificios humanos.

»Nosotros, lejos de beber la sangre de los niños, no queremos ni aun alimentarnos con la sangre de los animales. Vosotros teneis los labios manchados con la sangre de los niños que os habeis bebido, en los momentos mismos en que imputabais vuestro crímen á los cristianos.» (Caps. VII y IX.)

«Los dos principales cargos que se nos dirigen se fundan en suponernos enemigos de los dioses y del imperio. Nosotros, es verdad, hemos dejado de adorar á vuestros dioses, porque nos hemos convencido de que es falsa su divinidad. Todos vuestros dioses han sido hombres. Han sido convertidos en dioses despues de su muerte. ¿Quién les ha dado esta divinidad? Ellos no la tenian y por lo tanto no podian dársela. ¿Hay algun Dios superior que se la haya dado? ¿Tenia necesidad de concedérsela? ¿Por qué méritos se la han concedido? El mundo ha existido antes que Saturno. Los

rayos han caido sobre la tierra sin esperar á que naciese Júpiter. Los campos han producido sus frutos antes que viviesen ni aun que nadie oyese hablar de Baco, de Ceres ó de Minerva. Si Baco es dios por haber plantado la viña, ¿por qué no ha de ser dios tambien Lúculo que hizo traer las cerezas á Italia desde *Cerisus*, Ciudad del Ponto?

»Vosotros direis, que se ha concedido la divinidad á vuestros dioses en recompensa de sus méritos, ¿Cuáles son pues sus méritos? ¿No son todos incestuosos, adúlteros, corruptores, crueles, ladrones y asesinos? Y aunque los supongamos dignos, ¿no hay entre vosotros muchos hombres que son más dignos y más virtuosos que ellos? Si se trata de recompensar el mérito, ¿por qué no habeis dado la divinidad á Sócrates, á Arístides ó Temístocles? ¿Quién hay entre vuestros dioses que sea más prudente que Caton, más elocuente que Ciceron, ó más justo y más esforzado que Escipion el Africano? En lo que se refiere á vuestros dioses, yo no veo más que nombres de muertos y no oigo contar más que fábulas. Y por lo que atañe á los ídolos, no descubro en ellos más que un poco de materia inerte. ¿Cómo pues podemos ser criminales, no adorando á dioses imaginarios?» (Caps. X, XI, XII. XIII, XIV y XV.

«Vosotros mismos escarneceis á vuestros dioses, colmándolos de ignominia en los espectáculos. Los suponeis reos de intrigas bochornosas y de crímenes abominables. Habeis querido tambien insultar á nuestro Dios, pintándolo como la *cabeza de un asno*. Tácito ha

dado oírgen á esta absurda y sacrílega insolencia. Algunos creen que nosotros rendimos culto á la cruz, mientras otros opinan que el Sol es nuestro Dios. No ha faltado quien tenga la sacrílega osadía de presentar á nuestro Dios en una ridícula caricatura. Os esplicaremos nuestra fé. Nosotros adoramos á Dios omnipotente, criador del cielo y de la tierra. Vosotros mismos, siguiendo el impulso de la naturaleza, confesais la unidad de Dios cuando no estais preocupados con vuestro errores idolátricos. Vosotros soleis decir ¡gran Dios! ¡Dios lo quiere! Hablais instintivamente de un Dios; no de muchos dioses. Esto es un testimonio del alma que es naturalmente cristiana. Además, cuando invocais á Dios, no mirais al capitolio, sino al cielo.

»Nosotros conocemos á este Dios, por medio de la revelacion que él mismo nos ha hecho. El ha dado su espíritu á los apóstoles para que prediquen su doctrina en todo el mundo. Nosotros sabemos que Dios ha creado el cielo y la tierra; que ha dado leyes al universo y ha manifestado su voluntad á los hombres. Sabemos que Dios juzgará cuando llegue el fin del mundo á todos los hombres para recompensar con la vida eterna á todos los que le sirven y castigar con el fuego eterno á los que han despreciado su santa ley. Todos los hombres resucitarán en el último dia. Nosotros mismos nos burlábamos antes de esta doctrina. Yo era antes pagano.» (Caps. XVI, XVII y XVIII.)

En los caps. XIX y XX habla Tertuliano de los milagros y de las profecías y de los libros del Antiguo Testamento, cuya autenticidad no puede ser ni aun

puesta en duda, teniendo en cuenta que la confiesan los mismos judíos tan encarnizados enemigos de los cristianos, y que se conserva todavia en el templo de Serapio con el original hebreo, la traduccion hecha por órden de Tolomeo Filadelfio.

Los judíos agradaban en lo antiguo al Señor por la fé y la virtud de sus antepasados. Mientras se han conservado en la gracia de Dios, su nacion ha sido grande, poderosa y floreciente. Cuando por el contrario se han apartado de Dios, han perdido su trono, su templo y sus sacerdotes; han sido desterrados de su patria, y se ven obligados á vagar errantes por todo el mundo. No pueden volver á su pais ni aun como extranjeros. Una profecía de Jesucristo les anunciaba este tremendo castigo.

Nosotros creemos en el Verbo, que es el Hijo de Dios, Dios mismo, por la unidad de la sustancia en la divinidad, Dios es espíritu. Cuando el sol lanza un rayo de su luz, su exencia no se divide, sino que se extiende. Del mismo modo el Verbo es espíritu de un espíritu, y Dios de Dios. Lo que procede de Dios es Dios é Hijo de Dios, y los dos tienen una misma exencia. Son distintos en personas, no en exencia, en órden, no en naturaleza.

Este Verbo tomó carne en las entrañas de una Vírgen, nació hombre unido á Dios. Este Hombre-Dios es Cristo.

Tertuliano enseguida refiere cómo los judíos persiguieron á Jesucristo, y cómo Jesucristo dió pruebas de su divinidad aun en los momentos mismos de su

muerte. Refiere todas las circunstancias de la Pasion, y al llegar á las tinieblas que cubrieron la tierra en medio del dia, dice que esto no fué un eclipse natural, y que consta en los archivos de los mismos emperadores. Respecto á los emperadores asegura que hubieran creido en Jesucristo si para ello no hubieran necesitado renunciar á la iniquidad y al despotismo (capítulo XXI).

En los caps. XXII y XXIII señala el orígen de las falsas religiones, esplica la naturaleza de los malos espíritus, y demuestra cuánto hacen por lograr la eterna muerte de los hombres.

En el cap. XXIV, despues de referir lo que son los demonios, y como ellos mismos confiesan que no son dioses, Tertuliano se expresa en estos términos. «Queda demostrado que son falsas vuestras divinidades. ¿Cómo, pues, considerais como un delito el no quemar incienso sobre las aras de dioses que no son dioses? Cada provincia, cada pueblo y aun cada aldea de Italia, tiene sus propios dioses. Todo el mundo puede adorar al ídolo en quien cree. Solo á los católicos se les niega el derecho de adorar al verdadero Dios.» Despues refuta el absurdo error de los que creen que la grandeza del imperio romano era debida á la proteccion de los dioses.

En los caps. XXVIII, XXIX y XXX, rechaza Tertuliano el cargo que se dirigia á los fieles, considerándolos como enemigos del emperador. «Nosotros, dice, no adoramos al emperador, porque sabemos que no es Dios. No oramos por él á los ídolos, porque sa-

bemos que los ídolos son estátuas muertas que no pueden conceder gracia ninguna. Pero oramos por la persona del emperador al Dios eterno y verdadero, al Dios vivo y omnipotente que escucha nuestras plegarias y puede llenar nuestros deseos. Nosotros, con la cabeza descubierta, con los brazos extendidos y clavando los ojos en el cielo, hacemos oracion por los emperadores, pidiendo á Dios que les conceda una vida larga, un reinado pacífico, seguridad en su palacio, valor en sus soldados, fidelidad en los senadores, probidad en el pueblo y tranquilidad en todo el mundo. ¿Qué más podemos hacer?»

En los capítulos XXXI, XXXII, XXXIII y XXXIV, cita los preceptos de Dios que nos mandan orar por las legítimas potestades, obedecer sus leyes y no conspirar nunca contra ellas. Además, dice Tertuliano, que él tenía razones especiales para orar por la conservacion del imperio. Creia que con esto retardaba el fin del mundo. « Yo, dice, pasando á otro asunto, no juro por el génio de César, porque los génios son demonios. No llamo dios al emperador, porque no sé mentir y porque le respeto mucho para burlarme de él. Le llamaré señor cuando á esta palabra no se le atribuya una significacion idolátrica.»

En el cap. XXXV examina una cuestion de grande importancia. «Vosotros, dice á los gentiles, quereis honrar al emperador con escandalosos crímenes y repugnantes bacanales. Nosotros, por el contrario, lo honramos con la oracion, con la virtud, con la sobriedad y la modestia. No cubrimos las puertas de nues-

tras casas con ramas de laurel, ni encendemos enmedio del dia nuestras lámparas, porque esto nos parete tan propio de las casas de infamia como indigno de las casas en que moran gentes honradas. Por otra parte, se vé con frecuencia que los que más se afanan por tributar estos ridículos honores al emperador, son los ménos leales en caso de conflicto, y los más dispuestos á tomar parte en las asonadas ó conjuraciones.»

Hé aquí como se expresa en el cap. XXXVII: «¡Cuán crueles sois contra nosotros! Muchas veces el populacho, sin aguardar vuestras órdenes, nos arroja piedras ó incendia nuestras casas. En la furia de sus bacanales no perdona ni aun nuestros sepulcros. Desencierran los cadáveres de los cristianos y los despedazan, arrastrándolos por las calles ó por los campos. ¿Qué hemos hecho jamás para vengarnos de tanto ódio y de tantas injusticias? Si nosotros pudiésemos volver mal por mal, en una sola noche, con unas cuantas teas incendiarias pudiéramos convertiros á todos en cenizas. Y ¿creeis que nos faltarian valor y fuerzas para luchar contra vosotros, si quisiésemos apelar á las armas? Nosotros somos muy numerosos. Nacimos ayer y ya nos encontramos en todas partes. Hemos llenado vuestras ciudades, vuestras islas, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestras campiñas, vuestras tribus, el palacio, el Senado, el foro; solo os dejamos los templos de los ídolos. Y ¿creeis que no seriamos aptos para la guerra nosotros, que tan poco tememos la muerte, si nuestra doctrina no nos ense-

ñase á sufrir con resignacion antes que acometer por venganza? Nosotros podríamos venceros sin tomar las armas. Con solo retirarnos á tierras lejanas quedaria el imperio en un desierto. En tal caso serian más numerosos los enemigos que los súbditos del emperador. Y sin embargo, se nos recompensa tanta lealtad con la persecucion y la injusticia.»

En los caps. XXXVIII y XXXIX, habla de las reuniones de los cristianos, y asegura que en ellas no se conspira contra el emperedor; que solo se piensa en la paz y en la obediencia, en la virtud y en la oracion. «La inocencia en las costumbres, la viveza en la fé, la caridad con los hermanos, la humildad en todo, es lo único que se busca y lo que se alcanza en estas religiosas asambleas. Hacemos colectas enteramente voluntarias para socorrer á los cristianos que se hallan en la cárcel ó en el destierro y prestar auxilios á los náufragos y á los huérfanos, á los ancianos y á las viudas. Como entre nosotros no hay más que un espíritu y un corazon, todos los bienes se consideran como comunes, ménos las mujeres, por exigirlo así la ley de la pureza. Nuestras comidas son frugales, siempre comienzan y acaban alabando al Señor.»

En el cap. XL, rechazando otra absurda acusacion, dice: «Se supone que los cristianos son la causa de todas las calamidades públicas. Si se desborda el Tíber, sino aparecen las periódicas inundaciones del Nilo, si faltan las lluvias, si hay temblores de tierra, si vienen hambres ó pestes, al momento se exclama: «¡Los cristianos á las fieras!» ¿No ha habido calamida-

des públicas antes de Jesucristo? ¿Por qué, pues, las atribuis hoy á los cristianos?»

«Se nos acusa, dice en el cap. LXII, de ser inútiles para la riqueza pública. ¡Qué absurdo! ¿No trabajamos en todo lo mismo que vosotros? Cultivamos los campos, nos ejercitamos en las artes y hacemos el comercio.»

«Nosotros, añade en los caps. XLIII, XLIV y XLV, no contribuimos para el mantenimiento de los ídolos, ni para el sosten de las casas de corrupcion. Los asesinos, los envenenadores, los magos, los astrólogos, todas estas clases de gentes están seguras de no encontrarnos en su camino. Vosotros mismos sabeis que los criminales no son cristianos.»

«Algunos, dice en el cap. XLVI, reconocen las virtudes de los cristianos y las atribuyen á la influencia de la filosofía. Es un error. Los filósofos no han conocido á Dios ni la moral de Dios como la conocemos nosotros por la gracia de Jesucristo.» «Toda la sabiduría, añade en el cap. XLVII, procede de las Santas Escrituras. Los dogmas que en ella han aprendido los poetas y los filósofos, no los han conservado con verdad y pureza, sino que los han desfigurado con sus ridículas fábulas.»

«Nosotros, dice en el cap. XLIX, no dañamos á nadie y somos odiados y perseguidos por todo el mundo.» En el cap. L y último, rechaza la absurda calumnia de los que creen que los cristianos tienen amor á la persecucion. «Nosotros, dice Tertuliano, aceptamos la muerte, como se acepta la guerra. Vosotros ensalzais

á Escévola, á Régulo, á Empedocles y Caton porque han muerto por la patria, por el imperio y por la amistad. Y sin embargo, llamais locos á los cristianos porque aceptan el martirio por amor á Jesucristo. Pero atormentadnos cuantos querais. La sangre de los cristianos es una semilla fecunda. Mientras vosotros nos condenais, Dios nos bendice.»

Hé aquí en extracto lo que dice Tertuliano en su magnífica *Apología*.

4.° El tratado *De Prsœcripcionibus* merece aquí una especial mencion. En este libro Tertuliano ataca y destruye todas las heregías, minando la base en que descansan. El argumento que presenta contra las heregías de su siglo, puede repetirse contra todas las heregías de todos los siglos.

«Herege, dice, es el que por su propio capricho inventa una doctrina religiosa. Nosotros los católicos, no podemos, ni inventar sistemas de religion, ni adoptar los que otros inventen. En religion, la verdad es antigua y el error nuevo. Toda verdad de fé ó toda máxima moral, cuyo orígen no se encuentre en Jesucristo, son falsas y heréticas. Religion es lo revelado por Jesucristo, no lo escogitado por los hombres. Todas las heregías tienen un nombre y una fecha que las destruye.

»El nombre es de un herege, de un hombre lleno de orgullo ó corrompido por los vicios que se aparta de la doctrina apostólica. La fecha indica el orígen ó el punto de esta separacion. Luego todas las heregías son posteriores á Jesucristo é inventadas por hombres

que se han apartado de Jesucristo. Luego no son cristianas.

»Los hereges, como los filósofos, se afanan por encontrar el orígen del hombre, el orígen del mal y aun el orígen de Dios mismo. Aquí Tertuliano refuta con gran fuerza de raciocinio la falsa filosofia de los sofistas, que solo sirve para oscurecer y confundir la verdad y llenar de dudas el entendimiento.

»Los hereges insisten en investigar para encontrar. Esto es bueno en las cosas humanas; pero en las religiosas, en las que dependen de la revelacion, toda duda es un horrendo sacrilegio, y todo esfuerzo para buscar lo que ya poseemos, es una espantosa blasfemia y execrable apostasía. En lo que se refiere á la revelacion, el hombre no necesita más que aprender lo que ha enseñado Jesucristo, para creer en ello, cautivando su entendimiento en obsequio de la fé.

»Los hereges, ó no creen en algunos de nuestros libros santos, ó solo los admiten en parte, ó los interpretan de una manera absurda. Por tanto, es inútil disputar con ellos, presentándoles una autoridad en la cual no creen. Conviene examinar quién posee la verdadera fé, ó quién es el único depositario de la doctrina de Jesucristo.

»Es evidente que Jesucristo escogió á doce hombres, á quienes llamó Apóstoles; que les enseñó toda su doctrina, y les mandó que predicasen el Evangelio en toda la tierra. Estos Apóstoles, reunidos en Judea primero, se separaron, despues para predicar el Evangelio de Jesucristo en todo el mundo conocido. Es, pues,

indudable que la verdadera doctrina católica es la que enseñó Jesucristo á los Apóstoles, la que los Apóstoles predicaron en el primer siglo y la que por sucesion nunca interrumpida ha llegado desde los Apóstoles hasta nosotros. Ahora bien: ¿Qué Iglesia es la que nunca se ha separado de la tradicion apóstolica? Si nos fijamos en la de *Smirna*, llegamos al Santo Obispo y mártir Policarpo, que fué discípulo del evangelista San Juan. Si nos dirigimos á la Iglesia Romana, hallaremos en ella á San Clemente que sucedió á San Lino y á San Lino que sucedió al mismo San Pedro. Lo propio sucede en toda la Iglesia católica. ¿Pueden decir otro tanto los hereges? No. Luego se han separado de la tradicion apostólica.

Los hereges del siglo II sostenian que los Apóstoles no conocian toda la doctrina de Jesucristo. Tertuliano combate y rechaza esta absurda suposicion. Tertuliano además señala el orígen de todas las heregías para manifestarles cuán apartadas se hallan de la predicacion de Jesucristo. Y no contento con esto oprime aun más á los heresiarcas, escitándolos á que muestren con milagros la divinidad de su mision.

En el cap. XLI hace una pintura de los hereges, que debe ser aquí reproducida. «¡Cuán corrompida y despreciable, dice, es la moral de los hereges! Es carnal y humana, y no tiene gravedad, ni autoridad ni disciplina. Entre ellos no hay distincion entre los catecúmenos y los fieles. Son admitidos todos sin escrúpulo ninguno en las ceremonias del culto. Desprecian la disciplina católica y admiten aun á los mis-

mos paganos. En materia de doctrina viven en paz con todo el mundo, ménos con los que profesan la religion verdadera. Todos se llenan de orgullo y afectan poseer la verdadera ciencia. Los catecúmenos se erigen en doctores antes de recibir ninguna instruccion. ¡Cuánta insolencia en las mujeres de la secta! Ellas enseñan, disputan, exhorcizan, prometen curaciones y hasta se atreven á administrar los sacramentos. Los hereges ordenan sin reflexion, sin regla ninguna. Lo mismo elevan al presbiterado á los neófitos que á los creyentes, á los hombres del siglo que á los apóstatas. Hoy tienen un Obispo. Mañana lo abandonarán y se someterán á otro. El que hoy es diácono, mañana será lector, y el que hoy es presbítero, dentro de poco tiempo será considerado como un simple lego. Los hereges no piensan en convertir á los paganos, sino en pervertir á los católicos.» ¡Qué pintura tan exacta! ¡Cómo se descubre aquí la falta de doctrina, el desprecio de la moral, la horrible indiferencia que se encuentra hoy en todas las sectas y en todos los sectarios!

«Los hereges forman todos su fé, segun sus caprichos. Los valentinianos y los marcionistas se creen revestidos del mismo derecho que sus jefes y maestros Valentino y Marcion. Por esto están todos los dias cambiando sus iglesias y variando sus dogmas. Los hereges viven en paz con los magos, los astrólogos, los sofistas y los incrédulos. No temen á Dios y viven enmedio de una desenfrenada libertad.»

Como se vé, el *Tratado* de *Præscripcionibus* puede considerarse como dividido en tres partes.

1.ª En religion no es verdadera la doctrina que por sucesion no interrumpida, no haya venido desde Jesucristo hasta nosotros.

2.ª La Iglesia católica, con sucesion nunca interrumpida, ha recibido sus doctrinas y su moral del mismo Jesucristo.

3.ª Todas las heregías, desde el momento mismo de su nacimiento, por absoluta necesidad de su existencia, se han separado de la tradicion apóstolica y han perdido la doctrina de Jesucristo.

¡Parece increible que concluyera fundando una secta quien con tanta energía y tanta verdad supo combatir á todos los hereges! Esta leccion elocuentísima debe enseñarnos á invocar la humildad y pedir al señor que nos libre de la venenosa influencia del amor propio.

5.° En el libro *De los Espectáculos*, manifiesta Tertuliano cuán inmenso era el daño que ocasionaban á la religion las escandalosas fiestas de los gentiles. Asegura que en el origen de todas se descubre la idolatría. El circo, dice, está lleno de ídolos. El teatro está consagrado á Venus y Baco. Los combates de los atletas se dedican á sus divinidades especiales. En opinion de Tertuliano muchos dejaban de convertirse á la verdadera fé, no por miedo á los tormentos, sino por no privarse de los juegos públicos. Además combate los espectáculos gentílicos, porque en ellos se enfurecen los hombres en vez de suavizar sus costumbres. En las fiestas gentílicas reinan con entera libertad la impureza y el completo olvido del pudor. En el teatro no

se representan nada más que acciones criminales. En la comedia campean la disolucion y el desenfreno y en la tragedia todo es furor y horrorosas escenas. En el anfiteatro se divierten las gentes viendo asesinar á los hombres.

Tertuliano reprueba las bacanales y trina materialmente contra las máscaras, en que los hombres se disfrazan de mujeres y las mujeres de hombres.

En el *Tratado de la Idolatría*, Tertuliano exhorta á los fieles á huir de todo lo que sea idolatría ó tenga relacion con el culto gentílico. Enumera uno por uno todos los casos de conciencia que en este punto podrian presentarse, y los resuelve todos en sentido diametralmente opuesto al paganismo. Algunos juzgaban que sólo eran reos de idolatría los que quemaban incienso é inmolaban víctimas en los altares de los dioses. Tertuliano dice que los cristianos que sean artistas no deben fabricar ídolos, y los que tienen incienso ó ganados no deben venderlos cuando saben que son para el culto ó para las víctimas de los sacrificios gentílicos. Reprueba el tomar parte en las fiestas de los paganos, y no quiere que enmedio del dia se vean coronas de laurel y lamparas en las puertas de los fieles. Respecto á las fiestas de familia como las bodas, etc., Tertuliano no las prohibe á los fieles, con tal que no se mezclen en los sacrificios ni hagan nada que sea idolátrico. Cree que los cristianos no podian desempeñar los cargos públicos, por las prácticas idolátricas que de ellos eran inseparables. Prohibe el jurar por los dioses aunque sea para la formalidad legal de los contratos.

6.° En el libro *De los Mártires*, Tertuliano exhorta á los fieles á amar la religion, á no separarse de ella, y á sufrir todos los tormentos imaginables antes que abandonar á Jesucristo.

En *La fuga de la persecucion*, Tertuliano se muestra exagerado apologista del martirio y reprueba la conducta de algunos cristianos que daban dineros á los jueces, á los delatores ó á los soldados, para que los dejasen vivir en paz y no los persiguiesen. Tertuliano como montamista, se muestra en este libro sumamente rígido, sin recordar que *summum jus est summum peccatum*.

En *El Scorpiaco*, Tertuliano escribe contra los valentinianos y los gnosticos, llamándolos escorpiones, porque con su satánica malignidad se ocupaban en escitar á los fieles para que abandonasen la fé por miedo al martirio.

En el libro *De la corona*, Tertuliano exhorta al martirio sin consideracion de ningun género. Debe referirse aquí el hecho que dió origen á este libro. Los soldados romanos tenian la costumbre de presentarse con coronas de laurel, cuando recibian el premio de sus victorias. En cierta ocasion un soldado cristiano se presentó con la corona de laurel en la mano, sin quererla poner sobre sus sienes.

Esta singularidad dió márgen á murmuraciones y escándalos. El soldado cristiano declaró que su fé no le permitia llevar la corona en su cabeza y sólo por esto fué llevado á los tribunales. Se le degradó, se le privó de su espada y se le envió á una prision. Mu-

chos censuraron la conducta de este militar. Tertuliano por el contrario, aplaudió su celo y salió á su defensa publicando el libro que lleva por título *La Corona del Soldado*.

6.° En el libro del *Hornato de las mujeres*, Tertuliano propone una moral tan justa como severa; recomienda la modestia en las palabras, en el gesto y en los vestidos; condena la vana pompa, el lujo y la descompostura, y concluye con esta exactísima observacion. «La persecucion, dice, nos está amenazando. Yo no sé si las manos ó los piés acostumbrados á los atavios de la moda podrán ser bastante fuertes para resistir los grilletes y las cadenas.»

En el libro *Contra Praxeas*, Tertuliano esplica el dogma de la Santísima Trinidad, en los mismos términos que hoy lo hace la Iglesia. En el cap. II, dice, «Creemos en la unidad, en la Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en la unidad de una misma sustancia, de un mismo estado y de una misma condicion.»

En el tratado de *La carne de Cristo*, dice expresamente, que el Verbo es Dios, y condena á los hereges que no creian que habia tomado verdaderamente la carne humana. Sabido es que en los primeros siglos hubo hereges que negaban la carne humana en Jesucristo, ó que suponian que su carne era aérea ó fantástica. Contra estos heresiarcas publicó Tertuliano el libro de que hacemos mérito.

La doctrina expuesta por Tertuliano en el libro *De la Pudicicia*, es completamente herética. Supone que

no es lícito absolver á los penitentes que, despues de recibir el Bautismo, se hacen reos de fornicacion ó adulterio. Esto es contrario á todo el Evangelio.

En el *Tratado del alma*, Tertuliano sostiene que el alma no es material, y sin embargo, afirma que es un cuerpo. Esto se esplica bien, teniendo en cuenta que Tertuliano confunde aquí el cuerpo con la sustancia, y cree que puede dividirse en cuerpo material y cuerpo inmaterial.

En el *Tratado contra Marcion*, Tertuliano dice cosas muy buenas, mezcladas con los errores de los montanistas. En este libro se burla de los católicos, llamándolos *Psiquicos*.

7.° Enumerarémos aquí los más notables errores de Tertuliano.

Dice que las almas de los justos no verán á Dios hasta el dia del juicio, aunque supone que permanecerán en el seno de Abraham ó en cualquier otro lugar, libres de toda pena. En el libro *Del alma*, cap. LV, hace una excepcion en favor de las almas de los mártires, las cuales, segun él, verán á Dios desde el instante del martirio. Este error es absurdo.

Admite el reino milenario, en el cual supone que reinará Cristo en el mundo despues de la resurreccion de los muertos.

Hablando de la Vírgen Santísima, dice lo siguiente en el libro *De carne Christi*, cap. XXIII. *Virgo quantum á Viro; non virgo quantum á partu.* Este error es verdaderamente ridículo.

En el libro *De Monogamía*, cap. VIII, dice unas

cuantas palabras que fueron más tarde citadas por el impío Helvidio, el impugnador de la perpétua pureza de la Santísima Virgen.

En el libro *De Baptismo*, cap. XV, niega la validez del bautismo administrado por los hereges, aunque se administre bajo la forma y con la intencion de la Iglesia.

En el Lib. 3.°, *Contra Marcion*, cap IX, enseña que los ángeles se han aparecido á los hombres en carne *verdadera*, aunque no *nacida*.

En el lugar citado añade, que Jesucristo, antes de la Encarnacion, fué visto por los Patriarcas y los Profetas en carne verdadera aunque no nacida.

Sería inútil el detenernos á probar que Tertuliano abrazó la doctrina de los montanistas. Por desgracia, en casi todos los libros escritos despues de su caida, se encuentran las huellas de sus errores. Él niega á la Iglesia la potestad de perdonar los crímenes enormes; condenó como pecaminosas las segundas nupcias; sostuvo que era ilícito el huir de la persecucion y se empeñó en sostener las dos cuaresmas de los montanistas, aparentando creer en la falsa santidad y en las ridículas revelaciones de Montano.

Algunos han acusado á Tertuliano de no creer en la divinidad de Jesucristo, y de suponer que Dios y el alma eran cosas materiales. Nada menos fundado. Tertuliano cree que Dios y el alma son espíritus, y si alguna vez parece que los llama cuerpos, es entendiendo la palabra cuerpo en el mismo sentido que sustancia inmaterial. Por lo que atañe á la divinidad de Je-

sucristo no necesitamos añadir nada. En cien pasajes de sus obras confiesa y defiende que el Verbo es Dios é Hijo de Dios. Las palabras del Concilio de Nicea acerca de Jesucristo se encuentran todas en Tertuliano. En *El Apologético*, cap. XXI, llama al Verbo: *De Deo Deus, lumem de lumine.*

Los protestantes han supuesto que Tertuliano negó la presencia real en el Lib. 4.°, *Contra Marcion*, capítulo XL. Aunque este libro lo escribió despues de su apostasía, no es posible convenir en que semejante error cruzara ni aun por la frente de Tertuliano. En muchos lugares de sus obras se halla claramente confesado el dogma de la Sagrada Eucaristía. En el libro *De resurrecciones carnis*, dice: *Corpore et sanguine Christi vescitur, ut anima de Deo saginetur.*

Es, pues, evidente que Tertuliano creia en la presencia real.

CAPITULO VI.

Orígenes.

1.° Nació Orígenes en Alejandría el año 185 de la era cristiana. Fué su padre el virtuoso Leónidas, hombre de fé viva y ardiente caridad, que más tarde orló sus sienes con la aureola del martirio. Leónidas puso grande esmero en la educacion é instruccion de su hijo. Desde sus primeros años le obligaba á estudiar los libros santos y repetir muchos trozos de la Sagrada Escritura de memoria y con entera fidelidad. Orígenes daba muestras de poseer un clarísimo ingénio, asombrosa memoria y un corazon de bronce para el trabajo. Su constancia le dió el nombre de *Adamantinus*, ó naturaleza de diamante, por su inmensa laboriosidad. Además, mostraba tanta ternura en su corazon, tal rectitud en sus intenciones, y tan ardiente celo en su fé, que su padre, cuando lo veia dormido, le besaba el pecho, más bien que por amor

filial, por piedad religiosa, considerándolo como un templo vivo del Espíritu Santo.

Leónidas fué acusado como cristiano y encerrado en una estrecha prision. Orígenes, que aun era un niño, iba con frecuencia á la cárcel á visitar á su padre para exhortarlo á la perseverancia y á no abandonar por consideracion ninguna la causa de nuestra santísima religion. Leónidas murió sellando su fé con su sangre, y sus bienes fueron todos confiscados y puestos en manos de la autoridad pública.

Orígenes entonces, á la edad de diez y siete años, se encontró huérfano, pobre, sin recursos de ninguna especie, con una madre viuda y seis hermanos menores, cuyas necesidades le era preciso satisfacer. En vez de entregarse á la desesperacion ó al crímen, levantó sus ojos al cielo y el Señor le ayudó en su tribulacion. Una señora rica lo recibió en su casa, y le dió todo lo necesario para el decoroso mantenimiento de su familia. Habia en la casa de esta señora empleado un herege, y nunca quiso comunicar con él Orígenes. Desde sus primeros años mostró siempre gran repugnancia á todas las heregías.

Fué discípulo de San Clemente Alejandrino, y adelantó muchísimo en el estudio de las ciencias divinas y humanas. Hablaba muchas lenguas, conocia toda la literatura griega y romana, y habia estudiado con profundidad las Sagradas Escrituras, los libros de los Santos Padres que le habian precedido, y la disciplina y tradiciones de la Iglesia. Su elocuencia era dulce y persuasiva. Comenzaba siempre por hacerse esti-

mar, para concluir infundiendo el arrepentimiento en el corazon de su adversario. Sabia Orígenes que los errores son hijos más bien de la depravacion de la voluntad que de la limitacion del entendimiento.

A la edad de diez y ocho años se hallaba ya al frente de la célebre escuela de Alejandría. Adquirió un crédito inmenso; tuvo muchos y muy importantes discípulos, y siempre era numerosísimo su auditorio.

Como se veia obligado á tratar frecuentemente, por su profesion de catequista, con mujeres de todas edades y condiciones, para tranquilidad de su espíritu y para despojar hasta de pretextos á la maledicencia, entendiendo mal un pasaje del Evangelio, se hizo eunuco. Este es un hecho que debe admirarse por la sana intencion que revela, y reprobarse siempre por ser contrario á la razon, rechazado por Dios y condenado por la Iglesia.

Muerto Septimio Severo en el año 211, cesó la persecucion, y Orígenes hizo un viaje á Roma solo por visitar la Iglesia fundada por San Pedro. Al volver á Alejandría, el obispo Demetrio, que entonces era su amigo, le rogó que continuase dando sus públicas lecciones. Los enemigos del cristianismo, alarmados y llenos de irritacion por el crédito de Orígenes, empezaron á perseguirlo y buscarlo por todas partes. Esta persecucion le obligó á huir en secreto de Alejandría y refugiarse en Palestina. Los obispos de este país recibieron á Orígenes con regocijo y entusiasmo, y le rogaron que se encargase de esplicar al pueblo

las Santas Escrituras. Demetrio, obispo de Alejandría, al saber esto se llenó de indignacion y escribió á Alejandro, obispo de Jerusalem, y Theoclisto, obispo de Cesárea, reprobando su conducta, y manifestándoles que no siendo Orígenes sacerdote, no podia ser autorizado para ejercer el ministerio de la predicacion. Estos venerables prelados contestaron con respeto á Demetrio, y continuaron depositando su confianza en Orígenes. Orígenes hizo un viaje á Grecia para predicar contra los hereges que turbaban la iglesia de Acaya. Más tarde volvió á Egipto. Se reconcilió con su obispo Demetrio, y recibió de él letras comendaticias al emprender su nuevo viaje á la Palestina. Se detuvo en Cesarea, y allí fué ordenado por Theoclisto, obispo de dicha ciudad, con aplauso de Alejandro, obispo de Jerusalem. Recibió Orígenes el presbiterado el año 230 á los cuarenta y cinco de su edad. Demetrio, al tener noticia de su ordenacion, se mostró sumamente indignado. Entonces protestó, escribió contra ella, y hasta manifestó que Orígenes se habia hecho eunuco, cosa que hasta entonces habia conservado en el más profundo silencio. Demetrio mostró un grande empeño en desacreditar á Orígenes. Escribió contra él á Roma, á los obispos de Palestina, y lo hizo condenar en dos Concilios provinciales. Murió Demetrio el año 231, y con esto quedó en paz el célebre defensor de la Iglesia. San Gerónimo, en el *Catálogo de los escritores eclesiásticos*, cap. LXXV, hablando de la ordenacion de Orígenes, dice lo siguiente: *Demetrii offendit animum, qui tanta in eum debacchatus est*

INSANIA ut per totum mundum super nomine ejus scriberet. Nos basta la autoridad de San Gerónimo para demostrar que fué inescusable la ardiente actividad de Demetrio.

En la persecucion suscitada por el emperador Maximino, necesitó Orígenes permanecer dos años oculto para salvar su vida. Restablecida la paz por Gordiano el año 237, hizo Orígenes un nuevo viaje á Grecia. Permaneció algun tiempo en Atenas; volvió despues á Cesarea, y por último, fué á la Arabia, llamado por los obispos católicos de aquel país, para refutar los errores del herege Berilo, obispo de Vostra. Este heresiarca negaba la divinidad de Jesucristo, afirmando que no habia comenzado á ser Dios hasta el instante de su nacimiento. Orígenes logró convencer á Berilo y hacerle publicar una terminante y expontánea retractacion de sus errores. Pasado algun tiempo, los obispos de la Arabia volvieron á llamar á Orígenes para que asistiese á un Concilio que ellos celebraban contra ciertos hereges que negaban la inmortalidad del alma. Tambien en esta ocasion bendijo el cielo la predicacion de Orígenes. Los hereges, al oirlo, se declararon convencidos, se convirtieron y abjuraron el error. En la persecucion de Decio, suscitada el año 249, Orígenes fué encerrado en la cárcel y expuesto á los más horribles tormentos. Se le pusieron cadenas en los piés y grilletes en las manos. Además, se le expuso al oprobio de la argolla. Viendo que los dolores físicos no debilitaban su constancia, procuraron sus verdugos vencerlo con los tormentos morales.

Sabiendo que Orígenes era celosísimo observador de la castidad, lo amenazaron con arrojarlo á un lugar de impureza si no quemaba incienso en honor de los ídolos. San Epifanio (*Heregía* 64), dice que Orígenes cedió por miedo, que le pusieron el incienso en las manos y que sacrificó á los ídolos. Orígenes no dejó nunca de creer en la religion católica; pero su debilidad le arrancó la corona del martirio, y lo condenó al oprobio de la apostasía.

La caida de Orígenes es puesta en duda por críticos de grande autoridad. Eusebio no habla de ella en su *Historia eclesiástica*. San Gerónimo no la menciona siquiera en su célebre *Catálogo*. Baronio, en los *Anales*, año 253, la niega resueltamente, asegurando que el texto de San Epifanio puede haber sido interpolado. Fleury, *Historia de la Iglesia*, tomo 2.°, Lib. 5.°, numero 35, niega que Orígenes tributase culto á los ídolos, y afirma que por el contrario, dirigiéndose al pueblo, dijo delante del templo de Serapis: «Venid y recibid estas palmas, no como de vuestro ídolo, sino como de mi Señor Jesucristo.» Berault-Bercastel, en la *Historia de la Iglesia*, tomo 2.°, página 15, cuenta la resistencia heróica de Orígenes en los propios términos que Fleury. Esto, no obstante, Petavio, en las *Notas á San Epifanio*, (*Heregía* 64), Daniel Huet, en el Lib. 1.° de *Los Origenianos*, capítulo IV, y Natal Alejandro, en la *Historia eclesiástica*, tomo 6.°, disertacion 15, cuestion 2.ª, creen en la verdad de la caida de Orígenes, tal cual la refiere San Epifanio. Lo cierto es, que la memoria de Orígenes

aparece bastante oscurecida en los últimos años de su vida. Murió en Tiro, el año 254, á la edad de sesenta y nueve años.

2.° Nos es imposible hablar de todas las obras de Orígenes. Son tantas que Rufino las hacia subir á *seis mil*, en el siglo IV. San Gerónimo daba cuenta con admiracion en una de sus cartas de las muchísimas obras que escribia y publicaba Orígenes, gracias al apoyo material de un amigo suyo llamado Ambrosio, que era bastante rico. Enumeraremos, sin embargo, sus más notables obras.

El libro de *Los Principios* es una especie de tratado filosófico-religioso, en el cual pretendia Orígenes poner en armonía la filosofía con la fé, ó lograr que la filosofía no se considerase más que como el preámbulo de la revelacion. En este libro se hallan muchos errores, aunque no podemos asegurar que todos sean de Orígenes. El original griego se ha perdido, y sólo se conserva la traduccion latina, hecha con bastante libertad por Rufino. El propio traductor confiesa que no fué esclavo del texto, y que añadió ó suprimió todo lo que le pareció oportuno.

Orígenes publicó una *Exhortacion al martirio*, más racional y más prudente que la de Tertuliano. Admitia la gloria, la conveniencia y aun la necesidad del martirio, pero nunca condenó á los que se ocultaban para huir de la persecucion.

Los comentarios de la Sagrada Escritura son notables por su erudicion, por la fecundidad de imaginacion que revelan y por la asombrosa facilidad con que

están escritos. Orígenes fué el primero que logró exponer todo el Antiguo y Nuevo Testamento. Sus exposiciones se dividen en notas breves sobre los pasajes oscuros; en extensos comentarios sobre la moral ó el dogma de los libros santos, y *homilias* ó discursos familiares en los cuales, con estilo sencillo é imágenes claras procuraba esplicar la moral al pueblo.

Conservamos una gran parte de estos comentarios; pero incompletos ó traducidos con poca fidelidad.

Orígenes trabajó muchísimo en la Sagrada Escritura. Logró hacer una edicion de todos los libros santos, que comenzó en Alejandría y concluyó en Tiro, despues de diez y ocho años de trabajo. Hemos dicho una edicion, y en realidad son tres: *Las Hexaplas*, *Octaplas* y *Tetraplas*. *Las Hexaplas* se componian de seis columnas. En la primera se hallaba el texto hebreo con caractéres hebreos. En la segunda, el mismo texto hebreo con caractéres griegos, para que lo pudieran leer los que entendian la lengua hebrea sin conocer su alfabeto. En la tercera columna se hallaba la version de Aquila. En la cuarta la de Simaco. En la quinta, la de los setenta intérpretes. Y en la sesta y última, la de Theodocion.

Las Octaplas contenian en ocho columnas las seis versiones mencionadas, y además otras dos versiones que encontró Orígenes, una en Jericó, en los últimos años del reinado de Caracalla, y otra que halló en Nicópolis, cerca de Actium, en el Epiro, poco tiempo

despues. En estas dos ediciones procuró Orígenes dejar siempre enmedio la version de los *Setenta*.

Las Tetraplas son una edicion más económica y de más fácil uso. No tienen nada más que cuatro columnas y cuatro versiones, que son las de Aquila, Simaco, los *Setenta* y la de Theodocion.

No contento con esto, Orígenes que no se cansaba de trabajar en la Santa Escritura, hizo una nueva edicion de la version de los *Setenta*, comparada con el texto hebreo de Theodocion. Aquí se notan con astéricos las adiciones tomadas del texto hebreo, y con comillas las cosas que, faltando en el texto hebreo, se encontraban en los *Setenta*. Estos astéricos y comillas han desaparecido.

La obra de Orígenes *Contra Celso* es una excelente apología. En ella refuta los sofismas del impío Celso, y establece con sólidas razones la verdad de la religion católica. Prueba la exactitud de las profecías, la realidad de los milagros, la verdad de la resurreccion de Jesucristo, su divinidad, y en fin, todos los dogmas fundamentales del Catolicismo.

3.° Es necesario hacer distincion entre Orígenes, sus obras y su escuela. Orígenes jamás perdió la fé. Si cayó en errores, su caida no fué nunca por soberbia ni por contumacia. Nunca mostró deseos de rebelarse contra la autoridad de la Iglesia.

Sus libros están llenos de errores y no pueden defenderse en conjunto.

Su escuela está formada por hombres que, como el maestro, no habian perdido la fé, ó por gentes cor-

rompidas que sólo buscaban pretestos para sepultarse en la incredulidad. No es posible dudar que las obras de Orígenes fueron alteradas por los discípulos que pertenecian á este último grupo.

Es muy fácil el comprender y el esplicar los errores que se encuentran en las obras de Orígenes. Este fecundísimo escritor dictaba con suma facilidad, y hacia escribir todo lo que se le ocurria, sin tener tiempo para corregirlo, ni aun para revisarlo. Él estaba siempre acompañado de siete *notarios*, que con signos abreviados copiaban todas sus palabras, y á lo ménos otros siete *libreros* que las traducian, expresándolas con los caractéres ordinarios.

Los antiguos llamaban *notarios* á los que sabian escribir con notas abreviadas, de las cuales cada una equivalia á una palabra. Era esto muy parecido á nuestra moderna taquigrafía, aunque con alguna mayor complicacion. Y se llamaban *libreros* los que se ejercitaban en traducir estas notas para que las pudiese leer todo el mundo. Con sólo fijarse en esto, se comprende cuán fácil era que se deslizasen errores, tomando ó traduciendo mal las notas. Añádase á esto que Orígenes se descuidaba mucho en la correccion de sus obras. En algunas ocasiones se quejó él mismo de la poca ó ninguna fidelidad con que se publicaban sus ideas. Rufino refiere algunos de estos casos en la *Apología de Orígenes*. Además, no puede olvidarse que, teniendo Orígenes un crédito inmenso, los hereges procuraban siempre escudarse con su autoridad.

Estas observaciones nos autorizan, si no para justificar, al ménos para escusar la conducta de Orígenes.

4.° Los errores que se encuentran en las obras de este eminente apologista son muchísimos. Aquí daremos cuenta únicamente de los más notables.

Orígenes creia que las almas de los hombres eran criadas antes de los cuerpos, y que eran arrojadas del cielo por sus culpas, y vivian en nuestra carne como en una cárcel. Esto, más bien que un error, es un delirio.

Opinó tambien Orígenes que el alma racional de Cristo existió unida al Verbo antes de la Encarnacion.

No vaciló en sostener que la pasion de Cristo era provechosa hasta para las potestades infernales.

Por una aberracion inconcebible, Orígenes negó la eternidad de las penas y la eternidad de los premios. Segun él, ni los condenados han de estar siempre en el infierno, ni los que se salvan han de permanecer siempre en el cielo. No pueden imaginarse suposiciones más absurdas.

Respecto á la resurreccion de la carne se expresó Orígenes en términos que hacen muy sospechosa su doctrina. Parece como que cree en la inmortalidad del alma, y sólo admite una resurreccion nominal del cuerpo.

Parece que rechaza la pena de sentido, entendiendo el fuego del infierno de una manera alegórica, y no admitiendo más tormentos que los remordimientos de la conciencia.

En el libro de *Los Principios*, cap. VII, dice que los astros están animados y conocen á Dios, que pueden pecar y hacer oracion, ser condenados ó alcanzar la salvacion eterna. Este error es una quimera completamente ridícula.

En el Lib. 2.° de *Los Principios*, cap. II, habla Orígenes como si creyera que el poder de Dios no es infinito.

En el mismo libro de *Los Principios*, en los capítulos I, VIII y IX, asegura que Dios crió el mundo sólo para castigar á las almas que habian prevaricado antes de la creacion.

Tambien, por último, cayó Orígenes en la tentacion de creer en una perpétua sucesion de mundos.

CAPITULO VII.

San Cipriano.

1.° San Cipriano nació en Cartago en el primer tercio del siglo III. Sus padres eran ricos y pertenecian á una familia noble y distinguida. Eran paganos, y su hijo fué educado segun los ritos y prácticas del paganismo. San Cipriano, sin embargo, poseia un talento clarísimo, grande amor á la verdad, y espíritu de investigacion y de crítica. Su carácter era enérgico y su elocuencia tenía mucho de la terrible rudeza de su carácter y la inmensa bondad de su corazon. No hay nada tan difícil de calificar como la elocuencia de San Cipriano. Lactancio cree que puede considerarse como el primer escritor cristiano verdaderamente elocuente. San Gerónimo compara su estilo con una fuente de aguas puras, cuya corriente se desliza por las praderas con suavidad y mansedumbre. Otros críti-

cos miran la elocuencia de San Cipriano como el ímpetu de un torrente que no se detiene ante nada y arrastra todo lo que halla en su camino. Y lo cierto es, que unos y otros tienen razon. En el lenguaje de San Cipriano se hallan admirablemente confundidos lo enérgico con lo suave, y lo fuerte con lo agradable. Parece que la gracia obró en la elocuencia el mismo prodigio que en el alma de San Cipriano.

Era este exclarecido apologista discípulo de Tertuliano. Aunque en muchos puntos conserva la rigidez del maestro, es indudable que lo suaviza en no pocos casos. El lenguaje de San Cipriano es puro y su latin bastante correcto. En algunas ocasiones muestra, no obstante, la oscuridad de Tertuliano, á quien leia mucho, y los giros propios de los idiomas orientales que hablaba.

San Cipriano no podia vivir tranquilo en la filosofía pagana. La gracia del Señor le iluminó, y merced á la dulce persuasion del presbítero Cecilio, abandonó la idolatría que tanto detestaba, y abrazó el Cristianismo, en el cual no podia ménos de reposar su espíritu. El mismo San Cipriano confiesa que no podia comprender, cuando era gentil, cómo un hombre acostumbrado á los placeres de la vida, podia abandonarlo todo para consagrarse á Jesucristo. Despues se convenció por experiencia propia de que el yugo del Señor es muy suave, y su carga muy ligera. Lo que las costumbres gentílicas le presentaban como desagradable, difícil y aun imposible, la gracia de Dios se lo dió á conocer como dulce y fácil, como la única feli-

cidad temporal, y como el camino único para la felicidad eterna.

Recibió el Santo Bautismo el año 246. Los paganos se mostraron muy irritados con su conversion. Conocian que ellos habian perdido y que los cristianos habian ganado un vigoroso atleta. Al principio intentaron abrumar á San Cipriano recurriendo á la sátira, á los insultos, al sarcasmo y á la calumnia. Todo era inútil. Cipriano era verdadero discípulo de Jesucristo y se complacia en ser odiado y escarnecido por amor á su Divino Maestro. Perdonaba á sus enemigos y pedia al Señor el don de la perseverancia.

Como era rico, para consagrarse enteramente á Dios, vendió todos sus bienes y repartió todo su valor entre los pobres. Renunció á la pompa mundana y se vistió con el modestísimo trage que usaban los filósofos cristianos. Dejó de leer los libros de los gentiles y se dedicó á estudiar y meditar las Sagradas Escrituras y las obras de los Santos Padres. Muy pronto su virtud y su saber, su celo y su elocuencia le dieron un puesto distinguido entre los Santos Apologistas de la religion cristiana. Con las dispensas canónicas por su falta de edad, fué ordenado sacerdote. Poco despues, el año 248, murió el obispo de Cartago, y no obstante su fuerte y porfiada resistencia, San Cipriano fué designado para sucederle con aclamaciones del pueblo, por unánime consentimiento del clero. No es posible describir los trabajos de este Santo Obispo de Cartago. Él velaba por los pobres, creyendo que no cumplia con sus deberes, cuando no socorria á los menes-

terosos que padecian hambre ó no consolaba á los desgraciados que eran atormentados por alguna enfermedad. Fué la luz de África, é infatigable maestro del clero. Hacia increibles esfuerzos por lograr que meditasen y pudiesen explicar la ley divina todos los ministros del Señor. Fué por último padre cariñoso y prudente consejero de todo el pueblo y con perfecta abnegacion se habia olvidado de sí mismo, para pensar únicamente en la reforma de las costumbres y la santificacion de las almas.

En la persecucion de Decio, San Cipriano tuvo necesidad de ocultarse, no por miedo á la muerte, sino porque aun no habia llegado la hora de su martirio. Durante su destierro no cesó de estar en comunicacion con su Iglesia por medio de sus sacerdotes ó diáconos, ó de epístolas admirables que aun se conservan.

San Cipriano fué constante defensor de la fé y rígido mantenedor de la disciplina. Trató con rigor á los apóstatas, y aun á los que buscaban recomendaciones de los mártires y de los confesores no los admitia sin grandes pruebas á la participacion de los divinos misterios. En aquel tiempo se llamaban mártires no solo los que morian por la fé, sino los que recibian tormentos por no quemar incienso ante los ídolos. Eran conocidos y respetados como *confesores* los que sin miedo á los tormentos ni aun á la misma muerte manifestaban que eran cristianos en presencia de los perseguidores. Tanto unos como otros, es decir, los mártires y los confesores, tenian gran prestigio y sus recomendaciones eran muy atendidas en la Iglesia. Por

esto los apóstatas que renegaban de su fé por miedo á la persecucion, buscaban el apoyo de los mártires ó de los confesores cuando querian volver al seno de la Iglesia.

San Cipriano convocó y presidió en África varios concilios para condenar á los hereges ó para examinar en ellos las más importantes cuestiones de la disciplina.

El año 257, comenzó de nuevo la persecucion, y San Cipriano fué desterrado á Curubes, poblacion distante unas doce leguas de Cartago. Pocos meses despues fué encerrado en una prision y condenado á muerte. Sufrió el martirio con ejemplar resignacion, siendo degollado el dia 14 de Setiembre del año 258. Cuando oyó pronunciar su sentencia, dijo: «Loado sea Dios.» Consideraba el martirio como la gran corona de su vida. Él mismo se vendó los ojos y entregó sus manos á uno de sus diáconos para que se las atase. Hecho esto, con asombrosa tranquilidad de espíritu levantó sus ojos al cielo, inclinó la cabeza y recibió el golpe fatal del verdugo.

Su cuerpo fué conservado con esmero por los cristianos de África en Cartago. En el año 802 fué trasladado á Francia por los embajadores de Carlo-Magno. Primero se depositó en Arlés, despues en Lyon, y por último, en la iglesia de San Juan, erigida en Copiegne por Cárlos el Calvo.

Para conocer la vida y escritos de San Cipriano, debe consultarse la obra de Fabre, titulada *San Cipriano y la Iglesia de Cartago*, publicada en París en 1848.

2.º Las obras de San Cipriano son las siguientes:

Ochenta y una *Epístolas* sobre asuntos de fé, de moral y de disciplina. En todas ellas resaltan la piedad, el celo y la ardiente caridad de su autor; pero en algunas ocasiones, por su rigidez, parece discípulo de Tertuliano. Estas *Epístolas* deben leerse con interés, porque son muy útiles; pero con cierta precaucion, especialmente en las cartas escritas acerca de los apóstatas durante el primer destierro; acerca de la apelacion de Privato, y más que en ninguna, en las que se refieren al bautismo de los hereges.

El *Tratado de los Testimonios* es un libro de gran provecho para refutar la perfidia judáica.

El *Tratado de Lapsis ó de los caidos*, contiene muy buenas lecciones acerca de la penitencia y de la reconciliacion de los pecadores; pero necesita ser leido con reflexion y prudencia en ciertos pasajes que parecen algo oscuros.

La esplicacion de la oracion dominical es un admirable tratado de moral evangélica. En él se ensalzan la fé, la piedad, la confianza en Dios y el perdon de las injurias. Además se enseñan doctrinas de gran provecho. San Agustin estimaba mucho esta obra, y la cita con frecuencia.

La Exhortacion al martirio, escrita poco antes de la muerte de San Cipriano, es un libro en el cual se hallan la fé y la prudencia que aconseja Jesucristo. Tertuliano, muy severo en este punto, condenaba á los fieles que huian de la persecucion. San Cipriano, más prudente, exponiendo la verdadera doctrina de la

Iglesia, condenaba á los apóstatas, sin reprobar la conducta de los que se encerraban en las catacumbas para no ser hallados por los perseguidores.

El libro *De la Paciencia* fué escrito en todo el calor de la disputa sobre el bautismo de los hereges. Por esto admira más aun que el título de la obra, la doctrina que contiene. En ella se recomienda el sufrimiento, y no se hace alusion ninguna al estado de los ánimos. San Cipriano seguia, en lo tocante al bautismo de los hereges, una opinion contraria á la antigua tradicion, reprobada por la gran mayoría de los obispos y condenada por el Papa San Estéban. Todo el mundo conocia la opinion de San Cipriano. Habia escrito muchas cartas en defensa de sus doctrinas; habia convocado concilios en África, y hasta habia dirigido cartas al soberano Pontífice. Su amor propio se hallaba sumamente interesado en esta cuestion. Sin embargo, en el tiempo mismo en que llegó á Cartago la reprobacion de San Estéban, publicó San Cipriano el admirable *Tratado de la Paciencia*.

El libro sobre *Las obras de misericordia* no necesita esplicacion ninguna. Todo está dicho con indicar que la obra es digna del título que lleva.

El *Tratado de la Mortandad* es una prueba evidente de que nunca falta ni puede faltar en la Iglesia el espíritu de Tobías. Hubo en África una peste horrorosa. Morian muchísimas personas, y sus cadáveres quedaban insepultos en sus casas, en los campos y aun en las calles. San Cipriano publicó entonces el libro *De la Mortandad* con el objeto de excitar á los ricos para

que contribuyesen con su dinero, y á los pobres para que ayudasen con su trabajo á dar sepultura á todos los cadáveres, sin distincion ninguna, fuesen de cristianos ó de gentiles. San Cipriano muestra aquí cuán universal es la caridad de la Iglesia, y cuán necesaria es en todas las calamidades de la vida.

El libro *Contra Demetrio* es una excelente apología de la religion. Los gentiles tenian la costumbre de imputar á los cristianos todos los males públicos. Las guerras, las sediciones, las tempestades, los terremotos, las pestes, los incendios, todo se atribuia á la iritacion de los dioses contra los cristianos. San Cipriano refutó este absurdo argumento, manifestando que, por el contrario, todas las calamidades públicas eran castigos del Dios verdadero contra la idolatría, la corrupcion y la crueldad de los gentiles.

La obra más notable de San Cipriano es la titulada *De la unidad de la Iglesia.* Comienza por establecer el primado de San Pedro para que sólo haya una cátedra y una sola Iglesia. Habla luego de la unidad del Episcopado, de la unidad de la Iglesia y de la absoluta necesidad de permanecer unidos á la divina gerarquía. «El que se separa, dice, de la Iglesia, no recibirá jamás las recompensas de Jesucristo. Debe ser considerado como un extranjero, como un profano ó cual un enemigo. No puede tener á Dios por Padre quien no tiene á la Iglesia por Madre. Así como en el Diluvio perecieron todos los que no entraron en el arca de Noé, perecerán del propio modo en la vida los que no entran en la Iglesia de Jesucristo.»

«No crea nadie, añade, que los buenos pueden separarse de la Iglesia. El viento deja el trigo en la era y solo se apodera de las leves pajas. El cisma es un crímen tan enorme, que ni aun la muerte es bastante para expiarlo. El que no está en la Iglesia no puede ser mártir. Podrá morir, pero no será coronado.»

3.° Los puntos que necesitan ser esplicados en las obras de San Cipriano, son varios. El primero se funda en el excesivo rigor con que trataba á los que por miedo á la muerte, habian renegado de la fé durante la persecucion de Decio. Tanta es su severidad, que en algunas ocasiones parece como que se aproxima al rigor montanista de Tertuliano.

Para desvanecer esta objecion sólo se necesita tener en cuenta que San Cipriano se hallaba en el destierro y que la persecucion no habia cesado. Parecia natural que en los momentos en que las apostasías podian ser más frecuentes, se aumentase el rigor contra los apóstatas para retraerlos de la perpetracion de su crímen. Cuando la persecucion cesó, y disminuyó el peligro de las apostasías, San Cipriano mostró en este punto ménos severidad como puede verse en la Epístola 49.

Hay en San Cipriano una palabra, la *exhomologesis* que necesita esplicacion. Algunos han creido que la *exhomologesis* significa lo propio que la absolucion sacramental. Fundándose en esta errada inteligencia, han creido que el Santo Mártir, ó negaba obstinadamente la absolucion como los montanistas, ó atribuia la potestad de absolver á los diáconos. Nada más falso. *Exhomologesis* era una especie de reconciliacion públi-

ca con la Iglesia, muy diversa de la absolucion sacramental.

San Cipriano defendió indudablemente una doctrina falsa en lo tocante al bautismo de los hereges. Creia que los hereges por el sólo hecho de separarse de la Iglesia, perdian la potestad de bautizar, y sus bautismos eran nulos, aunque se administrasen con materias ciertas, intencion legítima y forma verdadera.

El Papa San Estéban reprobó esta doctrina, declarando que no se debian rebautizar los bautizados por los hereges, ó que no se debia innovar nada en lo tocante á la antigua y general tradicion de la Iglesia. Se entiende, por supuesto, que para considerar como válido el bautismo de los hereges, es indispensable que se administre con la materia, la forma y la intencion que exige la Iglesia. Tambien debe observarse que esta doctrina no impide el que se administre el bautismo bajo condicion, cuando haya dudas fundadas á los bautizados por los hereges.

No consta que San Cipriano se sometiera á lo resuelto por el soberano Pontífice acerca de esta cuestion. Pero es indudable que San Cipriano la consideró, ó como punto de mera disciplina, ó que dejó de sostenerla en el instante mismo en que oyó la sentencia definitiva del Vaticano. De otro modo, el Papa no habria dejado de condenarlo como herege de una manera explícita y solemne. Pero no era necesario. San Cipriano no pensó nunca en separarse de la Iglesia. En sus libros y en sus cartas sostuvo la necesidad de la

unidad, y en su muerte selló con su sangre su doctrina y su predicacion.

Algunos escritores muestran empeño en presentar á San Cipriano como enemigo de la Santa Sede. No comprendemos acusacion más absurda. Basta leer el *Tratado de la unidad de la Iglesia*, para convencerse de que el Santo Mártir comienza por establecer la verdad y la necesidad del primado de San Pedro.

En la *Epístola á Antoniano*, el Santo mártir, no sólo respeta al Vicario de Jesucristo, sino que lo defiende con una extensa y calorosa apología en la persona del Papa San Cornelio. En la *Epístola* 59, hablando contra el herege Privato y los hereges que le acompañaron en su viaje á Roma, dice lo siguiente: «Ellos han osado atravesar el mar y llevar cartas de los cismáticos á la cátedra de Pedro, á la Iglesia principal, que es la fuente de la unidad sacerdotal.»

Nos basta advertir esto para refutar el error de los que creen que San Cipriano condenaba las apelaciones á Roma. Lo que queria es, que, reconociendo siempre el Supremo derecho del Vicario de Jesucristo, los cismáticos no pudiesen escarnecer á sus prelados, y burlarse de sus sentencias con frecuentes é inmotivadas apelaciones. El hecho es el siguiente: San Cipriano habia condenado en un Concilio africano á Privato y Felicísimo. Estos eran, en verdad, declarados cismáticos. Para despreciar la sentencia del Concilio hicieron un viaje á Roma con el fin de protestar ante el Papa San Cornelio. El Sumo Pontífice no quiso primero ni aun recibirlos. Más tarde los escuchó, y

despues escribió una carta á San Cipriano manifestándole lo ocurrido. San Cipriano entonces escribió al Papa, sin negar el derecho de apelacion, justificando su conducta y condenando con energía la iniquidad y la mala fé de los cismáticos apelantes. ¿Qué hay aquí que pueda considerarse como contrario al derecho de apelacion? Evidentemente nada. Cuando se estudia con profundidad la historia de la Iglesia, no puede uno ménos de admirarse al ver cuán verdadera es la enseñanza católica, y cuán falsas son las suposiciones de los incrédulos.

CAPITULO VIII.

Lactancio.

1.° Lucio Celio Firmiano Lactancio fué un célebre orador y brillantísimo apologista de la Iglesia. Se ignoran las circunstancias de su familia, y aun el lugar de su nacimiento. Suponen unos que fué africano, mientras otros creen que nació en Fermo, en la Marca de Ancona. Poseia un admirable talento crítico; habia estudiado todas las ciencias de su época, y conocia perfectamente los numerosos y trascendentales vicios del paganismo. Su elocuencia le granjeó un crédito inmenso. Por la pureza y claridad de su estilo, por la noble elegancia de sus palabras, hasta por la natural brillantez y energía con que sabia expresarse, logró ser llamado el Ciceron cristiano. Comenzó á brillar en los últimos años del siglo III, y murió en el año 25 del siglo IV.

El emperador Diocleciano, sabiendo cuán admirable era la elocuencia de Lactancio, lo llamó á Nicomedia y le dió una cátedra de retórica. Por desgracia, tuvo muy pocos discípulos, y se vió obligado á abandonar sus esplicaciones. Allí casi no se entendia el latin, todo el mundo hablaba el griego, y por orgullo ó por amor propio, era poco estimada la elocuencia latina de Lactancio. Acostumbrados los griegos á ser en todo los maestros del Occidente en lo antiguo, miraron siempre, al ménos con poco aprecio, la enseñanza occidental.

Lactancio se llenó de indignacion al ver la horrorosa crueldad con que comenzaron á ser perseguidos los cristianos en el año 303 de nuestra era. No se sabe si antes se habia bautizado, ó si con motivo de la persecucion abrazó entonces el Cristianismo. Es indudable, sin embargo, que fuese ó no cristiano, en esta época reprobó con toda la energía de su alma la feroz crueldad con que eran tratados los adoradores de Jesucristo.

El emperador Constantino nombró á Lactancio preceptor de su hijo Crispo. Lactancio entró en la corte sin vanidad y sin ambicion, y vivió en ella con humildad y modestia. Las riquezas que recibia de Constantino las distribuia inmediatamente entre los pobres. Era hombre verdaderamente justo y enemigo de la soberbia. Era tan profunda su humildad como viva su fé. Lo devoraba el celo por la causa del Señor, y no cesaba de trabajar por hacer palpable á todo el mundo cuán peligroso era el empeñarse en destruir la obra inmortal de Jesucristo.

2.° Las principales obras de Lactancio son las siguientes:

1.ª *Las Instituciones divinas*, en siete libros. En esta obra su autor dirige terribles ataques al paganismo, y ensalza la religion cristiana, colocándola sobre las ruinas de la idolatría. En esta apología, sin embargo, se nota una grandísima diferencia entre el ataque al error pagano, que es irresistible, y la defensa de la verdad católica, en la cual no suele hallarse igual fuerza de raciocinio. Lactancio, que es un excelente modelo cuando impugna á sus adversarios, no puede ser imitado por su frecuente debilidad cuando se defiende.

2.ª El libro *De la ira de Dios*, en el cual expone con grande extension y mucha elocuencia el orígen, la índole, la doctrina y los preceptos de la religion cristiana. Es un excelente tratado de filosofía católica, que será siempre consultado con fruto por cuantos deseen convencerse de la infinita diferencia que existe entre las perecederas doctrinas humanas, enseñadas por los filósofos, y la eterna doctrina católica revelada por Jesucristo. En esta obra han creido ver algunos máximas de moral muy rígidas. Los que así opinan, se fundan en la severidad con que Lactancio condena los espectáculos públicos. Sin embargo, deberia tenerse en cuenta que si puede haber algunos espectáculos lícitos, los del siglo de Lactancio eran todos idolátricos y llenos de crueldad y de inmundicia.

3.ª El *Tratado de la obra de Dios*. Este libro es una

magnífica demostracion de la Divina Providencia, fundada especialmente en la maravillosa armonía que existe en las diversas partes del cuerpo humano y en las sublimes cualidades del espíritu que lo anima.

4.ª El *Tratado de la muerte de los perseguidores*. En este libro procura demostrar Lactancio que todos los perseguidores de la Iglesia han tenido una muerte horrible. Esta obra deberia ser traducida á todos los idiomas, y leida en todas partes. Es necesaria para todos los que se empeñan en hacer impía guerra al cielo. Estudiándola se adquiere la profunda conviccion de que todos los que luchan contra Dios son siempre confundidos como los ángeles rebeldes.

La edicion de las obras de Lactancio que tenemos á la vista es la de Desmarettes, en dos tomos en 4.°, publicada en París en 1748.

3.° Lactancio debe ser leido con precaucion. San Gerónimo se queja, diciendo que es mucho más fuerte cuando ataca á los gentiles que cuando defiende á los cristianos. El Papa Gelasio declaró apócrifas las obras de Lactancio por los errores que contienen. En el tiempo de este Santo Pontífice, en el siglo v, las obras de Lactancio necesitaban ser, en efecto, prohibidas, porque los errores que contenian eran acaso los que más disturbios producian en aquella época. San Gelasio, por otra parte, más bien que condenar á Lactancio, lo que hizo fué manifestar la necesidad de señalar y espulgar sus errores.

El mismo San Gerónimo halló en Lactancio algunas frases que podian utilizar los hereges que nega-

ban la divinidad del Espíritu Santo. En *Las Divinas instituciones*, Lib. 2.°, cap. XV, supone que los ángeles pueden cometer pecados de incontinencia, y que de hecho los han cometido. Asegura que el fruto del comercio criminal entre las mujeres y los ángeles prevaricadores es una especie de naturaleza intermedia entre el hombre y el ángel, á la cual llama *Diablo terreno*.

En el Lib. 7.°, cap. XXI, afirma que las almas de los difuntos permanecen como en depósito, en un lugar que Dios les ha señalado, hasta el dia del juicio. Parece además como que sólo admite la resurreccion de los justos, y con respecto á los pecadores, sólo indica que serán enviados desde luego á los suplicios del infierno.

En el cap. XXIV del citado libro, dice que vendrá Jesucristo al mundo á reinar mil años sobre los hombres.

En el cap. XII procura demostrar, con un argumento verdaderamente ridículo, que el mundo no durará más ni ménos que seismil años. Esto es contrario á lo que dice expresamente el mismo Jesucristo. Nadie sabe cuándo llegará el último dia, porque Dios no ha querido revelarlo al mundo.

En el Lib. 4.°, cap. CLXXXVIII, afirma que Pilatos no condenó á muerte á Jesucristo. Esto es contrario á lo que dice el Evangelio.

En el Lib. 6.°, cap. XX, dice que los cristianos no pueden, sin pecar, ser ni militares ni fiscales en causas de muerte. Este error sólo se comprende, recor-

dando que Lactancio sólo tenía delante de sus ojos un ejército conquistador que desvastaba el mundo, y unos tribunales que, por lo general, sólo pedian la pena de muerte contra los inocentes cristianos.

CAPÍTULO IX.

Eusebio de Cesarea

1.° Eusebio Pánfilo obispo de Cesarea nació en los últimos años del reinado de Galiano. No se sabe cuál fué su familia ni donde nació. Era muy amigo de Pánfilo, Santo y Mártir sacerdote de Cesarea. Cuando murió Pánfilo, Eusebio adoptó su propio nombre como testimonio de su grande amistad.

Era Eusebio hombre de clarísima inteligencia, de asombrosa memoria y de una grande aplicacion al trabajo. Por su inmenso saber causaba admiracion en su tiempo. Se solia decir que conocia todo lo que se habia escrito antes de él. ¡Ojalá á las grandes cualidades de su ingenio hubiese podido añadir las grandes cualidades que faltaban á su corazon!

Estableció una escuela en Cesarea, en la cual tuvo muchos discípulos y adquirió grande autoridad. Fué elegido obispo de la ciudad que le dió su nombre.

Eusebio tenia por desgracia un corazon débil y era bastante inclinado á la adulacion y á la hipocresía. No puede dudarse que favoreció á los arrianos y que dañó muchísimo á la Iglesia católica. Sin embargo, procuró siempre paliar su error para no arrostrar nunca de una manera franca sus consecuencias. Asistió al Concilio de Nicea y aprobó con su firma todo lo acordado en él, acaso no por conviccion, sino por no desagradar al emperador Constantino.

En el año 331 asistió Eusebio al concilio arriano de Antioquía, en el cual fué sacrílegamente depuesto el obispo San Eustaquio. Los arrianos quisieron entonces dar esta silla patriarcal á Eusebio, pero él la rehusó constantemente, por no parecer ambicioso ante Constantino, ó porque temia ponerse en abierta contradicion con los sagrados cánones.

En el año 435, Eusebio, de acuerdo con los arrianos de Cesaréa y de Tiro, condenó á San Atanasio. Además Eusebio fué enviado en comision al emperador Constantino por los obispos pertenecientes á la secta arriana, que se hallaban reunidos en Jerusalen. Eusebio empleó malísimas artes para lograr el fin que se proponia. Sedujo al emperador y le obligó á levantar el destierro de Arrio el herege, y desterrar á San Atanasio el Santo. Merced al maléfico influjo de Eusebio, Constantino obró en algunas ocasiones no como libertador, sino como perseguidor de los cristianos. Y era tanto más temible Eusebio, cuanto que siempre tenia la hipocresía en su semblante, el discípulo en sus palabras y el dolo en su corazon.

Es imposible poner en duda la heregía ó el arrianismo de Eusebio. El padreMontfaucon, en la *Coleccion de los padres griegos*, publicada en París en 1706, hablando de Eusebio, demuestra hasta la evidencia, con pasajes testuales, que su doctrina aparece manchada con el arrianismo á pesar de su inmenso y afectado disimulo. Los arrianos exageraron sin embargo tanto la virtud de Eusebio, que en muchos puntos se le consideró de buena fé como un santo. Usuardo llegó hasta el extremo de colocarlo en su *Martirologio*; Baronio, por el contrario, borró su nombre del *Martirologio* y puso en su lugar á Eusebio de Samosata.

Murió Eusebio hácia el año 338 da la era cristiana. No puede probarse nada de lo que han dicho algunos acerca de su retractacion y penitencia. Esto no obstante, Eusebio es muy respetable y goza de grande autoridad como historiador en todo lo que es ageno á la secta ó á los secuaces de Arrio. Eusebio es considerado como el *Padre de la Historia Eclesiástica*.

2.° Es preciso distinguir á Eusebio de Cesarea de otros cuatro obispos con el mismo nombre que vivieron en el propio siglo cuarto.

Eusebio, obispo primero de Bérito, despues de Nicomedia, y por último de Constantinopla, fué el verdadero gefe de la secta arriana. Eusebio de Cesarea disimulaba su error, y Eusebio de Nicomedia por el contrario, hacia alarde de condenar á los católicos, de favorecer á los arrianos y profesar el arrianismo. Pocos años antes de su muerte, el 341, celebró un conciliábulo en Antioquía, con el objeto de convertir en dog-

mas las impías máximas de Arrio. Eusebio de Cesarea elogió con entusiasmo á Eusebio de Nicomedia, y hasta escusa y ensalza sus más evidentes defectos. Pero ya hemos dicho que cuando se trata de los arrianos Eusebio de Cesaréa no es imparcial.

San Eusebio Amiseno, tambien obispo, vivió en el mismo tiempo. Murió el año 459. Fué grande su virtud y ardiente su celo. En la Siria sostuvo la causa de la verdad contra los enemigos de la fé. Se le atribuyen muchas homilias sobre los Evangelios, cuya autenticidad ó niegan ó consideran como muy dudosa los críticos.

Fué igualmente del cuarto siglo San Eusebio obispo de Berceli. Fué muy perseguido por los arrianos y mantuvo con admirable energía la causa de la Iglesia. Jamás consintió en aprobar la condenacion de San Atanasio, por más que se le amenazase con el destierro y aun con la muerte. Murió el año 370. Varios martirologios lo llaman confesor y mártir. Se le atribuye una traduccion latina de los Evangelios, que se imprimió en Milan en 1748. Además se conservan dos *Cartas* suyas en *la Biblioteca de los Padres*.

San Eusebio de Samosata apareció al principio como unido con los arrianos. Pronto conoció el error y se alejó de él sin vecilacion ninguna. Defendió con heróica constancia á San Melecio y jamás consintió en entregar el acta de la eleccion de este santo para la silla de Antioquía, por más que los arrianos y el mismo emperador le amenazasen con cortarle la mano derecha si no la entregaba.

Este valiente prelado defendió la fé de Nicea en Antioquía, el año 353. Se halló en Cesarea de Capadocia, el año 371 para elegir á San Basilio. El emperador Valente desterró á San Eusebio de Samosata el año 373. Durante su destierro no cesó de practicar la caridad predicando el Evangelio, visitando á los enfermos y llenando de consuelo á los que se hallaban en desgracia. En el año 378 defendió la fé católica con gran valor en Antioquía.

Los arrianos le profesaban un odio inestinguible. Hallándose ocupado en restablecer en su silla al obispo de Dólice en la Siria, fué herido mortalmente por una mujer arriana que le dejó caer una teja sobre la cabeza. Como discípulo de Jesucristo, San Eusebio de Samosata antes de morir perdonó á la mujer que le habia herido y á todos sus cómplices.

3.° Hablemos ahora de las obras más notables compuestas por el sábio Eusebio de Cesarea. Son las siguientes:

1.° *De la preparacion Evángelica.* En esta obra que constaba de 15 libros, examinó y refutó Eusebio las fábulas y los errores del paganismo; probó que los patriarcas y los profetas fueron más antiguos que los filósofos griegos, y demostró que todo lo que hay de bueno y verdadero en la filosofía de los gentiles es debido á lo que aprendieron de los profetas y conservaron de la revelacion primitiva.

2.° *De la demostracion Evángelica.* Tenia esta obra veinte libros y en ellos se demuestra la divinidad de Je-

sucristo contra los judíos, con una multitud de testimonios de la Sagrada Escritura.

3.ª *La Historia Eclesiástica*. Contiene esta obra en diez libros todos los hechos más notables de la Iglesia desde Jesucristo hasta la derrota de Licinio. Se considera esta obra como la más antigua en su clase y como un precioso depósito, en el cual se conserva la memoria de lo acaecido en los tres primeros siglos. Aunque Eusebio concluyó su historia despues del Concilio de Nicea, nada dice sin embargo ni de este Concilio ni de la secta arriana. Sobre estos dos hechos guarda el más profundo y más calculado silencio. El papa San Gelasio en el *Sínodo Romano* aprueba la grande erudicion de esta obra y reprueba los errores que se hallan en ella.

4.ª *La vida de Constantino*, en cuatro libros. Esta obra no es más que un panegírico que se puede leer con algun interés.

5.ª *La Crónica*, libro que reseña los acontecimientos más notables desde el principio del mundo hasta el año 20 del reinado de Constantino. El original griego de esta obra se ha perdido. Solo se conserva una traduccion latina hecha por San Gerónimo.

CAPÍTULO X.

San Atanasio.

1.° Nació San Atanasio en Alejandría. Pertenecia á una familia ilustre. Desde sus primeros años, se dió á conocer por su talento, su virtud y su ardiente celo por el bien de la Iglesia. Siendo aun diácono, asistió al Concilio de Nicea, en el cual combatió á los arrianos y defendió la causa de la religion con admirable elocuencia. En el año 326, sucedió á San Alejandro en la silla episcopal de Alejandría. San Atanasio comenzó á ejercer su utilísimo ministerio, condenando como herege y negando la comunion á Arrio. Los partidarios de este heresiarca, irritados por esto, declararon ruda é implacable guerra al santo y celoso obispo de Alejandría. No contentos con calumniarlo ante los fieles, quisieron tambien acusarle ante el emperador. Son de tal índole los cargos di-

rigidos á San Atanasio que por su iniquidad ó su estravagancia, merecen ser aquí conocidos.

Con el fin de desacreditar al Santo Obispo ante los fieles, lo acusaron de haber roto un cáliz; de haber cometido un criminal estupro, y por último, de haber asesinado al obispo Arsenio, despues de cortarle la mano derecha para operaciones mágicas. Basta con reproducir estas acusaciones para que se comprenda toda su absurdidad.

¡Que San Atanasio habia roto un cáliz! ¡Qué acusacion! Y sin embargo, han existido en el mundo hombres con el cinismo necesario para exponerla con calor y servirse de ella para irritar á las turbas. Aquí lo ridículo se une á lo inverosímil. San Atanasio que se sacrificaba materialmente por el bien y explendor de la Iglesia, era imposible que diese ni aun remotísimos pretextos para ser tachado como poco amigo siquiera del culto divino. Esto, no obstante, á pesar de su inverosimilitud y de su absurda ridiculez, fué creido por la multitud atolondrada el cargo abominable que ahora rechazamos. Se encuentra desgraciadamente en las turbas llenas de exaltacion una inclinacion evidente á creer todo lo malo que se dice contra alguna persona.

La acusacion de estupro, aun es más repugnante y más ridícula. Los arrianos dieron dinero á una mujer inmunda para que se presentara en el conciliábulo de Tiro, acusando á San Atanasio de haberla seducido y violado. El Santo se hallaba presente, y no creyó oportuno contestar siquiera. Entonces un sacerdote

católico, llamado Timoteo, se levantó, y en presencia de toda la asamblea, dirigiéndose á la mujer acusadora, dijo: «¿Conoces tú á San Atanasio? Estás segura de que es él quien te ha violado?» A lo cual contestó ella: «Sí, lo conozco; tú eres Atanasio, el que me ha seducido y violado.» Así demostró que su acusacion era calumniosa, y que ni aun de vista conocia al Santo á quien acusaba. Los arrianos se llenaron de confusion, pero como procedian de mala fé, no pensaron siquiera en arrepentirse.

La tercera acusacion pertenece al género trágico-cómico. En el mismo conciliábulo de Tiro, acusaban á San Atanasio de cruel é inhumano por haber asesinado, despues de cortar un brazo, al obispo Arsenio. Mientras los arrianos hacian furiosas declamaciones, fundándose en lo que llamaban mutilacion y asesinato, entró en la asamblea el obispo Arsenio, vivo y sano y con sus dos brazos. No pudo ser más elocuente la respuesta, y sin embargo, crecia y se enconaba más y más cada vez la malignidad de los hereges. Esto prueba, que los errores se sostienen más bien que por debilidad de la inteligencia, por depravacion y endurecimiento de la voluntad.

La acusacion que los arrianos dirigieron á San Atanasio ante el emperador Constantino, rebela toda la malicia que encerraban en su corazon. Ante Constantino, que era emperador y hombre político, se presentaban cargos que no eran religiosos, sino políticos. Suponian que San Atanasio faltaba á las órdenes del monarca, impidiendo que se llevase trigo de Ale-

jandría á Constantinopla. Constantino tuvo la debilidad de creer esta calumnia, y lleno de irritacion, mandó desterrar á San Atanasio, despues de aprobar la condenacion y deposicion que contra él se habian acordado en el conciliábulo de Tiro.

Hallándose Constantino en su última enfermedad, movido por los escrúpulos de su conciencia, dió órden para que se levantase el destierro á San Atanasio. Muerto el nombrado emperador, su hijo Constantino el Jóven, mandó el año 338 que volviesen á sus sillas todos los obispos desterrados, incluso el de Alejandría.

En el año 340, se celebró en Alejandría un concilio compusto de cien obispos, en el cual se redactó una epístola sinodal que se dirigió á todos los prelados católicos, para demostrarles cuán absurdas y cuán calumniosas habian sido las acusaciones inventadas por el arrianismo contra San Atanasio.

El Papa Julio convocó en Roma un concilio de cincuenta obispos, en el cual fué tambien declarado inocente el santo prelado de Alejandría. El concilio de Sárdica, celebrado el año 347, se expresó en los propios términos, y depuso al usurpador de la silla episcopal de San Atanasio. Dos años despues, este Santo Obispo fué repuesto en su silla de Alejandría.

El emperador Constanzo, olvidado por completo de la doctrina de su padre, y entregado con todo su corazon al arrianismo, persiguió á la Iglesia, é hizo condenar y desterrar nuevamente á San Atanasio. Este Santo Obispo, perseguido por sus enemigos y

abandonado por sus amigos, se refugió en la soledad del desierto. En él no dejó de trabajar por la santificacion de las almas; predicaba á los infieles, visitaba los monasterios en los puntos en que existian, ó los hacia edificar en los lugares en que eran necesarios.

La cuestion de la condenacion de San Atanasio, adquirió gigantescas proporciones. Los arrianos y el emperador amenazaban con el destierro y aun con la muerte á los que no querian aprobarlo. Por esta causa, por su firmeza en mantener la justicia, defendiendo la inocencia de San Atanasio, sufrieron una persecucion horrible los obispos católicos. El mismo Papa Libério, fué condenado á sufrir un largo y penosísimo destierro.

Muerto Constanzo, San Atanasio volvió á Alejandría y fué depuesto el obispo Jorge que ocupaba su silla, merced á la sacrílega actividad de los secuaces del arrianismo.

El emperador Juliano volvió á desterrar á San Atanasio. Cuando Joviano entró á reinar, el Santo Obispo de Alejandría fué autorizado para volver á su Iglesia, en la cual fué recibido por los fieles con trasportes generales de júbilo y entusiasmo. Hallándose en libertad, reunió San Atanasio un concilio, al cual asistieron los obispos de Egipto, de la Tebaida y de la Libia. En esta augusta asamblea se redactó una carta para el emperador, en la cual se repite la fórmula de fé decretada en el Concilio de Nicea. El mismo San Atanasio, hizo una visita al emperador Joviano, que se hallaba en Antioquía. Los arrianos aprovecharon

la ocasion para acusarlo de nuevo ante el emperador; pero quedaron confundidos, al ver que las calumnias no oscurecian la inteligencia, ni pervertian el corazon de Joviano. Este monarca estimaba á San Atanasio, y miraba con horror á los partidarios de la secta arriana.

Aun no han concluido, sin embargo, las persecuciones de San Atanasio. El emperador Valente se dejó seducir por las imposturas de los hereges, y persiguió con encarnizamiento á San Atanasio. Este Santo Obispo se vió obligado á vivir cuatro meses encerrado en una especie de cueva que habia logrado hacer sobre el sepulcro de su mismo Padre.

Por fin, acabaron las persecuciones para San Atanasio, y pudo dedicarse á instruir en la sana doctrina á su pueblo. Murió en Alejandría el dia 2 de Mayo del año 373, despues de cuarenta y seis años de ser obispo.

San Atanasio viajó mucho. Los destierros que sufrió con tanta frecuencia, le obligaron á recorrer el Asia, parte del África, casi toda Italia, llegar hasta la extremidad de las Galias, y aun creen muchos críticos que vivió algun tiempo en el antiquísimo santuario de la Vírgen de Valvanera, en la Rioja, provincia de España.

2.° No se concibe cómo enmedio de una vida tan larga de trabajos y persecuciones incesantes, tuvo tiempo San Atanasio para escribir la multitud de obras que llevan su nombre.

La abnegacion de este Santo le hacia ser dulce, no

sólo en su conducta, sino hasta en su elocuencia. Sus mismos adversarios le odiaban por el inmenso atractivo de su lenguaje. No se habia dedicado á las letras humanas; pero conocia con profundidad la ciencia de Dios. Además, tuvo una habilidad tan rara, tan verdaderamente asombrosa para conocer y desconcertar los planes de sus enemigos que, llenos estos de espanto, atribuian su habilidad á artes mágicas.

3.° Las obras que se atribuyen á San Atanasio son las siguientes:

1.ª *Disputa con Arrio tenida en el Concilio Niceno.* Los críticos suelen examinar con suma rigidez el orígen de las obras que llevan el nombre de San Atanasio. Algunos se las niegan casi todas. Se muestran tan escrupulosos que casi podria decirse que no miran como auténtico el libro cuyo autor no haya demostrado su propiedad con escritura otorgada ante un escribano y tres testigos.

Se dice que en ciertas obras de San Atanasio se encuentran algunas noticias que son de época posterior. No lo negamos; pero los que así se expresan deberian tener en cuenta que las obras de los antiguos han llegado hasta nosotros por medio de manuscritos, copiados en no pocas veces con bastante inexactitud. ¿Quién podia impedir que los copistas añadiesen algunas líneas ó párrafos, juzgándolos interesantes, con especialidad cuando se trata de libros que no eran canónicos? ¿ Quién podia impedir que un copista añadiese alguna reflexion marginal, y que luego otro co-

pista, con intencion ó por inadvertencia, la introdujera en el texto?

Esto es lo que creemos oportuno contestar á los que sostienen que la *Disputa* no es de San Atanasio.

2.ª El libro *De Unita deitate Trinitatis*. Tambien hay quien diga que esta obra no es de San Atanasio. ¿De quién es entonces? Los críticos sólo saben negar.

3.ª *Quæstiones ad Antiochum*. Hemos leido algunas disertaciones de grandísima extension, encaminadas á probar que esta obra no es tampoco de San Atanasio. Despues de leer y releer estas disertaciones nos hemos convencido de que sus autores, como la polilla, son únicamente hábiles para roer y destruir los cuerpos en que penetran. Nada más fácil que amontonar sombras. Nunca faltan pretextos para poner en duda las cosas mismas que suceden á nuestra vista. La crítica cuando se lanza en el Occéano inmenso de las conjeturas, no sirve más que para demostrar cuán fecunda y cuán mal empleada es la imaginacion de los que se apellidan críticos.

4.ª *Dicta et interpretationes parabolarum Evangelii*. Continúa la desgracia de San Atanasio. Habria crítico capaz de escribir un tomo en fólio para demostrar que tampoco fué escrita esta obra por San Atanasio. Más valia que en cambio se dijera de quién es en vez de afanarse tanto para averiguar de quién no es. En estas cosas la antigüedad de la posesion es un gran título de propiedad.

5.ª *Exhortatio ad Monachos*. Los que dicen que esta obra no es de San Atanasio, se fundan en que sólo

se conserva en latin y parece escrita en este idioma. ¡Qué crítica! ¿Y quién ha dicho que San Atanasio no sabia latin porque era padre griego? ¿Quién podrá ni aun sospechar que ignoraba el idioma de Occidente un hombre de gran talento y vasta instruccion, que vivió en naciones y en tiempos en los cuales el latin era la lengua general? Nada hay tan pueril como la crítica cuando se obstina en dar pruebas de su habilidad.

6.ª *Epístola ad Marcum Papam*. No falta quien afirme con apariencias de verdad que esta epístola no es del Santo Obispo de Alejandría. Nosotros, sin embargo, necesitariamos convencernos con razones muy sólidas de que no era suya para rechazarla como apócrifa.

7.ª *Expositio Fidei*. La crítica suscita tambien dudas acerca de esta obra.

8.ª *Symbolum Sancti Athanasii*. Mientras ciertos críticos se ocupan en demostrar que este símbolo pertenece á otro autor, sin decir cuál por supuesto, la Iglesia continúa rezándolo con frecuencia y atribuyéndolo con razon, á San Atanasio.

9.ª *Refutatio hypocriseos*. Lo propio. Respecto á San Atanasio la crítica puede definirse diciendo que es una negacion universal y sistemática de todas sus obras.

10.ª El libro titulado *De Virginitate* ó *De Meditatione*. Algunos críticos han negado la autenticidad de esta obra, fundándose en que su estilo es sencillo. El argumento, como se vé, no puede ser más convincente.

11.ª *Sanctæ Synciatinæ Virginis Alexandrinæ vita.* Aunque Nicéforo, Lib. 8.º, cap. XL, dice expresamente que este libro es de San Atanasio, algunos *eruditos* lo atribuyen, sin saber por qué, á un tal Policarpo Asceta. Este libro, aunque sólo se ha publicado en latin, existe en griego, en un manuscrito que se conserva en la biblioteca real de Bélgica.

12.ª *De naturali communione assenciæ inter Patrem et Filium et Spiritum Sanctum.* La crítica sólo se atreve á decir que es dudosa la autenticidad de este libro.

13.ª *De Definitionibus.* En esta obra se contienen varias definiciones, segun la tradicion y la fé de la Iglesia católica, recogidas de San Clemente y de dichos Santos Padres. Hay crítico que se atreve á decir que esta obra no es de San Atanasio, sólo porque en ella se cita á San Gregorio Niceno que era su contemporáneo.

14.ª *Homilia in passionem et crucem Domini.* Hay quien afirma que este libro no es de San Atanasio porque en él se niega la licitud del juramento, sin duda cuando no hay necesidad de hacerlo. Para poner en evidencia la contradiccion entre este libro, que niega la licitud del juramento, en caso no necesario, y la doctrina de San Atanasio, que juró en un caso de necesidad, se recuerda el juramento con que probó este Santo Obispo su lealtad al emperador Constanzo. Aquí no hay contradiccion ninguna.

15.ª *De passione imaginis Domini nostri Jesuchristi in Berytho.* Este opúsculo se encamina á referir y condenar la historia de un sacrílego atentado.

Varios judíos encontraron una imágen de Jesucristo crucificado, y repitieron en ella todos los insultos, todas las afrentas y todos los tormentos que hicieron sufrir sus antepasados, al mismo Jesucristo. La Sagrada imágen, por misericordia especial de Dios, hizo un estupendo milagro. Los judíos se conmueven, sienten el influjo de la gracia de Dios en su espíritu, se convierten, dan noticia de lo ocurrido al obispo Adeodato, y reciben el Santo Bautismo. Esto ocurrió en los tiempos de San Atanasio, y este Santo Padre quiso escribir un libro para perpetuar su memoria. En él condena el sacrilegio y aplaude la conversion. ¿Qué hay aquí que sea ó parezca indigno de San Atanasio? Añádase á esto, que en el sétimo Concilio General, accion 4.ª, se atribuye esta obra á San Atanasio.

16.ª *Homilia de Sanctissima Deipara* ó *De Anunciatione*. Por más que leemos y releemos disertaciones críticas, no podemos comprender qué razon habrá para afirmar que esta homilia no fué escrita por San Atanasio.

17.ª *Epístola ad Serapionem de Spiritu Sancto*. Erasmo dice que esta epístola no es de San Atanasio. Fácil es comprender, sin embargo, que no dá ninguna razon sólida en apoyo de su negacion.

18.ª *Historia de Melchisedech*. Se supone que esta historia no es del Santo Obispo de Alejandría, porque en ella, recordando antiquísimas tradiciones, se dice cómo se llamaron los padres de Melquisedech. Estos críticos no consideran que, aunque la Sagrada Es-

critura no dice quiénes fueron los padres de Melquisedech, no niega que existieron, que fueron conocidos, y que pueden ó no haberse conservado sus nombres. La tradicion constante suele enseñar muchas cosas que no se encuentran en ningun libro.

19.ª *Vita Sancti Antonii.* Ya se comprenderá que, tratándose de San Atanasio, no han de faltar críticos que nieguen la autenticidad de esta obra, por más que San Gregorio Nacianceno y San Gerómino aseguren que fué escrita por San Atanasio *La vida de San Antonio, padre de los monjes.*

No tememos que se nos llame poco críticos. Cuando se trata de negar lo que enseña la tradicion, no nos contentamos nunca con un simple *me parece*, ó una vana conjetura. Preferimos el ser despreciados por los críticos que todo lo niegan, á ser reprendidos por el sentido comun que se burla de todas las sutilezas irracionales.

La edicion de las obras de San Atanasio que hemos consultado es la del Padre Montfaucon, en tres tomos en fólio, hecha en 1698.

CAPÍTULO XI.

San Cirilo de Jerusalen y San Hilario de Poitiers.

1.° Nació San Cirilo el año 315 de la era cristiana. Se dedicó á la virtud y al estudio de las ciencias eclesiásticas. Floreció tanto en unas como en otras. Recibió el presbiterado el año 335. Muerto San Máximo, le sucedió San Cirilo el año 350 en la silla patriarcal de Jerusalen. Se distinguió por la pureza de sus costumbres, por su empeño en difundir la doctrina de Jesucristo y su ardiente celo por la salvacion de las almas.

Acacio, obispo arriano de Cesarea, se declaró rencoroso adversario de San Cirilo y lo persiguió con implacable saña. San Cirilo poseia una caridad inmensa y daba todo lo que poseia para socorrer á los pobres. En cierta ocasion hubo un hambre horrible en Jeru-

salen y sus cercanías, y San Cirilo, despues de dar todo le que poseia, vendió algunas alhajas de la Iglesia para socorrer á los infortunados que perecian por falta de alimentos. Esto fué bastante para que el arriano Acacio calumniase á San Cirilo, y acusándolo de enemigo de las alhajas de la Iglesia, lo hiciese deponer en un conciliábulo reunido el año 357. Dos años despues se revocó esta sacrílega sentencia y San Cirilo fué repuesto en su silla por decreto del Concilio de Celeucia. Acacio, sin embargo, lo hizo deponer otra vez por medio de sus diábolicas intrigas el año 360. El emperador Juliano que no fué perseguidor en los primeros años de su reinado, permitió á San Cirilo que volviese de su destierro. El emperador Valente, escitado por la malignidad de los arrianos, condenó á destierro por tercera vez al Santo Patriarca. Muerto este emperador, despues de once años de forzada ausencia, volvió San Cirilo. á Jerusalen. El Concilio de Constantinopla, celebrado el año 381, aprobó la ordenacion y la eleccion de San Cirilo. Murió este Santo Padre el dia 18 de Marzo del año 386.

2.° Las obras que aun se conservan de San Cirilo son muy pocas. La edicion hecha por el padre Touttée, benedictino de San Mauro, en 1720, las contiene todas en un tomo en folio con grueso carácter de letra, y además en griego y en latin.

Aquí solo hablaremos de *Las Catecheses*. Son veintitres. Las diez y ocho primeras se dirigen á los catecúmenos, y las cinco siguientes á los que ya han recibido el Santo Bautismo. Estas *Catecheses* ó instruc-

ciones forman un compendio excelente de la doctrina cristiana. Su estilo es sencillo, claro y lleno de nobleza. San Cirilo conocia bien la doctrina católica y la exponia con método y solidez. Se encuentran algunas frases poco exactas; pero todas pueden interpretarse en buen sentido.

3.° San Hilario nació en Poitiers; su familia era pagana, aunque muy distinguida por su posicion y su nacimiento. San Hilario recibió una educacion bastante esmerada. Tenia clara inteligencia, recta intencion y sumo amor á la verdad. El paganismo no podia satisfacer su espíritu.

Se propuso hacer un estudio detenido de todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento y de todas las obras de los gentiles. Mientras más leia estas últimas, mayor era el vacío que encontraba en ellas. Por el contrario, en los libros santos todo le parecia verdadero, y hasta agradable. Le admiraba la idea que da Móises de la magestad y misericordia infinita de Dios. Leyendo el Evangelio se mostraba conmovido al contemplar el misterio sublime de la Encarnacion. El Verbo Eterno tomando carne humana, el Dios Omnipotente recibiendo la forma de siervo por la magestad y la misericordia que en este dogma se revelan, llamaban profundamente la atencion de San Hilario. Comprendió que ideas tan grandes no podrian ser concebidas por el hombre; creyó en la divina revelacion y recbió el Santo Bautismo. Defendió la fé con mncho celo y grande elocuencia. Su virtud y su saber lo llevaron al ministerio eclesiástico. Aunque era seglar y

se hallaba casado, por unánime consentimiento fué elegido obispo de Poitiers. Como entonces no se habia aun fijado de una manera universal, la disciplina de la Iglesia acerca del celibato eclesiástico, la circunstancia indicada no pudo anular la eleccion de San Hilario.

En el año 355 defendió la fé católica contra los arrianos en el Concilio de Milan. Lo propio hizo el año 356 en el Concilio de Beziers. Saturnino, obispo arriano de Arles, lleno de envidia por el crédito de San Hilario, le acusó ante el emperador y lo hizo desterrar á lo más inhospitalario de la Frigia. En el año 359 se le permitió asistir al Concilio de Seleucia. En él confundió á los arrianos con la solidez de su dialéctica y el grande influjo de su brillante elocuencia. Los arrianos de Oriente, por librarse de tan temible impugnador, trabajaron para hacerle volver á Occidente. Cuando San Hilario volvió á Poitiers, los fieles de las Galias salian á recibirlo haciendo grandes demostraciones de devocion, de amor y de entusiasmo.

Estando ya San Hilario en Occidente, convocó muchos concilios para lograr que se retractasen los obispos que habian suscrito la fórmula arriana del conciliábulo de Rímini. Hizo un viaje á Milan para librar aquella Iglesia de la mala enseñanza con que la corrompia el obispo arriano Ausencio. El emperador Valentiniano, lejos de proteger á San Hilario le mandó salir de Milan y volver á su diócesis. Murió el dia 13 de Enero del año 367.

4.ª Las obras de San Hilario son: 1.ª doce libros *De*

Trinitate. En esta obra, escrita durante su destierro en Frigia, defiende el dogma católico, y combate á todos los hereges de su tiempo que negaban la divinidad de Jesucristo, ó del Espíritu Santo.

2.ª El Tratado *de Synodis*, en el cual esplica muchos puntos de la doctrina cristiana y refuta las objeciones que se presentaban en su tiempo contra la fé.

3.ª *Comentarios sobre San Mateo* y *una parte de los Salmos.* En esta obra casi no se hace más que estractar á Orígenes, purificando su doctrina.

4.ª *Tria Scripta ad Imperatorem Constancium.* No es posible leer sin admiracion esta obra. En ella habla San Hilario con toda la energía de un confesor y toda la resolucion de un mártir. Dirigiéndose al emperador Constanzo, le dice que es un hipócrita, que es un tirano, que pudiera compararse al mismo Judas, porque mientras se inclina para recibir con aparente humildad la bendicion de los obispos, está meditando en secreto, cuál será el mejor método para desterrarlos y cuál el medio más eficaz para destruir la influencia de su doctrina. San Hilario además dice expresamente que hubiera preferido el vivir en el reinado de Neron ó Decio, declarados perseguidores, á verse condenado á sufrir la persecucion de un hombre hipócrita, que ni tiene fé ni confiesa su incredulidad; que no es cristiano ni quiere ser llamado impío; que en fin, es perseguidor de la Iglesia y no quiere ser contado entre los perseguidores.

La edicion de las obras de San Hilario que hemos registrado, es la del padre Constant, hecha en Verona

en 1730, con algunas adiciones de nuevos fracmentos, debidos al crítico Maffei.

En la edicion de Bolonia, fecha 1751, de los *Opúsculos latinos inéditos de los Santos Padres*, se encuentra un tratado de San Hilario sobre la divinidad de Jesucristo. Este opúsculo no se halla en las ediciones anteriores.

CAPITULO XII.

San Optato, San Paciano y San Efren.

1.º San Optato, obispo de Milevi, ciudad de Numidia, en África, floreció en la segunda mitad del siglo IV, durante el reinado de los emperadores Valentiniano y Valente. No se conoce el orígen ni se tiene noticia ninguna acerca de los primeros años de San Optato. Sólo se sabe que estaba adornado de todas las virtudes que se necesitan para desempeñar el árduo ministerio episcopal, con gloria y provecho de la Iglesia. San Agustin, encomiando la santidad de San Optato, afirma que ella sola pudiera servir para demostrar la verdad del cristianismo. San Gerónimo habló tambien, haciendo grandes elogios del celo, de la sabiduria y de las virtudes de San Optato. Este Santo Prelado fué, en efecto, digno de las más grandes alabanzas. Se consagró á la defensa de la verdad y vivió en perpétua lucha con el error.

Lo único que conservamos de lo escrito por San Optato es su célebre obra, titulada *Siete libros del cisma de los donatistas contra Parmenio.*

Esta obra es muy digna de estudio por su grande erudicion, y será siempre leida con gusto por la sencillez, pureza y suave energía de su estilo. San Optato tenía una lógica exacta, rigorosa y muy temible para los hereges. Es tan sólida como la de San Cipriano, y ménos fuerte en su forma que la de Tertuliano.

Pudiera decirse que Tertuliano convence abrumando, San Cipriano encantando, y San Optato persuadiendo. Al ménos esta es la impresion que nos ha producido la lectura comparada de estos tres eminentes apologistas de la religion.

Se cree que la citada obra de San Optato sólo constaba de seis libros, y que el sétimo fué añadido en época posterior. Así lo dice Baronio en los *Anales*, año 368.

La edicion de San Optato que nosotros tenemos á la vista, es la de Dupin, hecha en Francia en 1770. En esta edicion se encuentran notas muy importantes, no sólo para comprender el texto, sino tambien para conocer la historia de la secta de los donatistas. En una especie de apéndice muy curioso, se hallan las actas de los concilios, las cartas de los obispos, los edictos de los emperadores y las actas de los mártires que tuvieron relacion con la heregía mencionada. Estos documentos están colocados por órden cronológico, y los últimos alcanzan con su fecha hasta los tiempos de San Gregorio el Grande.

Examinando estos documentos es muy fácil comprender hasta las más oscuras alusiones de San Optato.

2.° San Paciano, obispo de Barcelona, vivió en los tiempos del emperador Valente. Acaeció su muerte imperando Teodosio, el año 390. San Paciano se distinguió mucho en su tiempo por las virtudes que resplandecian en su vida, por el celo y prudencia con que supo gobernar su iglesia, y por el saber profundo y grande elocuencia con que supo defender la religion contra los ataques que le dirigian los incrédulos.

Lo único que se conserva de San Paciano en la edicion de Juan Tillet, hecha en París en 1538, es un libro formado por *tres cartas*, dirigidas al donatista Semproniano. En la primera de estas cartas se encuentran las siguientes importantísimas palabras: «¿Quieres saber, dice, cuál es mi nombre? Pues me llamo cristiano. ¿Deseas aun conocer mi sobrenombre? Pues me llamo *cristiano católico.*»

Estas palabras demuestran que ya en el siglo IV habia hereges empeñados en llamarse cristianos sin ser católicos, ó lo que es igual, sin reconocer la divina gerarquía fundada por Jesucristo.

En la edicion citada se encuentra tambien un libro titulado *Exhortacion á la penitencia*. En esta obra se propone el Santo Obispo de Barcelona combatir el error de los donatistas que, negando la esperanza del perdon, arrastraban los pecadores hácia la desesperacion, en vez de atraerlos al arrepentimiento.

Hay, por último, en la edicion de Tillet un *Discurso sobre el Bautismo*. El título demuestra bien su objeto y la época en que se publicó indica cuán grande era su importancia.

San Paciano es claro en su estilo, irresistible en su dialéctica y noble en su manera de pensar. Escribia en un latin bastante puro y elegante. En su siglo y en España, y aun en Italia, nadie se expresaba mejor.

3.° San Efren, diácono de Edesa, fué hijo de un labrador. En sus primeros años vivió entregado á la más escandalosa disipacion. Arrepentido de sus culpas, abandonó la vida del mundo, y se retiró á llorar sus pasados extravíos en la soledad del desierto. En él purificó su alma con la penitencia, con la oracion, con los ayunos y con todo linaje de mortificaciones. Bien pronto se hizo conocer y estimar por su humildad y modestia, por su virtud y celo, y hasta por su saber y su elocuencia. Todo el mundo se asombraba al ver cómo un hombre que habia empleado los primeros años de su vida en la disipacion, y que no habia hecho estudios de ningun género, mostraba tan profundos conocimientos en las ciencias sagradas, y los exponia con tanta facilidad y tan enérgica brillantez como el más hábil retórico. Los que le conocian se llenaban de estupor al verle convertido en apóstol y expresarse como si la misma sabiduría de Dios moviese sus lábios. Y es que habia encontrado toda su ciencia en la oracion, en la meditacion, en el abandono del mundo, en la lectura de los Sagrados Libros y en las actas de los Santos Mártires. Allí aprendió á conocer

á Dios con toda su justicia y toda su misericordia, y la religion con toda su verdad y toda su virtud.

Experimentó horrorosas tentaciones. Sin embargo, las venció todas invocando los auxilios del Señor. Una mujer inmunda se obstinó en hacerle cometer culpas que detestaba con todo su corazon. San Efren, despues de implorar los divinos auxilios, le dijo: «Bien, serás complacida; pero es indispensable que el crímen se cometa en una plaza pública y en presencia de un numeroso concurso.» A esto contestó la mujer: «Eso no, jamás. El pudor lo impide.» Y San Efren, al oir estas palabras, le arguyó diciendo: «¿Cómo temes pecar en presencia de los hombres, y no temes pecar en la presencia de Dios?»

La mujer se llenó de terror, hizo penitencia y reformó de una manera radical sus costumbres.

San Efren fué ordenado diácono de Edesa. Sin ser más que diácono, el clero lo respetaba, los monasterios lo nombraban su consejero, y los pueblos le amaban y veneraban como á un padre. Él instruia á los ignorantes en la religion, exhortaba á los pecadores á la penitencia, y convertia á los incrédulos. En cierta ocasion, salió del desierto sólo para buscar medios con que satisfacer el hambre que devoraba á los habitantes de Edesa. Su caridad no tenía límites, y su abnegacion y su celo por la salvacion de las almas, pudiera compararse únicamente con su caridad. Murió hácia el año 379.

San Efren no conocia el latin, y aun es probable que tampoco hablaba el griego. Escribia en Siriaco,

aunque sus obras eran inmediatamente traducidas al idioma que hablaban por lo general los Padres de Oriente. Escribió San Efren contra Sabelio, contra Arrio, contra Apolinar y contra los maniqueos. Sus obras se imprimieron en Roma, desde 1732 hasta 1746, en seis volúmenes en fólio.

Los tres primeros tomos comprenden las obras de San Efren, que se conservan aun escritas en griego, y en los tres últimos se hallan los libros que existen en Siriaco, con una traduccion, prolegómenos y notas de bastante importancia.

San Efren estuvo en relaciones de amistad con San Gregorio de Niza, San Basilio y Teodoreto. San Gregorio llamaba á San Efren, *el doctor del Universo*, y Teodoreto lo apellidaba *la lira del Espíritu Santo*.

CAPITULO XIII.

San Basilio Magno.

1.° Nació San Basilio en Cesarea de Capadocia el año 329. Sus padres eran celosos cristianos. En sus primeros años, estudió con fruto los rudimentos de la religion, y se dedicó á la lectura de los libros de los filósofos. Poseia un ingenio clarísimo y una memoria feliz. Estas dotes, le hacian adelantar mucho en el conocimiento de las ciencias humanas. Su virtud, preservándolo de las distracciones del mundo, le permitia multiplicar el tiempo, empleándolo bien. Nada hay más opuesto al cultivo de la inteligencia que la agitacion de las malas pasiones.

San Basilio hizo un viaje á Constantinopla con el objeto de ampliar sus estudios. Más tarde, se trasladó á Atenas con el propio fin. Pero en aquella ciudad no resonaban ya los elocuentísimos ecos de Demóste-

nes, ni se oian las lecciones de Sócrates, ni se entendian siquiera los libros de Aristóteles ó Platon. Atenas se hallaba en el último período de su decadencia, dominada completamente por los sofistas que la arrastraban á su degradacion y á su ruina. Pero si San Basilio no pudo oir á los antiguos sabios de Grecia, pudo estudiar y conocer á fondo el paganismo, meditando en la muerte de la gloria, en el ódio á la verdad, en la corrupcion y en el escándalo, en el reinado de los sofistas, que son su natural y legítima consecuencia. San Basilio no oyó á Sócrates ni á Platon, pero tocó y palpó los horrorosos efectos de sus doctrinas. Esto le hizo apartarse más y más de las máximas gentílicas y correr á buscar la doctrina vivificante de la religion católica. Comprendió San Basilio, que la fé no solo es necesaria para salvar el alma, sino que sin ella, es hasta imposible el conservar la paz, la dignidad y la grandeza en los pueblos.

San Basilio conoció en Atenas á San Gregorio Nazianceno, con quien conservó siempre estrecha y perfecta amistad. San Gregorio valía más que todos los filósofos y todos los antiguos sistemas filosóficos de Atenas. San Basilio se creyó muy compensado de no ver á Platon y Sócrates, con tener la dicha de encontrar á San Gregorio.

San Basilio, terminados sus estudios, volvió á Cesarea. Se dedicó á defender pleitos como abogado, pero no era esta su vocacion. Fatigado del mundo, y sintiendo en su pecho la ardiente llama del amor divino, se retiró á vivir en un desierto, en el Ponto, en

el cual se encontraban ya su madre, Emilia, y su hermana Macrina. Esta piadosa familia constituia un verdadero monasterio. Todos los miembros que la componian, consagrados enteramente al Señor, llenos de humildad profunda, hacían consistir sus glorias en no ser ni aun conocidos; su felicidad en padecer por Jesucristo, y sus riquezas en despreciar todos los bienes de la tierra. San Gregorio Nazianceno, pasó algun tiempo con San Basilio en el desierto. Muchos otros varones siguieron su ejemplo. San Basilio les compuso una especie de regla de vida, que en los siglos posteriores sirvió de base á muchas ó á casi todas las órdenes religiosas.

La virtud verdadera resplandece como el sol; y por más que quiera ocultarse por humildad, siempre es ensalzada por la voluntad divina. La sabiduría y la santidad de San Basilio, llenaron con su fama todo el Oriente. Muerto el obispo de Cesarea el año 369, fué elegido San Basilio para sucederle. Se resistió, procuró escusarse, mostro hasta horror al terrible cargo que se le imponia; pero todo fué inútil. Dios lo elegía, y él, recordando el ejemplo de Jonás, no quiso oponerse á la omnipotente voluntad de Dios.

San Basilio defendia con grande elocuencia la doctrina católica, refutaba con lógica irresistible á los hereges, y procuraba arraigar en todos los espíritus la fé, y en todos los corazones la caridad y la esperanza. La actividad de San Basilio era inmensa. Socorria á los pobres, visitaba los enfermos, predicaba el Evangelio, instruia á los ignorantes, reconciliaba

á los enemigos, daba reglas á los monjes, redactaba cánones contra los vicios, escribia á los obispos de Oriente y de Occidente, dirigia cartas á todos los fieles, publicaba, en fin, libros en defensa de la fé y en daño de la heregía y de la incredulidad. Parece imposible que conociera tan bien los remedios únicos con que se curan las enfermedades del mundo, un hombre que tanto amaba la soledad y que en ella habia pasado una gran parte de su vida.

San Basilio era alto, delgado; en toda su fisonomía se veian retratadas la inteligencia, la gravedad, la constancia y la santidad. Bastaba el verlo, para que los heresiarcas experimentasen una profunda conmocion. Por eso no cesaban de perseguirlo, calumniándolo en público y en secreto, ante el pueblo y ante el emperador. Eustaquio de Sebasti, sostuvo contra él una persecucion tenaz y horrible. No cesaba de inventar acusaciones horrendas contra San Basilio. Este Santo Obispo se vió obligado á escribir cartas particulares y hasta un libro dirigido á todos los fieles, con el fin de justificarse. El eminente prelado necesitaba proceder así para conservar el prestigio de su buen nombre entre los fieles.

El emperador Valente inclinado al arrianismo, se empeñó en vencer la heróica constancia del Santo Obispo de Cesarea. Al intento dió órdenes al cruel Modesto, prefecto de Oriente, para que, apelando á toda clase de recursos, lograse hacer caer en la apostasía á San Basilio, y le dijo: «Es necesario, Basilio, que aceptes la fé del emperador.» «¡Imposible!» Repuso San Basilio.

«¿Así me contestas? añadió el prefecto. ¿Ignoras hasta donde alcanza mi autoridad? ¿No sabes que puedo despojarte de todos tus bienes, enviarte al destierro, y aun darte la muerte?» «¡Despojarme de mis bienes! ¿Ignoras, replicó San Basilio, que por amor á Jesucristo yo mismo me he despojado ya de todos los bienes del mundo? ¡Enviarme al destierro! ¿No sabes que vivo entregado á Jesucristo y que toda la tierra es mi patria, porque únicamente la voluntad de Dios es mi voluntad? ¡Darme la muerte! Esto en vez de intimidarme, me llena de regocijo, porque abreviaria el tiempo de mi peregrinacion. Yo deseo disolverme para vivir con Jesucristo.»

Este lenguaje llenó de terror al prefecto. Dió parte de lo ocurrido al emperador Valente, y el emperador le ordenó que no emplease la violencia contra San Basilio.

El mismo Valente quiso en varias ocasiones entrar en la Iglesia católica en el tiempo en que San Basilio y su clero celebraban los divinos oficios. No podia menos de quedar profundamente conmovido al contemplar la santidad del prelado, el celo y la virtud de sus sacerdotes, y la magestad de las ceremonias del culto católico. A pesar de esto, cediendo á pérfidas sujestiones de los arrianos, el emperador Valente decretó el destierro de San Basilio.

Murió este Santo Padre en el año 379. Celebró sus alavanzas el mismo San Gregorio Nazianceno en un sermon panégirico que compuso al intento.

Hermant publicó *La vida de San Basilio* en dos to-

mos en cuarto, el año de 1674. El padre Prudencio Marand, hizo en 1721 una edicion en tres tomos en fólio de las obras de San Basilio.

Solo hablaremos aquí de las obras más notables de San Basilio. *De sus epístolas* nada decimos. Son muchas y de grandísima importancia. En ellas se examinan y resuelven las más grandes cuestiones que se suscitaron en la Iglesia, durante el episcopado de San Basilio. Nos fijamos pues únicamente en las otras que siguen.

1.ª *De Spíritu Sancto.* Escribió San Basilio esta obra, escitado por el obispo San Aphiloquio, con el fin de esplicar la fé de la Iglesia acerca del dogma de la Santísima Trinidad. En este libro se encuentra la sana doctrina expuesta con gran claridad, defendida con buen método y ensalzada con todos los elogios de la más racional y más santa piedad. Pudiera decirse que esta obra es un himno más bien que un tratado apologético.

2.ª *Ascetica.* Esta obra en dos libros, contiene máximas excelentes de piedad y religion, de suma utilidad para comprender la verdadera doctrina y el verdadero espíritu de la Iglesia.

3.ª *La Liturgia.* En esta obra recopila San Basilio las reglas de la tradicion y de los cánones para la celebracion de los Divinos Oficios. En este libro han creido hallar algunos heresiarcas algunas palabras contra la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

En primer lugar, esto no puede ser, porque San Ba-

silio creia en la presencia real, como consta de su *Homilia II de Baptismo*, cuestion segunda, y en segundo lugar, las palabras que algunos han considerado como dudosas, no lo son porque claramente significan no una figura, sino la misma cosa figurada.

4.ª Se atribuyen á San Basilio varias obras, tituladas *De grammatica exercitatione*, *De Laudibus eremi*, *De Consolatione in adversis*, *y Penæ prescriptæ in Monachos delinquentes*.

Se supone, y cremos que con razon, que estas obras, al menos tales cuales se conocen, no son de San Basilio.

5.ª *De Virginitate*. En este libro San Basilio expone muchas y muy buenas máximas acerca de la virtud y de la pureza. Suida cree que el tratado *De Virginitate* fué escrito por San Basilio. Algunos críticos lo niegan sin embargo, fundándose en que el estilo es algo difuso, y en que tanto al principio como en el fin se tratan ciertas materias que parecen agenas al pudor y á la modestia del Santo Obispo de Cesarea. No nos convence este argumento. Los santos son moralistas, y por fuerza necesitan hablar contra los vicios, cualquiera que sea su índole.

6.° *Comentarius in sexdecim capita Isaiæ*. Nada se necesita decir acerca de este comentario. Su mismo título lo esplica todo.

7.° *Epístolæ Canonicæ*. Estas epístolas son tres y fueron dirigidas al obispo San Aphiloquio. La primera trata, en diez y seis *cánones*, del bautismo de los hereges, de homicidio, de la muerte de los niños recien

nacidos, de los que contraen muchas veces matrimonio, de la penitencia, de los hereges, del adulterio y la sodomía, de la indisolubilidad del matrimonio, de las virtudes que deben adornar á los que aspiran al sacerdocio, de los que matan en la guerra, de la usura y otros asuntos no menos importantes.

Algunos llaman la atencion sobre la doctrina del canon nueve. Parece en efecto como que en ella se adhiere San Basilio á la doctrina de los griegos, en lo que atañe á la disolubilidad del matrimonio en caso de adulterio. Para comprender bien este punto conviene leer lo que dice el cardenal Palavicini, *Historia Concilii Tridentini*, Lib. 12, cap. IV. número 27.

Tambien es oportuno advertir que San Basilio no solo señala estos vicios, sino que recordando las antiguas tradiciones, manifiesta cuáles son las penas que deben ser expiadas.

La segunda epístola contiene treinta y cuatro cánones, y la tercera tiene treinta y cinco. Se trata en la segunda de asuntos pertenecientes á la disciplina de la Iglesia, principalmente en lo que se refiere á las vírgenes consagradas al Señor, á los sacerdotes y á los que han profesado la vida monástica. Esto no obstante se establecen reglas prácticas y muy útiles acerca del matrimonio incestuoso, de las reuniones ilícitas, de los votos hechos sin deliberacion, de los malos juramentos, de los raptos, de las madres que abandonan á sus hijos, de los siervos, y de los hijos que contraen matrimonio contra la voluntad de sus señores

ó de sus padres, de varios hereges de aquella época y por último de las terceras nupcias.

En la tercera epístola se determinan con precision los años de penitencia las ó penas de otro género que se imponian en aquel tiempo á cada uno de los grandes pecadores que deseaban reconciliarse con la Iglesia.

CAPITULO XIV.

San Gregorio Nazianceno y San Gregorio Niceno.

1.° San Gregorio Nazianceno es conocido en la *Historia eclesiástica* con el nombre del *Teólogo* por excelencia. Nació el año 328, en Arianzo, cerca de Nazianzo, en Capadocia. Su padre Gregorio, y su madre Nonna, fueron ambos santos. San Gregorio, su padre, fué obispo de Nazianzo, y gobernó aquella iglesia hasta que murió, en una edad muy avanzada. Con decir quiénes fueron los padres, basta para que se comprenda cuán esmerada y cuán sana seria la educacion que recibió en sus primeros años San Gregorio. Para perfeccionarse en el estudio de las ciencias, estuvo algun tiempo en Cesarea, pasó despues á Alejandría, y se fijó, por último, en Atenas. En esta última ciudad conoció á Juliano el Apóstata. Más tarde,

siendo Juliano emperador, y conociendo el gran mérito de San Gregorio, quiso darle un alto y lucrativo empleo en la corte. Sus esfuerzos fueron inútiles. San Gregorio se habia consagrado al bien de la Iglesia, y no podia servir á un emperador apóstata, empeñado en destruir el cristianismo y restablecer las absurdas divinidades del Capitolio ó del Olimpo.

San Gregorio no tenía ambicion ninguna. La gloria del mundo antes que un placer, era para él una pesadísima carga. El silencio y la soledad formaban todas las delicias de su espíritu. Se fué al desierto con San Basilio, y allí permaneció hasta que fué llamado por su padre para que le ayudase á sostener el peso enorme de la iglesia de Nazianzo, que le abrumaba en sus últimos años. Este venerable anciano, por debilidad ó por sorpresa, habia suscrito la fórmula arriana del conciliábulo de Rímini. Su hijo le hizo borrar su firma de aquella fórmula impía, protestando contra todo lo acordado sacrílegamente en aquella asamblea. San Gregorio Nazianceno fué ordenado sacerdote por su mismo padre. Poco despues San Basilio lo consagró obispo de Sacimo, en Capadocia. Pero despues de trabajar mucho en bien de las almas, como sacerdote y como obispo, San Gregorio, que sólo amaba el silencio y la soledad, entregó su silla á otro obispo y se retiró de nuevo al desierto. Poco antes de morir, su padre le obligó á dejar la soledad y volver á la Iglesia de Nazianzo. Desempeñó en ella todas las funciones episcopales, sin consentir en tomar el título de obispo. Los fieles quisieron hacerle aceptar la mitra,

y él, lleno de abnegacion, se retiró por tercera vez al desierto.

En el año 379 abandonó la soledad para defender en Constantinopla la doctrina de Jesucristo y refutar los errores de los hereges. Merece describirse la impresion que produjo la entrada de San Gregorio en Constantinopla.

San Gregorio era muy bajo de talla, mal configurado en su cuerpo y de innoble fealdad en su rostro. Era muy pobre, no tenía nada más que un vestido; hacia sus viajes á pié y descalzo, y nunca llevaba séquito ninguno. Era tan rudo en sus palabras como austero en sus costumbres. No visitaba á nadie ni conocia, ni queria conocer las fórmulas de elegante cortesanía que exige la alta sociedad en el trato de las personas ilustres. Además, San Gregorio era desaliñado y poco amigo de la limpieza. Los arrianos, al verlo, procuraron desprestigiarlo, colmándolo de desprecio. Los mismos católicos sentian el ver á San Gregorio vestido con tanto desaliño. Creian que su virtud y su dignidad sufririan quebranto con tan inmundo traje. Sin embargo, todo el mundo quedó completamente engañado. Cuando San Gregorio empezó á hablar, los católicos, los arrianos, hasta los mismos gentiles, olvidando el desaliño del traje, empezaron á admirar la profunda sabiduría y la asombrosa elocuencia que á torrentes brotaban de sus lábios. Los hereges quedaron confundidos y la Iglesia obtuvo un triunfo brillantísimo. El mismo emperador Teodosio aceptó y aplaudió la doctrina de San Grego-

rio. Los prelados de Oriente, reconociendo sus grandes virtudes y portentosa erudicion, con acuerdo unánime, lo nombraron obispo de Constantinopla. San Gregorio no quiso admitir esta silla, y al despedirse del gran Teodosio, le dirigió estas palabras: «Señor, no os pido ni riquezas ni empleos; sólo deseo que me permitais retirarme á la soledad, renunciando el obispado para el cual, por invitacion vuestra, he sido elegido. Sólo deseo la paz y la caridad en la Iglesia.»

San Gregorio abandonó á Constantinopla y visitó de nuevo la ciudad de Nazianzo. Gobernó algun tiempo esta iglesia, hizo nombrar un obispo y despues se retiró por última vez al desierto. Murió en él el dia 9 de Mayo del año 389, segun unos, ó del 391, segun dicen otros historiadores.

2.° Las principales obras de San Gregorio Nazianceno son las siguientes:

1.ª Cincuenta y cinco *sermones* acerca de asuntos importantísimos, todos pertenecientes á la fé y á la moral.

2.ª Un número crecidísimo de *epístolas*, en las cuales se halla casi toda la historia eclesiástica de su tiempo, ó al ménos la historia de casi todas las grandes cuestiones de su época.

3.ª *Poesías* sobre asuntos piadosos y morales casi en su totalidad.

4.ª *La Metaphrasis*, excelente traslacion del *Eclesiastés*, aunque se atribuye á San Gregorio Nazianceno, es de Gregorio de Andalucía, natural de Illiberis, cerca de Granada, que floreció por el mismo tiempo.

El mismo San Agustin confundió á Gregorio de Andalucía con San Gregorio Nazianceno. Esto no es extraño, porque en el Lib. 1.°, *Contra Juliano*, cap. I, confunde á San Gregorio Nazianceno con San Gregorio de Niza. Estas equivocaciones son siempre muy fáciles.

5.ª El tratado *De fide Nicæna*. Esta obra es como su título mismo indica, una exposicion del símbolo redactado en el Concilio de Nicea. Aunque se encuentre en las obras de San Gregorio Nazianceno, hay muchas razones que nos autorizan para creer que pertenece al ya citado Gregorio de Andalucía.

6.ª El opúsculo titulado *Testamentum*. Aunque hay críticos que niegan su autenticidad, Baronio lo considera como obra de San Gregorio Nazianceno, y lo inserta en los *Anales*, año 389.

7.ª *Epístola ad Evagrium*, inserta con el núm. 45 entre los sermones de San Gregorio Nazianceno. Petavio, tomo 1.° de *Theologicorum docmatum*, Lib. 2.°, cap. VI, núm. 3.°, dice que esta epístola no es de San Gregorio. Sin embargo, no nos parecen convincentes sus argumentos.

8.ª El sermon 48, titulado *In sanctos martyres et contra arrianos*. Este sermon se atribuye tambien á San Juan Crisóstomo.

9.ª La tragi-comedia llamada *Christus patiens*, aunque se cita con el nombre de San Gregorio Nazianceno, debe atribuirse á Apolinar de Loadicea.

Herman escribió *La Vida de San Gregorio Nazianceno* en un tomo en 4.°.

Las obras de este Santo Padre se imprimieron en París en 1611, en dos tomos en fólio, con notas y una traduccion del abad Villy, muy versado en la lengua griega.

3.° San Gregorio de Niza nació en Capadocia el año 331. Fué hermano de San Basilio el Grande. En su juventud estudió las ciencias sagrada y profana, y adelantó mucho en ellas. Por consejo de San Gregorio Nazianceno abandonó la cátedra de retórica que desempeñaba, y se dedicó exclusivamente al estudio de las ciencias eclesiásticas. El año 372 fué nombrado obispo de Niza. Su ciencia, su santidad y su celo le granjearon el ódio de los arrianos. El emperador Valente, escitado por ellos, desterró á San Gregorio de Niza el año 374. Desde su retiro no cesó nunca San Gregorio de trabajar en provecho de la Iglesia. Cuando ocupó el trono de los césares el emperador Teodosio, adquirió su libertad el Santo Obispo de Niza. El año 378 tuvo la inmensa satisfaccion de volver á su iglesia y esplicar la doctrina de Jesucristo á la multitud de fieles que por todas partes le rodeaban.

Un año despues asistió al Concilio de Antioquía, y en él recibió el encargo de visitar las iglesias de la Arabia y Palestina, en las cuales ocasionaba horrorosos escándalos el arrianismo. Visitó á Jerusalen, y quedó lleno de consuelo al contemplar los lugares de la Sagrada Pasion.

En el año 381 asistió San Gregorio de Niza al Concilio de Constantinopla, que es el segundo general. En aquella religiosa asamblea pronunció la

oracion fúnebre de San Melesio, obispo de Antioquía.

Murió San Gregorio el dia 9 de Marzo del año 396. Por su grande autoridad mereció que se le llamase el *Padre de los Padres.*

4.° Las obras de San Gregorio de Niza se imprimieron en dos tomos en fólio, en París, en 1605. Despues se han hecho otras ediciones; pero la citada es la que nosotros tenemos á la vista.

Las obras de San Gregorio de Niza están divididas en cinco secciones diversas.

1.ª *Oraciones fúnebres.*

2.ª *Sermones.*

3.ª *Panegíricos de Santos.*

4.ª *Comentarios sobre la Sagrada Escritura.*

5.ª y última. *Tratados dogmáticos.*

El estilo de San Gregorio es fluido y elegante; pero en algunas ocasiones degenera en enfático. Se muestra bastante inclinado á la alegoría, y en algunos puntos recuerda de una manera confusa ciertas máximas erróneas de Orígenes acerca de la eternidad de las penas.

CAPITULO XV.

San Ambrosio.

San Ambrosio nació en el año 340 de la era cristiana. Creen unos que fué Arles, otros opinan que Treves y no falta quien juzgue que fué Lion el lugar de su nacimiento. La familia de San Ambrosio pertenecia á la antigua nobleza romana. Habia habido cónsules y prefectos entre sus descendientes. Su padre fué gobernador de las Galias, de Inglaterra, de España y de la parte occidental del África.

En sus primeros años recibió una educacion esmerada. Muerto su padre, su madre lo llevó á la ciudad eterna, en la cual continuó sus estudios con buen método, suma aplicacion y grande aprovechamiento. Aunque no era cristiano, estudiaba sin prevencion y observaba sin odio la conducta de los adoradores de Jesucris-

to. Habia leido los libros santos y conocia bien los dogmas y la moral de la Iglesia. Alejo Probo, prefecto del Pretorio le confió el mando de la Emilia y de la Liguria en Italia. Al despedirlo le aconsejó que se portase más bien como obispo que como gobernador del imperio. Con esto queria darle á entender que fuese no solo tolerante, sino hasta benébolo con los cristianos. Por fortuna la recomendacion no era muy necesaria. San Ambrosio, aunque entonces era gentil de nombre, hubiera podido considerarse como cristiano de corazon. Le repugnaba el paganismo y sentia en su alma una grande inclinacion hácia la religion católica. Por fin, se decidió, confesó su fé y pidió ser admitido entre los catecúmenos. Tanto era su crédito y tan grande la fama de su rectitud, que sin haber aun recibido el Bautismo, fué designado San Ambrosio para suceder al obispo Ausencio en la silla Episcopal de Milan. El Santo ponia fuerte resistencia, pero el clero y el pueblo lo habian elegido; el emperador habia prestado su consentimiento, y le fué preciso aceptar. Recibió el Bautismo, se ordenó de presbítero, y el dia 7 de Diciembre del año 374 fué consagrado obispo.

Italia se veia en aquel tiempo afligida por dos horrorosas plagas: el arrianismo, que perturbaba la Iglesia y los bárbaros del Norte, que como un torrente se desprendieron sobre Europa, amenazando hasta con la ruina de la sociedad. San Ambrosio no cesó nunca de trabajar contra el arrianismo para restablecer la paz de la Iglesia y de escitar el espíritu patriótico en

los pueblos de Italia, para resistir y rechazar la invasion que se venia encima.

La emperatriz Justina, madre del emperador Valentiniano II, se mostraba muy favorable al arrianismo. San Ambrosio se opuso de frente y sin rodeos de ningun género á la sacrílega y perniciosa política de la emperatriz Justina. Irritada la emperatriz contra el obispo de Milan, dió órdenes al prefecto Calógono para que procurase intimidarlo con fuertes amenazas. San Ambrosio, sin temor ninguno, contestó al prefecto: « Si tú sabes obrar como cortesano injusto, yo sabré sufrir cual conviene á un obispo católico.»

Sabido es lo acontecido en una ocasion célebre en Tesalónica. El emperador Teodosio se creyó gravemente ofendido, y lleno de indignacion, por venganza, mandó degollar á siete mil tesalonicenses. Al saber esto San Ambrosio se llena de santa indignacion, reprende con severidad al monarca, le cierra las puertas de la Iglesia y lo sujeta á penitencia pública.

La conducta de San Ambrosio en esta circunstancia revela cuán útil, cuán necesaria ha sido y es la doctrina de la Iglesia para destruir el despotismo de los gentiles.

San Ambrosio era el verdadero padre de los pobres. No sólo los socorria en sus necesidades ordinarias, sino que vendia hasta los vasos sagrados para redimir á los que tenian la desgracia de caer como cautivos en poder de los godos.

El mismo San Agustin confiesa que debe su conversion á la persuasiva elocuencia de San Ambrosio.

Murió este Santo Obispo el dia 4 de Abril del año 397.

2.° Los Padres benedictinos de San Mauro publicaron, desde 1686 hasta 1691, una excelente edicion de las obras de San Ambrosio, en dos volúmenes en fólio. Esta edicion se halla dividida en dos partes. La primera comprende los tratados sobre la Santa Escritura, y la segunda abraza todos los demás libros que publicó sobre diversas materias.

A San Ambrosio se le atribuyen muchas obras que no son suyas. Siéndonos imposible hacer una disertacion crítica sobre cada una de ellas, nos limitarémos á indicarlas, exponiendo sencillamente nuestro juicio.

1.ª *Commentaria in Apocalypsim.* Creen algunos que esta obra no es de San Ambrosio.

2.ª *De viciorum, virtutumque conflictu ad Simplicianum.* Tambien hay quien crea que esta obra es de Ambrosio Aulperto y no del Santo Obispo de Milan.

3.ª *De origine et moribus Brachmanorum.* Se niega igualmente su autenticidad.

4.ª *De fidei expositione.* En esta obra San Ambrosio esplica y defiende la fé de Nicea contra los hereges Arino y Photino.

5.ª *De Concordia Matthæi et Lucæ.* En este libro se esplica la genealogía de Jesucristo. La autenticidad de esta obra es dudosa, segun Possevino.

6.ª *De Spiritu Sancto.* Es un tratado dogmático, lleno de importantes reflexiones. Su título esplica su objeto y señala los errores que combate. Se cree que este tratado no es auténtico, y que fué unido á otros

tres libros que publicó San Ambrosio sobre el mismo asunto y con el propio título.

7.ª *Expositio in Cantica Canticorum*. Este libro fué compuesto por Antonio de Mochare, con muchos fragmentos extractados literalmente de las obras del Santo Obispo de Milan.

8.ª *De Penitentia*. San Ambrosio escribió dos libros con este mismo título. El libro único titulado *De Penitencia*, no es suyo.

9.ª *Commentaria in Epistolas S. Pauli*. Esta obra se cita con frecuencia; pero aunque goza de grande autoridad, no se cree auténtica. Se cree que, ó San Ambrosio no expuso las epístolas de San Pablo, ó se han perdido sus verdaderos comentarios.

10.ª El cántico *Te Deum laudamus*, atribuido á San Ambrosio y San Agustin, se quiere suponer que fué compuesto por Sisebuto, monje de la órden benedictina. En este punto la crítica se opone á la tradicion general, sin apoyarse en ningun fundamento sólido.

11.ª *Posterior Apología Davidis*. Esta obra no es digna de San Ambrosio, aunque la cite como suya el mismo San Agustin. En ella parece como que se escusa el adulterio de David, entendiéndolo en sentido figurado.

12.ª *Ad Virginem lapsam*. Es un tratado que Belarmino encuentra digno de censura, y en ciertos pasajes algo oscuro, en lo que se refiere á la heregía de los montanistas. En el cap. VIII hay palabras que no pueden explicarse en buen sentido sin suma dificultad.

13.ª *De Viduis*. En esta obra San Ambrosio se expresa con alguna severidad contra las segundas nupcias. Parece como que las reprueba, porque su objeto era reprender á una viuda de bastante edad que pretendia contraer nuevo matrimonio despues de tener hijas casadas del primer marido.

En este libro enseña San Ambrosio que se debe invocar el auxilio de los santos, de los mártires y de los ángeles que nos custodian.

14.ª *De Trinitate*. Algunos críticos suponen que este libro no fué compuesto por San Ambrosio. Lo consideran como una esplicacion del símbolo de los Apóstoles, hecha con trozos de San Ambrosio, de San Hilario y de San Agustin.

15.ª *De dignitate sacerdotale*. No hallamos razon ninguna para sostener, como Natal Alejandro, que este excelente libro no es de San Ambrosio. Contiene la misma doctrina y se nota en él el propio espíritu del Santo Obispo de Milan. Añádase á esto la autoridad de la tradicion que lo atribuye generalmente á San Ambrosio. Esta obra se encuentra con muchos títulos diversos. Hay manuscritos que la llaman *Liber Pastoralis*, otros *De Cura Pastorali*, algunos *Sermo de Episcopis*, y no falta, por último, quien la titule *De Observantia episcoporum*.

16.ª *De Sacramentis*. Consta de seis libros. Esta obra es quizá la más consultada entre todas las de San Ambrosio.

17.ª *De Virginitate*. Consta de tres libros. Los dos primeros son una coleccion de los discursos sobre las

excelencias de la caridad, pronunciados por San Ambrosio en la iglesia de Milan. Hizo esta coleccion á instancias de su hermana Marcelina, que se hallaba en Roma, y que por lo tanto no habia podido oir los discursos que contiene.

El Lib. 3.º es una apología de los dos primeros. Basta copiar dos trozos de los caps. VI y VII para que se comprenda cuáles eran las objeciones que ya en aquel tiempo se presentaban, y que necesitó refutar San Ambrosio. «Hay quien tema, dice el Santo Obispo, que la virginidad será perjudicial á la multiplicacion de la especie humana. ¡Qué error! Yo pregunto: ¿quién ha querido nunca contraer matrimonio y se ha visto obligado á desistir de su propósito por no hallar mujer para que sea su esposa? Los males del mundo no están en la virginidad, sino en el adulterio, en las rapiñas y en las guerras. La poblacion es mayor en los pueblos en que más se estima la virginidad. Informaos de lo que sucede en las iglesias de Alejandría, de todo el Oriente y aun de África, en las cuales hay costumbre de consagrar nuevas vírgenes todos los años.»

Estos pasajes son excelentes, porque se vé en ellos refutado el error de los enemigos del celibato y de los votos religiosos.

18.ª San Ambrosio escribió el *Tratado de Incarnatione* con un motivo que debe ser aquí expuesto. Dos mayordomos del emperador Graciano, que pertenecian á la secta arriana, insultaron en público á San Ambrosio, provocándolo á defender la doctrina católi-

ca acerca de la Encarnacion del Verbo. Al dia siguiente el Santo Obispo de Milan pronunció un admirable discurso acerca de este dogma. Como los dos mayordomos provocadores no habian asistido al sermon, San Ambrosio lo escribió con el fin de que pudiera serles provechoso. Desgraciadamente esto no pudo verificarse. En el mismo dia murieron los dos mayordomos de una manera desastrosa. Cayeron de un carruaje y fueron arrastrados por los caballos. El pueblo de Milan, lleno de horror, miró su inesperada muerte como un castigo del cielo por su sacrilegio.

19.ª *De Mysteris*. En este libro San Ambrosio explica á los recien bautizados la significacion de las ceremonias del Bautismo, la naturaleza é importancia de la Confirmacion, y las antiguas figuras de la Sagrada Eucaristía.

20.ª Se han perdido muchas obras de San Ambrosio. Ha desaparecido el *Comentario sobre Isaias*, el *Tratado de los Sacramentos y de la filosofía*, el *Juicio de Salomon*, y varios otros tratados importantes que citan los Santos Padres.

3.º Los críticos han querido encontrar errores trascendentales en las obras de San Ambrosio. Le acusan, por ejemplo, de haber sostenido en el Lib. 1.º *De Abraham*, cap. IV, que el adulterio no fué ilícito en la antigua ley. Nada hay ménos fundado. Todas sus obras protestan contra esta absurda acusacion. Cabalmente fué San Ambrosio el Santo Padre que más escribió en favor de la castidad.

Se supone tambien que en los dos primeros libros

De la Virginidad, se mostró contrario, ó al ménos habló de una manera poco esplícita acerca de la santidad del matrimonio. Nada más falso. San Ambrosio no hizo otra cosa que exponer y explanar la doctrina de San Pablo. Aprobó el matrimonio, como cosa santa para la inmensa mayoría de los hombres; pero ensalzó la virginidad como cosa más santa y más perfecta para los que hayan recibido del cielo la vocacion especial que para seguir el camino de los consejos se necesita.

Se dice igualmente que San Ambrosio, en el libro *De las Viudas*, condenó las segundas nupcias. No es cierto. Su doctrina fué tambien en este punto la misma de San Pablo. Lo que hizo en un caso especial fué manifestar á una viuda imprudente que á ella no le convenia el matrimonio.

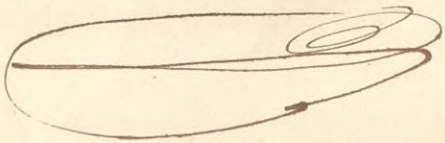
Por último, se ha querido encontrar algunas máximas montanistas en los libros *De Pœnitentia*. Es indudable que en uno de estos libros, tal cual hoy se encuentra, parece como que San Ambrosio niega la esperanza del perdon á los pecadores; pero no debe olvidarse que, si las palabras, tales cuales hoy aparecen, tienen una significacion bastante oscura, toda la doctrina del Santo es contraria al error que se intenta hallar en las palabras á que aludimos. No debe perderse de vista que San Ambrosio escribia *ad Virginem lapsam*, á una vírgen prevaricadora, y que en el capítulo VIII, ponderando su crímen, le pondera al propio tiempo la dificultad de la absolucion. Pero nótese bien que jamás le aconseja la desesperacion ni le niega la esperanza del arrepentimiento.

CAPITULO XVI.

San Epifanio.

1.° Nació en una aldea de Palestina, hácia el año 320 de nuestra era. Desde sus primeros años se dedicó á la práctica de la virtud y mostró grande amor al silencio y á la soledad. Se retiró á un desierto en la misma Palestina, y por su fervor y su piedad causó admiracion á los monjes que se hallaban en sus cercanías. A la edad de 20 años fundó un monasterio en el cual se reunieron muchos monjes bajo su direccion. No solo buscaba la propia justificacion, sino que deseaba con igual ardor que se santificasen todos los hombres.

Con el fin de poder trabajar en beneficio de la fé, se dedicó al estudio de las ciencias sagradas y profanas. Con decir que tenía un grandísimo talento, que estudiaba con celo apostólico y que no malgastaba el



tiempo en mundanos recreos, basta para que se comprenda cuán inmensos serian sus adelantos científicos. Adquirió bien pronto un crédito inmenso entre los fieles. Fué ordenado de presbítero, y pasados pocos años, fué elegido por unánime consentimiento del clero y del pueblo para ocupar la silla episcopal de Salamina, metrópoli de la isla de Chipre. Aceptó esta alta dignidad el año 368.

Hizo un viaje á Roma, con motivo del cisma de Antioco. Vuelto á su diócesis, continuó edificando á los fieles con su virtud, y convirtiendo ó refutando á los heresiarcas con su portentoso saber y su irresistible lógica. No cesaba de clamar contra los errores de Arrio y de Apolinar, que eran los más temibles en su diócesis. Tambien combatia con santo celo las perniciosas doctrinas que se hallan en las obras de Orígenes. En el año 401 celebró un concilio, en el cual fueron condenados los errores de Orígenes. El año 403 hizo un viaje á Constantinopla para hacer ejecutar los decretos del concilio que acabamos de nombrar.

Murió San Epifanio en el mismo año 403 al volver de Constantinopla á Salamina.

San Epifanio sabia mucho. Pero ni era muy elocuente ni escribia con grande elegancia, ni se mostraba muy rígido en admitir como ciertos, hechos cuya verdad rechaza la historia. Esto es un lunar, pero no es la esencia de sus obras. Conocia la doctrina de la Iglesia y la exponia con exactitud y claridad. Es imposible no considerar á San Epifanio como un respetabilísimo intérprete de la tradicion apostólica. Se

le mira más bien como compilador que como un escritor original. Acaso esta circunstancia aumente el valor de sus obras.

2.° El padre Petavio publicó en 1622 una edicion en griego y en latin de las obras de San Epifanio, con notas y en dos tomos en fólio.

Las obras más notables de San Epifanio son las siguientes:

1.ª *Panarium* ó *Arca medica-adversus hæreses*. El *Panarium* se divide en tres libros. En el primero, se escribe la historia de veinte heregías que existieron antes de Jesucristo. En los otros dos se refiere la historia de veinte y seis heregías, trece en cada uno, posteriores á la venida del Salvador. San Epifanio, no solo reseña los errores, sino que los califica y los refuta con argumentos irresistibles. El *Panarium* es una obra de suma utilidad que ha sido y será siempre consultada por todos los que quieran conocer la historia de los primeros siglos del cristianismo.

2.ª *Ancoratus*. Este libro es una especie de compendio apologético de la doctrina cristiana. San Epifanio le dá el título de Áncora, porque sirve para fijar el espíritu en la verdad, preservándolo de los embates del error y las fluctuaciones de la duda.

3.ª *De Mensuris et ponderibus*. Este libro se considera como un riquísimo archivo de noticias sagradas y profanas.

4.ª *De vita Prophetarum*. Petavio no cree que esta obra sea de San Epifanio, y funda su opinion en los errores que contiene y las pueriles observaciones de

que está llena. Nosotros solo nos atrevemos á decir que no es digna de San Epifanio, y que debe leerse con mucha cautela.

5.ª *Orationes ú Homiliæ Octo.* Estas homilias se dividen así: una para la domínica de ramos; dos de la resurreccion de Jesucristo, otras dos de la sepultura del Salvador; una de la ascencion del Señor, otra de las alabanzas de la Vírgen, y por último, una de los misterios.

2.° Se cree que estas *Oraciones ú homilias* no son de San Epifanio.

6.ª *Epistola ad Joannem Hierolymitanum.* Se cree que tampoco es de San Epifanio este libro. Belarmino asegura que á lo menos ha sufrido alteraciones considerables.

CAPÍTULO XVII.

San Juan Crisóstomo.

1.° Nació San Juan Crisóstomo en Antioquía el año 344. Su familia era ilustre y pudo darle una educacion esmerada. Crisóstomo es voz griega que significa *lábios de oro*. Se le dió este nombre, por el admirable explendor de su elocuencia. San Juan Crisóstomo en efecto, es el verdadero ciceron de los padres griegos.

Tratándose de San Juan Crisóstomo no es necesario mencionar siquiera su vastísimo ingenio y su constante aplicacion al estudio. Sobra con indicar que su condicion y su saber no se deslumbran ni aun puestos en parangon con la condicion y el saber de San Agustin y San Gerónimo.

Era muy amante de la soledad y la meditacion. Para librarse de los afanes del mundo se fué á vivir á

las inhospitalarias montañas que hay cerca de Antioquía. Juzgando que ni aun así se preservaba enteramente del bullicio de la sociedad; se encerró en una oscura gruta, en la cual permaneció dos años consagrado exclusivamente á la oracion, á la penitencia y al estudio y meditacion de las Santas Escrituras.

Una enfermedad muy grave le obligó á abandonar las montañas y volver á Antioquía. San Melesio lo ordenó diácono, y Flaviano, su sucesor, le confirió el presbiterado el año 386. San Ambrosio se vió obligado, por mandato expreso de su obispo á predicar el Evangelio á los fieles. En sus primeros discursos hablaba con tanta elevacion, que solo podian entenderlo las personas instruidas. En una ocasion al salir de la Iglesia se le acercó una piadosa mujer, y le dijo: «Padre, nosotros los pobres de espíritu, no podemos comprender vuestra doctrina.» Este aviso fué bastante para que San Crisóstomo olvidase el lenguaje oscuro de las ciencias y empleara en sus sermones el estilo que por ser muy sencillo y muy claro, al alcance de todo el mundo, no dejó de ser el más bello y el más elocuente que se encuentra en todas las homilias de los Padres griegos. Cuando el pueblo pudo entender á San Crisóstomo, acudió á oirlo con vivísima devocion y grande entusiasmo. En algunas ocasiones el auditorio, no pudiendo contener la admiracion, prorumpia en frenéticos aplausos. Un dia, viéndose muy aplaudido, dirigió San Crisóstomo el siguiente apóstrofe á sus oyentes: «¿De qué me sirven vuestras alabanzas, si no veo vuestra penitencia? Yo no necesito

vuestros aplausos; lo que quiero y lo que exijo es vuestro arrepentimiento y vuestras lágrimas.»

Estas palabras prueban cuán profunda era la humildad y cuán ardiente el celo de San Juan Crisóstomo.

El año 398 fué nombrado obispo de Constantinopla. Como prelado, no cesó un instante de trabajar por el bien de la Iglesia. Hizo grandes esfuerzos por reformar las costumbres del clero; quiso que todos sus sacerdotes se hallasen adornados de ciencia y de virtud, y no dejó de hacer ni trabajos ni sacrificios para conseguirlo. No contento San Juan Crisóstomo con enseñar al pueblo la doctrina cristiana, ó con darle el alimento del espíritu, queria tambien consolarlo en su desgracia, dándole el alimento del cuerpo. Miraba á los pobres como á sus propios hijos, les daba de comer si tenian hambre; los vestia si se hallaban desnudos, y los curaba si los veia afligidos por alguna enfermedad. Fundó varios hospitales ó casas de caridad, para recibir y curar en ellas á los pobres enfermos que careciesen de recursos materiales. Con el fin de poder satisfacer todas las necesidades de los pobres, se redujo San Juan Crisóstomo á vivir con gradísima economía como verdadero pobre. Su comida era muy frugal y sus vestidos no podian ser más sencillos.

San Juan Crisóstomo envió sacerdotes de virtud y celo, para que predicasen el Evangelio á los escitas. Con el objeto de que los trabajadores no se privasen de asistir á las funciones de la Iglesia, San Crisóstomo estableció ejercicios espirituales por la noche. Así los que trabajaban durante el dia, podian consagrar

al Señor algun tiempo en las horas de descanso. Además, para impedir que los fieles asistiesen á las idolátricas é inmundas comedias ó tragedias que en aquel tiempo se representaban, introdujo la costumbre de cantar salmos en las casas particulares, como en una piadosa tertulia compuesta de amigos ó hermanos.

San Juan Crisóstomo tuvo muchos y encarnizados enemigos. El mundo persigue siempre á los que hacen el bien. Los hereges, á quienes refutaba, y los hombres corrompidos á quienes reprendia, todos unian sus fuerzas para conspirar contra el Santo Obispo de Constantinopla. Eutropes, favorito del Emperador; el tirano Gaynas, á quien no habia querido conceder una iglesia para los arrianos; Teófilo de Alejandría, discípulo y defensor de Orígenes; en fin, los secuaces de Arrio, á quien habia expulsado de Constantinopla, todos llenos de despecho, hablaban sin cesar contra San Crisóstomo para desprestigiarlo, y lo acusaban en la córte para hacerlo desterrar.

La emparatriz Eudoxia fué reprendida con severidad por San Juan Crisóstomo. No necesitamos decir aquí cuáles eran sus vicios. Nos basta recordar que el Santo Obispo de Constantinopla la comparaba con Herodiades, la mujer cruel é imunda que pidió á Herodes la cabeza de San Juan Bautista. La emperatriz se mostró sumamente irritada contra San Juan Crisóstomo. Los hereges y ciertos corrompidos cortesanos, aprovecharon esta ocasion para vengarse de San Juan Crisóstomo, aparentando defender y adular á la esposa del emperador. En el año 403 reunieron en

Chena un sacrílego conciliábulo, en el cual fué condenado San Juan Crisóstomo. Se le depuso de su silla y se le envió al destierro. Al dia siguiente de la salida del Santo Obispo, hubo un horroroso temblor de tierra en Constantinopla. Se quebrantó hasta el mismo palacio imperial. La emperatriz creyó que era un castigo del cielo, se llenó de terror, y pidió la vuelta á Constantinopla de San Juan Crisóstomo. Así se verificó.

El Santo Obispo entró en su iglesia enmedio de las entusiastas y generales aclamaciones de los fieles.

Ocho meses despues se renovó el furor de la emperatriz y la persecucion contra San Juan Crisóstomo. Se dedicó una estátua á la emperatriz y con este motivo, en las puertas mismas del templo de Santa Sofía se celebraron inmundas bacanales, contra las cuales no pudo menos de protestar el Santo Obispo. La emperatriz se creyó personalmente ofendida, y mostró en público vivos deseos de imponer un terrible castigo á San Juan Crisóstomo. Los aduladores de Eudoxia reunieron otro conciliábulo y en él condenaron de nuevo á San Juan Crisóstomo. Este Santo y celoso Prelado fué arrojado de su Iglesia y desterrado á Bitinia el dia 10 de Junio del año 404. A este destierro siguió una persecucion horrible contra todos los partidarios de San Juan Crisóstomo. El Papa Inocencio I escribió una carca á este Santo Obispo para consolarlo en su desgracia. Lo propio hicieron muchos otros prelados de Occidente. El mismo emperador Honorio escribió á su hermano Arcadio, intercediendo en fa-

vor de San Juan Crisóstomo. Nada pudo conseguir. San Crisóstomo fué trasladado á Cucusa, en donde se aumentaron sus padecimientos. Pasado algun tiempo se le envió á Arabira, en la Armenia. Caminando hácia Pythionto, en el Ponto Eutino, lo trataron tan mal los soldados que le acompañaban, que le hicieron morir antes de llegar al término de su viaje.

Ocurrió la muerte de San Crisóstomo en Comana, el dia 14 de Setiembre del año 407. Sus enemigos lo persiguieron aun despues de muerto. No querian ni aun escribir su nombre en el catálogo de los obispos de Constantinopla. Teodosio, el jóven, hizo llevar á Constantinopla el cadáver de San Juan Crisóstomo, el año 438. San Crisóstomo ha tenido y tiene una autoridad inmensa. Teodoreto lo llama *Doctorem Orbis terrarum.*

2.° Las obras de San Juan Crisóstomo se hallan coleccionadas en trece volúmenes en fólio, con texto griego y latino, en la edicion que hizo el padre Montfaucon, desde 1718 á 1734. En esta compilacion se encuentran además notas de suma importancia y una biografía extensa y bien escrita del Santo Doctor.

Las obras que con más frecuencia se citan de San Juan Crisóstomo, son las siguientes:

1.ª *Liturgia.* Este libro, cuyo objeto indica su mismo título, es de grandísimo interés. En él se encuentran las ceremonias y las tradiciones de la primitiva Iglesia.

2.ª *Orationes.* Son una coleccion de discursos sobre San Pablo, los cuarenta mártires, la degollacion

de San Juan Bautista, etc. Algunos críticos suponen que el sermon sobre la degollacion de San Juan Bautista, no es de San Juan Crisóstomo. Nosotros nos limitamos á recordar que el Santo Doctor comparó muchas veces á la emperatriz Eudoxia con la inmunda Herodiades.

3.ª Las *Expositiones* sobre los salmos 101 hasta 107, y el salmo 118, son comentarios de Teodoreto, aunque se encuentran en algunas ediciones de las obras de San Juan Crisóstomo.

4.ª La *Homilia de Anathemate.* Se ha considerado por algunos como de autenticidad sospechosa.

5.ª Las homilias *In Acta Apostolorum*, son de San Juan Crisóstomo, por más que Erasmo se empeñe en amontonar dudas sobre su autenticidad. Se atribuyen muchas homilias á San Juan Crisóstomo que no son suyas. Nosotros sentimos carecer aquí del espacio que se necesita para extractar al menos las observaciones críticas del erudito é infatigable Sixto de Sena. Solo advertimos que las dudas acerca de su verdadero autor, no destruyen en nada el valor de dichas homilias. Siempre consta que fueron redactadas por los grandes maestros de la fé; que son antiquísimas, y que no pueden menos de respetarse cual monumentos de la tradicion apostólica.

6.ª Los *Catorce sermones sobre San Marcos* no son de San Juan Crisóstomo, sino de un monje, cuyo nombre se ignora, segun la opinion de Sixto de Sena.

7.ª *Opus imperfectum in Matthæum.* Consta de 54

homilias. Se llama imperfecto, no por la naturaleza de su doctrina, sino porque su autor no pudo concluir este libro. La antigua tradicion, desde la *Glosa* hasta Santo Tomás, ha estado conforme en atribuir esta obra á San Juan Crisóstomo.

Algunos modernos críticos siguen una opinion muy diversa, fundándose en que los textos están tomados de la *Vulgata*, version hecha por San Gerónimo, posterior á los tiempos en que hizo sus estudios San Juan Crisóstomo. Tambien se observa que en esta obra hay numerosos errores, hasta contra el dogma. Nosotros creemos, que tanto la introduccion de los errores, como las variantes de la *Vulyata*, se deben á la industria de los copistas que divulgaron el *Opus Imperfectum* en el sigio v. De todos modos, esta obra debe leerse con cautela por las notables alteraciones que ha sufrido. En la homilia 7.ª declara nulo el bautismo conferido por los hereges contra lo resuelto por el Papa San Estéban. En la homilia 3.ª, parece como que niega la gracia que confiere el Bautismo, suponiendo que solo se perdonan los pecados mediante la penitencia posterior. En la homilia 25 afirma que solo el alma pertenece á la sustancia del hombre. En la homilia 55 indica que los sacerdotes y los diáconos se despojan de su carácter ante Dios, cuando cometen algun grave pecado. Este es el error que propalaron más tarde los wicleffitas. En la homilia 1.ª enseña que el matrimonio solo puede dejar de ser pecado por dispensacion divina. En la homilia 32 condena, al parecer, las segundas nupcias, hablando contra ellas como los

discípulos de Tertuliano. En la homilia 11 habla de la Eucaristía, como inclinándose al error de los sacramentarios.

Hemos querido enumerar todos estos errores, porque son los que se citan generalmente cuando se quiere argüir por fórmula en las oposiciones á prevendas, ó con mala fé por los hereges, contra la doctrina católica.

Para responder á todas las objeciones que en estos pasages pueden fundarse, solo se necesita advertir que los citados pasages ni son de San Juan Crisóstomo ni tienen antoridad ninguna.

8.ª La epístola *Ad Cæsarium* no es de San Juan Crisóstomo. Los calvinistas suelen citarla con frecuencia porque se encuentran en ella pasages oscuros y frases mal sonantes, que no favorecen en nada al dogma católico.

9.ª La homilia de *Pœnitentia et Eucaristia* es de San Juan Crisóstomo. Algunos nestorianos citaron en su apoyo algunas palabras de esta homilia; pero no podian hacerlo sin trastornar su verdadera significacion dándole absurdas interpretaciones.

3.° Se atribuyen algunos errores á San Juan Crisóstomo que deben aquí señalarse. Se le acusa de haber negado la posibilidad de la vision instuitiva de Dios. No es exacto. Lo que hizo San Juan Crisóstomo fué demostrar que siendo Dios infinito, no podia ser de ninguna manera comprendido en toda su exencia por la criatura, que ni aun en el cielo deja de ser finita.

Se supone de igual modo que en la homilia 39 sobre la epístola 1.ª *Ad Corinthios*, sostuvo que los justos no entrarán en la Bienventuranza hasta el dia del juicio. Tampoco hay razon para expresarse así. Lo que dice el Santo Doctor es que cuando el hombre se salva, se salva *todo* el hombre, y que el alma gozará de Dios desde el momento de su separacion, sin que esto impida el que se una con su cuerpo para ser eternamente feliz despues de la resurreccion universal.

No falta quien crea que San Crisóstomo en la homilia 42 sobre *El Génesis* se inclinó á la heregía de los semipelagianos. ¡Qué absurdo! Lo que hace San Crisóstomo en todas sus obras es demostrar la necesidad de la gracia y la existencia del libre alvedrío conformándose en todo con la doctrina católica.

Donde no es posible escusar á San Juan Crisóstomo es en lo que dice en la homilia 45 sobre San Mateo, suponiendo que Jesucristo reprendió á la Vírgen Santísima, cuando dijo: *quæ est mater mea?* El autor de la citada homilia indica que la Santísima Vírgen se jactaba de llamarse en público madre de Jesus. Jamás puede suponerse ni aun el más leve movimiento de vanidad en la Madre Inmaculada de nuestro Salvador.

CAPÍTULO XVIII.

San Gerónimo.

1.° San Gerónimo nació en Estridon, en los confines de la Dalmacia y Panonia, el año 340 de la era cristiana. Su padre Eusebio, que era rico, le dió una educacion brillante. Estudió con profundidad todo lo que se habia escrito hasta su tiempo; comparó todas las doctrinas, y convencido de la falsedad del paganismo, abrazó la religion católica, única santa y verdadera. Al volver de un viaje que habia hecho á las Galias, recibió el Santo Bautismo en Roma. Desde este instante dejó el mundo, se consagró á Dios, y halló todas sus delicias en la oracion, en el retiro, en la penitencia y en el estudio de las Sagradas Escrituras.

Convertido ya al cristianismo, hizo muchos viajes, aumentando en todas partes el vastísimo caudal de

sus conocimientos. Estuvo en las Galias, en Roma, en la Tracia, en el Ponto, en la Bitinia, en la Galacia, en la Capadocia y en Siria. Hizo un viaje á Constantinopla el año 381 sólo por oir á San Gregorio Nazianceno.

En la Siria se dedicó á la vida de la soledad y de la penitencia. No pueden enumerarse sin extremecimiento las mortificaciones que se imponia. Pasaba los dias en la oracion y en los gemidos. Su comida no era más que la indispensable para no morir de hambre. Se hallaba cubierto con un saco; andaba con los piés desnudos, y dormia sobre la dura tierra. A todos estos padecimientos añadia los cilicios espantosos que él mismo se aplicaba. Y sin embargo, asegura que su imaginacion no se veia libre de obscenos fantasmas que le recordaban los inmundos placeres del paganismo.

San Gerónimo se habia resuelto á pasar su vida en las montañas de Siria, pero no le fué posible. Por envidia lo acusaron, lo calumniaron, lo apellidaron hasta Sabeliano, y por evitar escándalos, se vió obligado á dejar la soledad, refugiarse en Jerusalen, y desde Jerusalen pasar á Antioquía. En esta ciudad fué ordenado de presbítero por el obispo Paulino. San Gerónimo no consintió en recibir el sacerdocio hasta que supo que no se le encargaria del gobierno de ninguna iglesia. Su humildad le hacia considerarse indigno de todos los honores.

El año 382 volvió á la ciudad eterna. El Papa San Dámaso, conociendo todo su mérito, le dió el encargo

de redactar las respuestas que la Santa Sede enviaba á los obispos que le hacian consultas acerca de la fé, de la moral ó de la disciplina de la Iglesia. San Gerónimo fué muy estimado por el Papa y por una parte muy considerable de la alta nobleza romana. Esta circunstancia le suscitó profundas envidias y rencorosos enemigos. Se inventaron contra él las más inmundas calumnias. El mismo San Gerónimo se queja de ciertos amigos hipócritas que le besaban la mano con grande afecto y luego empleaban su lengua en deshonrarlo. Hubo ocasiones en las cuales se originaron tumultos escandalosos, y hasta se arrojaron piedras contra San Gerónimo enmedio de las calles.

El Santo Doctor se convenció de que le era necesario abandonar á Roma, y volvió á Palestina. En Belen trabajó mucho por llevar á feliz término el monasterio que habia edificado Santa Paula. En la misma soledad de la Tierra Santa refutó á los hereges, defendió la doctrina de la Iglesia é hizo la traduccion de las Sagradas Escrituras, que hoy todavia conservamos. Fué el primero que refutó los errores de Pelagio, y escribió mucho y de una manera incontestable contra los hereges Elvidio, Vigilancio y Joviniano. Pelagio se vengó de San Gerónimo suscitando contra él una horrible persecucion en Jerusalen. Los origenistas se unieron á Pelagio. Rufino, antes amigo de San Gerónimo, y Juan de Jerusalen, le hicieron una guerra cruda, sistemática y llena de saña. San Gerónimo contestaba á sus enemigos, no sólo pulverizando sus errores, sino desautorizando tam-

bien sus personas. Los pueblos *creen y no raciocinan.* Jamás se convertirán mientras respeten y veneren al heresiarca que los seduce. Conviene tener esto en cuenta para comprender y esplicar la justísima indignacion con que se expresa en muchos puntos San Gerónimo.

Murió el dia 30 de Setiembre del año 420, á la edad de ochenta años. Su muerte fué como la de los justos, preciosa en la presencia del Señor y de sus Santos.

San Gerónimo es conocido con el nombre de *doctor Máximo.* Se ha dicho que el Papa San Dámaso lo nombró cardenal. No es cierto. San Gerónimo murió siendo simple sacerdote. Así lo dice Baronio en los *Anales*, año 382.

2.° Las obras de San Gerónimo se hallan coleccionadas en once tomos en fólio, en la edicion de Vallarsi, hecha en Verona el año de 1734.

Las obras más notables de San Gerónimo son las siguientes:

1.ª La traduccion latina de la Sagrada Escritura, hecha directamente y con sumo esmero, del texto hebreo. Se considera con razon como la mejor, como la más exacta, como la más perfecta entre todas las traducciones. Segun dice San Agustin, los mismos hebreos la aceptan, y la Iglesia católica la ha sancionado como su único texto. Se cree que San Gerónimo introdujo la costumbre de numerar los versículos de la Sagrada Escritura. Era imposible hallar un traductor más competente ni más autorizado que San Gerónimo. Conocia perfectamente el hebreo, el grie-

go y el latin; habia estudiado y meditado con profundidad los libros santos, y poseia todas las dotes de inteligencia, rectitud y laboriosidad que eran indispensables para una obra tan delicada y de tanta trascendencia como la traduccion de los libros que contienen la palabra de Dios escrita. La traduccion de San Gerónimo es la que se conoce con el nombre de la *Vulgata*.

2.ª La traduccion al latin de la obra de Didymo, titulada *De Spiritu Sancto*. Este tratado es una apología del dogma del Espíritu Santo contra los hereges que en el cuarto siglo negaban su divinidad.

3.ª *Comentarios* sobre muchos libros del Antiguo y Nuevo Testamento. En todos sus comentarios muestra San Gerónimo cuán inmensa era su instruccion, cuán versado se hallaba en estudio y meditacion de las Santas Escrituras, y cuán bien comprendia y esplicaba su verdadero sentido.

Los defectos materiales que se encuentran en estos comentarios, nacen de la precipitacion con que escribia. Su misma fecundidad le hacía caer en algunos deslices en asuntos que no le parecian de trascendencia. Generalmente dictaba á los copistas y entregaba á la publicidad los libros sin tener ni aun tiempo para releerlos.

4.ª Tratados de polémica contra Montano, Helvidio, Joviniano, Vigilancio, Pelagio, Rufino y los partidarios de Orígenes. En lo que escribió San Gerónimo contra Orígenes, se demuestra cómo habia leido, cómo conocia todas las numerosísimas y voluminosas

obras de este fecundísimo escritor. Se llena uno de admiracion al ver cómo San Gerónimo sabia tanto en un siglo en que no habia imprenta y en que era preciso estudiarlo todo mortificándose para adquirir primero, y para leer despues, casi ilegibles manuscritos. Lo que escribió contra Montano, además del grande interés histórico que encierra, es de gran provecho en nuestros dias para resolver la cuestion que se agita entre los moralistas severos que alcanzan el extremo del rigor y los moralistas *laxos*, benignos en demasia, que llegan hasta el borde mismo de la relajacion. San Gerónimo hace reflexiones importantísimas al refutar la impía rigidez de Montano, herege del siglo II, que condenaba como ilícitas las segundas nupcias; que cerraba á los fieles pecadores la esperanza del perdon, negando en la Iglesia la facultad para absolver á los reincidentes; y queria además oprimir á los cristianos imponiéndoles, en forma preceptiva, ayunos y mortificaciones, de los cuales nunca ha hablado la Iglesia. San Gerónimo refuta estos tres errores capitales con grande erudicion é irresistible fuerza de raciocinio. Lo propio hace con todas las demás blasfemias, y hasta contra los monstruosos delirios de Montano.

Siempre se leerá con provecho y edificacion el libro de San Gerónimo contra Helvidio, herege inmundo que se complacia en arrojar cieno sobre la purísima historia de la Santísima Vírgen. Helvidio negaba la perpétua virginidad de la Inmaculada Madre de Jesus. Léase lo que contra él decia San Gerónimo.

San Gerónimo fué el primer padre de la Iglesia que

emprendió la tarea de impugnar á Pelagio. Esto le permitió completar todo su pensamiento. Así como refutando á Montano habia negado las exageraciones de los que todo los niegan á la naturaleza, refutando á Pelagio pulverizó los errores de los que todo lo niegan á la gracia. San Gerónimo demostró la necesidad que tenemos de los auxilios del cielo para creer, para obrar, para esperar y perseverar, y al propio tiempo la importancia de la cooperacion de nuestra voluntad, para que la gracia de Dios no sea vana en nosotros, El hombre necesita y recibe los auxilios divinos, pero está dotado de libre alvedrío, y si es de dura cerviz y corazon incircunciso, puede resistir al Espíritu Santo. De Dios viene nuestro auxilio, y solo en nosotros consiste nuestra perdicion. Con miedo y temor debemos buscar nuestra salvacion, convencidos de que Dios no abandona á Babilonia sino cuando Babilonia desprecia la salud de Dios.

Hé aquí, en resúmen, la teoría de San Gerónimo, que es la doctrina de la Iglesia acerca de la necesidad de la gracia y existencia y cooperacion del libre alvedrio.

5.ª *Catálogus Scriptorum ecclesiasticorum.* Terminó esta obra en el año 14 del reinado de Teodósio. En ella escribe las biografías y da cuenta de las obras publicadas por casi todos los escritores célebres de los cuatro primeros siglos. Sin este importantísimo *Catálogo*, ignorariamos por completo hasta la existencia de muchos apologistas eminentes, cuyas obras han perecido antes de llegar á nosotros.

San Gerónimo conocia todo lo que se habia escrito hasta su tiempo. Por esta razon, su *Catálogo*, es no solo interesante por las noticias biográficas y bibliográficas que da, sino por los juicios que emite y las calificaciones con que los enriquece.

6.ª Traduccion y continuacion de la *Crónica de Eusebio de Cesarea*. Ya hemos hablado de esta obra en su lugar respectivo. Conviene, no obstante, recordar que el original griego se ha perdido y que solo se conserva la excelente traduccion latina de San Gerónimo.

7.ª *Las Epístolas* de San Gerónimo son muchas y de grandísima importancia. En ellas se hallan exposiciones sobre pasajes oscuros de la Sagrada Escritura, panegíricos de mártires, elogios de santos, noticias de muchos monjes solitarios, instrucciones morales, exhortaciones á la castidad y á la perseverancia, encomios de la mortificacion y de la vida eremítica, y por último, breves, pero admirables apologías de la religion cristiana. Llamamos la atencion especialmente, sobre la Epístola *Ad magnum oratorem*, en la cual demuestra cuán útil es el conocimiento de las ciencias humanas para defender la fé y pulverizar los sofismas de los adversarios de Jesucristo. Las epístolas de San Gerónimo se leen y se leerán siempre con sumo provecho.

8.ª *Historia de los Padres del desierto*. Esta obra es lo que indica su título. Leyéndola se adquiere el profundo convencimiento de que la vida de los santos monjes era tan útil para la santidad, como necesaria

para cultivar los bosques, poblar los desiertos y dar fecundidad á estériles llanuras ó montañas inaccesibles.

9.ª Se atribuye tambien un *martirologio* á San Gerónimo. Lleva su nombre, y se imprimió en Luca por primera vez el año de 1668.

Debe leerse la *Vida de San Gerónimo* publicada por el padre Doleí en Ancona, el año de 1730. Tambien es interesante *la vida* del mismo santo doctor, escrita por el padre Martiniay, y publicada el año de 1693, al frente de la edicion que hizo de las obras del Máximo Doctor.

3.° Se atribuyen á San Gerónimo algunas obras, que ó no son suyas, ó son de muy dudosa autenticidad. Como se citan, sin embargo, con su nombre, necesitamos aquí examinarlas, siquiera sea con suma rapidez. Las obras de que hablamos, son las siguientes:

1.ª *Quæstiones seu tradiciones hebraicas in libros Regum et Paralipomenum.* Nicolás de Lyra dice que esta obra fué escrita por un judío *neófito*. Está llena de noticias inexactas y fábulas ridículas. Aunque la citada obra se halla en el tomo 3.° de la coleccion de San Gerónimo, no es digna del Máximo Doctor, ni se puede leer sin cautela. Entre las *cuestiones hebráicas* sobre el Génesis, que son ciertamente de San Gerónimo, y las *cuestiones hebráicas* sobre el Paralipomeno y los libros de los *Reyes*, hay una inmensa diferencia. Basta ojearlas para convencerse de que no es posible que sean de un mismo autor.

2.ª *Commentaria in lamentationes Jeremiæ.* Aunque

se halla esta obra en el 4.º tomo de las de San Gerónimo, no es ni puede ser suya. Su autor muestra que ignora el griego y el hebreo, lo cual no puede nunca decirse de San Gerónimo.

3.ª *Annotationes in Acta apostolorum.* Sixto de Sena cree que esta obra fué compuesta por el venerable Beda, con extractos de los libros y cartas de San Gerónimo.

4.ª *Commentaria in Psalmos.* Sixto de Sena afirma, que estos comentarios no son auténticos. Para hablar así, se funda en que están llenos de exposiciones alegóricas, á las cuales se mostraba poco aficionado el Máximo Doctor. Se encuentran además, en esta obra, inexactitudes y esplicaciones que no pueden ni aun concebirse en San Gerónimo.

5.ª *Commentaria in Proverbia Salomonis.* Se atribuyen estos comentarios al venerable Beda. Lo cierto es, que no pueden ser de San Gerónimo, porque en ellos se cita á San Gregorio Magno que vivió un siglo despues.

6.ª *Commentaria in Job.* Hay poderosas razones para suponer que tambien estos comentarios son del venerable Beda. Entre ellos, la principal consiste en que van dedicados á Vecterio, obispo inglés.

7.ª *Commentaria in omnes Sancti Pauli epístolas.* Aunque se encuentran estos comentarios en el tomo 8.º de las obras de San Gerónimo, creen algunos críticos que no son suyos. En lo antiguo, sin embargo, se creia en su autenticidad.

8.ª *Symboli explanatio ad Damasum.* Esta obra se creyó, por San Remigio de Lyon, que pertenecia á

San Gerónimo; Guillermo de París la atribuyó á San Agustin. Sin embargo, hoy se cree, con razon, que fué escrita por el mismo Pelagio. A este heresiarca la atribuye San Agustin en el libro de *Peccato Originali*, cap. XXI.

9.ª *Epístola ad Demetriaden Virginem*. Esta epístola es por el contrario, del herege Pelagio, segun afirma San Agustin en la Epístola 143, escrita *Ad Julianam*, madre de la misma Demetria, á quien intentaba alucinar el fundador del pelagianismo.

4.° Examinemos ligeramente los principales errores que han atribuido los críticos á San Gerónimo.

Se supone que admitió los errores de Orígenes acerca de la eternidad de las penas, en el Lib. 1.° *Contra Pelagio*. No es cierto. En cien pasajes de sus obras enseña San Gerónimo todo lo contrario.

Se ha propalado que San Gerónimo condenó como ilícitas las segundas nupcias en el Lib. 1.° *Adversus Jovinianum*. El mismo San Gerónimo niega y rechaza el fundamento de este cargo absurdo en la *Apología* que publicó en defensa de los libros *Contra Joviniano*.

Se ha querido suponer que San Gerónimo concede una especie de inmensidad y ubiquidad á las almas de los justos. Lo que hizo San Gerónimo fué repetir, con la Sagrada Escritura, que las almas de los justos seguirán al cordero á donde quiera que vaya. *Quoqunque ierit*. Esto solo significa, que los bienaventurados ven y gozan á Dios perpétuamente. Pero aquí ni se esplica el gran misterio de la vision beatífica, ni se atri-

buyen á las almas de los justos perfecciones infinitas que solo puede tener Dios.

Tambien se ha querido ver, en ciertas palabras del comentario *In Sophoniam*, que San Gerónimo se inclinaba al error de los wicleffitas, ligando estrecha é inseparablemente la potestad de consagrar con la santidad del sacerdote. No hay razon ninguna para expresarse así. San Gerónimo demuestra cuán necesaria es la santidad en el sacerdote, pero nunca supuso que el sacerdote prevaricador perdia la potestad de órden.

En el Lib. 1.° de los *Comentarios sobre San Mateo*, cap. V, habla San Gerónimo contra la mala y pecaminosa costumbre de jurar. Basta leer el texto citado de San Gerónimo, para convencerse de que no cayó en el error de negar como ilícito los juramentos que exige y que declara santos la Iglesia, cuando se hacen con verdad, con necesidad y con justicia.

Algunos hereges aseguran que San Gerónimo negó la gerarquía eclesiástica, cayendo en los errores de Arrio. Nos parece absurdo hasta el rechazar esta objecion tan ridícula. Basta abrir por cualquier parte las obras de San Gerónimo para convencerse de cuán profundo era su respeto y cuán viva su fé en la divina gerarquía.

Lo que debemos advertir en este lugar es, que San Gerónimo suele algunas veces adoptar el método de los antiguos platónicos, exponiendo las doctrinas de otros escritores sin refutarlas ni calificarlas. Como hay ocasiones en las cuales obra así hasta con los hereges, conviene tener en cuenta que el mismo San Ge-

rónimo, en la apología primera contra Rufino, declara que en estos casos desempeña el papel de mero historiador, sin aceptar de ningun modo las sentencias que expone.

CAPÍTULO XIX.

San Agustin.

1.° San Agustin nació en Tagaste, poblacion de la Numidia, en África, el dia 13 de Noviembre del año 354. Fué su padre el gentil Patricio, hombre exclarecido por su posicion, pero de mal carácter y lleno de vicios. Su madre fué Santa Mónica, fué modelo de esposas por su resignacion y su prudencia, y modelo de madres por su piedad y cariñoso celo. San Agustin comenzó á estudiar en Tagaste. De aquí pasó á Madora, y más tarde á Cartago. En esta última ciudad se entregó por completo á la disipacion. Vivió encenagado en los vicios y mantuvo relaciones criminales con escándalo general. Tuvo un hijo natural, á quien llamó Adeodato. Dió este pruebas de poseer un clarísimo ingénio, pero murió en muy temprana edad.

San Agustin abrazó la secta de los maniqueos;

estudió sus impías máximas, y conoció y puso en práctica sus misteriosas fórmulas y abominables pensamientos. Esta secta, tan ridícula en sus principios teóricos, sólo podia atraer á San Agustin por la relajacion de su moral. Desde el momento en que el hijo de Santa Mónica pensó en apartarse de los vicios, se encontró separado por un abismo insondable de la heregía maníquea.

No necesitamos ponderar el ingénio de San Agustin. Los siglos pasan por encima de su nombre como la mano del artista por encima del diamante, aumentando más cada dia su explendor y brillantez. San Agustin abarcaba todas las ciencias humanas, y las comprendia todas. Su ingénio no se adaptaba á un sólo género de conocimientos; por el contrario, era universal y sobresalia en todo. Es metafísico y escritor de imaginacion; escribe con perfeccion la historia, y sobresale al propio tiempo en la literatura; es, en fin, de espíritu práctico como orador y hombre político, y á la vez de espíritu especulativo como anticuario. En ningun Santo Padre se halla un génio tan vasto, tan universal y tan brillante como en San Agustin. En su estilo hay algunos defectos. Es imposible no escusarlos teniendo en cuenta el siglo en que hablaba y la asombrosa precipitacion con que se veia obligado á escribir. Se muestra quizá harto inclinado á la alegoría, y emplea el antítesis con sobrada frecuencia. Su lenguaje, aunque siempre fluido, noble y lleno de agradable majestad, suele verse afeado con neologismos y giros que rechaza la pureza de la lengua lati-

na. Pero aquí no hablamos de San Agustin como literato.

Este Santo Doctor, cuando empezó á meditar con calma y fria razon, no pudo ménos de disgustarse de la vanidad de las ciencias profanas. Leia á Ciceron y le disgustaba, porque no hallaba en sus páginas el nombre de Jesucristo, que con tanta dulzura invocaba su madre Santa Mónica. Lo cierto es que San Agustin habia visto y oido á los cristianos, conocia su doctrina, y poniéndola en parangon con la doctrina de los gentiles, no podia ménos de comprender cuán santa es la primera, y cuán horrible y cuán falsa es la última. San Agustin desempeñaba una cátedra de retórica en Milan. Su crédito era inmenso; pero el espíritu, la grande alma de San Agustin no podia reposar en un humo tan pasajero como los aplausos, ni quedar satisfecha con un estudio tan vano como el del arte de deslumbrar con sofismas y ridículas sutilezas, que era lo que se conocia con el nombre de retórica en su siglo. Veia, por otra parte, que el mundo se salva con la doctrina de Dios, y se pierde y se degrada cuando solo confia en la estéril elocuencia de los hombres. San Agustin conocia profundamente la historia del imperio romano y de las repúblicas de Grecia, y sabia que las elocuentísimas filípicas de Demóstenes, y las admirables catilinarias de Ciceron, son siempre como el canto del cisne, dulces y melancólicos quejidos que se escapan al corazon de los pueblos cuando llegan al borde de la muerte. Los cicerones y los demóstenes no hacen más que escribir

con su elocuencia los epitafios que han de colocarse sobre la tumba de las naciones que los han aplaudido. San Agustin, pues, queria hechos útiles y no palabras estériles.

San Agustin habia esplicado retórica en Tagaste, en Cartago, y aun en Roma, antes de pasar á esplicarla á Milan por órden del prefecto Simaco. Esta profesion, sin embargo, como ya hemos indicado, le dejaba un vacío inmenso en su corazon.

Santa Mónica no habia dejado nunca de pedir al cielo la conversion de su hijo. Sus plegarias llegaron al Señor, y sus lágrimas ablandaron el corazon de Agustin. Además, este profundo ingénio tuvo la fortuna de oir en Milan la predicacion de San Ambrosio. No le disgustó primero, le agradó despues, y siempre conservó aquella preciosa semilla en su pecho. Por fin, la gracia de Dios dominó en su alma, abjuró sus errores, y el año 387, á los treinta y dos años de edad, en la festividad de la Páscua, fué bautizado por San Ambrosio. Desde aquel momento consagró su espíritu al Señor y renunció al mundo y á todas sus vanas pompas. Dejó el bullicio de la alta sociedad romana y volvió á Tagaste para vivir como en un desierto en el silencio y en la soledad, con ayunos y oraciones y derramando constantes lágrimas para pedir al Señor misericordia por sus culpas. El mismo San Agustin refiere la parte que tuvo en su conversion San Ambrosio. Respecto á Santa Mónica la llama dos veces madre, por haberle dado el sér natural, y por haber contribuido tan eficazmente á infundirle la vida de la

gracia. No contento San Agustin todavía con lo que acabamos de indicar, vendió todos sus bienes y los distribuyó entre los pobres. Queria tener la gloria de ser verdadero pobre de Jesucristo para robustecerse más y más en la fé y escitarse en la práctica de la virtud. Formó una especie de comunidad religiosa con varios amigos que le rodeaban, les dió reglas de vida, y esto fué, por decirlo así, como la semilla fecunda de la órden célebre que aun se conserva con el nombre de San Agustin.

Los cristianos se llenaban de asombro al ver á San Agustin convertido en un apologista de la Iglesia. Tan temido era antes por su elocuencia y sus sofismas, que su arrepentimiento no pudo ménos de ser comparado con la conversion de San Pablo, á quien el Señor tornó en el camino de Damasco de perseguidor de los fieles, en vaso de eleccion y apóstol de las naciones. Esto se comprenderá mejor teniendo en cuenta que Simaco, el orador gentil, el enemigo de la religion cristiana, queriendo destruir el fruto de la predicacion de San Ambrosio en Milan, nombró profesor de retórica de aquella populosa ciudad á San Agustin. Esta eleccion prueba que el paganismo consideraba entonces á San Agustin como un gigante de fuerzas atléticas, el único capaz de resistir la poderosa elocuencia de San Ambrosio. Pero, ¡altos juicios de Dios! San Agustin volvió de Milan como San Pablo de Damasco.

Pasado algun tiempo, fué San Agustin á Hipona, y á pesar de la fuerte resistencia que por su humildad

oponia, lo ordenó de sacerdote Valerio, obispo de aquella ciudad. Al instante recibió el encargo de predicar el Evangelio á los fieles. Esta mision lo llenó de honra, porque hasta entonces era el primer sacerdote á quien se permitia predicar en África, pais en el cual por antigua y general costumbre, únicamente ejercian el ministerio de la predicacion los obispos.

San Agustin se habia ordenado el año 391, y en el 392 tuvo una conferencia pública acerca de la fé, y en ella confundió al orgulloso Fortunato, presbítero maniqueo. San Agustin conocia bien esta secta, y podia refutarla con más ventaja que nadie. En el mismo año hizo una exposicion brillantísima de la fé en un concilio celebrado en Hipona. Los obispos, al oirlo, se llenaron de admiracion, y acordaron poner la mitra sobre sus sienes. En otro concilio celebrado el año 395, fué San Agustin consagrado obispo, y recibió el encargo de auxiliar á Valero en el gobierno espiritual de la iglesia de Hipona.

El espíritu de San Agustin era universal, y como ya hemos dicho, apto para todo. Si se habia mostrado admirable en las cátedras y sapientísimo en los libros, aun más admirable y más sabio se mostró en el arte de gobernar, que es la más difícil y más peligrosa de todas las artes. Se cree generalmente que los hombres de las especulaciones científicas son ineptos para el gobierno. En San Agustin tuvo escepcion esta regla.

Muerto el obispo Valero, quedó convertido en único prelado de la diócesis de Hipona. Gobernó esta

iglesia con grande celo, sumo tacto y grande aprovechamiento de las almas. Vivia rodeado de su clero y no se separaba de él ni aun en la mesa. Así conocia sus vicios y sus virtudes, y tenía ocasion de instruirlos y alentarlos en el camino de la santidad. San Agustin tenía una comida muy frugal. Sobre la mesa grabó una inscripcion latina, en la cual se advertia que no permitia de ningun modo la murmuracion. Los vestidos de San Agustín eran pobres, pero limpios y decentes. A los santos solitarios que se le presentaban con piés desnudos y traje mugriento, solia decirles con mucha gracia: «Observemos la caridad. Yo amo vuestro valor; sufrid vosotros mi debilidad.»

San Agustin trabajaba constantemente por convertir á los hereges, por alentar á los cristianos, por visitar á los enfermos y socorrer á los indigentes.

Se abstuvo de toda clase de tratos que no tuviesen relacion directa con el ejercicio de su ministerio. Solo así se comprende cómo podia multiplicar el tiempo para atender á todas las necesidades de su iglesia; instruir á su clero y á su pueblo; escribir á centenares cartas sobre la fé y la moral, y publicar tantas y tan importantes obras en defensa de la religion de Jesucristo. San Agustin además disputaba en conferencias públicas con los hereges, asistia á los concilios, y sostenia una lucha titánica contra los enemigos de la fé. Por su constancia, por su acierto y su penetracion adquirió los nombres de *Aguila de la Iglesia* y *Doctor de la gracia*.

El año 428 entraron los vándalos en África y pu-

sieron sitio á Hipona. San Agustin aconsejaba la resistencia, diciendo que era mejor defenderse que exponerse á mayores males, abandonando el territorio y exponiéndose á la persecucion. Viendo San Agustin que no podia impedirse la entrada de los vándalos en Hipona, le pidió al Señor que con la muerte lo librase de ver la profanacion de su Iglesia. El Señor escuchó sus ruegos. El dia 28 de Agosto del año 430, entregó San Agustin su alma á Dios á la edad de 76 años. Pocos meses despues, entraron los vándalos en Hipona y por respeto á la memoria del Santo no tocaron á su biblioteca, ni despedazaron sus obras, ni profanaron su cadáver. Los obispos católicos, expulsados por Trasamondo, rey de los vándalos, se llevaron á Cerdeña el cuerpo de San Agustin. Doscientos años despues, Luiprando, rey de los lombardos, trasladó esta preciosa reliquia de Cerdeña á la ciudad de Pavía que era entonces la capital de su reino.

Nada hemos dicho de la disputa célebre entre San Gerónimo y San Agustin, acerca del pasaje de la Sagrada Escritura, en que se indica que San Pablo resistió de frente, *in faciem*, á San Pedro. Solo queremos aqui advertir que no faltó la caridad en ninguno de los contendientes, ni hubo palabra alguna contraria á la fé en la disputa. Se trataba de una cuestion de hecho, y se examinó con buena fé, con mucha caridad, con amor á la verdad y deseo de acierto. Tanto San Agustin como San Gerónimo creian en el primado de San Pedro; no veian error dogmático ni moral en la infalible cátedra romana, ni hallaban espíritu

de rebeldía en la resistencia de San Pablo. Para comprender bien esta cuestion, conviene leer el libro importante que con el solo objeto de examinar la disputa entre San Pedro y San Pablo, publicó el eruditísimo padre Zacarías, tan famoso por sus obras contra los errores del jansenista Febronio.

En esta cuestion ha prevalecido en la Iglesia la sentencia de San Agustin. El mismo San Gerónimo se inclinó ante las razones del *Doctor de la gracia*. No exponemos aquí con minuciosos detalles la polémica á que aludimos, porque para ello sería preciso entrar en consideraciones que no son propias de este lugar.

2.° La edicion de las obras de San Agustin que tenemos á la vista, es la que hicieron en once tomos los benedictinos de San Mauro, desde 1679 hasta el año 1700. El discurso preliminar ó epístola dedicatoria de esta edicion, se debe á la excelente pluma del célebre escudriñador de la antigüedad, padre Mabillon.

El primer tomo de esta edicion, contiene las obras escritas por San Agustin, antes de ser sacerdote, con los libros de las *Retractaciones* y las *Confesiones*, que se consideran como preámbulo.

El segundo tomo, contiene las epístolas, colocadas por órden cronológico desde el año 386 hasta el año 440. Son 262 y encierran preciosos documentos para conocer la doctrina, los sufrimientos y las costumbres de la Iglesia en los primeros siglos.

En el tomo tercero se hallan juntos los tratados de San Agustin sobre la Sagrada Escritura.

En el tomo cuarto se hallan los comentarios sobre los salmos.

En el quinto están coleccionados todos los sermones.

En el sexto se compilan las obras dogmáticas.

En el sétimo se inserta la *Ciudad de Dios*, que es la grande obra de San Agustin.

En el octavo están los tratados contra diversas heregías.

En el noveno solo se ven los tratados contra los donatistas.

En el décimo los que publicó San Agustin contra los pelagianos.

En el undécimo y último tomo se halla la vida de San Agustin, y una coleccion de memorias importantísimas para conocer la historia de las personas y de las cosas de aquellos tiempos, y poder entender muchos pasajes que parecen oscuros en las obras del Santo Doctor.

En esta coleccion, terminada en 1700, no se hallan, como es natural, los *Sermones inéditos*, encontrados recientemente en Monte-Camino y Florencia, y publicados en París en 1842 por el abad Caillau, en un tomo en fólio.

3.° Esta edicion, contiene todas las obras que se citan con el nombre de San Agustin. Sin embargo, como los críticos han suscitado dudas acerca de la autenticidad de algunas, es indispensable emitir acerca de este punto algunas observaciones. Desde luego se comprende, que atribuyéndose á San Agus-

tin mil treinta obras, contando en este número sus epístolas y sus sermones, no es creible que todas sean de igual autenticidad. Para seguir el órden lógico, haremos observaciones críticas acerca de las obras comprendidas en cada uno de los diez tomos de San Agustin. Del undécimo nada decimos, porque ya se sabe que se compone de obras y memorias escritas por los editores. La edicion de Lovaina invierte el órden en algo. Hélo aquí.

En el primer tomo existen los libros *De Grammatica*, *Principia dialécticæ*, *Categoriæ decem* y *Principia Rhetoricæs* que no son de San Agustin, segun la opinion más admitida entre los críticos. De las tres *Reglas* que se encuentran en este primer tomo, las dos primeras no son de San Agustin. La tercera, dirigida *Ad Servos Dei*, es de San Agustin, pero fué escrita para las mujeres, aunque por su título parece encaminada á los hombres. El libro *De vita eremítica ad sororem*, parece escrito en época posterior, puesto que en el cap. XIX se alude á la regla de San Benito, á la cual no se refería San Agustin.

Ya hemos dicho que en el tomo segundo se hallan las epístolas de San Agustin. Ahora debemos indicar las que no son suyas, aunque se citen en su nombre.

La epístola 178, en la cual se dá cuenta de una cuestion habida entre San Agustin y Parcencio, conde arriano, no es auténtica. Las diez y seis epístolas atribuidas á San Agustin y San Bonifacio, no deberian ocupar lugar ni aun en el apéndice en que se hallan. La epístola á la Vírgen Demétria, es de Pela-

gio y no de San Agustin, como ya hemos dicho en otra ocasion.

En el tomo tercero, en el apéndice, se halla el libro *De Definitionibus Orthodoxæ fidei* que es de Genadio de Marsella, segun dice el Papa Adriano I en la *Epístola* á Carlo-Magno. El libro *De Fide ad Petrum diaconum* fué escrito por San Fulgencio, segun dice San Isidoro, y repiten con él casi todos los críticos. Los tres libros *De Mirabilibus Sacræ Scripturæ*, segun la opinion del mismo Santo Tomás en la tercera parte, cuestion 45, art. III de la *Summa Theológica*, no son de San Agustin. Algunos atribuyen esta obra á San Marciano de Inglaterra. El libro *De spíritu et anima* no puede ser de San Agustin, puesto que se cita en él á Boecio que vivió 100 años despues. Santo Tomás atribuye esta obra á un escritor anónimo de la órden sisterciense. El tratado *De Trinitate*, está formado con extractos de las obras de San Agustin, pero no fué compuesto por él.

En el tomo cuarto hay tambien algunas obras que merecen ser calificadas por lo que atañe á su autenticidad.

Ante todo, es preciso convenir en que son de San Agustin los libros *De la Continencia* y *De la paciencia*. Aunque algunos críticos opinen de otra manera, su contrario parecer no tiene ningun valor, porque San Agustin los cita como propios en la *Epístola ad Dassum Comitem*. El libro *De Viduitatis bono*, tambien es de San Agustin. La opinion contraria de algunos críticos pierde toda su probabilidad ante la expresa

afirmacion de Posidio, amigo, contemporáneo y autor de la *Vida de San Agustin* y del *Catálogo ó Iudiculo* de sus obras. El libro de *Octo Dulcitii qnæstionibus* es de San Agustin. El mismo Santo Doctor lo dice en el Lib. 2.° *De las Retractaciones*, cap. LXV. Por tanto, no debe hacerse caso de las dudas que se suscitan acerca de su autenticidad. El libro titulado *Vigenti unius sententiarun*, no tiene de San Agustin nada más que el cap. III, en el cual se copia al pié de la letra, aunque con algunas malignas alteraciones, la epístola *Ad Lampadium*. El libro titulado *Quæstionum dialogus* no es auténtico. Parece ser un diálogo entre Osorio que pregunta y San Agustin que dá sus respuestas. No hay nada, sin embargo, ni de Osorio ni de San Agustin en esta obra. El libro titulado *Quæstionum Ueteris et Novi Testamenti* lejos de ser de San Agustin es opuesto en muchos puntos á la doctrina de este Santo Doctor. Los dos libros *De Deitati et Incarnatione Verbi*, no son de San Agustin. El libro *De Trinitate et Unitate Dei*. tambien se considera como no auténtico. El libro *De Esentia divinitatis* es un mero extracto de una obra de San Euquerio, obispo de Lyon, de Francia. Por el contrario, aunque algunos lo hayan puesto en duda, es genuino el libro *De Fide rerum invisibilium*, por decirlo así expresamente el mismo San Agustin en la epístola *Ad Darium Comitem*. El Opúsculo *De Substantia dilectionis*, no es del Santo Doctor. El libro *De Vera et falsa penitentia*, se considera tambien como dudoso en su autenticidad. El libro *De salutaribus documentis*, está escrito por un

hombre de escaso ingenio. El tratado *De Amititia* se encuentra en el propio caso. Su autor dice en el capítulo VIII lo siguiente: *Stultus fuit Paulus, qui voluit sine causa et solicitudine vivere*. Estas palabras bastan para demostrar que el nombre de su autor no puede ponerse al lado del nombre de San Agustin.

En el tomo quinto se hallan los veinte y dos libros que componen la obra inmortal *De Civitate Dei*. De esta obra habla el mismo San Agustin en el Lib. 2.° *De las Retractaciones*, cap. XLIII, Algunos críticos ya que no pueden negar la autenticidad de ella, quieren sembrar dudas acerca de la integridad de su texto. Quieren por ejemplo, suponer que no es de San Agustin la exposicion que se encuentra en el Lib. 21, capítulo XXIV de las palabras del Evangelio, *Non remittitur eis neque in hoc sæculo, neque in futuro*. Pero esta suposicion es ridícula. Otro escritor, de crítica más maligna que juiciosa, censura á San Agustin por lo que dice acerca de los milagros en el cap. VIII del libro último.

En el tomo 6.° se halla el tratado *De hæresibus*. No hay motivo ninguno para dudar de su autenticidad. San Agustin no habla de esta obra en el libro *De las retractaciones*, porque la escribió despues. El libro *De hæresibus*, se llama *Opus imperfectum*, porque murió San Agustin sin poder terminarlo. Debia tener dos partes: la historia de las heregías en la primera, y la refutacion en la segunda. San Agustin murió sin poder terminar esta última parte.

El libro titulado *Concio ad Catechumenos contra ju-*

dæos, paganos et arrianos, no es probable que sea de San Agustin. Por su estilo parece por lo menos escrito en el siglo VI.

El libro *De la fé ó de Unitate Trinitatis contra manichæos*, no puede atribuirse á San Agustin. En esto convienen los críticos de más autoridad.

El libro *Contra Felicianum arrianum*, no es de San Agustin, segun opinan algunos críticos modernos. Sin embargo, Beda, que vivió en el siglo VI y Alcuino que floreció en el siglo VIII, tenian una opinion enteramente contraria.

La obra titulada *Diálogus de altercatione Ecclesiæ et Synagogæ*, no es de San Agustin. Esto, en nuestra opinion, no puede ponerse en duda.

En el tomo 6.°, se halla el libro *Contra Fulgentium donatistam*, que no es de San Agustin. Esta opinion se funda en razones intrínsicas y de gran valor.

Los seis libros llamados *Hypognosticum* no pertenecen al Santo Doctor. Aunque se citen en su nombre, no debe atribuírseles su autoridad. En muchos pasages contienen doctrinas opuestas á las que enseña San Agustin en muchos otros lugares de sus obras.

El libro *De Prædestinationæ et gratia*, es, segun algunos críticos, de dudosa autenticidad. Nosotros creemos todo lo contrario. Este libro se cita mucho con el nombre de San Agustin, y debe reputarse como genuino.

El libro *De Prædestinatione Dei* es de autenticidad más dudosa.

En el tomo 8.° se encuentra el libro *De las medita-*

ciones, que no parece auténtico; la *Expositio in Apocalipsis*, que se atribuye al donatista Pyconio; el símbolo *Ad Catechumenos* que ó no es de San Agustin, ó está lleno de interpolaciones, y por último, el tratado *de Dilegendo Deo*, que por su estilo y por ciertas cosas que dice no parece propio del *Águila de la Iglesia*.

En el tomo 9.° se encuentran los *Soliloquios*. Se cree que no son de San Agustin, porque el Santo Doctor compuso únicamento dos libros de *Soliloquios* antes de recibir el bautismo, y estos se hallan en el primer tomo.

El opúsculo titulado *Manuale* parece un extracto de las *Confesiones* de San Agustin ó de otros libros que llevan su nombre.

El libro *De triplici habilaculo* se supone que no es digno del grande ingenio del Santo Doctor.

El libro titulado *Scala Paradisi*, se atribuye á San Agustin y á San Bernardo, y no es ni de uno ni de otro. Pertenece al padre Grigon, monje cartujo.

El libro *De duodecim abusionum gradibus*, no es ni de San Agustin ni de San Cipriano, aunque se halla atribuido á los dos. Su autor es desconocido.

El tratado *De Contritione cordis, de Cognitione veræ vitæ et de Speculo*, está formado con pasages de varias obras atribuidas á San Agustin, y se cree que su compilador fué San Anselmo. El libro *De Contemptu mundi*, no es de San Agustin, segun la opinion general de los críticos.

El libro *De vanitate sæculi* es de muy dudosa auten-

ticidad, y por añadidura poco digno del grande ingenio de San Agustin.

El tratado *De bono disciplinæ*, debe borrarse del catálogo de las obras del doctor de la gracia.

Los dos libros *De Visitatione infirmorum*, no puede ni aun como dudoso atribuirse al Santo Doctor. En el cap. V del Lib. 1.° habla de Dios de una manera irreverente. En muchos pasages espone una moral y emplea términos, que jamás se encuentran en las verdaderas obras de San Agustin.

El libro *De Consolatione mortuorum* no puede atribuirse á San Agustin sin hacer injuria á su nombre. El opúsculo *De sobrietate*, si es de San Agustin, vale muy poco y no es digno de su brillantísima pluma.

El tratado *Speculum peccatoris*, si es del Santo Doctor, está escrito de una manera muy rápida y sin ninguna meditacion.

El libro *De Conflictu Virtutum et viciorum* es de muy dudosa autenticidad, se atribuye á San Ambrosio, á San Agustin á San Leon y San Isidoro. Hoy se cree que su verdadero autor es Ambrosio Auperto, abad del monasterio de San Vicente, cerca de Ultumo, en el Principado de Benevento.

El libro *De Rectitudine catholicæ conversationis*, no no es del Santo Doctor.

La obra de *Creatione primi hominis, de arbore Scienciæ boni et mali et de Anti Cristo*, no puede atribuirse á San Agustin.

El libro *Super Magnificat* es de autor desconocido,

aunque se encuentre en el tomo 9.° de las obras de San Agustin.

En el tomo 10.° de la edicion de Lovaina que examinamos, se consideran como no genuinos, entre los sermones *De Verbis Domini* los que llevan los números 3, 14, 19, 20, 28, 52, 56, 57, y 58. No podemos exponer con detenimiento las razones en que se apoyan los juiciosos críticos de Lovaina para confirmar su respetable opinion.

Entre los sermones *De Verbis apostoli*, se deben excluir como no auténticos el 1.° el 21, el 25, 26, 34, y 35. Por amor á la brevedad no exponemos aquí los motivos en que se funda esta exclusion.

De las *Cincuenta homilias* se descartan al menos como de autenticidad muy dudosa, la 2.ª la 3.ª la 7.ª la 9.ª 12, 14, 15, 16, 21, 25 y 26. Y advertimos que al decir esto no reprobamos las dichas homilias; lo que hacemos es indicar que no fueron compuestas, sino extractando las obras de San Agustin.

La homilia 41, ha sido atribuida á San Ambrosio y á San Cesareo de Arles. Las homilias 45 y 46, son evidentemente dos extractos de otros escritos del Santo Doctor.

Los sermones *De Tempore et de Sanctis*, serán sin duda compuestos por San Agustin, ó al menos con extractos de sus libros; pero el órden con que se presentan y el título que llevan, demuestran que han sido *arreglados* ó al menos compilados en época posterior.

Para conocer bien las obras de San Agustin conviene leer los juicios críticos que acerca de ellas han

hecho Erasmo, Belarmino, *los censores de Lovaina*, Vindingus y Natal Alejandro. Nosotros nos hemos contentado con extractar, no los argumentos, sino las conclusiones de estos teólogos tan eruditos y de tanta autoridad en todo lo que á la crítica se refiere. Réstanos advertir que aunque digamos que una obra no ha sido escrita por San Agustin, nunca de esto puede inferirse que negamos su autoridad ni que desconocemos su mérito. Siempre tendrá al menos el valor de una antigüedad remotísima y el interés que naturalmente se encuentra en los libros que se acercan á la misma fuente de la tradicion.

4.º Nos es imposible hablar de todas las obras de San Agustin. Aquí nos limitaremos á dar una ligera idea de las más notables y que con más frecuencia se citan.

La obra principal de San Agustin, es la titulada *De Civitate Dei*. Se divide en veintidos libros. Los diez primeros se dedican á la impugnacion de la doctrina de los paganos, y los doce últimos van encaminados á defender la doctrina de la Iglesia católica. En la primera parte hay cinco libros, en los cuales se impugna el error de los que creian que el culto de los ídolos era indispensable para lograr los bienes de la tierra y la paz y la prosperidad de los imperios. Los otros cinco son un riquísimo arsenal, lleno de argumentos irresistibles para confundir á los que creian que la adoracion de los falsos dioses podia dar al hombre la vida eterna. Los doce libros de la segunda parte, se subdividen en tres grupos de cuatro libros cada uno. En el

primer grupo, ó sea en los cuatro primeros libros de la segunda parte, se establece la diferencia que hay entre la ciudad de Dios, ó la sociedad regida por la fé y la moral de Jesucristo y la ciudad del mundo, ó sea la sociedad regida por el error de los gentiles, y la soberbia, y la ignorancia, y la ambicion, y la corrupcion de los hombres. Conviene recordar bien esta distincion, porque es aplicable á todos los países y en todos los siglos.

En los tiempos de San Agustin, formaban la ciudad de Dios los fieles, y componian la ciudad del mundo los paganos. Despues de Mahoma, componian la ciudad de Dios los que llevaban la cruz en su pecho, y formaban la ciudad del mundo los que llevaban el alfange en su mano y la media luna en sus estandartes. Despues de Lutero formaban la ciudad de Dios los que reconocian la autoridad infalible del Vicario de Jesucristo, y componian la ciudad del mundo, los que, rechazando esta divina autoridad, admitian el absurdo, funesto, trastornador y sacrílego principio del libre exámen, ó sea de la sujecion de la doctrina de Dios al capricho de las gentes vanas y soberbias. En los tiempos de Voltaire y Robespierre, formaban la ciudad de Dios los que sufrian persecuciones por Jesucristo, y componian la ciudad del mundo los que ó mostraban sacrílego empeño en destruir la obra de los apóstoles, ó rendian culto á la inmunda meretriz, llamada *Diosa de la Razon*. Por último: en nuestros dias, están en la ciudad de Dios los que escuchan á Pio IX, y viven en la ciudad del mundo, los que nie-

gan abiertamente el órden sobrenatural ó los que con abominable hipocresía se llaman cristianos para poder herir á mansalva á la Iglesia. Lo repetimos: estas dos ciudades, la de Dios, ó de los hombres que creen, y la del mundo, ó de los hombres que no tienen fé, existen en nuestros dias como han existido en todos los tiempos. Por esto la obra de San Agustin titulada *De Civitate Dei*, será siempre estudiada con mucho fruto.

En el segundo grupo, ó sea en los libros 15, 16, 17 y 18, se esplica cómo han ido creciendo estas dos ciudades, ó cómo en unos tiempos ha prosperado la incredulidad y cómo en otros se ha exaltado la fé católica. En el tercer grupo de la segunda parte, es decir, en los libros 19, 20, 21 y 22, demuestra San Agustin cuán opuestos son los fines que se propone cada una de estas dos ciudades.

Empleó el Santo Doctor unos trece años en componer esta magnífica obra. La comenzó hácia el año 413, y la concluyó por el año 426. En ella muestra el Santo Doctor cuán inmenso era su saber, y cuán irresistible la fuerza de su lógica. Los veintidos libros *De Civitate Dei*, se compusieron para refutar y confundir á los gentiles que acusaban á la religion cristiana de ser enemiga de la prosperidad del imperio.

Aunque lo dicho es suficiente para conocer en globo la grande obra de San Agustin, nos parece, sin embargo, muy útil el añadir algunos pormenores acerca de su doctrina.

En el Lib. 1.°, caps. XII, XXXIV y XXXV, refuta San Agustin á los que atribuian el saqueo de

Roma á la religion católica, y hace ver que por el contrario, solo á la influencia del Papa y del clero se debió el que Roma no fuese incendiada y todos los romanos no hubieran sido pasados á cuchillo.

En el mismo libro, caps. XVII y XVIII, combate San Agustin el error de los paganos que aconsejaban el suicidio creyendo que con la muerte voluntaria se libraban del dolor ó de la difamacion. Además hace ver San Agustin, cuánta diferencia hay entre el *cobarde valor* de Caton y de Lucrecia, y la admirable resignacion de los mártires y de las vírgenes del cristianismo. San Agustin añade en el cap. XXX, una consideracion importantísima: «Los cristianos, dice, cuando se hallan en desgracia, se consuelan recordando que Dios les envia males físicos para probar su fé ó purificar sus almas. Los gentiles, por el contrario, no pueden hallar consuelo en la atribulacion, porque no creen en la doctrina de la resignacion evangélica, y solo invocan á sus dioses para que les concedan bienes temporales y les permitan vivir en el lujo y la corrupcion.»

En el Lib. 2.º, caps. XIX y XX, llama San Agustin la atencion sobre la notabilísima circunstancia de que los gentiles se habian debilitado con la corrupcion de costumbres, mientras los cristianos se mostraban cada dia más unidos y más fuertes, gracias á la santidad de su vida. Y en el cap. XXXIII observa, que despues del saqueo de Roma, los romanos que se refugiaron en Cartago no pensaban más que en el lujo y en los placeres, mientras los católicos no cesaban de

enviar preces al cielo, rogando á Dios por la prosperidad de la *ciudad de los Césares*.

San Agustin emplea todo el Lib. 2.° en demostrar que las desgracias del imperio no pueden atribuirse á la religion cristiana, porque traen su orígen de vicios adquiridos en tiempos muy anteriores á la venida de Jesucristo. Al intento aduce testimonios de Salustio y de Ciceron, para demostrar cómo decaia incesantemente el imperio á causa de la molicie que la corrupcion de costumbres habia sembrado en el corazon de los romanos.

En el Lib. 3.° San Agustin, insistiendo en demostrar que los males del imperio son muy anteriores al cristianismo, recuerda las grandes calamidades que registra la historia desde la fundacion misma de Roma hasta las guerras púnicas, las sediciones de los Gracos, las crueldades de Mário y las horrorosas proscripciones de Sila. ¿Por qué se supone entonces, que las desgracias del imperio son ocasionadas por el cristianismo, cuando existieron desde 750 años antes que naciera Jesucristo?

En el mismo Lib. 3.° refuta San Agustin la absurda creencia de los que suponen que la grandeza de las naciones es debida á la idolatría. Si esto fuese así, el imperio de los asirios, que fué idólatra, nunca hubiese sucumbido, y la monarquía de los hebreos, creyendo en un solo Dios, jamás hubiera podido engrandecerse. Sin embargo, lo cierto es, que cuando los judíos eran más virtuosos y tenian más fé, era cabalmente cuando más se aumentaba su poder y su

grandeza. David y Salomon, ambos escritores inspirados, asombraron al mundo con la magnificencia de sus tronos. Moisés y Josué, ambos santos, fueron los grandes libertadores del pueblo hebreo. La grandeza ó decadencia de los imperios, enseña San Agustin, dependen de la providencia infinita de Dios, que castiga á unos pueblos por sus crímenes ó ensalza á otros para recompensar sus virtudes, ó para que llenen los fines de sus inescrutables designios.

Por otra parte, los grandes imperios, cuando se acumulan cometiendo iniquidades, no son más que *grandes latrocinios*. En este caso, más bien que como un favor, deben considerarse como un castigo de la divina Providencia.

Esta doctrina es un extracto de lo que dice San Agustin en los Libs. 3.°, 4.° y 5.°

En los Libs. 6.° y 7.° impugna á los paganos que creian que los falsos dioses tenian algun poder para darles la eterna salvacion despues de la muerte.

En los demás libros hasta el 11, examina la idolatría, hace ver lo que son los falsos ídolos, é impugna á los filósofos neo-platónicos que rechazaban la doctrina del cristianismo.

En los doce libros restantes, desde el 11 inclusive hasta el 22 y último, esplica y defiende la doctrina de la Iglesia acerca de la creacion de los ángeles, del orígen del mal, del cumplimiento de las profecías, de la divinidad de Jesucristo, del establecimiento, en fin, y milagrosa propagacion del cristianismo. En los libros 19, 20 y 21, examina la cuestion importantísima

del fin del hombre, y demuestra cuán imposible es que se encuentre este fin en la impía y grosera moral de los paganos. En el último libro, San Agustin demuestra el dogma de la Resurreccion con un argumento que debemos extractar aquí : «Hay tres cosas, dice, que son increibles: la resurreccion de Jesucristo; que el mundo haya creido en esta resurreccion increible, y que unos cuantos hombres ignorantes y despreciables hayan podido difundir ó hacer creer la doctrina de la resurreccion de Jesucristo en todo el mundo. Ahora bien: estas tres cosas son igualmente increibles, y sin embargo, los que no quieren creer en la primera, necesitan creer por fuerza en las dos últimas. ¿Y cómo ha podido lograrse que el mundo entero crea en la divinidad de Jesucristo? ¿Se ha logrado esta estupenda conversion con milagros, ó sin milagros? En el primer caso, la religion es divina, porque solo Dios puede hacer milagros. En el segundo caso, la religion tambien es divina, porque no puede ni aun concebirse un milagro igual al de la propagacion de la religion cristiana, á pesar de los muchísimos é inmensos é insuperables obstáculos con que tropezaba en su camino.»

Esta demostracion de la divinidad del cristianismo, no ha sido ni podrá ser nunca sólidamente impugnada.

5.° San Agustin terminó su obra *De Trinitate* por el año 417, despues de haber estado trabajando en ella, con constantes interrupciones, cerca de diez y ocho años. Unas de las razones que tuvo el Santo

Doctor para suspenderla, fué el deseo de no publicarla hasta poder examinar y corregir los primeros libros que le habian robado y esparcido sin su consentimiento.

Por fin se decidió á publicar los últimos libros sin haber podido examinar, como intentaba, los primeros. Esta obra se halla dividida en quince libros. Los siete primeros contienen la doctrina de la Sagrada Escritura y de la tradicion acerca de la Santísima Trinidad. Además se establece el principio de la igualdad entre las tres Divinas personas, y se impugnan los errores y objeciones de los arrianos. San Agustin concluye examinando y resolviendo la célebre cuestion entre la *hypóstasis*, de los griegos, y la voz *persona* de los latinos.

El Santo Doctor hace ver que en lo que se refiere al dogma de la Santísima Trinidad no hay diferencia ninguna entre las dos palabras que dejamos subrayadas, y que dieron márgen á tantas disputas en los primeros siglos del cristianismo. Los ocho libros siguientes están llenos de reflexiones morales y metafísicas de grande interés, y muy útiles para comprender con cuánta razon dijo Tertuliano que el alma del hombre es naturalmente cristiana.

San Agustin publicó un libro contra Pelagio acerca de *las actas de Palestina*. Sabido es que Pelagio se hizo absolver en una especie de conciliábulo congregado en Tierra Santa. Pelagio y sus discípulos ponderaban hasta las nubes el valor de esta absolucion, que al parecer les era favorable. San Agustin sospechó

desde luego que Pelagio habia sorprendido á los obispos de Palestina ocultando sus errores ó exponiéndolos con palabras capciosas. Así fué en efecto. Cuando San Agustin recibió las actas auténticas, demostró con su propio texto que Pelagio no habia sido absuelto, que habia hecho una falsa exposicion de su doctrina, y que la absolucion tan ponderada recaia, no sobre los errores que se habian ocultado, sino sobre la artificiosa exposicion doctrinal que se habia hecho. Pelagio no tuvo en el conciliábulo de Palestina ningun adversario que pudiera contradecirlo ni que pudiese demostrar cuán pérfida era su conducta y cuánta malignidad ocultaba en sus palabras.

En el libro de *La Correccion de los donatistas*, dice San Agustin cosas que son de grande importancia en la época presente. Los donatistas eran fanáticos, crueles y sediciosos. Admitian la abominable máxima del suicidio, y se suicidaban con una frecuencia espantosa. Tenian odio implacable á los cristianos, y los perseguian y los asesinaban con una crueldad horrible. Además de esto, habian perdido todo respeto á la autoridad, y constantemente estaban promoviendo asonadas y ocasionando disturbios. En el año 414, dia 22 de Junio, se publicó una ley que imponia grandes multas á los donatistas. Con este motivo empezaron á declamar, escudándose con lo que hoy se llama libertad de conciencia. San Agustin entonces escribió la obra citada de *Punitione Donatistarum*, para hacerles ver que el ser hereges no podia autorizarles para insultar, perseguir y asesinar á los católicos y estar

perpétuamente tramando conjuraciones. Los donatistas apelaban al ejemplo de los apóstoles para demostrar que los hereges no debian ser castigados. San Agustin les recuerda los castigos impuestos por Jesucristo á los que profanaban el templo, y por San Pedro á los que mentian contra el Espíritu Santo, y les recuerda además que nunca han enseñado los apóstoles que cuando los gobiernos son católicos deben quedar impunes los blasfemos, los corruptores de las costumbres, los asesinos y los sediciosos. Como los donatistas calumniaban á los católicos diciendo que los perseguian para confiscar sus bienes y apoderarse de ellos, San Agustin les hace ver que esto es imposible, porque si los persiguieran por despojarlos no los escitarian para que se convirtiesen. La confiscacion, por otra parte, no se empleaba más que como un medio de indemnizar á la Iglesia y aun á la sociedad civil de lo mucho que les usurpaban los donatistas en las sublevaciones y constantes motines que promovian.

San Agustin, en la segunda epístola á San Bonifacio (189), consuela á este ilustre Prócer, haciéndole ver que la profesion militar no es contraria al Evangelio, cuando se ejerce teniendo siempre delante de los ojos el temor de Dios y la justicia. «La milicia, dice, no es un pecado; el abrazarla sólo por amor al saqueo y á la devastacion, es un crímen inexcusable.»

En el libro *De gratia Christi*, San Agustin, contestando á Piniano, Alvino y Melania, que le consultaban acerca de lo que habian oido al mismo Pelagio en

Palestina, demuestra San Agustin la pérfida hipocresía de Pelagio, haciendo ver que sólo admite el nombre y no la exencia de la gracia, y que emplea este nombre sin creer en lo que significa, con el sólo y único fin de sorprender á los católicos y no hacer odiosa su doctrina.

En el libro *De peccato originali*, que es el segundo dirigido á Piniano, Alvino y Melania, trata San Agustin, como lo indica el propio título, de la culpa que por su soberbia nos legaron nuestros primeros padres. Recuerda San Agustin que Celestio se expresó con bastante claridad acerca de este punto en el concilio celebrado en Cartago el año 412; pero el heresiarca Pelagio, más hipócrita, oculta su error y se guarda muy bien de exponerlo con franqueza. «Esta cuestion, dice San Agustin, no es indiferente para la Iglesia.» En ella se funda la necesidad de la redencion y de la gracia de Jesucristo. Concluye el Santo Doctor refutando la absurda objeccion de Pelagio que consistia en suponer que, si la culpa original se trasmite á todos los hombres, el matrimonio debe considerarse como una cosa ilícita. Para expresarse así es indispensable desconocer la índole y naturaleza del pecado original y no comprender cuán independiente es este otro pecado de la voluntad de los padres y de la union conyugal.

Por el año 418 llegó á manos de San Agustin un discurso sin nombre de autor, escrito en defensa de la heregía de Arrio. San Agustin lo refutó en un libro titulado *Contra sermonem Arrianum*. Comenzó el

Santo Doctor por insertar íntegro y dividir en párrafos el discurso del herege anónimo, á quien impugnaba. Esto hace creer que el arriano á quien aquí se alude sería un personaje de autoridad y crédito en aquellos tiempos, ó que al ménos su discurso se habria divulgado mucho y habria producido grande escándalo en la Iglesia.

El año 418 de la era cristiana, viernes, 19 de Julio, hubo un eclipse de sol enmedio del dia, tan grande, tan duradero, que produjo una oscuridad completa é hizo ver con entero explendor las estrellas, y que fué seguido de una sequía espantosa y de una peste horrible. Al año siguiente, el 419, hubo en Palestina un horroroso temblor de tierra que asoló muchas poblaciones y ocasionó inmensas desgracias. Los cristianos creyeron haber visto á Jesucristo en una nube sobre la cima del Monte de las Olivas, y los gentiles mismos aseguraron que habian brillado delante de sus ojos cruces celestiales, que al parecer formaban las vestiduras de lo que ellos llamaban *la vision*. Muchos se convirtieron y recibieron el Santo Bautismo. Los fieles, llenos de terror, empezaron á creer que se acercaba el fin de los tiempos. Hesychius, obispo de la Dalmacia, escribió á San Agustin, dándole cuenta de estos pavorosos acontecimientos, y preguntándole si creia ver en ellos la proximidad del juicio final.

San Agustin le contestó (epístola 197), recordándole la doctrina de San Gerónimo, y añadiendo que la profecía célebre de Daniel debia entenderse de la primera venida de Jesucristo, y que respecto á la segun-

da ningun profeta la ha determinado, y sólo debian repetirse las palabras de Jesucristo que «nadie puede conocer los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad.»

Hesychius volvió á insistir en sus dudas, y San Agustin le volvió á contestar (epístola 198) manifestándole que antes del último dia se habia de predicar el Evangelio en todo el mundo, y que además lo importante no era el fatigarse por averiguar el tiempo del juicio universal, sino el estar preparados siempre para que no nos sorprenda la muerte y seamos reprobados en el juicio particular. El juicio universal puede hallarse muy remoto; el particular está de seguro muy cercano.

Estas advertencias de San Agustin son hoy tan necesarias como el año 419 en que se hicieron.

San Agustin se propuso escribir dos obras importantísimas acerca de la Sagrada Escritura, y no pudo concluirlas. Para comprender su objeto y lo que de él pudo realizarse, conviene leer lo que dice el mismo San Agustin en el Lib. 2.° de *Las Retractaciones*, capítulos LIV y LV.

Polencio escribió á San Agustin haciéndole una consulta acerca del divorcio por causa de adulterio. Creia Polencio que la mujer, separada de su esposo por causa de adulterio, quedaba en libertad para contraer segundas nupcias. Esto obligó á San Agustin á escribir dos libros sobre los *Matrimonios adulterinos*. En estos dos libros demuestra San Agustin cuán errado era el parecer de Polencio, y añade, que cuando

en un matrimonio hay un cónyuge fiel, puede si quiere separarse del infiel y contraer segundo matrimonio. San Agustin habla de estos dos libros en el Lib. 2.° de *Las Retractaciones*, cap. LVII.

Hácia el año 419 escribió San Agustin su primer libro *De Nuptiis et de concupiscentia*. En este libro San Agustin se dirige al conde Valero, y le esplica la naturaleza, los bienes y los fines del matrimonio, haciéndole ver lo que hay en él de santo, y señalándole dónde puede comenzar el abuso.

Poco despues, cediendo á las instancias de Valero, publicó San Agustin el segundo libro *De Nuptiis*. En él defiende la doctrina católica acerca del pecado original, y rechaza la calumniosa acusacion de los pelagianos que imputaban á los católicos los errores del maniqueismo.

Por el año 420 escribió San Agustin una obra de cuatro libros, dirigida al Papa Bonifacio. En ella impugna dos cartas escritas por los pelagianos en las cuales se citaba y se calumniaba á San Agustin. Como estas dos cartas habian sido enviadas por el mismo Papa á San Agustin, el Santo Doctor comienza su obra con una humilde y fervorosa protesta del respeto con que mira la cátedra de San Pedro. Despues San Agustin examina y refuta uno por uno todos los errores que se contenian en las citadas cartas. En ellas se acusaba á los católicos de negar el libre alvedrío, de afirmar que Dios no habia establecido el matrimonio, de decir que los santos del Antiguo

Testamento no habian sido redimidos, y otros cargos tan ridículos como estos.

En el año 420, escribió San Agustin el tratado *De anima*, del cual habla en el Lib. 2.° *De las retractaciones*, cap. LVI. Consta de cuatro libros y se escribió contra Vicente Victor, jóven instruido de la Mauritania, que habiendo encontrado en la casa de un sacerdote español llamado Pedro, una obra de San Agustin, impuso sobre sus hombros la pesadísima tarea de refutarla. La refutacion de Victor llegó á manos de San Agustin. El Santo Doctor leyó esta obra, y más bien que para refutarla escribió una respuesta con el fin de exponer sus doctrinas acerca del orígen y naturaleza del alma. Es preciso confesar que en lo tocante á la creacion particular del alma, San Agustin no se expresó con tanta claridad como San Gerónimo. Por ahora nos limitamos á indicar que San Agustin, no solo no se indignó contra Victor que lo insultaba, sino que le respondió con suma templanza y hasta escusando con mucha caridad la virulencia de su lenguaje.

San Agustin escribió otra carta ó segundo libro sobre el mismo asunto al sacerdote español Pedro, exhortándolo á que leyese con prevencion la obra de Victor que se hallaba llena de errores.

Y no contento aun con esto, dirigió el Santo Obispo de Hipona dos libros al mismo Victor, en los cuales le señala sus extravíos y lo escita con paternal cariño á que vuelva al seno de la verdad. Victor abjuró sus errores, atraido más bien por la bondad de carác-

ter que por la fuerza del ingenio de su adversario.

Ya hemos dicho que San Agustin refutó en una obra dirigida al papa Bonifacio, dos cartas que contra la doctrina católica habian hecho circular los pelagianos. Ahora debemos advertir que estas cartas se atribuian al herege Juliano, y que San Agustin no las habia recibido íntegras, sino copiadas con alguna inexactitud. El conde Valero, que le habia enviado las copias, no tuvo la fortuna de encontrarlas con texto fiel é íntegro. Juliano se quejó de San Agustin y empezó á declamar hasta contra su buena fé, suponiendo que eran maliciosas las alteraciones que encontraba en su doctrina ó las palabras ó frases inexactas que se le atribuyen.

San Agustin entonces buscó la obra íntegra de Juliano, la examinó con detenimiento y la refutó con brillantísimo éxito en la obra titulada *Seis libros contra Juliano*. Esta obra, como indica su mismo título, está dividida en seis libros. En los dos primeros se refuta en general la doctrina de Juliano, y en los cuatro últimos se examinan y combaten uno por uno todos sus errores. Se considera esta refutacion como la mejor obra del Santo Doctor contra los pelagianos.

El libro *De gratia et libero arbitrio*, escrito por San Agustin hácia el año 427, necesita ser ligeramente examinado.

En Adrumet, en la costa de África, existia un monje llamado Florus, natural de Uzale. Hizo un viage á su país natal en compañía del monje Félix. En Uza-

le halló la epístola de San Agustin *á Sixto*, adquirió una copia y la envió al monasterio de Adrumet. Los monjes no la comprendieron de igual modo y hubo entre ellos muy diversos pareceres acerca del modo de interpretarla. Cuando Florus volvió á Adrumet, las disputas habian llegado á ser escandalosas. Egodios, obispo de Uzale, necesitó intervenir con toda la autoridad de sus consejos para restablecer la paz. Algunos monjes proponian que se escribiese, consultando al mismo San Agustin, pero el presbítero Valentin, se oponia, asegurando que el texto era bastante esplícito y que no era necesario hacer tanto para comprenderlo. Se buscó un sacerdote elocuente, llamado Savino, para que esplicase el sentido de la carta *ad Sixtum*, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Los monjes se empeñaron en recurrir al Santo Obispo de Hipona, y el abad Valentin, aunque era de opinion contraria, les dió el permiso y aun el dinero que necesitaban para hacer el viage. Sin embargo, no consintió en darles cartas comendaticias para San Agustin.

Fueron en comision á Hipona dos monjes llamados Cresconius y Félix. San Agustin los recibió con grande afecto, aunque no traian recomendacion de su prelado. Enterado el Santo Doctor de todo lo ocurrido, escribió el libro *De la Gracia y del libre alvedrío*, encaminado á demostrar estos dogmas fundamentales de uuestra santa religion. Como la cuestion de los monjes de Adrumet habia versado sobre el valor *de la gracia y del libre alvedrío*, San Agustin empieza haciéndoles ver que debe evitarse tanto el escollo de negar

el libre alvedrío para establecer la gracia, como de negar la gracia para establecer el libre alvedrío. En seguida aduce el Santo Doctor innumerables pasages de la Sagrada Escritura, para apoyar en ellos su doctrina.

Pasado algun tiempo supo el Santo Doctor, que merced á su obra se habia restablecido la paz en Adrumet. Sin embargo, llegó á sus oidos que ciertos monjes presentaban el siguiente argumento: «Si es Dios quien obra en nosotros el querer y el hacer, ¿qué necesidad tenemos de ser corregidos por nuestros prelados?»

Con el fin de destruir este argumento publicó San Agustin el libro titulado *De correccione et gratia*, en el cual hace ver que como la gracia no destruye la naturaleza, no hay ninguna contradicion en que sean necesarios los divinos auxilios para querer y obrar el bien, y la correccion ó el castigo de las autoridades civiles ó eclesiásticas para reprimir á los que abusan de su libre alvedrío.

La obra *De Retractationibus*, es de gran mérito y de suma utilidad. Conviénenos esplicar con alguna extension su objeto, su fin y su plan.

San Agustin habia compuesto muchas obras, y deseaba publicar una especie de juicio crítico acerca de cada una de ellas.

Quince años, por lo menos, estuvo revolviendo esta idea en su mente, sin dejar de buscar nunca una ocasion oportuna para realizarlo.

Despues de designar á Eradio para que le sucedie-

se, delegó en él sus facultades, le confió el cuidado de la Iglesia, y se encontró, por lo tanto, algo más desocupado. Sucedia esto hácia el fin del año 427. San Agustin decia, que si siendo anciano se equivocaba con frecuencia, en su juventud, no podia menos de haber caido en algunos errores. Añadia la consideracion de que habia escrito mucho y muy de prisa, y que no habia tenido ni aun tiempo para leer y corregir sus obras. Con el fin de reparar esta falta, se resolvió á publicar una obra que fuese á la vez índice, historia, y censura general de todos sus escritos. Los examinó todos, uno por uno, siguiendo en lo posible el órden cronológico. Esta obra, tan importante y tan instructiva, se divide en dos libros. El primero contiene la enumeracion y juicio crítico de todas las obras escritas por San Agustin, desde su conversion, antes de la recepcion del Bautismo, hasta su eleccion para el episcopado de Hipona. El libro segundo contiene el juicio crítico de las obras de San Agustin, escritas desde el principio de su episcopado hasta el año 427 que compuso el tratado *De las Retractaciones*. En esta obra, llama la atencion la profunda humildad con que San Agustin señala sus defectos y corrige sus errores. En ella enumera el Santo Doctor, como propias, noventa y tres obras divididas en doscientos treinta libros.

San Agustin intentaba además publicar un juicio crítico de igual índole, acerca de sus epístolas y sus sermones, pero no pudo, porque la muerte vino á impedirle la realizacion de tan justo y tan útil deseo.

Este nos parece el lugar más oportuno para decir algo del famoso tratado de San Agustin, titulado *Las Confesiones*.

Esta obra, monumento admirable de humildad y candor, se divide en trece libros. Los diez primeros, contienen la historia, la biografía verdadera de San Agustin, escrita por él mismo. En ella se describen sus faltas, sus vicios, todos los defectos de su infancia y todos los extravíos de su juventud, con un arrepentimiento que conmueve y una cristiana ternura que produce vivísima admiracion. La fé, la caridad, la penitencia, la gran confianza que tenia en Dios San Agustin, resplandecen en todas las páginas de estos diez primeros libros. Los tres últimos se consagran á la esplicacion de la creacion, de la necesidad de la gracia, y muchas otras cuestiones importantísimas fundadas principalmente en el texto de los primeros capítulos *Del Génesis*.

En el año 428 escribió San Agustin sus dos célebres obras *Sobre la predestinacion de los santos y el don de la perseverancia*. En ellas refuta á los pelagianos y á los semipelagianos. No damos más detalles acerca de estas dos obras, porque la doctrina de San Agustin sobre los puntos indicados, se halla expuesta con mucha extension en todas las obras de teología.

El diácono de Cartago, Quotvultdeus, escribió á San Agustin rogándole en nombre del clero de Cartago, que escribiese una obra, en la cual se hallase en compendio la historia y la refutacion de todas las heregías. San Agustin se escusó, recomendando á

Quotvultdeus la lectura de las obras que con el propio intento habian publicado San Filastro y San Epifanio. El Diácono de Cartago insistió, no obstante, y San Agustin accedió á sus deseos. San Agustin empezó esta obra y no pudo concluirla. Debia componerse de dos partes. La primera, que debia ser la exposicion de las heregías, quedó terminada; pero la segunda, en la cual debian refutarse todos los errores contra la fé, fué interrumpida por la muerte del Santo Doctor.

6.° Es necesario conocer las acusaciones que le dirigen, ó las faltas que han querido encontrar algunos en la doctrina de San Agustin. Examinemos aquí las principales.

Se acusa al Santo Obispo de Hipona, de haber errado acerca del orígen del alma, suponiendo que se trasmitia por comunicacion natural de los espíritus, ó sea por el influjo del alma del padre en el alma del hijo, *extraduce*. Lo que hay de cierto es que en el tiempo de San Agustin no se habia aun resuelto esta cuestion por la Iglesia. San Euquerio, obispo de Lyon, dice en el cap. III *In Genesim*: «Es muy difícil resolver la cuestion que hoy se agita, sobre si así como el cuerpo emana del cuerpo, el alma proviene del alma, ó si Dios hace una nueva creacion para cada alma.» San Agustin parecia inclinarse á la primera opinion, y San Gerónimo no la reprobaba de ninguna manera, aunque tuvo la fortuna de acertar en este punto sosteniendo la segunda. San Isidoro de Sevilla, en el libro II *De Officiis ecclesiasticis*, cap. XXIII, asegura que

era dudosa en aquel tiempo la doctrina á que ahora nos referimos.

Por tanto, se puede contestar á los que arguyen con las palabras de San Agustin, diciendo que se expresó de una manera dudosa y no con certidumbre, y que hablaba antes de que en esta cuestion se oyese la voz infalible de la Iglesia.

Se acusa tambien á San Agustin de haber sostenido en el Lib. 1.° *Contra académicos*, cap. VII, que los ángeles tienen una especie de naturaleza *corporal*.

Á esto podemos responder que el mismo San Agustin, en su grande obra *De Civitate Dei*, Lib. 21, capítulo X, presenta esta cuestion como dudosa, y dice expresamente que no está dispuesto á fatigarse mucho por averiguar si los malos espíritus poseen *cierta clase* de cuerpos, ó si no tienen cuerpo ninguno. Ya hemos indicado en otra ocasion que en los antiguos tiempos se solia tomar la palabra cuerpo, no como sinónimo de *materia* ó cosa sensible, sino de *sustancia* ó cosa existente. En la inteligencia de los antiguos, se podia admitir la existencia de cuerpo material y cuerpo espiritual y sustancia material.

En el Lib. 20 *De Civitate Dei*, caps. XXV y XXVI, parece como que San Agustin atribuye razon é inteligencia á los astros. Leyendo, sin embargo, atentamente lo que dice el Santo Doctor en la misma obra, Lib. 13, cap. XVI, puede creerse que se limitaba á exponer la doctrina de Platon sin defenderla y aun sin admitirla como cosa cierta. Aparte esto, la cuestion de si hay séres vivientes en los astros, ó si los

astros tienen alguna especie de vida, será todo lo falsa y todo lo ridícula que se quiera, pero no ha sido condenada por la Iglesia.

En los tiempos pasados, hubo críticos muy notables que censuraron á San Agustin, por haber dicho que los seis dias de que habla Moisés en el cap. I *Del Génesis*, no fueron dias verdaderos, sino grandes espacios de tiempo. En este punto, los censores no han tenido razon, y los adelantos de las ciencias han demostrado cuán asombrosa era la perspicacia del Santo Obispo de Hipona. La palabra hebrea que empleó Moisés significa más bien espacio de tiempo que dia determinado. Por otra parte, no podia hablar Moisés de *dias*, tales como los comprendieron los censores de San Agustin, porque entonces seria preciso suponer que los dias tienen igual duracion en todos los climas, lo cual es evidentemente falso. Los dias varian en su duracion, segun las zonas y segun los climas. En la zona Tórrida, debajo del Ecuador, los dias tendrán constantemente doce horas, mientras en la zona Glacial, en cualquiera de los polos, los dias contarán seis meses de duracion. ¿A qué dias, pues, habria de referirse el *Génesis*? ¿A los de la zona Torrida? Entonces mientras transcurrian los seis dias del Ecuador, apenas habria pasado la quinta parte de un solo dia del Polo.

Es, pues, cierto, que por haber defendido esta opinion, sostenida hoy por los más eminentes apologistas del catolicismo, debe ser encomiado en vez de ser censurado, el Aguila de la Iglesia.

En el Lib. 16 de *Civitate Dei*, cap. IX, negó San Agustin la existencia de los antípodas. Esto solo prueba, que en su tiempo aun no habia nacido Colon. Nos parece hasta ridículo el censurar á San Agustin, por no haber hablado de la configuracion de la tierra, como podia hablar once siglos despues Sebastian Elcano, despues de haber dado la vuelta al mundo.

El Santo Doctor, en el Lib. 1.° *De Civitate Dei*, capítulo XII, admite, al parecer, la opinion de los que creian que las almas de los justos no ven á Dios inmediatamente despues de su separacion del cuerpo, y que permanecen en un lugar de descanso como el seno de Abraham, esperando para subir al cielo el dia de la Resurreccion universal.

Confesamos que en el lugar citado, se expresa San Agustin con alguna oscuridad. No intentamos escusar siquiera los cargos que son fundados. Sin embargo, en varios otros pasajes, como en el Lib. IX *De Confesionibus*, cap. III, y en el Lib. 20 *De Civitate Dei* cap. XV, se expresa San Agustin de otra manera.

En el libro *De Predestinatione Sanctorum*, disputando San Agustin con los arrianos, habla de los niños, como si necesitasen para su salvacion, no solo el Santo Bautismo, sino tambien la Sagrada Eucaristía. Para esplicar la verdadera mente de San Agustin, basta con indicar que se refiere á la comunion espiritual recibida por la fé, sin la cual nadie puede entrar en el cielo.

Y téngase en cuenta, que San Agustin admitia la fé no solo en los adultos que tienen uso de razon, sino

en los párbulos que por medio del bautismo la reciben como un don del cielo.

Tambien hay quien considere como muy severa la doctrina de San Agustin acerca de los párbulos que mueren sin recibir el Bautismo. A esto se responde, con solo recordar lo que dice expresamente San Agustin en el Lib. 1.° *Contra Juliano*, cap. VIII. *Non dico parvulos sine Christi Baptismate morientes tanta pœna esse plectendos ut eis non nasci potius expediret.* Si pues segun San Agustin, los niños que mueren sin el Bautismo *no se arrepentirán de haber nacido*, claro es, que vivirán sin pena ni gloria, ó lo que es igual, que no experimentarán ningun tormento.

Algunos críticos se han hecho dignos de fuertes censuras al reprender á San Agustin, por haber dicho en el Lib. 3.° *Contra Cresconium*, cap. XXXIV, que en Sárdica se celebró un conciliábulo arriano contra San Atanasio. San Agustin, al decir esto, no hablaba del Concilio general de Sárdica, sino de un conciliábulo celebrado en la misma ciudad, cuya carta sinódica se envió al herege Donato, jefe en su tiempo del cisma africano.

San Agustin, en el Lib. 1.° *Contra Juliano*, cap. V, cometió indudablemente un error histórico, al decir que San Gregorio Nazianceno era hermano de San Basilio. El hermano de San Basilio fué San Gregorio Nizeno.

7.° La autoridad de San Agustin ha sido siempre grandísima en la Iglesia católica. El Papa San Celestino I, en la epístola á los obispos de Francia, llama

á San Agustin varon de santa memoria; asegura que siempre permaneció en la verdadera fé, y por su inmenso saber, lo cuenta como sus antecesores, entre los mejores y más respetados maestros de la Iglesia.

Con esto respondia San Celestino I á los que por error ó por mala fé, intentaban manchar la memoria de San Agustin, suponiéndolo semipelagiano.

El Papa Gelasio I, apellida á San Agustin *Luz de los maestros de la Iglesia*. Muy raro será el romano Pontífice que no haya escrito algo en favor de San Agustin, y de seguro, no hay uno solo que no lo haya tenido presente en su memoria para bendecirlo y en sus lábios para alabarlo.

El Concilio 7.° de Toledo, en el canon II, llama á San Agustin, varon santísimo, excelente en el arte de encontrar la verdad, afluente en la manera de expresarse, rico en el explendor de su elocuencia y fecundo en el fruto de su sabiduría.

El venerable Beda, llama á San Agustin acérrimo defensor de la gracia. *Strenuissimum gratiæ propugnatorem.*

San Ildefonso, en el *Sermon* 2.° *De Beata Virgine*, cita á San Agustin asegurando que no es lícito contradecirle. *Audiant beatum Augustinum; contradicere fas non est.*

San Bernardo, en la epístola 77 *Ad Hugonem*, dice que San Agustin es una columna de la cual se aparta con dificultad.

Lo dicho es suficiente para poder formar una idea del gran respeto que ha tenido y tendrá siempre la Iglesia á la autoridad de San Agustin.

8.º El cardenal Baronio, en los *Anales*, año 490, núm. 17, se queja de que poco despues de la muerte de San Agustin, empezaron los hereges á tergiversar su doctrina para apoyar ó aparentar que apoyaban con ella los errores contra la fé.

En el siglo XIII, Guillermo de San Amor, herege refutado por Santo Tomás y San Buenaventura, pretendia apoyarse en la doctrina de San Agustin para hacer cruda é impía guerra á las órdenes religiosas.

Los luteranos y calvinistas citaron con mucha frecuencia pasages adulterados de San Agustin, empeñándose en apoyar sus impíos errores en la autoridad de un doctor tan insigne y tan respetado en todo el orbe católico.

Pero los hereges que más se han distinguido por su empeño en ensalzar á San Agustin para poner su doctrina en contradiccion con la de la Iglesia, han sido los jansenistas. Jansenio, se llamaba con jactancia discípulo de San Agustin; decia que habia leido treinta veces todas sus obras, é impuso el nombre de San Agustin, llamándolo *Augustinus* al libro en que sembró su error y que sirvió de fundamento á la temible heregía Jansenista. En sus lisonjas y exageraciones llegaron los discípulos de Jansenio hasta el punto de suponer que la autoridad de San Agustin era superior á la de los Concilios y aun á la de los Papas. La Iglesia se vió en la necesidad de condenar una proposicion de los jansenistas, que es la 30, condenada por Alejando VIII, y se halla redactada en los términos siguientes: *Ubi quis invenerit doctrinam in Augustino*

clare fundatam illam absolute potest tenere, et docere, non respiciendo ad ullam Pontificiis Bullam. En esta máxima se halla encerrada toda la repugnante hipocresía del jansenismo. ¡Ensalzar á San Agustin para deprimir á la Iglesia! ¡Adular al hijo para insultar á la madre! Rechacemos con santa indignacion esta sacrílega perfidia, digna de los más ciegos y más endurecidos fariseos. La autoridad de San Agustin es grande y muy grande; pero al fin, no es más que un doctor de la Iglesia, y su autoridad no ha recibido del cielo la eterna asistencia del Espíritu Santo. El mismo San Agustin siendo obispo de Hipona, se humillaba ante el Papa Bonifacio, y en una ocasion célebre, declaró que cuando Roma habla, la cuestion concluye, y todos deben oir la voz de Roma con humildad.

En estas palabras se vé el verdadero discípulo de Jesucristo.

CAPÍTULO XX.

San Cirilo Alejandrino, San Pedro Crisólogo y San Vicente de Lerins.

1.° San Cirilo de Alejandría nació en el último tercio del siglo IV. Su talento era grande, y su educacion esmerada. Estudió todas las ciencias que se cultivaban en su época. Su estilo parecia lleno de defectos, y sin embargo, en su conjunto era agradable. En su dialéctica era bastante metódico, y para los hereges sumamente temible. En el año 412, fué nombrado para suceder á su tio Teófilo en la silla patriarcal de Alejandría. Como obispo, dió pruebas de mucha virtud, grande celo, consumada prudencia é inquebrantable firmeza. Aunque en sus primeros años habia sido considerado como adversario de San Juan Crisóstomo, al entrar en la edad madura, comprendió su error, varió de rumbo y restableció la memoria del Santo Patriarca de Constantinopla.

San Cirilo se consagró enteramente al bien de la Iglesia. Arrojó de su diócesis á los novacianos, despojándolos de todos los templos y de todos los hornamentos que conservaban en su poder. Esto dió márgen á quejas y calumnias por parte de los heresiarcas; pero San Cirilo despreció los farisáicos clamores de estos, como de todos los adversarios del cristianismo, convencido, de que son siempre tan crueles cuando se juzgan poderosos, como hipócritamente humildes cuando se juzgan débiles.

Los judíos se mostraron llenos de insolencia y de osadía en los tiempos de San Cirilo. En Alejandría, con especialidad, contaban con el apoyo del prefecto Orestes. No contentos con calumniar á los cristianos, ni aun con acusarlos ante el prefecto, llevando su osadía hasta el extremo de la crueldad, se arrojaron contra los fieles, y acometiéndoles por sorpresa, hicieron en ellos una horrible carnicería. Los cristianos, pasados los momentos de estupor, se unieron, se inspiraron mútuamente valor, y defendiéndose primero, y tomando la ofensiva despues, ejercieron una terrible venganza. El prefecto Orestes fué gravemente herido. Hipatya, mujer tan célebre por su talento y vastísima instruccion, como conocida por su ódio á los cristianos, y su amistad con el prefecto, murió en esta tremenda lucha. Algunos escritores han querido culpar á San Cirilo, suponiéndole responsable de todos estos atentados. Lo cierto es, que los judíos habian comenzado á degollar á los cristianos, que el prefecto Orestes apoyaba á los judíos, y que Hipatya no cesaba de

inspirar ódio al cristianismo en el corazon de Orestes. Si en estas circunstancias San Cirilo se colocó al lado de los cristianos, su conducta es muy natural y hasta muy digna de alabanza. Se trataba de una verdadera guerra civil, y San Cirilo no podia de ningun modo defender á los judíos, sus enemigos, que eran los agresores, contra los católicos, sus amigos, sus diocesanos, sus hijos, que eran provocados y que solo habian empuñado las armas compelidos por la necesidad de la defensa.

Lo que en verdad hizo San Cirilo, fué expulsar de Alejandría á los judíos despues de la victoria, para preservarlos de los castigos que naturalmente hubieran recibido de manos de los cristianos vencedores. En aquellas circunstancias, el destierro era un gran beneficio, porque evitaba las represalias.

Los modernos filántropos han procurado pintar, con muy negros coloridos, lo que ellos llaman «horrenda crueldad de San Cirilo, contra los inocentes hijos de Jacob.» Los que así se expresan, se llaman católicos, y lo son de una manera muy singular. Se espantan al recordar la sangre que hacian derramar los cristianos en su defensa, y no piensan siquiera en la sangre cristiana que hicieron verter los judíos, arrojándose con espadas y lanzas, por sorpresa, sobre el templo en que se hallaban reunidos los fieles. Para formar juicio más completo acerca de este punto, conviene leer lo que hemos dicho en los últimos capítulos de *El Papa y los gobiernos populares*, tomo 2.°

No podemos aquí describir la cuestion á que dió

márgen la obstinacion sacrílega de Nestoiro. Léase nuestra traduccion de *La Historia de las heregías*, de San Alfonso de Ligorio, tomo 1.º Aquí solo podemos indicar que San Cirilo no cesó de hablar y de escribir contra los errores, mejor dicho, contra las blasfemias de Nestorio. San Cirilo escribia al Papa, escribia á los fieles, escribia á los obispos y aun al mismo Nestorio, exponiendo y defendiendo la verdadera doctrina acerca de la única persona, y dos naturalezas en Jesucristo, y de la divina maternidad de la Santísima Vírgen. San Cirilo vió coronados sus esfuerzos. La heregía de Nestorio fué condenada en un concilio celebrado en Roma el año 430, y en otro concilio celebrado en Efeso el año 431.

Poco despues, sin embargo, Dióscoro, apoyado en la corte, hizo convocar un conciliábulo en Efeso, en el cual se condenó inícuamente á San Cirilo, y se ejercieron espantosas crueldades contra los católicos. La historia designa este conciliábulo con el nombre de *Latrocinio de Efeso*.

El emperador Teodosio, sin embargo, conoció bien pronto su error, y trocó la sentencia dando libertad á San Cirilo, y enviando á un destierro á Nestorio.

San Cirilo vivió perseguido, calumniado y colmado de angustias hasta el dia 28 de Enero del año 440, en que su alma se separó de sú cuerpo para reinar en el cielo con Jesucristo.

En elogio de San Cirilo de Alejandría, conviene recordar que el mismo crítico Bebeyrac, con ser tan erudito y tan amigo de encontrar defectos en la moral de

los Santos Padres, no halló nada que pudiera censurar en la moral de San Cirilo.

Du-Pin se empeñó en demostrar, en su *Biblioteca de autores eclesiásticos*, que la cuestion tan ruidosa entre San Cirilo y Nestorio no habia sido más que una logomaquía ó un mero altercado de palabras. Basta leer los *Anatematismos* de San Cirilo, para convencerse de que se trataba de una cuestion dogmática, en la cual no podia mostrar indiferencia ningun católico.

Los enemigos de la Iglesia á quienes refutó San Cirilo, fueron Nestorio, que negaba la unidad de persona en Jesucristo y la divina maternidad de la Santísima Vírgen; los *antropomorfitas*, que atribuian cuerpo y forma corporal á Dios, y Juliano el emperador, apóstata, que como es sabido, declaró guerra al cielo y se obstinó en destruir la santa religion de Jesucristo.

2.° No creemos conveniente el examinar con mucha extension las obras de San Cirilo. Todas ellas se encuentran en la edicion de Juan Aubert, hecha de año de 1638, en seis tomos en fólio. En esta edicion se hallan los dos textos, griego y latino.

La obra más célebre de San Cirilo, es la titulada *Anatematismos*. Son doce y se escribieron con el fin de refutar otras tantas proposiciones sentadas por Nestorio. La doctrina de San Cirilo acerca de la Encarnacion del Verbo, ha sido aprobada por la Iglesia. Sus *Anatematismos* fueron defendidos en varios concilios ecuménicos contra las acusaciones de Teodoreto.

Se conservan varias *Homilias* y un número no escaso de *Comentarios*, sobre algunos libros del Antiguo

Testamento. Repetimos que nos contentamos con estas ligeras indicaciones. Nos es imposible exponer con igual extension la doctrina de todos los Santos Padres.

San Cirilo escribió diez libros de *Comentarios* sobre el Evangelio de San Juan. Los Libs. 5.°, 6.°, 7.° y 8.° se creian perdidos. Por fortuna han parecido ya el 5.° y 6.°, y se espera que revolviendo las antiguas Bibliotecas parezcan los dos que todavía faltan.

El libro de *Sacrosancta Trinitate*, que se encuentra en el tomo 6.° de las obras de San Cirilo, se atribuye con razon á San Juan Damasceno ó á otro escritor que extractó la doctrina de este Santo Padre.

La obra titulada *Thesauri*, es de San Cirilo sin duda alguna, por más que algunos críticos hayan creido otra cosa.

En los diez libros *Contra Juliano el apóstata*, debe notarse que San Cirilo no refuta los tres libros de Juliano contra la religion católica, sino únicamente el primero.

3.° San Pedro Crisólogo nació en los últimos años del siglo IV. Desde sus primeros años, se consagró á Jesucristo, apartándose del mundo y entregándose á una vida de austeridad y penitencia. San German de Auverre murió en los brazos de San Pedro Crisólogo. Este se contentó con heredar los terribles silicios de San German. El Papa Sixto III le nombró obispo de Rávena el año 433.

San Pedro Crisólogo tenia gran fama en toda la Iglesia por su elocuencia y por su santidad. El herege

Utiques le escribió consultándole acerca de su doctrina. La intencion del viejo y maligno heresiarca, era granjearse el apoyo de San Pedro Crisólogo, arrastrándolo hácia su heregía, por medio de lisonjas y adulaciones. San Pedro dió á Utiques una contestacion admirable, diciéndole que para librarse de dudas y encontrar la verdad, no necesitaba más que leer la epístola sinódica dirigida por el Papa San Leon á Flaviano. Así le demostraba que no son las *ovejas* las que deben guiar á los pastores, ni los simples fieles los que han de enseñar la verdad á la infalible cátedra de San Pedro,

San Pedro, por su admirable elocuencia, fué apellidado *Crisólogo*, es decir, hombre cuyas palabras son de oro. Este nombre se le dió doscientos cincuenta años despues de su muerte, por su sucesor y compilador de sus obras, Félix, obispo de Rávena.

Murió San Pedro Crisólogo el año 450.

4.° Sus obras se imprimieron en Venecia el año de 1750, por el padre Sebastian Pablo de la Madre de Dios. Se cuentan ciento setenta y seis sermones. Despues se encontraron cinco sermones más del mismo Santo, y fueron impresos en un libro aparte. Los sermones de San Pedro Crisólogo llaman la atencion por su escesiva brevedad. El lenguaje de San Pedro Crisólogo es ingenioso, igual, lleno de antítesis no violentas, y salpicado de frases cortas y meros juegos de palabras. Esto, no obstante, la moral es tan pura y los pensamientos tan nobles y tan elevados que, á pesar de las faltas del estilo, no pueden leerse es-

tos sermones sin experimentar profunda conmocion.

San Pedro Crisólogo expone en sus discursos la fé y la moral católica, y condena y refuta los vicios y los errores de su siglo. En sus obras no se descubre el apologista que combate al enemigo de la fé; pero se halla siempre el maestro que enseña la verdad y el obispo que encomia las virtudes y censura los vicios.

5.° San Vicente de Lerins nació al concluir el siglo IV. En sus primeros años se dejó arrastrar por las pasiones, y vivió entregado á los vicios. Cansado de este género de vida, que lo llenaba de remordimientos, abandonó por completo la vida del mundo y se encerró en el monasterio de Lerins, que le dió nombre. Su vida, desde este momento, fué propia de un verdadero Santo. Permaneció en la práctica de las virtudes hasta el último instante de su vida. Murió como habia vivido, es decir, santamente, el año 450.

Acerca de su santidad y de su doctrina se han suscitado acaloradas polémicas. Hay críticos que le niegan la santidad y que lo suponen semipelagiano. Natal Alejandro sostiene que cayó en el error, pero lo disculpa, y afirma que fué santo. El cardenal Baronio, en las *Notas al martirologio romano*, dia 24 de Mayo, afirma que Vicente de Lerins debe contarse entre los santos y ser venerado como tal. Los cardenales Orsi y Gotti han opinado de la misma manera. El eruditísimo padre Papebroch, en su célebre obra titulada *Acta Sanctorum*, publica *la vida y la apología* de San Vicente de Lerins.

Despues de leer estos testimonios, es imposible ne-

gar á Vicente de Lerins, ni el título de sábio, ni la aureola de santo.

6.° La obra que tanta celebridad ha dado á San Vicente de Lerins es su *Commonitorium*, compuesto en el año 434 de la era cristiana. Esta obra constaba de dos partes. La primera se conserva íntegra; la segunda, en la cual se trataba del concilio de Efeso, fué robada á su autor, y quedó para siempre perdida. De esta segunda parte sólo se conserva un ligero extracto ó compendio hecho por el mismo San Vicente. El *Commonitorium* está escrito con una erudicion inmensa, excelente método y estilo correcto, y muchas veces brillante. San Vicente de Lerins, dando reglas para refutar todas las heregías, sentó un principio que jamás ha dejado de repetirse, como nunca dejará de llenar de terror á los hereges.

El principio fundamental de este exclarecido apologista, consiste en suponer que en materias de fé lo que el hombre inventa es falso, y lo único verdadero es lo enseñado por Jesucristo y creido por todos los fieles en todos los tiempos y en todos los paises. *Quod semper, quod ab omnibus, quod ubique.*

Segun este gran principio, es muy fácil demostrar que todas las heregías son contrarias á la doctrina de Jesucristo, porque no han sido creidas sino por sus secuaces é inventores; no se han creido antes del siglo en que se inventaron, y sólo se creen en los paises en que sus inventores las promulgan. Lo cual prueba que no provienen de Jesucristo, porque les falta la universalidad en los que la profesan, en los lu-

gares en que se conocen y en los tiempos en que viven.

El empleo de este principio será siempre muy provechoso para todos los defensores de la verdad católica.

CAPÍTULO XXI.

Sócrates, Sozomeno y Teodoreto.

1.° Nació Sócrates, el historiador, en Constantinopla, por el año 380. Hizo sus primeros estudios bajo la direccion de dos prefesores paganos, muy notables en aquella época. Hizo adelantos muy considerables en la filosofía. Siempre, no obstante, manifestó decidida inclinacion á la historia. Su primera profesion fué la de abogado, en la cual tuvo mal éxito, y no podia permanecer, sin estar siempre en contradicion con sus naturales inclinaciones. La carrera del foro le desagradaba tanto como al poeta gentil de quien se cuenta que juraba á su padre en verso el no hacer versos para dedicarse al estudio de la jurisprudencia.

Sócrates, por último, renunció á la abogacía, abandonó los pleitos y se consagró al estudio de la historia.

Esta era su vocacion, y por lo tanto aquí fué donde desplegó todas las galas de su ingenio.

En aquel tiempo era considerado Eusebio de Cesarea como padre de la historia eclesiástica. Así es que los historiadores del quinto siglo se contentaban con continuar la obra de Eusebio. Este grande historiador de los primeros siglos, terminó su obra en el reinado de Constantino, antes de llegar al Concilio de Nicea. Sócrates, siguiendo la costumbre general, adoptó como base la historia de Eusebio y escribió su continuacion, llenando desde el año 306, hasta el año 439, ó lo que es igual, llenando un período de ciento treinta y cuatro años.

Sócrates no tenia buen estilo ni escribia con elegancia. Sin embargo, su lenguaje es claro y su narracion bastante natural. Su obra será siempre leida con fruto, si no como un modelo de literatura, como un monumento indispensable para conocer lo acaecido en el período de ciento treinta y cuatro años que abarca.

Sócrates trabajó indudablemente mucho para adquirir conocimiento exacto de los hechos que narraba. Sin embargo, á pesar de sus esfuerzos ó de su buen juicio, en no pocas ocasiones cuenta como verdaderas, noticias que son falsas, y en algunas hasta se deja arrastrar por la pasion de partido. No era buen teólogo, y esta circunstancia, le hace expresarse con inexactitud en determinados casos. Nicéforo en la *Historia ecclsiástica*, Lib. 2.° cap. XIV, dice que Sócrates habia caido en el error de los novacianos. Esto no puede dudarse, si se tiene en cuenta que Sócrates en-

salza á Novaciano hasta contarlo entre los mártires, y cuenta con mucha extension y en términos muy benévolos todo lo que cree que puede favorecer á la secta novaciana. Focio, en *La Biblioteca de los Padres*, código 28, juzga á Sócrates con mucha exactitud en estas breves palabras: *Stylus illi non admodum splendidus, sed nec in dogmatibus valde accurratus est.*

Sócrates no fué sacerdote ni habia hecho profundos estudios en las ciencias sagradas. Este vacío se observa en toda su historia. Pudiera decirse que sin haber sido jamás verdaderamente cismático, sin haber perdido nunca la fé católica, se dejó arrastrar por ciertas apariencias de virtud que veia en los novaciones y que le obligaban á reputarlas como verdaderas, por no haberlas examinado con la madurez y el detenimiento que eran necesarios. Lo cierto es que si Sócrates no conoció bien las diferencias que existian entre la doctrina de la Iglesia y los errores de los novacianos, al menos se inclinó por afecto á estos últimos y dió motivos muy poderosos á la posteridad para que lo considerase como su cómplice.

La historia eclesiástica de Sócrates está dividida en siete libros. Se encuentra en la compilacion de *Historiadores eclesiásticos* de Valois, hecha en Cambridge, el año de 1720, en tres tomos en fólio.

2.° Sozomeno, llamado el *Escolástico*, era originario de Palestina. Atraido por las virtudes y milagros de San Hilario, abrazó el cristianismo. Desde Palestina pasó á Constantinopla, en donde cultivó las bellas letras y ejerció con crédito la abogacía.

Se dedicó al estudio de la historia eclesiástica, é hizo en ella grandes y muy notables adelantos. Se cree que murió Sozomeno por el año 450 de la era cristiana. Como se ignora cuál fué el año de su nacimiento, no puede saberse qué edad tenia en el tiempo de su muerte. Sozomeno era menos sábio y más humanista que Sócrates. Su estilo es más bello, más natural, y cuando las ideas lo requieren, tambien más brillante.

La primer obra de Sozomeno, obra que se ha perdido, era un compendio de todo lo ocurrido en la Iglesia desde la gloriosa ascension de Jesucristo hasta la derrota de Licinio, en los tiempos del emperador Constantino. Probablemente seria solo un extracto de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea.

Hácia el año 443, acometió Sozomeno la árdua empresa de escribir una extensa y exacta historia de la Iglesia. La dividió en nueve libros, y narra los hechos acaecidos desde que Eusebio terminó su historia en el año 324 hasta el año 439.

Comienza el primer libro declarando que escribe lo acontecido en su tiempo, lo que él mismo ha visto, ó lo que le han contado testimonios oculares y de autoridad.

Sozomeno se limita casi á narrar, con más perfecto estilo, todo lo dicho por Sócrates en su historia. Sin embargo, suprime algunas cosas, varía otras y añade no pocas. Como no tenemos motivos para decir que Sozomeno careciese de ingenio ni de laboriosidad, necesitamos creer que la semejanza que existe entre su

historia y la de Sócrates, no debe atribuirse á un vergonzoso plágio, sino á la coincidencia de ser contemporáneos, de vivir ambos en Constantinopla y de tener á la vista unos mismos documentos. Sozomeno escribió la historia con más extension, aunque con menos madurez de juicio que Sócrates. Dedicó su historia al emperador Teodosio. San Gregorio Magno, en el Libro 6.°, Epístola 31, juzga á Sozomeno en los términos siguientes: «En su historia, dice, habla de cierto Eudoxio de quien se cuenta que usurpó sacrílegamente la silla episcopal de Constantinopla. La Iglesia romana recusa la *Historia* de Sozomeno, porque dice muchas cosas falsas, *quoniam multa mentitur*, y encomia demasiado á Teodoro de Mosuepta, afirmando que fué gran doctor de la Iglesia hasta el último instante de su vida.»

Este ologio de Teodoro de Mosuepta no se encuentra hoy en la *Historia* de Sozomeno, sino en la de Teodoreto, Lib. 5.°, cap. XXIX. Por esto han creido algunos que San Gregorio Magno se equivocó, por falta de memoria, atribuyendo á Sozomeno lo que solo debia imputarse á Teodoreto. Baronio, por el contrario, opina que el citado elogio podia ser de Sozomeno, y que se hallaria en la gran parte del Lib. 9.° de su *Historia*, que hoy no existe.

Como quiera que sea, es lo cierto que la historia de Sozomeno debe leerse con prevencion y cautela.

3.° Teodoreto nació el año 386: fué discípulo de San Juan Crisóstomo y de Teodoro de Mosuepta. Adquirió una instruccion vastísima, y tanto brillaba en

los concilios por su elocuencia, como en los libros por la brillantez y fecundidad de su pluma. El año 420 fué nombrado obispo de Ciro. Su vida, como prelado, estuvo llena de actividad y celo. Él vivia con modestia y hasta con pobreza; se ocupaba en enriquecer los pueblos con acueductos, con puentes y hasta con caminos; predicaba y convertia á los infieles; refutaba las heregías, y mantuvo terribles luchas contra los heresiarcas. Por un error, más bien hijo de su inteligencia que de la perversion de su voluntad, se declaró amigo de Nestorio, defendió hasta con entusiasmo á su maestro Teodoro de Mosuepta, y tuvo la desgracia de caer en la tentacion de escribir contra los *Anatematismos* de San Cirilo. Esto le hizo aparecer como sospechoso de nestorianismo. Sin embargo, no dejó nunca de ser perseguido por los eutiquianos. El sacrílego Dióscoro, le hizo una guerra implacable. El año 451, fué declarado inocente de los cargos que se le hacian, en el Concilio general de Calcedonia. Murió pocos años despues.

Creemos oportuno añadir todavía algunos pormenores. El mismo Teodoreto refiere ó forma su biografía en varios pasages de sus obras, que aquí deben extractarse.

En la *Historia religiosa*, cap. XIII, dice: «Fuí consagrado á Dios antes de mi nacimiento por un voto de mis padres. Permanecí en un monasterio hasta el tiempo en que fuí nombrado obispo. Yo rehusaba esta dignidad; pero sin quererla, me ví obligado á aceptarla. Viví en paz por el largo espacio de veinticinco

años. Los sacerdotes que me acompañaban no fueron inquietados por los tribunales en todo este tiempo. No he recibido nada de nadie. En mí no he hecho más gastos que los absolutamente indispensables. He invertido el dinero que ha llegado á mis manos en mejorar los baños públicos, en hacer pórticos y construir dos grandes puentes. Esta ciudad carecia de aguas, y por medio de un acueducto le he dado más de la que necesita. He traido á la fé católica ocho pueblos enteros, pervertidos por la secta de Marcion y otros dos en quienes dominaban los errores de Arrio y los eunomianos. No he podido hacer estas cosas sin gran peligro. En algunas ocasiones he sufrido persecucion y hasta he sido apedreado con pública ignominia. No digo esto por vanidad, sino porque lo juzgo necesario.»

Y en la Epístola 113, dirigida á San Leon, añade Teodoreto: «Hace veintiseis años que dirijo esta Iglesia sin haber sufrido jamás una sola reprension de mis superiores. He librado más de mil almas de los errores de Marcion, de Arrio y Eunomio. He llevado sobre mí el peso de 800 parroquias que tiene la diócesis de Ciro, en las cuales, con el auxilio de Dios, he podido desarraigar todas las heregías.»

Ya hemos indicado que Teodoreto se inclinó á Nestorio y escribió contra San Cirilo. Tambien hemos dicho algo acerca de la profunda enemistad que existió siempre entre Teodoreto, defensor de Teodoro de Mosuepta, y Dióscoro de Alejandría, acérrimo, fanático y hasta impío patrono de la secta de Eutiques. Dióscoro

logró con sus calumniosas acusaciones que Teodoreto fuese condenado á no predicar, ni aun á salir fuera de Ciro, por órden de Teodosio el jóven. Sobre este punto debe leerse lo que dice el mismo Teodoreto en las Epístolas 79, 80, 81, 82 y principalmente en la 83, dirigida á su capital adversario, el cruel y obcecado Dióscoro. En la Epístola 82 dirigida á Eusebio, obispo de Ancyra, dice: «Los que renuevan en nuestro siglo los errores de Marcion, de Valentino, de Maneto y los *docetas*, no pudiendo tolerar el que yo combata sus errores, me calumnian ante el emperador, llamándome herege y acusándome de dividir á nuestro Señor Jesucristo, suponiendo que yo reconozco en él dos personas ó dos hijos de Dios. Yo estoy muy distante de este *execrable error*. No digo esto por miedo, sino por conviccion. Así lo he enseñado en todas mis obras.»

Aquí se ve que Teodoreto rechaza como una calumnia el cargo que se le dirigia de haber abrazado los errores de Nestorio. Pero aun es más esplícito en la Epístola 83 dirigida al propio Dióscoro. «Por el largo espacio de seis años, dice, he enseñado las ciencias sagradas bajo la direccion de Teodoreto, obispo de Antioquía, varon de santa memoria. Además he desempeñado trece años contínuos el magisterio, bajo la direccion del bienaventurado Juan, quien bajaba de su silla para estrechar mis manos y aplaudirme cuando terminaba mis esplicaciones.» Poco despues, en la misma Epístola, añade: «Yo no acepto los errores que se me imputan. Yo creo que la Santísima Vírgen debe llamarse Madre de Dios, y considero como separados de

la fé á los que piensan de otra manera. Del propio modo tengo por hereges á los que dividen á Jesucristo, admitiendo en él dos personas. Esto es lo que he aprendido en la Sagrada Escritura y lo que me han enseñado Basilio y Gregorio, Teófilo y CIRILO.»

Estas palabras son muy dignas de llamar nuestra atencion. En ellas se encuentra la clave para esplicar la conducta de Teodoreto. Ante todo conviene observar, que condena la heregía nestoriana y no nombra á Nestorio. Esto prueba que Teodoreto, si fué amigo del heresiarca, nunca fué cómplice voluntario de su iniquidad. En Teodoreto acaso sea más reprensible que nada, su escesiva consecuencia en el afecto que profesaba á sus amigos. Acaso pudiera esplicarse así tambien todo cuanto dice en honra de Teodoro de Mosuepta. Teodoreto queria que todos sus amigos fuesen considerados como columnas de la Iglesia, y se complacia en elevarlos muy por encima de sus merecimientos. Los encomios de Teodoreto son siempre escesivos cuando se trata de personas que se hallan á él unidas con los vínculos de la amistad. Lo segundo que nos llama la atencion en el párrafo último que comentamos, es que Teodoreto cita á San Cirilo considerándolo como su maestro. Esta cita tan respetuosa en una carta dirigida al impío Dióscoro, es como un alarde del respeto que profesaba á San Cirilo y como una elocuentísima protesta en favor de su ortodoxia. No necesitamos nada más que esta cita para convencernos de la sinceridad de la reconciliacion entre Teodoreto y San Cirilo.

Lo tercero y último que debemos considerar es la protesta explícita de su fé católica que hace Teodoreto, confesando que cree en las dos naturalezas y única persona de Jesucristo; que llama Madre de Dios á la Santísima Vírgen, y que condena como hereges á los que sostienen la doctrina contraria. Las palabras de Teodoreto son casi las mismas del Concilio de Calcedonia.

Hemos insistido en demostrar la ortodoxia de Teodoreto con el fin de hacer ver que si algunas de sus obras merecen entera reprobacion, su nombre no debe ser nunca borrado del libro en que están inscritos los nombres de todos los fieles.

El impío Dióscoro logró convocar y reunir en Efeso un conciliábulo llamado por la historia *latrocinio de Efeso*. Con el fin de que Teodoreto no pudiera defenderse en el concilio, hizo Dióscoro que el emperador no le permitiese abandonar su destierro. Como era natural, el conciliábulo de Efeso, dominado por la cruel obcecacion de Dióscoro, condenó y depuso á Teodoreto. Sin embargo, el Papa San Leon lo absolvió y lo restituyó á su silla. Poco despues, en el Concilio de Calcedonia condenó á Nestorio y declaró que Teodoreto era ortodoxio.

En el concilio quinto general fueron condenados los escritos de Teodoreto contra los doce *Anatematismos* de San Cirilo. Con todo, si habia error en los libros, no hubo contumacia en la voluntad. El mismo Papa San Leon decia el año 453, dirigiéndose á Teodoreto: «Bendito sea el Señor nuestro Dios, cuya in-

vencible verdad le ha preservado de toda mancha de heregía segun el juicio de la Santa Sede.»

Para saber cuáles eran las obras de Teodoreto, debe leerse la *Historia de Nicéforo*, Lib. 14, cap. LIV.

4.° Las obras de Teodoreto se hallan recopiladas en griego y latin, en la edicion hecha por el padre Sirmondi, el año de 1642, en cuatro tomos en fólio. El padre Garnier, jesuita, enriqueció esta edicion con un tomo más el año de 1684.

Nosotros haremos aquí una sencilla numeracion de estas obras.

La *Historia eclesiástica* es, sin duda alguna, la obra más importante de Teodoreto. Comienza donde acabó Eusebio, el año 324 y concluye en el año 429. Esta historia contiene noticias importantes y documentos de gran valor. Hay, sin embargo, en ella defectos de cronología que en aquel tiempo no podian evitarse. Teodoreto tiene un estilo claro, metódico y hasta brillante. En algunas ocasiones suele emplear metáforas afectadas.

Comentario sobre los ocho primeros libros de la Biblia. Es una especie de diálogo en el cual figuran como interlocutores un *ortodoxo*, que defiende la causa de la Iglesia, y *Eranistes*, ó el *Mendigo*, que aparenta sostener el error de los eutiquianos.

La *Historia religiosa*. Aunque algunos críticos han querido negar la autenticidad de esta obra, su negacion no tiene valor ninguno, porque el mismo Teodoreto la cita como propia en la *Historia eclesiástica*, Libro 1.°, cap. VII, y muchos otros pasajes de la misma *historia*.

Un *Comentario* sobre los ciento cincuenta salmos. En la interpretacion del sentido literal de la Sagrada Escritura, Teodoreto no es inferior á ningun Santo Padre.

Esplicacion del Cantar de los Cantares. De esta obra nada necesitamos decir. Su título lo expresa todo.

Comentario sobre Jeremías, Ecequiel, Daniel, los doce profetas menores y las epístolas de San Pablo. Estos *comentarios* son, más bien que obras orignales, una admirable compilacion de todo lo que habian dicho los Santos Padres acerca de la Sagrada Escritura. El mismo Teodoreto lo confesaba diciendo que si él no podia hacer joyas tan preciosas, se contentaba al ménos con reunirlas y ordenarlas para gloria de Dios y bien de la Iglesia.

Cinco libros *De las fábulas de los hereges.* En esta obra dá á conocer Teodoreto lo que son bajo el punto de vista doctrinal todas las heregías.

Diez libros *De la Divina Providencia.* Basta fijarse en este título para comprender cuál será la doctrina que en esta obra se encierra. Teodoreto no se limitó á combatir un sólo error ni una solo heregía; conociendo, por el contrario, el carácter invasor de la mentira, no cesaba de escribir nunca contra todos los errores y contra todas las heregías.

Diez discursos sobre el modo de curar las afecciones de los griegos. *De curandis græcorum affeccionibus.* En estos diez discursos Teodoreto dá á conocer y refuta la absurda doctrina de los paganos.

Escribió además un libro *Sobre la Caridad* y otro sobre *San Juan Evangelista.*

De los opúsculos *Contra San Cirilo* no queremos ni aun hacer mencion. Han sido la mancha de la historia de Teodoreto.

Los *sermones* son numurosos y estimados. Aunque no se consideran como modelos, están llenos de excelente doctrina.

Las vidas de los santos solitarios. Esta obra debe leerse quizá más que nunca en los dias que atravesamos. Hoy más que nunca importa conocer los inmensos beneficios que debe la sociedad á los santos cenobitas.

Por último, las *epístolas* de Teodoreto se miran con razon como un arsenal vastísimo, en el cual se hallan datos de suma importancia para conocer la historia de la Iglesia en el siglo v.

Los calvinistas han querido hallar en las obras de Teodoreto sentencias contrarias á la Sagrada Eucaristía. Nada ménos fundado. Teodoreto creia en el dogma de la Sagrada Eucaristía, y así lo confiesa en muchos pasajes de sus obras. Sin embargo, en algunas ocasiones esplica en sentido moral las palabras de la Sagrada Escritura que se refieren á este dogma augusto, y esto ha dado márgen á que los hereges supongan que Teodoreto rechazaba el sentido literal, porque algunas veces sólo habló del sentido moral ó místico. El sofisma consiste en suponer que se niega todo lo que se pasa en silencio. Esta manera de discurrir no puede ser más absurda.

CAPÍTULO XXII.

San Leon, San Gelasio y San Leandro.

1.° San Leon, Papa, denominado el Grande, nació en Roma, segun dicen algunos historiadores, ó en el reino de Toscana, segun cree Platina, el erudito biógrafo de los Papas. No se sabe cuál fué el año de su nacimiento. Su padre se llamó Quintiano. Nada se sabe acerca de los primeros años de este santo, sábio, celoso y elocuentísimo Papa. No siendo más que diácono le confiaron destinos de mucha importancia los Papas Celestino I y Sisto III. Muerto este último, fué elegido San Leon para ocupar la cátedra de San Pedro en el año 440. El pueblo recibió, con trasportes de júbilo, la noticia de su eleccion. Conocia el ingénio y las virtudes de San Leon, y no podia ménos de esperar un glorioso pontificado.

San Leon se dedicó á estudiar todos los males que

afligian la Iglesia para luchar contra ellos y destruirlos. Sabido es que los hereges maniqueos eran, no sólo contrarios al dogma católico, sino enemigos de la moral é incompatibles con el órden público. Tenian asociaciones secretas y signos misteriosos para conocerse mútuamente. En sus reuniones se entregaban á escandalosas inmundicias y tramaban intolerables conjuraciones. Sus delitos eran al propio tiempo ultrajes á la moral, crímenes contra la religion y atentados contra el órden público. El Papa San Leon encontró un gran número de estos heresiarcas en Roma y no cesó de luchar contra ellos hasta que logró convertir á muchísimos con su persuasiva elocuencia, y dispersar á los más fanáticos y más obcecados con el auxilio de la autoridad pública.

Tampoco dejó San Leon de emplear su santo celo para acabar con la perniciosa heregía de Pelagio, que tantos males habia ocasionado en África, y las de los priscilianistas, tan funesta en España y en Italia.

En Oriente se habian propalado dos monstruosas heregías que dividian y despedazaban la Iglesia. Eran la de Nestorio, que admitia dos personas en Jesucristo, y la de Eutiques que, siguiendo rumbo opuesto, reconocia sólo una naturaleza en nuestro Divino Redentor, confundiendo lo humano con lo divino, ó lo divino con lo humano. San Leon peleó de frente cual vigoroso atleta contra estas dos heregías y principalmente contra la segunda.

Los partidarios de Eutiques reunieron en Efeso un sacrílego conciliábulo el año 449. En él, escitados por

el impío Dióscoro, adoptaron horrorosas medidas los Padres que lo componian. Muerto el emperador Teodosio, que favorecia á los hereges, reinando Marciano, emperador católico, logró San Leon reunir el año 451 el Concilio general de Calcedonia. En este Concilio se empezó por leer, ocupando con su lectura toda la segunda sesion, la epístola del Papa San Leon á San Flaviano, Patriarca de Constantinopla. En el Concilio habia cuatro legados de la Santa Sede, y todos los Padres, al oir la lectura de la epístola del Soberano Pontífice, exclamaron llenos de fé y entusiasmo: «*Pedro ha hablado por la boca de Leon.*» El Concilio aceptó la fé de la Iglesia romana.

Despues, merced á las turbulencias ocasionadas por Atila y Genserico, apareció una heregía, titulada de los *acefálos*, llamada así porque no reconocia jefe ninguno ni se sabia quién era su autor. Estos hereges rechazaban el Concilio de Calcedonia y reproducian la doctrina de Eutiques acerca de la única naturaleza en Jesucristo. San Leon escribió muchísimo contra estos nuevos heresiarcas.

Este Santo Pontífice no solo se vió obligado á luchar contra los hereges, sino que además se vió obligado á exponer su vida dos veces por salvar á Roma del furor de los conquistadores.

El año 451 se dejó caer Atila con un formidable ejército sobre la península Italiana. Ya se sabe que él mismo se llamaba el azote de Dios, y que solo quedaba esterilidad en la tierra oprimida por las herraduras de sus caballos. Atila habia destruido á Aquileya, ha-

bia saqueado muchas otras ciudades de Italia, y lleno de furor se dirigia hácia Roma para convertirla en cenizas. El emperador Valentiniano III, sobrecogido por el temor, no pensaba ni aun en defenderse. El pueblo romano gemia lleno de espanto, al considerar que sus hijos serian degollados, sus mujeres violadas, y que por encima de la ciudad eterna, símbolo de la antigua civilizacion, pasaria el arado de Atila, símbolo de la antigua barbárie. En estas circunstancias, el Papa San Leon, sin más armas que sus virtudes, ni más riqueza que el prestigio de su elocuencia, solo confiando en la proteccion del cielo, abandonó á Roma y encontró á Atila con todo su ejército en la embocadura del Mincio sobre el Poó. Se ha creido generalmente que Atila veia detrás de San Leon un ángel que le amenazaba esgrimiendo una espada de fuego. Nosotros solo diremos aquí que Atila, el bárbaro rey de los hunnos, el caudillo feroz é intrépido que jamás habia conocido el miedo ni la compasion, al oir al Soberano Pontífice, se sintió conmovido, se detuvo enmedio de su triunfal carrera, abandonó sus conquistas, se alejó de Italia y se retiró á morir en los bosques de la Panonia. ¿Quién ha obtenido este gran triunfo? ¿Es posible negar este portentoso milagro? El pueblo romano recibió á San Leon con trasportes de júbilo del propio modo que el pueblo de Israel recibió á David, despues de haber muerto al gigante Goliat.

Pero el siglo quinto era siglo de pruebas y de horrores. Moria una civilizacion y nacia otra, y cuando dos civilizaciones se chocan, los esfuerzos de la que se

extingue por conservarse, y de la que avanza por obtener un triunfo completo, producen siempre trastornos universales y espantosos.

Pocos años despues, el año 455, entró en Roma el bárbaro Genserico. Por el largo espacio de catorce dias tuvo la ciudad eterna entregada al saqueo y á la voracidad de sus soldados. Lo único que San Leon pudo alcanzar del impío Genserico fué un decreto para que no se degollase á los romanos, no se incendiase la ciudad ni fuesen despojadas las tres principales basílicas de Roma. Sin esta gracia concedida á San Leon, la suerte de Roma hubiera sido igual á la de Cartago.

Murió San Leon el dia 3 de Noviembre del año 461. San Leon es el primer Papa, cuyos escritos se conservan formando una coleccion voluminosa. Sus obras fueron muchísimas. Se han perdido bastantes, pero todavía quedan 96 sermones y 141 epístolas. Algunos críticos le han atribuido los libros de *la vocacion* de los gentiles y la célebre epístola á *Demetria*. Pero el Papa San Gelasio que vivió en los últimos años del siglo v, cita estas dos obras, sin pensar siquiera en atribuirlas á San Leon.

San Leon era muy erudito y escribia con suma claridad. Su estilo encanta materialmente por la dulzura natural y por la deliciosa sencillez que brotan de todos sus períodos.

Hay varias ediciones de las obras de San Leon. El jansenista padre Quesnel, hizo una edicion en dos tomos en 4.° el año de 1675.

Esta edicion es muy sospechosa. El padre Quesnel

la hizo con el fin de favorecer los intereses de su impía secta.

Las mejores ediciones de las obras de este Santo Papa son, la de Roma, hecha por el padre Cacciari, y la de Venecia, dirigida por el célebre Pedro Vallerini. Estas dos ediciones están en tres tomos en fólio cada una.

El padre Manibour escribió en dos tomos la *Historia del Pontificado de San Leon*. El padre Cacciari publicó, en 1751, un tomo en fólio, cuyo título es: *Exercitationes in opera Sancti Leonis*. Los que deseen conocer á fondo la doctrina, la erudicion, el estilo y el espíritu de San Leon, deben leer la obra del padre Cacciari que acabamos de citar.

2.° El Papa San Gelasio era africano. Sucedió á Félix II el dia 1.° de Marzo del año 492. Hizo grandes beneficios á la Iglesia y daño inmenso á los hereges de su época. No sólo procuraba defender á Italia contra los errores en materias de fé, sino tambien contra las invasiones de los bárbaros del Norte. Rodeó de muros las ciudades y estableció firmes alianzas. Así logró que la península italiana se viese libre por algun tiempo de enemigos extranjeros. Para librarla tambien de enemigos interiores expulsó á los maniqueos, gentes perniciosas que dividian al pueblo con su incredulidad, lo pervertian con sus depravadas costumbres, y lo escitaban á las turbulencias con sus teorías de sedicion. Hizo que en una pública hoguera se convirtiesen en cenizas las impías obras de los maniqueos. Absolvió al herege Masenio despues de ha-

ber hecho una pública penitencia. Más tarde supo que, con motivo de las turbulencias de Pedro y de Acacio, Mesenio y los suyos se habian hecho reos de homicidios y de grandes crímenes en las iglesias de Grecia. Gelasio, al tener noticia de estos atentados, ordenó que si sus autores no hacian pronta y pública penitencia, fuesen para siempre separados de la comunion de los fieles. Juan, obispo de Alejandría, prelado católico, muy perseguido por los hereges, se refugió en Roma, y el Papa lo recibió con paternal benevolencia.

San Gelasio construyó muchas iglesias y trabajó con increible celo por instruir é infundir espíritu eclesiástico en los sacerdotes. Fué, por su inmensa caridad, un verdadero padre de los pobres. En una ocasion libró á Roma de los estragos del hambre proveyéndola, con admirable prevision, de todos los víveres que necesitaba.

San Gelasio, que no olvidaba el bien material de los fieles, que no cesaba de trabajar en la Iglesia, tenía además el don de multiplicar el tiempo, y publicó obras de mucha importancia.

Hay de él cinco libros contra los hereges Eutiques y Nestorio, y dos contra Arrio. Además publicó muchos sermones y escribió bastantes epístolas con tanto saber como elegancia.

Publicó además un *Catálogo de las Escrituras Santas*, en el cual forma un juicio muy provechoso de casi todos los Padres que habian florecido en los primeros siglos de la Iglesia.

Murió el Papa San Gelasio el dia 9 de Noviembre del año 496.

3.° San Leandro, arzobispo de Sevilla, fué hijo de Severiano, duque de Cartagena, y hermano de San Isidoro, San Fulgencio, Santa Florentina y de la madre de San Hermenegildo. Tuvo la inmensa dicha de contribuir eficazmente para dar educacion literaria y religiosa al gran doctor de las Españas, su hermano San Isidoro. San Leandro, en efecto, lo tuvo á su lado, lo encerró en un convento para que pudiera consagrarse con entera libertad al estudio, y lo puso en comunicacion con el Papa, San Gregorio Magno, dándole el encargo de escribir su admirable tratado sobre *La Vision beatífica*.

San Leandro conoció en Constantinopla al Papa San Gregorio el Magno, siendo San Gregorio cardenal y legado de la Santa Sede, cerca del emperador de Oriente. Desde entonces vivieron en íntima y estrecha amistad San Leandro y San Gregorio. Aunque se separaron para vivir uno en Roma y otro en Sevilla, siempre, sin embargo, permanecieron unidos por el entrañable afecto que se profesaban. Tan alta idea habia formado San Gregorio el Grande de San Leandro, que le dedicó su grande obra de *Los Morales*, compuesta á sus instancias.

Aunque San Leandro no tuviera otros merecimientos que los de haber favorecido la instruccion de San Isidoro y haber logrado que San Gregorio compusiese *Los Morales*, tendria sobrados títulos para que su nombre no fuese olvidado jamás en toda la duracion de

los siglos. Pero San Leandro poseia además un gran talento y vastísima instruccion. No sólo edificaba á la Iglesia con su virtud, sino que la ilustraba con sus ejemplos, y la defendia con sus brillantes escritos. Escribió una epístola á su hermana Santa Florentina, en la cual se dan consejos muy útiles é importantes para los que se dedican á la vida del cláustro. Esta epístola se encuentra en la *Biblioteca de los Padres*. Su discurso sobre la conversion de los godos arrianos, se insertó al fin de las actas del tercer Concilio de Toledo. Publicó además muchos opúsculos contra las heregías de aquel tiempo.

San Isidoro habla de San Leandro y de sus obras en el libro de *Scriptoribus ecclesiasticis*, cap. XXVIII.

No se sabe cuándo nació San Leandro; pero se tiene por cierto que murió debastante edad en el año 601.

CAPITULO XXIII.

San Fulgencio, Casiodoro y San Juan Clímaco.

1.° San Fulgencio era africano. Nació en Lepte en la Bizacena, hácia el año 463. Su familia era noble y llena de riquezas. Abandonó todos los bienes del mundo y se retiró á un monasterio fundado por él mismo. Su celo y su virtud, unidos á su gran saber, le granjearon el amor y la veneracion de los fieles. Contra su voluntad fué elegido obispo de la iglesia de Ruspe (en África).

Trasimundo, rey de los vándalos, castigó á San Fulgencio, por lo mucho que trabajaba contra los arrianos, enviándole desterrado á la isla de Cerdeña. Estos destierros hoy nos parecen ligera pena, porque la rapidez de las comunicaciones hace que todos los hombres se consideren en nuestros dias como viviendo en todo el mundo. Un destierro, en la época á que nos

referimos, equivalia á ver trascurrir años y años sin tener ni aun noticia de su patria. Los desterrados, en los antiguos tiempos, podian repetir como Ovidio en el Ponto, teniendo el corazon lleno de amargura y los ojos arrasados en lágrimas: *Barbarus hic sum ego, quia non agnoscor ulli.*

En nuestro siglo puede asegurarse que han desaparecido el dolor de la emigracion y las angustias del destierro.

Muerto Trasimundo, Ilderico, su sucesor, permitió á San Fulgencio que volviera á su diócesis. Los fieles lo recibieron con inmenso júbilo.

San Fulgencio habia estudiado mucho las obras de San Agustin, y tenía rara habilidad para citarlas, aplicarlas é interpretarlas. Mereció ser llamado el *Agustin de su siglo.*

Murió el año 533, á la edad de sesenta y cinco años.

2.° Las obras más notables de San Fulgencio son las siguientes:

Tres libros *Ad Monimum.* Mónimo era un cristiano seglar muy amigo de San Fulgencio. Propuso al santo, y el santo le resolvió en la obra citada cuatro cuestiones teológicas de suma importancia. La primera, acerca de la predestinacion, fué resuelta en el Lib. 1.° con una brillante exposicion de la doctrina de San Agustin sobre este punto. En la segunda cuestion relativa al Santo sacrificio de la Misa, preguntaba Mónimo *si sólo se sacrificaba al Padre Eterno.* A esta cuestion responde San Fulgencio en los cinco primeros

capítulos del Lib. 2.°, afirmando que el sacrificio no se ofrece únicamente al Padre, sino á toda la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En la tercera cuestion preguntaba Mónimo: *¿por qué en el sacrificio se pide únicamente la mision del Espíritu Santo?* Esta cuestion es examinada y resuelta por San Fulgencio en el Lib. 2.°, desde el cap. VI inclusive hasta el XI tambien inclusive. San Fulgencio dice que cuando se pide al Señor que nos envie el Espíritu Santo, lo que se ruega es que nos envie los dones de su gracia. En la cuarta cuestion queria averiguar Mónimo qué es lo que se entiende por obras de *supererogacion*. San Fulgencio contesta con detenimiento á esta cuestion en los tres últimos capítulos del Lib. 2.°.

En el Lib. 3.° impugna á los arrianos que negaban la Divinidad del Verbo.

El libro *Contra decem objecciones Arrianorum*, fué enviado por San Fulgencio al mismo rey Trasimundo. En esta obra se defiende la fé católica y se combaten los principales argumentos de los partidarios de Arrio.

El libro *Ad Donatum* es una exposicion de la fé y una refutacion sólida de las heregias que hacian mayores estragos en la mitad del siglo VI.

El libro *De fide ad Petrum diaconum*, encierra en cuarenta y cuatro capítulos una especie de símbolo, en el cual se expone y esplica todo lo que se necesita creer para la salvacion. En el cap. XXVII, hablando San Fulgencio de los niños que mueren sin bautismo, se aparta de la doctrina de San Agustin, estableciendo

do claramente que tendrán pena de sentido, ó que han de arrepentirse de su nacimiento.

Además publicó cuatro obras contra los arrianos, tituladas *Contra Fastidiosi sermonem*, *de Trinitate ad Felicem*, *adversus Pintam Episcopum Arrianum* y *Contra Fabianum*. En esta última obra, no sólo defiende la Divinidad de Jesucristo combatiendo á Arrio, sino que impugna la doctrina de Macedonio, sosteniendo la Divinidad del Espíritu Santo.

De remisione peccatorum. Consta de dos libros que fueron dirigidos á Eutinio. En esta obra esplica San Fulgencio á quiénes, cuándo y dónde remite el Señor los pecados. Asegura que Dios no perdona á los pecadores si no hacen verdadera penitencia, si no entran y perseveran en la iglesia católica, y si no piden el perdon antes de la muerte.

De gratia et prædestinatione. Esta obra la escribió San Fulgencio hallándose desterrado en Cerdeña, y la dirigió á Pedro diácono y otros monjes escitas que deseaban ser instruidos por el Santo acerca de la predestinacion y de la gracia.

De veritate prædestinationis et gratiæ. Esta obra fué dirigida á Juan presbítero y á varios diáconos, y habla de ella San Isidoro, *Libro de viris illustribus*, cap. XIV. Es una extensa y metódica exposicion de la doctrina de los Santos Padres, acerca de la predestinacion.

De quinque quæstionibus. En esta obra dirigida al diácono Ferrando, examina y resuelve San Fulgencio cinco importantísimas cuestiones teológicas acerca de la inseparabilidad en la exencia de las tres Divinas

personas; de la *pasibilidad* de Jesucristo como hombre; de la ciencia del alma racional de Cristo; de la invocacion de nuestro señor Jesucristo en las oraciones de la Iglesia, y por ultimo del órden con que refiere el evangelista San Lucas las palabras de la consagracion.

San Fulgencio escribió además muchas *epístolas* y *sermones*, de los cuales no podemos hacer aquí especial mencion.

De las obras de San Fulgencio se han perdido muchas. El abad Mangeau hizo en París en 1684 una edicion de las que se conservan.

Ferrando, diácono de Cartago, amigo y discípulo de San Fulgencio, que floreció desde el año 520 al año 548, escribió la vida del Santo Padre San Fulgencio.

3.° Casiodoro nació en las Calabrias, provincia del reino de Nápoles. Su familia era muy ilustre. El llegó á ser senador, primer ministro del rey Teodorico, cónsul en el año 514 y prefecto del pretorio en el reinado de los príncipes Atalarico, Teodato y Vitigo. Muerto este último, hácia el año 540, abandonó Casiodoro el mundo; fundó el monasterio Vivariense, cerca de su país, y se encerró en él á la edad de setenta años. Tenia una gran biblioteca y no cesó de estudiar y escribir en su retiro. Dividió los monjes de su monasterio en dos clases distintas. Pertenecian á la primera los que tenian ingenio y vocacion para el estudio, y á estos los dedicaba á copiar ó conservar antiguos manuscritos. Componian la segunda los que se sentian principalmente inclinados al trabajo material,

y á estos los dedicaba al cultivo de los campos. Así lograba que su monasterio favoreciese el desarrollo de la civilizacion con la publicacion de buenos libros, y fomentase la riqueza pública de una manera lícita y con gran provecho del mundo. Mediten bien esto los que tanto hablan contra lo que llaman la ociosidad de los conventos.

Casiodoro habia sido además hombre de gobierno y no pudo menos de dejar en sus escritos máximas de sana política. La que más nos llama la atencion es la siguiente. *Facilius est errare naturam, quam Principem, formare rempublicam dissimilem sibi.*

Esta sentencia está de acuerdo con otra de la Sagrada Escritura que dice: *Ad exemplum Regis totus componitur orbis.*

Y en efecto, es imposible que en las virtudes ó en los vicios de los pueblos no se vea el reflejo de las virtudes ó los vicios de sus gobernantes. Sentimos que la índole de esta obra no nos permita desenvolver con extension la máxima trascendental que hemos indicado.

Murió Casiodoro el año 562, á la edad de 93 años. El padre Santa Marta, superior general de la congregacion de San Mauro, escribió con mucha erudicion *la Vida de Casiodoro*. Los padres Nourry y Garet publicaron en 1679, en Rouen una edicion de las obras de Casiodoro en dos tomos en fólio. El marqués de Maffei imprimió en Verona en 1721 algunas epístolas y comentarios de Casiodoro, sobre *los hechos de los apóstoles y el Apocalipsis*, inéditos hasta entonces.

Las obras de Casiodoro son las siguientes: doce libros *Epistolarum variarum*. En estas epístolas se examinan materias muy diversas y se trata de hechos ocurridos en distintas épocas de la vida de Casiodoro.

La Crónica. Esta obra escrita por órden del rey Teodorico, es la narracion de los hechos acaecidos desde el principio del mundo, hasta el año 519 de la era cristiana. Se encuentran en la *Crónica* algunos anacronismos que deben atribuirse á los copistas más bien que á Casiodoro.

Historia Gothorum. Está dividida en doce libros y se publicó en el reinado de Teodorico.

De ánima. Esta obra consta de un solo libro y prueba que Casiodoro no se olvidaba de Dios ni de la vida futura, ni aun cuando se hallaba más agitado con los cuidados del mundo. El libro *De ánima* contiene sin embargo un error dogmático de suma trascendencia Admite la condenada máxima de que las almas de los justos no gozarán á Dios hasta despues del último juicio.

Comentarios *In Psalmos*. Esta obra es un conjunto de preciosas sentencias de los Santos Padres, y principalmente de San Agustin.

El comentario *In Cantica Canticorum*, se cree apócrifo.

Además, publicó Casiodoro muchas otras obras todas importantes, que aquí no podemos mencionar por falta de espacio.

4.° San Juan Climaco llamado el Escolástico y el Sinaita, nació en un pueblo de Palestina hácia el año 523. Cuando solo tenia diez y seis años se retiró á la soledad.

A pesar de su vigorssa oposicion, fué elegido abad del Monte Sinaí. Al poco tiempo fatigado su espíritu con los cuidados del gobierno, dejó la abadía y se volvió al desierto. Se distingue este santo por su grandísima piedad y la religiosa ternura que brillan en todos sus hechos y todas sus palabras. Murió el dia 30 de Marzo del año 605, á la edad de 80 años. Se llama *Sinaita* por haber vivido en el Monte Sinaí, y *Climacus* por el nombre de la obra que le ha dado toda su celebridad.

La indicada obra se titula *Climax* ó *Scala Paradisi*. Es una exposicion de los treinta grados ó treinta virtudes que es necesario practicar para subir al cielo.

El Climax fué traducido del griego al latin por el padre Rader, quien en 1633 lo imprimió en un tomo en fólio con texto griego y latino.

El célebre jansenista Arnaldo, tradujo al francés la *Escala* y escribió además la vida de San Juan Climaco. Esta traduccion y esta vida infunden algunas sospechas, porque como es sabido, su autor era tan inclinado á exagerar la piedad como á destruir la autoridad de la Iglesia.

CAPÍTULO XXIV.

San Gregorio Magno y San Gregorio de Tours.

1.° San Gregorio Magno nació en Roma y pertenecia á una alta familia aristocrática. Su nobleza, sus grandes riquezas, su profundo saber y clarísimo talento le abrieron las puertas del Senado.

El emperador Justino le nombró prefecto de Roma en el año 573.

San Gregorio, sin embargo, aborrecia la agitacion del mundo y no tenía afecto á las grandezas de la tierra. Renunció á todos sus cargos y honores, fundó á sus expensas un convento y se encerró en él. El Papa Benedicto I, conociendo su virtud y su prudencia, le hizo abandonar la clausura, nombrándolo uno de los siete Diáconos de Roma. El Papa Pelagio II, enterado de que San Gregorio era tan profundo teólogo como buen diplomático, lo envió como legado á

Constantinopla, cerca del emperador Tiberio II, para pedirle recursos y auxilios contra los lombardos. Conviene mucho fijarse en esta circunstancia, porque es una prueba evidente de que ya en el siglo VI los Papas eran los únicos encargados de velar por el bien temporal de Roma. San Gregorio conoció en Constantinopla á San Leandro, arzobispo de Sevilla. Desde entonces, hasta la muerte, se profesaron estos dos grandes santos una tierna y profunda amistad.

Vuelto á Roma San Gregorio, el año 584, fué nombrado secretario del Papa Pelagio II. Muerto este Soberano Pontífice, fué elegido San Gregorio para sucederle por unánime consentimiento del clero y del pueblo. San Gregorio se creia indigno de tan alta dignidad, y huyó de Roma para ocultarse en los montes. Fué hallado despues de tres dias, y pudo convencerse de que la eleccion era irrevocable y su resistencia completamente inútil. Tomó posesion de la silla de San Pedro el dia 3 de Setiembre del año 590.

Reinaba, á la sazon la peste en Roma, y San Gregorio hizo rogativas públicas para alcanzar la salud por medio de la divina misericordia.

San Gregorio Magno, no solo era un santo y un sábio, sino que era además un grande hombre de gobierno. Era tan buen teórico como excelente práctico. Sus ojos, lo mismo parecian un telescopio para ver las cosas más distantes, que un microscópio para ver con asombrosa claridad las cosas más próximas y más pequeñas. El talento de San Gregorio era un verdadero prodigio. Si ordas salvajes se desprendian sobre Ita-

lia, él, como prudente guerrero, sabia detenerlas en medio de su camino y librar de la opresion á los romanos. Si existian querellas y discordias intestinas, él hacía que desapareciesen con su espíritu de caridad y de justicia. Si veia que los pobres padecian hambre y eran oprimidos en Sicilia, al instante adoptaba medidas y precauciones eficaces para librarlos de la miseria y de la opresion. Si sabe que los ingleses son víctimas de la ignorancia y llevan en su cuello las cadenas de la esclavitud, al momento les envia misioneros que les lleven la luz de Dios y los guien por los caminos de la virtud y de la justicia. San Gregorio, en fin, pensaba en todo, lo veia todo y se hallaba en todas partes con su celo, su caridad y su prudencia para estudiar todas las necesidades y remediarlas. Su caridad le obligaba á hacerse todo para todos, con el fin de ganar al mundo entero para Jesucristo.

En su tiempo apareció la heregía de los *Tres capítulos*, de tan triste celebridad en la historia, y San Gregorio no cesó ni un instante de refutarla con su palabra y por escrito, con su ejemplo y con su prudencia, apelando á todos los medios justos que podian conducir al total exterminio de tan pernicioso cisma. Supo que en la isla de Cerdeña habia muchos idólatras, y les envió algunos obispos para que con su predicacion los convirtieran. A Inglaterra llevó la luz del Evangelio por medio de la mision, á cuyo frente se hallaba San Agustin, el verdadero apóstol de aquella nacion, que fué más tarde *La isla de los santos*. Los misioneros enviados por San Gregorio, convirtieron á

Kent, rey de la Gran Bretaña. Este Papa, tan lleno de actividad y celo, celebraba frecuentemente concilios en Roma para reformar las costumbres, mantener la disciplina eclesiástica, defender los dogmas y combatir á los hereges. Juan, Obispo de Constantinopla, se atrevió á llamarse *Patriarca universal*. San Gregorio le dirigió una carta con fecha 1.° de Enero del año 595, reprobando su orgullo, manifestándole cuán sacrílega era su conducta, y haciéndole ver que de ningun modo permitiria que el Patriarca de Constantinopla tomase un título que solo es propio del sucesor de San Pedro.

Por el mismo tiempo, escribió otra carta á Mauricio, emperador de Oriente, en la cual, despues de reprobar la conducta del ambicioso Patriarca, y hacer ver cuántos males podia ocasionar, dice: «Si Juan quiere escucharme, encontrará en mí un hermano, dispuesto á tratarlo con el mayor cariño; pero si insiste en llamarse *Patriarca universal*, encontará por adversario á aquel que resiste á los soberbios.»

San Gregorio reformó el Oficio Divino y fundó en Roma una escuela para el canto, que lleva su nombre. San Agustin, al hacer su viaje á Inglaterra, pasó por Francia y enseñó el canto gregoriano á los galos. Desde entonces se fué extendiendo poco á poco el canto gregoriano en toda la Iglesia.

San Gregorio defendia con calor á los judíos, preservándolos de las terribles venganzas, que en gran parte provocaban ellos mismos con su desatentada conducta.

San Gregorio adoptó el título de *siervo de los siervos de Dios*, que despues han llevado todos los Papas. Sostenia este pontífice con teson y valentía los derechos de la Iglesia contra las potestades civiles que pretendian olvidar los deberes del cetro para usurpar los derechos que son inherentes á las llaves de San Pedro. En tiempo de San Gregorio, la Iglesia tenia rentas considerables en Italia, en Francia y en muchos otros países cristianos. El Papa poseia estos bienes y empleaba sus frutos en los templos, en los pobres, en las misiones y en todo género de obras de caridad.

A pesar de la riqueza, vivia San Gregorio por su parte con suma modestia y aun con gran pobreza.

Murió San Gregorio el dia 12 de Marzo del año 604.

Las obras que de él se han conservado son las siguientes:

Moralia in Job. Esta obra que siempre será leida con fruto por las sanas y sábias reflesiones morales que contiene, la escribió San Gregorio hallándose en Constantinopla, á instancias de su amigo San Leandro, arzobispo de Sevilla. España tiene la gloria de que la citada grande obra de San Gregorio Magno esté dedicada al Santo Arzobispo español San Leandro.

Liber pastoralis. Esta obra fué escrita por San Gregorio Magno para contestar á Juan, arzobispo de Rávena, que lo habia reprendido por la tenacidad con que rehusaba las dignidades eclesiásticas. San Gregorio se proponia hacer ver cuánta razon hay para temer la carga pastoral, pesada, como ha dicho más tarde el

Concilio Tridentino, aun para los ombros de los ángeles.

La Pastoral se divide en cuatro partes. En la primera manifiesta San Gregorio cuánto necesita poseer las virtudes quien acepta el cargo de dirigir las almas. En la segunda parte demuestra que el pastor necesita, no sólo las virtudes propias para santificar su persona, sino además la prudencia, la justicia, la caridad, la vigilancia, la actividad, el celo y todas las demás virtudes que son indispensables para la santificacion de los fieles. En la tercera parte demuestra que el pastor debe enseñar siempre una misma doctrina, aunque con diverso estilo, segun la índole, estado y capacidad de las personas á quienes se dirige. El pastor debe procurar siempre que su doctrina sea escuchada y entendida por los oyentes á quienes la esplica. En la cuarta y última parte encarga San Gregorio á los pastores que huyan de la vanidad y de la soberbia; que nunca se engrien pensando en lo que han hecho, sino que estén siempre humillándose, meditando en lo mucho que aun les falta hacer.

La pastoral de San Gregorio ha tenido y tiene una grandísima autoridad en toda la Iglesia. El Concilio de Tours, celebrado el año 813, establece en el cánon 3.°, que ningun obispo debe ignorar la Pastoral de San Gregorio, en la cual deben todos contemplarse asíduamente, como en un espejo que les hace ver todos sus defectos y todos sus deberes.

Homiliæ in Ezechielem Prophetam. Esta obra es el

conjunto de varios sermones predicados por San Gregorio y copiados por los notarios al tiempo mismo en que los predicaba. Ocho años despues corrigió San Gregorio estas homilias, y las envió al obispo Meriniano. En el prefacio encomia mucho á San Ambrosio y San Agustin, á quienes leia con asiduidad.

Homiliæ in Evangelia. Son cuarenta estas homilias, y entre ellas unas fueron predicadas y otras únicamente dictadas por San Gregorio.

Libri Dialogorum. En esta obra San Gregorio expone, en un estilo sencillo y desigual, casi toda la moral del Evangelio y los más importantes dogmas de la religion católica. Cita hechos y milagros que algunos críticos han puesto en duda, pero que en nuestra humilde opinion son ciertos, á pesar de las fútiles dudas de los críticos.

Las epístolas de San Gregorio están reunidas en doce libros. En ellas está escrita la verdadera vida de este santo, sábio y celoso Pontífice, y se puede encontrar la verdadera historia de la Iglesia y aun de la sociedad del siglo VI. Estas cartas están dirigidas á príncipes y á obispos, á toda clase de personas y examinan toda clase de cuestiones. No se pueden leer sin comprender cuán deplorable era en aquel tiempo el estado de la sociedad y cuán heróicos fueron los esfuerzos de San Gregorio Magno para librar al mundo de la postracion y envilecimiento en que se hallaba.

Se han hecho muchas ediciones de las obras de San Gregorio. La que nosotros tenemos á la vista consta de cuatro tomos en fólio, y es la que hizo en el año

de 1707 el padre Santa Marta, general de los benedictinos de San Mauro. El mismo escribió y publicó la vida de San Gregorio en un tomo en cuarto, en Rouen el año de 1697. El padre Maimbourg escribió tambien y publicó en París el año de 1686 la *Historia de San Gregorio y de su pontificado.*

2.° San Gregorio de Tours era francés. Su familia fué ilustre y rica. Nació en Aubergne en el año 539 de la era cristiana. Recibió en sus primeros años una excelente educacion. Sus primeros profesores fueron San Galo, obispo de Clermont, San Nicier, obispo de Lyon, ambos tios suyos, y el arcediano Avito, que despues sucedió á San Galo en la silla de Clermont.

En el año 573 fué nombrado San Gregorio obispo de Tours. Asistió á muchos concilios, defendió la causa de la Iglesia con brillantes y sólidos raciocinios, y mostró una gran firmeza en la reprobacion de los vicios sin consideracion ni temor á ninguna clase de personas. Reprendió con grande energía al rey Chilperico, y no tuvo reparo ninguno en condenar á la desordenada Fredegonda.

San Gregorio de Tours hizo un viaje á Roma y fué recibido con grande afecto por el Papa San Gregorio Magno.

San Gregorio de Tours era teólogo, filósofo y literato. Lo mismo escribe la historia de su país que expone la moral ó defiende los dogmas de la Iglesia. Se muestra muy versado en todos los ramos del saber humano. Los franceses le llaman el padre de su historia nacional, aunque suelen censurar su método y su estilo.

Las obras de San Gregorio de Tours son las siguientes:

Tratado de la gloria de los mártires. Aquí resaltan su fé, su caridad y su deseo de sacrificarse por Jesucristo. Aunque esta obra está mal escrita literariamente hablando, tiene, por confesion de todos los críticos, una uncion religiosa que la hace muy agradable.

Tratado de los milagros de San Julian.

Tratado de la gloria de los confesores.

Tratado de los milagros de San Martin de Tours.

Vidas de los Padres. En esta obra se escriben las biografías de veinte y dos santos ó santas de las Galias.

Tratado de los milagros de San Andrés.

Historia eclesiástica de los francos. Esta obra consta de diez libros. Los tres primeros son un compendio de la historia universal que comienza en el principio del mundo y llega hasta el año 547. En los siete restantes se abraza el período de 547 hasta 591. Esta última parte de su obra tiene un grandísimo interés, porque en ella se limita San Gregorio á referir los hechos acaecidos en su tiempo y de los cuales podia considerarse como testigo ocular.

San Gregorio de Tours escribió además un *Comentario sobre los salmos* y un *Tratado de los oficios de la Iglesia* que han desaparecido.

El padre Ruinart publicó en 1699, en un tomo en fólio, todas las obras que se conservan de San Gregorio de Tours.

CAPÍTULO XXV.

San Isidoro.

1.° Acerca de este Santo Padre y doctor de la Iglesia, necesitamos hablar con algun detenimiento. Lo merece su santidad, lo exigen su actividad y su celo, y lo hacen de todo punto indispensable su inmenso saber, su portentosa erudicion y la grandísima importancia de sus obras. Se trata además del gran Doctor de la Iglesia Española y es imposible que hablemos de él con brevedad y sin el detenimiento y el respeto de que por tantos títulos es digno.

Al escribir la biografía de San Isidoro, comenzamos por copiar casi al pié de la letra lo que dice el Padre Mariana en la *Historia de España*. Lib. 6.° cap. VII. Así lograremos escribir la vida del más grande entre nuestros doctores con el lenguaje mismo del más respetado entre todos nuestros historiadores, y más severo y más imparcial entre todos nuestros críticos.

Oigamos pues á el Padre Mariana.

«Por el Concilio Toledano sexto, dice, y por los obispos que en él se hallaron, se entiende que el bienaventurado San Isidoro, á la sazon (por el año 639), era pasado de esta presente vida, y por lo que de él escribió San Ildefonso en los *Varones ilustres*, parece fué su muerte el año postrero del rey Sisenando, ó el 635. Otros son de opinion que tuvo vida más larga y llegó al tiempo del rey Chintila.

»Fué este insigne varon, San Isidoro, hermano de padre y madre de San Leandro, San Fulgencio y Santa Florentina. Otros tambien le señalan por hermano á Teodosia, madre de los reyes Hermenegildo y Recaredo. En los años y en la edad, fué el menor entre todos los hermanos; pero en la elocuencia, ingenio y doctrina se les aventajó grandemente. En la grandeza del ánimo y de sus virtudes igualó á su padre Severiano, de quien algunos dicen fué duque de la provincia Cartaginense.

»Dejó muchos libros escritos, que dan bastante muestra de lo que queda dicho. Libros, cuyo catálogo pusieron San Braulio y San Ildefonso en la biografía que escribieron de San Isidoro.

»Indicio y presagio de su grande elocuencia fué lo que escriben de un enjambre de abejas que volaba alrededor de la cuna y de la boca de San Isidoro, siendo niño: cosa, que ni se cree ni se dice sino de personas de grande cuenta. Tambien refieren que en sus primeros años se mostró de ingenio rudo, lo cual, y juntamente el miedo del soberbio maestro que le enseñaba, le obligaron

á huir de Sevilla cansado del estudio. Andaba descarriado por los campos, cuando escitado por la sed, se acercó á un pozo y advirtió que en su brocal habian hecho honda huella las gotas de agua que caian y el uso de la soga. Esto le hizo comprender cuán fuerte es la costumbre, y cómo el arte, la perseverancia y el trabajo pueden más que la naturaleza. Observó que la aplicacion podria hacer en su alma lo que la débil cuerda habia hecho en el mármol, y en esta consideracion volvió á la ciudad, resuelto á emprender con fé y constancia sus estudios. Parte del brocal de este pozo, se conserva en la Iglesia de San Isidoro de Sevilla.

«De estos principios subió á la cumbre de doctrina y erudicion con que alumbró y ennobleció toda España. Cuando sus hermanos andaban desterrados por el rey Leovigildo, San Isidoro sirvió mucho con su celo y valor á la Iglesia católica. Contribuyó eficazmente para que se hiciera tan docto, San Leandro, su hermano, quien al volver de su destierro, conocidas las grandes esperanzas que de sí daba San Isidoro, lo encerró en una especie de celda, sin dejarle libertad para salir á parte ninguna. El Santo se aprovechó de esta clausura, de su edad y de su ingenio, que todo era apropósito para revolver gran número de libros.

«De este trabajo resultó la obra de las *Etimologías*, de erudicion tan varia, que parece un prodigio en aquellos tiempos; obra que últimamente perfeccionó y publicó á persuasion de Braulio su grande amigo.

«Duró este recogimiento tan estrecho todo el tiempo que vivió Leandro su hermano. A la muerte de San

Leandro, ocupó su silla San Isidoro. Gobernó aquella Iglesia con gran prudencia, haciendo leyes y constituciones muy apropósito. Pero considerando que nada se adelanta si los jóvenes desde la primera edad no reciben una buena educacion, fundó en Sevilla un colegio para enseñar la juventud y ejercitarla en virtud y letras. De este colegio salieron insignes varones, entre ellos San Braulio y San Ildefonso. Algunos afirman que en tiempo de Gregorio Magno fué San Isidoro á Roma, con el fin de renovar y continuar la amistad que sostenia su hermano Leandro con aquel Santo y sábio Pontífice. Otros añaden que Mahoma fué arrojado de Córdoba por San Isidoro. Esto no parece bien probado.

»La prudencia de San Isidoro entró en gran parte para que todo el reino se gobernase con muy buenas leyes y estatutos que por su órden se hicieron. Con el fin de reformar las costumbres, se celebraron algunos concilios, á instancias de San Isidoro, en Toledo y en Sevilla.

Fué arzobispo de esta ciudad como unos cuarenta años. Al llegar á los últimos años de su vida, que fué muy larga, le sobrevino una gravísima y mortal fiebre. Viendo que se le acercaba la última hora, se hizo llevar en hombros de sus discípulos á la iglesia de San Vicente de Sevilla. Le acompañaron hasta el último instante, un obispo, llamado Juan, y Uparcio, sus más especiales amigos. En aquella iglesia hizo pública confesion de lo que creia sus culpas, y recibió el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, despues de

tres dias de devota preparacion. En aquel tiempo, dió lugar á todos para que le viesen y hablasen. Consolólos con palabras de gran cariño y ternura; pidió perdon al pueblo é imploró la misericordia de Dios. Dió pruebas, en los últimos instantes, de la profunda humildad y ardiente fé que atesoraba en su espíritu. Por último, murió el dia 4 de Abril en la misma iglesia de San Vicente, en medio de los sollozos y de las lágrimas de los fieles y amigos que le rodeaban. El año en que murió, no es conocido con certeza. Se cree, sin embargo, que fué el 635.

»No hizo testamento, parte por la pobreza que profesaba, parte porque todos los bienes que le quedaban se dieron por su mandato á los pobres en los últimos dias de su enfermedad.

»Reconoció por toda la vida el primado de la Iglesia romana, porque era, segun decia, la fuente de las leyes y decretos á que se debe acudir en todo lo que concierne á las cosas sagradas, ritos y ceremonias. Esto que tantas veces habia dicho en su vida, lo repetia con grande insistencia y sumo empeño en el tiempo de su muerte. Aseguraba á los fieles que si se apartan de la ley de Dios, serian castigados de todas maneras, perderian su prosperidad y su independencia, y serian oprimidos con muy grandes trabajos. Les añadia que, si instruidos por agena experiencia, corregian sus vicios y reformaban sus costumbres, en recompensa adquirirían mayor gloria y se adelantarian á las demás naciones.

»Y no dejaron de cumplirse las profecías de San Isi-

doro. Apenas habia pasado un siglo, y ya España se hallaba invadida y oprimida y horriblemente atormentada por las bárbaras huestes del islamismo. Cuando vemos que el imperio español, derribado antiguamente por las maldades y sacrílega desobediencia del rey Witiza, y despues, levando de pequeños principios, ha venido á tanta grandeza que casi se extiende hasta los últimos fines del mundo, no puede ni aun ponerse en duda la gran máxima del Santo Arzobispo de Sevilla.» Esto lo decia el Padre Mariana en un siglo por desgracia muy apartado del nuestro. Este insigne historiador vivió en los tiempos de Felipe III, y alcanzó los de Felipe II. Si viviera en nuestros tiempos, acaso se acordara más bien de los castigos de Witiza que de los premios concedidos por el cielo á Isabel la Católica.

Muerto San Isidoro, le sucedió en el arzobispado de Sevilla Teodisclo, sacerdote griego y poco apropósito para llenar el inmenso vacío que dejaba su antecesor. De Teodisclo refieren algunos que corrompió las obras de San Isidoro y las entregó á Avicena para que, traduciéndolas al árabe, las publicase como suyas y en su nombre.

Martino Polono, en su *Cronicon* dice, que cuando Bonifacio VIII intentó señalar los cuatro principales doctores de la Iglesia, no faltó quien creyese que San Isidoro debia ser antepuesto á San Ambrosio. A lo menos, dice Mariana, era razon que despues de los cuatro le contasen por el quinto. Hace para que esto se crea, la erudicion de este santo varon en todo gé-

nero de letras, y las circunstancias de que en el número de los cuatro Doctores se cuentan, y ponen dos de Italia y ninguno del Poniente ni de los tramontanos.

Conviene observar, para evitar equivocaciones, que en España florecieron tres varones ilustres con el nombre de Isidoro. Uno, el primero, fué obispo de Córdoba, y por su antigüedad se le llama el antiguo ó anciano. El segundo San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y el tercero Isidoro Pacense ó de Badajoz, á quien se le llama *Junior* ó el más jóven. Algunas veces se suele dar el nombre de *Junior* á San Isidoro de Sevilla, comparándole con el primer Isidoro, obispo de Córdoba. Hacemos esta advertencia, para evitar confusion y librar de caer en errores á los que leen la antigua historia de la Iglesia.

2.° Con el fin de dar á conocer más extensamente la biografía de San Isidoro, vamos á dar aquí cuenta de los cuadros que se hallaban antiguamente en la sala Capitular del real convento de San Isidoro de Leon, y de las inscripciones que llevan al lado. Estos cuadros son quince. Cada uno de ellos representa un hecho notable de la vida de San Isidoro, y tiene al lado una inscripcion latina y en verso que lo esplique. Aquí suprimimos por brevedad el texto latino, y remitimos al lector que quiera verlo á la *Vida de San Isidoro*, dedicada á Felipe V y publicada en Salamanca por el Padre Fray José Manzano, del Orden de predicadores, el año 1732. En esta obra se hallan todas las citadas inscripciones latinas, con su esplicacion correspondiente en el cap. XXI, desde la página 290 hasta la 298.

El primer cuadro representa el olvido de la nodriza cuando por involuntario descuido dejó al niño San Isidoro entre las matas y flores del jardin de su padre. Pasado algun tiempo, la nodriza perdió por completo la memoria del lugar, se ignoraba el paradero del Santo niño y se le suponia extraviado ó acaso devorado por alguna fiera. Fácil es comprender cuál seria en estas circunstancias la angustia de sus padres.

El segundo cuadro recuerda el momento en que el duque Severiano, lleno de afliccion por la pérdida del niño, subió á una torre para observar desde ella la conducta de los criados que buscaban á San Isidoro, y su profunda conmocion al ver en el jardin un número inmenso de abejas que ya elevándose, ya descendiendo, se hallaban siempre en un mismo punto. Esto le sirvió de guia para hallar al niño, que realmente se hallaba custodiado por las abejas y nutrido por la dulce miel que le depositaban en sus lábios.

El cuadro tercero, recuerda la admirable carta que San Isidoro escribió al Papa San Gregorio Magno por encargo de su hermano San Leandro. San Gregorio en efecto habia consultado á San Leandro acerca del dogma de la Bienaventuranza, y San Leandro confió á su hermano la árdua tarea de escribir un tratado magistral sobre este dogma.

El lienzo 4.° expresa la admiracion y asombro del Papa San Gregorio Magno cuando, despues de leer el libro de San Isidoro *Sobre la Bienaventuranza*, exclamó: «Este hombre es otro Daniel y más que Salomon.»

El cuadro 5.° representa á San Isidoro predicando

en Roma por encargo de San Gregorio Magno contra los errores de Arrio y de Mahoma.

En el cuadro 6.° se representan los beneficios que hizo San Isidoro en la ciudad de Narbona al pasar por Francia, viniendo de Roma para España.

En el cuadro 7.° se pinta á San Isidoro como expulsando á Mahoma, á un dragon de asombrosa corpulencia y ferocidad, de la ciudad de Córdoba.

En el cuadro 8.° se representa á San Isidoro esforzándose por arrojar á Mahoma del territorio español.

En el cuadro 9.° aparece Satanás aconsejando á Mahoma que se aleje de España por miedo á San Isidoro.

En el cuadro 10.° se representa á San Isidoro lleno de poder y majestad como triunfante, despues de haber vencido á Mahoma y haber arrojado á tan formidable dragon de los reinos de Andalucía.

Si en estos cuatro lienzos no se expresa un hecho real, se expone evidentemente una innegable verdad moral. Si San Isidoro no expulsó de Córdoba á Mahoma, luchó en Córdoba y en toda Andalucía contra sus monstruosos errores.

En el cuadro 11.° se representa la comision que dió el rey D. Fernando el Magno álos Santos Obispos Albito, de Leon, y Ordoño, de Astorga, para que fuesen á Sevilla y pidieran al rey musulman Benavet, el cuerpo y reliquias de Santa Justa, disponiendo Dios que en vez de llevarse lo que deseaban, se llevasen el cuerpo de San Isidoro, descubierto de una manera milagrosa.

En el cuadro 12.° se representa el lugar en que se encontró el cuerpo de San Isidoro, la higuera que en él nació y la maravillosa virtud que se atribuia á sus hojas.

En el cuadro 13.° se recuerda la ira del rey Miramolin, cuando mandó demoler el sepulcro de San Isidoro, fulminando pena de muerte contra todo el que fuese á orar sobre él, invocando la proteccion del santo.

En el cuadro 14.° se representa el balcon desde el cual la reina doña Sancha solia ver el sepulcro y hacer oracion á Dios, escitada por el recuerdo de las virtudes de este santo.

En el cuadro 15.° se representa la maravillosa vision de la reina doña Sancha cuando vió en el cielo toda la gloria y toda la felicidad de San Isidoro.

Los cuadros que acabamos de describir merecen mucho crédito por su remota antigüedad y por la tradicion que expresan. En ellos, en efecto, están como depositadas la memoria y la veneracion que las generaciones pasadas han conservado á San Isidoro.

En la Biblioteca del citado convento de San Isidoro de Leon, se hallaban diez targetas con las diez siguientes inscripciones ó elogios de San Isidoro.

Doctor Hispaniarum. Doctor de las Españas, porque España, en efecto, debe, despues de Santiago, á San Isidoro, toda la enseñanza de la fé y toda la pureza de la religion que ha tenido en los pasados siglos y que aun conserva para su dicha.

Ecclesiæ speculum. Espejo de la Iglesia, porque todos

los fieles, cualquiera que sea su estado, si quieren ser perfectos, no necesitan más que recordar y practicar las virtudes de San Isidoro.

Sidus splendens. Estrella resplandeciente, porque San Isidoro es en realidad el astro providencial, cuya luz esclarece, y cuya benéfica influencia salva al pueblo español.

Doctor fidelis. Doctor fiel, porque en todo fué amigo de la verdad, enemigo de la mentira, y no conoció el error sino para destruirlo con su portentosa sabiduría y su admirable elocuencia.

Hispaniensis lator legum. Legislador de los españoles, porque la doctrina social y las excelentes leyes que en lo antiguo poseia España se debian en gran parte al saber y la prudencia, á la rectitud y caridad de San Isidoro.

Pater clericorum. Padre de los clérigos, porque les dió saludable enseñanza, les inspiró verdadero espíritu eclesiástico, y los dispuso para la tremenda lucha que habian de sostener muy pronto contra los sectarios de la media luna.

Ecclesia lilium. Lirio de la Iglesia, porque con la santidad de su vida y la pureza de su doctrina hizo que resplandeciese, como el lirio en los campos, su santo nombre entre los cristianos.

Splendor sacerdotum. Esplendor de los sacerdotes, porque con su ciencia les granjeó autoridad, y con su virtud les dió el inmenso prestigio que no han perdido ni perderán nunca, porque nunca se apartarán tampoco de la santa doctrina de San Isidoro.

Lulifer rutilans. Lucero rutilante, porque no sólo es un foco de luz inagotable, sino que su luz es permanente, y jamás cesa de enviar su claridad á los que no cierran los ojos para no verla.

Fulgor justiciæ. Fulgor de la justicia, porque si siempre fué santo en sus costumbres, siempre tuvo presente la eterna ley del Señor en toda su moral y en toda su doctrina.

Parece mentira que cuando tanta y tan viva ha sido la veneracion de los españoles á San Isidoro en los pasados siglos, hoy apenas se recuerde bien su nombre. No se conoce su vida, no se consultan sus obras, no se citan tampoco, porque únicamente leemos obras extranjeras, y estas rara vez dejan de ser injustas cuando se trata de las glorias españolas. Es preciso tener en cuenta que no hay un sólo Santo Padre, incluso San Agustin, que sea superior en ciencia y en pureza de doctrina á San Isidoro.

Para concluir este punto trascribirémos otra inscripcion latina de la Biblioteca de San Isidoro de Leon, en la cual se encierra en ocho versos toda la biografía del santo y sábio arzobispo de Sevilla.

Isidorus, vir egregius à patre Severino genitus,
Hispalensis ecclesiæ archipresul, Hispaniæ
Primas, græcis, et hæbraicis litteris instructus, tanta celebritate claruit, ut nec
Post, nec ante, primo homine, Salomone
Que esceptis, nemo extitit illi primus.
Quis hunc non prædicet æterni Regis conspectibus acceptissimum? ¡Oh infeliz ego!

Traducidos estos versos al español, quieren decir que San Isidoro, varon excelente, hijo de Severiano, arzobispo de Sevilla y primado de las Españas, conoció bien las lenguas griega y hebrea, y fué tan grande su fama que, excepto la de Adan y la de Salomon, ni antes ni despues, se ha encontrado en el mundo otro hombre más esclarecido por su ciencia.

Es imposible leer las obras de San Isidoro, sin convencerse de que aquí no hay exageracion de ningun género.

El Santo Arzobispo de Sevilla no puede ser eclipsado aun cuando se le compare con San Gerónimo ó San Agustin.

3.° Al encomiar la virtud y ciencia de San Isidoro, ó mejor dicho, al reproducir los encomios que han tributado á San Isidoro las antiguas generaciones, queremos limitarnos á lo que dice el padre Manzano en la obra citada, cap. X, desde la pág. 61 hasta la 64. Experimentamos una inmensa satisfaccion al ver que hoy, en 1864, formamos el mismo juicio de San Isidoro despues de leer y releer sus más importantes obras, que hombres muy eruditos y de gran virtud han formado en otros siglos.

La Iglesia, en el *Oficio* de San Isidoro, dice que este Santo Doctor adquirió, con grande explendor de su nombre, suma instruccion en las lenguas latina, griega y hebrea. En Roma, en un concilio, despues de citarlo con admiracion, fué escuchado como de grande autoridad en sus palabras, y de portentosa energía en su elocuencia.

El Concilio 8.° de Toledo, celebrado el año 653, despues de haberse valido y dirigido en lo más por las máximas y doctrina de San Isidoro, dice lo siguiente: «El ilustrísimo doctor de nuestro siglo, supremo honor y ornamento de la Iglesia católica, posterior en tiempo á los antiguos Padres, aunque no ínfimo en la doctrina, doctísimo en el fin de los siglos, y que debe ser nombrado con reverencia, etc., etc.»

Téngase en cuenta que estas palabras son de un Concilio, y que los concilios no son nunca exagerados en sus elogios.

El Papa San Gregorio Magno llamó á San Isidoro otro Daniel y más que Salomon.

San Braulio, obispo de Zaragoza, despues de comparar á San Isidoro con el mismo San Gregorio Magno, afirmó que Dios lo habia enviado á España para que fuese sucesor de Santiago en el apostolado. El mismo San Braulio, en la biografía que escribió de su maestro San Isidoro, dice que «fué fortísimo perseguidor de los hereges; que deseaba con ánsia derramar su sangre por Jesucristo; que hizo inmensos trabajos para recopilar y refutar todas las heregías conocidas en su tiempo; que no cesó de combatir en los Concilios celebrados en Sevilla y en Toledo los errores de los hereges, ni cesó de enseñarnos la verdadera fé y la veneracion y obediencia debidas al vicario de Jesucristo.

El Papa San Leon IV, escribiendo á los obispos de Bretaña, dice que «cuando ocurra alguna duda que no pueda resolverse por los Sagrados Cánones, se deben

consultar las obras de San Isidoro, de la misma manera que las de San Gerónimo ó San Agustin.

San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, discípulo de San Isidoro, y uno de los Padres que asistieron al Concilio Toledano 8.º, llama á su maestro el Santo Arzobispo de Sevilla, guía y dulce honor de España, clarísimo doctor, espejo de los obispos, ejemplo de sacerdotes, radiante estrella de honestidad, modelo de santas costumbres y dechado de toda perfeccion.

San Martin, presbítero y canónigo de San Isidoro de Leon, llama al Santo Arzobispo de Sevilla. «Príncipe de los obispos y principal entre los confesores.» En este elogio es preciso ver, no una comparacion odiosa, sino un testimonio elocuentísimo de la admiracion que causa San Isidoro á todos los que conocen su vida ó leen sus obras.

Bonifacio VIII al fijar los cuatro grandes doctores de la Iglesia, quiso numerar á San Isidoro, y aun hubo quien deseara anteponerlo á San Gregorio y aun al mismo San Ambrosio.

El célebre Graciano tomó más Cánones de las obras de San Isidoro que de ningun otro autor, y aun en muchas ocasiones parece como que preferia al Obispo de Hipona al Santo Arzobispo de Sevilla. En diversas ocasiones encontraba Graciano sentencias que se hallaban en San Agustin y en San Isidoro, y omitia el nombre del primero y citaba la autoridad del segundo. Además, Graciano hace un grandísimo elogio de la santidad, la sabiduría, la erudicion, la elocuencia y laboriosidad de San Isidoro. Reconoce con cuánta

justicia es llamado *Doctor de las Españas*, y al citar los decretos del cuarto Concilio de Sevilla, como para manifestar cuán grande es su autoridad, dice que á él *asistió San Isidoro*.

Los *Capitulares* de Carlo Magno, de Luis Pío y de Arnulfo, dispuestos en los Concilios de Francfort, Aquisgran, Maguncia, Treveris y París, en los cuales se restablece la disciplina eclesiástica y se dá norma de vida á los nobles y á los plebeyos; estos *Capitulares*, repetimos, están llenos de sentencias de San Isidoro, á quien citan sus compiladores con profunda veneracion y gran respeto. En el Concilio de Francfort, al cual asistieron prelados de España, Francia, Alemania y otras naciones, se confirmó la fé de la Iglesia de que en Jesucristo hay dos naturalezas y una sola persona. Los Padres de dicho Concilio adoptaron por norma la doctrina de San Isidoro.

San Raimundo en las *Decretales*, tomó tres capítulos enteros, y Graciano en su *Decreto*, insertó más de 80 cánones de San Isidoro.

En el concilio provincial de Santiago celebrado en 1635, se ordenó que la fiesta de San Isidoro se celebrase en toda España con el rito propio de doctor de la Iglesia.

La Santa Sede, por decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos, fecha de 1722, mandó que la fiesta de San Isidoro se celebrase con el rito propio de los cuatro grandes Doctores, en toda la Iglesia católica.

Santo Tomás de Aquino cita con mucha frecuencia y gran respeto á San Isidoro en todas sus obras.

El sábio y antiquísimo historiador, Lúcas de Túy, despues de hacer un grande y justísimo elogio de la santidad de San Isidoro, dice que fué un Platon en el ingenio, Aristóteles, en el estudio, Túlio, en la elocuencia, Orígenes en la erudicion, en la gravedad San Gerónimo, en la sabiduría San Agustin, y San Gregorio Magno, por último, en la pureza y solidez de su doctrina.

San Leandro, despues de escribir en magníficos versos latinos los principales triunfos de la virtud y la sabiduría de San Isidoro, concluye diciendo:

Lingua non sufficeret, dextera deficeret.
In scribendis singulis.

Así terminamos tambien nosotros este párrafo. No nos bastaria la lengua, si intentásemos dictar, y se nos cansaria la mano si quisiéramos trascribir todos los elogios que en todos los tiempos y con tanta justicia se han tributado á San Isidoro.

Por otra parte, lo dicho basta para comprender cuán inmensa es la autoridad que tiene el Santo Arzobispo de Sevilla en toda la Iglesia católica.

4.° Lo que acabamos de indicar acerca de los elogios, necesitamos repetirlo al tratar de las obras de San Isidoro. Son tantas y tan importantes todas, que desearíamos tener el tiempo y el espacio que se necesita para poder dar siquiera una ligera noticia de ellas. Siéndonos esto imposible, nos contentamos con copiar aquí el índice que forma el doctor Manzano en

el cap. X, desde la pág. 57 hasta la 61, sin que esto nos impida el añadir despues algunos comentarios por nuestra propia cuenta.

Robles, en la vida de San Isidoro, parte primera, pág. 4.ª, dice que son innumerables los libros, los discursos y las epístolas del Santo Doctor de las Españas. Y tiene razon para expresarse así. La fecundidad de su ingenio, puede compararse únicamente con su ardiente celo y su inmensa laboriosidad. Parece imposible que en el siglo VII se pudiera saber tanto y escribir tan bien, con tan grande acierto y tan maravillosa profundidad.

Primeramente escribió un volúmen grande de glosas y comentarios sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, con declaraciones de muchos pasages oscuros, no bien comprendidos hasta entonces.

Escribió tambien un libro titulado *De los proverbios*, en el cual distinguió y esplicó con exactitud y brevedad lo contenido en cada libro de la Sagrada Escritura, dando prévia luz y la preparacion necesaria para entrar debidamente en el estudio de la revelacion de Dios.

Compuso además una exposicion del *Cantar de los Cantares*; un tratado de *El conflicto entre los vicios y las virtudes*, y tres libros *De las sentencias*, que se titulan tambien *Del bien soberano*.

Ya hemos dicho algo acerca del *Tratado sobre la Bienaventuranza ó la Vision beatífica*, que por encargo de su hermano San Leandro, escribió para dirigirlo al Papa San Gregorio Magno.

Publicó dos tratados *De las diferencias de las cosas*; otro *De los galardones*, y una importante obra *Sobre el nacimiento, vida y fin de los santos.*

Hizo asimismo una *Clave*, ó registro de los nombres propios que se hallan en la Sagrada Escritura.

Compuso otros tres libros *Sobre la Santísima Trinidad*, *Sobre el preciosísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo*, y *De la devocion del Santo Sacrificio de la Misa.*

El libro que escribió en loor de la Madre de Jesus y de su perpétua virginidad, ha servido de modelo á todos los que en época posterior han escrito en loor de la Santísima Vírgen.

A instancias de su hermana Santa Florentina, escribió dos libros *Contra la perfidia judáica*, en los cuales prueba hasta la evidencia, con testimonios del Antiguo Testamento, la divinidad de Jesucristo.

Escribió igualmente dos libros *De los oficios de la Iglesia*, dirigidos á su hermano San Fulgencio.

Ordenó en otro volúmen todo el Misal y Breviario Santoral y Dominical que se usaron en España por mucho tiempo, aun durante la invasion de los islamitas. Como en esta época los católicos vivian enmedio de los musulmanes, el rito eclesiástico tomó el nombre de rito *Muzárabe*. San Isidoro escribió muchos otros libros: *De los eclesiásticos*, *De Sermones*, *De la lamentacion del penitente*, *De decretos y sagrados cánones.*

Compuso una historia extensa de todas las heregías que habian existido hasta su tiempo.

Ordenó el libro *De los Sínodos*, en el cual insertó todas las determinaciones de los Concilios de Canas, y muchas epístolas y decretales de los Papas.

Publicó dos libros de *Controversias* sobre el Pentateuco, los salmos de David y los cuatro Evangelios.

Del famoso libro *De las etimologías*, no es necesario hablar siquiera. Se sabe que lo compuso á instancias de su discípulo San Braulio, quien despues, siendo Arzobispo de Zaragoza, publicó su biografía y un catálogo de sus obras.

Se atribuyen tambien á San Isidoro un libro *Sobre la vida de los eclesiásticos seculares ó regulares*. Otro dirigido al rey Sisebuto *Sobre los elementos y la naturaleza de las cosas*. Otro *Sobre los números*, y otros *Sobre la astronomía, la física, la gramática y las alegorías*. Compuso una breve crónica general que abraza los hechos acaecidos desde el principio del mundo hasta su tiempo. Esta *Crónica* fué continuada, primero por San Ildefonso, Arzobispo de Toledo; despues por Isidoro, *el jóven*, Obispo de Badajoz, y últimante, en la parte que se refiere á España, por el erudito investigador y eminente crítico, Lucas de Tuy, príncipe entre los cronistas españoles.

Además, compuso San Isidoro varias obras, *Sobre los varones ilustres de su tiempo*; *Sobre el orígen, naturaleza y condicion de los godos*; *Del reino de los suevos*, y por último, *La historia de los vándalos*, con un catálogo de los reyes godos y Arzobispos de Toledo.

Además dirigió muchas epístolas á obispos y aun á príncipes, y á cien otras personas, respondiendo á las

consultas dogmáticas, morales ó filosóficas que se le hacian.

San Ildefonso, en el prólogo de la *Crónica* afirma que además compuso San Isidoro un excelente *Tratado sobre la medicina*.

El padre Manzano, en la citada obra, págs. 58 y 59 dice que Teodisclo, presbítero arriano, griego de nacion, que sucedió á San Isidoro en el arzobispado de Sevilla, corrompió sus obras y obligó á San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, á restablecer la integridad y pureza del texto.

Entre las epístolas de San Isidoro, solo queremos hacer mencion de la que dirigió á San Eugenio, Arzobispo de Toledo. En ella, solo se propone describir la divina gerarquía de la Iglesia y demostrar que el primado de San Pedro, «reside para siempre, por singular privilegio, en el Obispo de Roma, *como cabeza más alta* que los demás miembros.»

5.° San Braulio, Arzobispo de Zaragoza, escribiendo la vida de San Isidoro, decia: «Yo creo que Dios ha resucitado en estos últimos tiempos á San Isidoro para levantar á España de la postracion en que yacía, restablecer los antiguos monumentos y preservarnos de caer en la barbárie.»

Nosotros tenemos la misma idea de San Isidoro y damos la propia importancia á sus escritos. Por esto queremos añadir algo todavía á lo que ya llevamos dicho.

La obra que más se consulta, aun en nuestros tiempos, es la titulada: *De las Etimologías*. San Isidoro la

dejó sin terminar, y solo dividida en títulos. San Braulio, á cuyos ruegos la habia compuesto, se apoderó de ella, la órdenó y la publicó dividida en veinte libros tal cual hoy se encuentra. Trata casi de todas las ciencias, y contiene definiciones y noticias de suma importancia. Es inmensa la erudicion que ostenta San Isidoro en esta obra. Hay muchas palabras griegas, hebreas y aun latinas, cuya verdadera significacion no podria comprenderse sin el auxilio de *Las Etimologías*. San Isidoro las esplicó cuando por el uso era conocido todavía el sentido tradicional. En épocas posteriores hubiera sido imposible hacerlo.

Los veinte libros de *Las Etimologias* son una mina inagotable, en la cual encuentran riquezas de gran valor los teólogos y los filósofos, los literatos y los historiadores, los filólogos y los poetas, los artistas y los jurisconsultos. Son un monumento que se levanta sobre la ignorancia del siglo VII, como las célebres pirámides en los áridos desiertos de Egipto. Los que lean *Las Etimologías* no pueden menos de quedar profundamente sorprendidos al ver con cuánto afan trabajaba el Santo Arzobispo de Sevilla por conservar y difundir las ciencias, tanto sagradas como profanas.

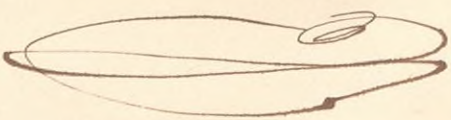
En los veinte libros de *Las Etimologías* no hay ni una sola línea que no sea de grande interés. No se encuentran ampliaciones ni figuras, tan útiles para aumentar el tamaño de los libros, como propias para llenar de confusion á las personas que los leen. *Las Etimologias* están llenas de sentencias breves y pro-

fundas, y de esplicaciones siempre ingeniosas y casi siempre exactas del orígen de las palabras.

Bajo este punto de vista, San Isidoro es hoy tan consultado por los eruditos como era en su propio siglo.

La obra titulada *De officiis ecclesiasticis*, tiene todavia, además de su valor intrínsico, bastante interés histórico. Señala todas las horas y todas las partes del Oficio Divino, y atribuye los himnos á San Hilario y á San Ambrosio. En *Los oficios eclesiásticos* divide San Isidoro en siete las oraciones de la Misa. La primera se encamina á llamar la atencion del pueblo y escitar su devocion para que eleve su alma á Dios é implore su misericordia. La segunda es una invocacion hecha á Dios, para que reciba las plegarias y las ovaciones de los fieles. La tercera es por les oferentes y por los difuntos, para que el Señor los perdone sus culpas por el valor infinito del sacrificio del altar. La cuarta para que sea verdadero el ósculo de paz y caridad y todos los fieles se reconcilien y se unan con el lazo de amor del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo. La quinta prepara á santificar la oblacion, invitando á todas las criaturas del cielo y de la tierra á cantar las alabanzas del Señor. La sesta es la confirmacion de la ofrenda, santificada por el Espíritu Santo. La sétima, en fin, es la oracion dominical.

Despues de estas siete oraciones del sacrificio, se entona el símbolo de Nicea, ó mejor dicho, el de Constantinopla, y se concluye dando la bendicion al pueblo.



Todas estas oraciones se encuentran todavía con el propio órden en el *Misal Muzárabe*. Sabido es, que el rito Muzárabe era la antigua litúrgia en España, de la cual se considera como principal autor San Isidoro. El cardenal Jimenez de Cisneros hizo una magnífica edicion del *Misal* y del *Breviario* de San Isidoro en los años de 1560 la del primero, y 1502 la del segundo. En 1740 se publicó en Roma una obra muy erudita, en un gran tomo en fólio sobre la liturgia antigua en España. Mabillon, el célebre benedictino, y Bona el eruditísimo cardenal, han escrito con mucha extension y acierto acerca del rito Muzárabe. No daríamos una cabal idea de la doctrina de San Isidoro si no explicásemos aquí, aunque con mucha sencillez y suma brevedad, lo que es en sus ritos la Misa Muzárabe, que hoy solo se celebra en una capilla especial de la magnífica catedral de Toledo.

Comienza esta Misa como la del rito latino, por el introito y algunos versículos del salmo que todos conocen. Despues se reza el *Gloria in escelsis*, y esto es lo que se llama la primera oracion, escepto en los tiempos de adviento y de cuaresma, en los cuales se omite. Enseguida una profecía ó leccion del Antiguo Testamento, un gradual, la epístola y el Evangelio. Despues de todo esto se canta el *Alleluya*. Terminado esto, se hace la ofrenda con algunas oraciones del sacerdote semejantes á las nuestras. Se canta el ofertorio, llamado el sacrificio, y aquí acaba la misa de los catecúmenos ó sea de los que están instruyéndose en la doctrina cristiana para recibir el Santo Bautismo.

A continuacion el sacerdote se lava las manos, reza en voz baja la oracion secreta, saluda al pueblo diciendo que el Señor sea con todos los fieles, y dice luego en voz alta la oracion que se llama propiamente Misa, que es el principio de la Misa de los bautizados y la primera entre las siete oraciones, señaladas por San Isidoro. Es como una exhortacion al pueblo para escitarlo á celebrar santamente los divinos misterios. Los fieles asistentes responden diciendo tres veces *Agios*, palabra griega que quiere decir *Santo*. En la segunda oracion el sacerdote ruega á Dios que escuche con benignidad nuestras plegarias, sin tener en cuenta nuestras culpas. Enseguida añade: «Nuestros Obispos, á saber, el Pontífice de Roma y los demás Obispos presentan á Dios su ofrenda, por ellos, por su clero y por el pueblo. Todos los sacerdotes, los diáconos, los clérigos y los fieles ofrecen el sacrificio del propio modo, haciendo conmemoracion de los Santos Apóstoles y de los mártires. Aquí se citan los nombres de los mártires en voz alta, y á continuacion el sacerdote añade: «Y por las almas de los difuntos Hilario, Atanasio, Martin, Ambrosio, Agustin, Fulgencio, Leandro, Isidoro, etc.» Aquí se incluyen los nombres de muchos Arzobispos de Toledo. La tercera oracion, titulada *post nomina*, se reza enseguida, y en ella se ruega á Dios por los vivos y por los muertos. En la cuarta oracion, llamada de la paz, el sacerdote exhorta á los fieles á que se den un oscúlo de caridad y vivan en union perfecta. Enseguida dice el sacerdote: «Yo entraré en el altar de Dios,» y extendiendo las manos

que tiene juntas pronuncia en voz alta la quinta oracion que corresponde al prefacio latino, y contiene en compendio la esplicacion del misterio ó la historia de la fiesta que se celebra. Al concluir se dice el *Sanctus*, sin diferencia ninguna de la liturgia romana en este punto. Enseguida, el sacerdote inclinándose dice la oracion de la consagracion, lo que nosotros llamamos el cánon. Es diferente en la mayor parte de las misas, y en algunas ocasiones más breve que el prefacio. Sigue la sexta oracion, denominada *post pridie*, en la cual el sacerdote pide á Dios la santificacion de la Hostia y de todos los que la han de recibir. Terminada esta oracion el sacerdote comienza la última para la fraccion de la Hostia, y teniéndola sobre el cáliz para mostrarla al pueblo, dice: «Digamos con la boca lo que creemos con el corazon.» Al instante el coro entona el símbolo de Nicea, ó hablando con más propiedad, el Constantinopolitano. Entretanto el sacerdote divide la Hostia en nueve partículas y las coloca en la patena en forma de cruz. Cada una de estas párticulas tiene su propio lugar y su nombre determinado. Se llaman Encarnacion, Natividad, Circuncision, Aparicion, Pasion, Muerte, Resurreccion, Gloria, y Reino. Cada una de estas polabras representa un misterio de nuestro Divino Redentor Jesucristo, como ellas mismas lo indican. El sacerdote hace enseguida conmemoracion de los vivos y entona el *Pater noster*. Al fin de cada una de las peticiones contesta el pueblo: Así sea, ó *Amen*. El sacerdote deposita en el cáliz la partícula llamada Reino y dice: «las cosas santas para

los santos,» y esto señalando como nosotros la union del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Da luego la bendicion, semejante á las bendiciones episcopales en los dias solemnes, y tomando despues la partícula llamada Gloria, y teniéndola sobre el cáliz, hace memoria de los difuntos. Por último, consume esta partícula, despues las otras, y concluye con la suncion del cáliz.

Para terminar la Misa Muzárabe se canta *El Communio*; el sacerdote dice la oracion que nosotros llamamos *post communio*, y el diácono canta el *ite misa est*, como para indicar al pueblo que ha concluido el Santo Sacrificio.

En los *Oficios eclesiásticos* de San Isidoro, se encuentran además otros puntos muy notables de la disciplina eclesiástica. En el lib. 1.°, cap XVIII, se establece que en toda la Iglesia se recibe la Sagrada Eucaristía en ayuno natural, y que en el sacrificio se mezcla el vino con un poco de agua. Los pecadores deben justificarse por la penitencia antes de acercarse al altar santo; despues de hecha la penitencia, estando en gracia, deben los cristianos recibir con alguna frecuencia el Cuerpo Santísimo de Jesus, y á los casados se les ordena que sean continentes en los dias que preceden á su comunion. Ya se comprende que aquí se habla de dos ó tres dias cuando más. En los capítulos XXIV, XXV y siguientes del Lib. 1.°, se consigna que en toda la Iglesia se ofrece el Santo Sacrificio por los difuntos y que las fiestas de la Iglesia son los domingos, la pascua de Navidad, la Epifanía,

la domínica de Ramos, el jueves, el viernes y el sábado de la Semana Santa, la pascua de Resurreccion, la Ascencion, la pascua de Pentecostés y los dias propios de los apóstoles, de los mártires y de los santos á quienes están dedicadas las Iglesias.

En los caps. XXXIV y XXXV del Lib. 1.º, dice San Isidoro que estas fiestas han sido establecidas para que los fieles se unan con frecuencia, se esciten á la fé y se llenen de santo júbilo. ¡Qué origen tan santo! ¡Que se unan para que aviven su fé! ¡Que aviven su fé para que vivan como hermanos y reine entre ellos la caridad; que tengan, en fin, fé y caridad para que reciban en su pecho la celestial alegría de la esperanza!

Nosotros, añade San Isidoro en el lugar citado, celebramos las fiestas de los mártires para escitarnos á imitar su heroismo, y recomendarnos á su oracion, pero no le tributamos el culto de latría, que solo es debido á Dios.

Véase, pues, como ya en el siglo VII rechazaba San Isidoro la absurda acusacion que han intentado arrojar los protestantes contra la Iglesia en los tres últimos siglos. Los católicos no son idólatras; no adoran á los santos como si fuesen dioses; lo que hacen es rendirles la adoracion debida á los grandes amigos de Dios. Nosotros distinguimos siempre entre el Criador que es eterno y omnipotente, y la criatura que ha tenido principio y está rodeada por todas partes de limitaciones.

En los caps. XXXVI hasta el XLIII habla de los

ayunos de la Iglesia. Coloca en primer lugar la Cuaresma, considerándola como el diezmo del año que se consagra al Señor. Enseguida, enumera los ayunos de Pentecostés y de las cuatro témporas. San Isidoro no habla de los ayunos de Diciembre, que estaban en uso desde los tiempos de San Leon; pero habla de otros dos ayunos que no se conocen en nuestros tiempos. Eran el primer dia de Noviembre y el primer dia de Enero. El ayuno del dia 1.° de Enero era como una protesta contra las inmundas bacanales que en dicho dia celebraban en honra de Jano los gentiles. El ayuno del dia 1.° de Noviembre era como una protesta contra la idolatría, que rendia culto á todos los dioses. Hoy la iglesia consagra este dia á la fiesta de todos los santos, y traslada su antiquísima vigilia al dia último de Octubre.

San Isidoro dice que el ayuno del viernes era universal en toda la Iglesia, y que en muchos puntos se consideraba tambien como dia de ayuno el sábado.

En el lib. 2.° *De los oficios eclesiásticos*, desde el capítulo IV hasta el XXI, expone San Isidoro la doctrina que á continuacion extractamos.

Tratando de la tonsura clerical, asegura que su origen llega hasta los Apóstoles, y que los Apóstoles la tomaron de los nazarenos. Dice que tiene forma de corona para designar la union de las dos potestades eclesiástica y civil. Advierte que cuando se consagra un obispo se le dá el anillo y el báculo pastoral. Habla de los *corepíscopos*, auxiliares ó vicarios de los obispos, que tenian facultades hasta para ordenar á los

lectores, exortistas y subdiacos. En los tiempos de San Isidoro, los penitentes dejaban crecer su barba y sus cabellos, se prosternaban sobre un cilicio y se cubrian de ceniza. Los sacerdotes y los diáconos hacian penitencia en secreto. Todos los demás la hacían en público y en presencia del obispo. San Isidoro no niega á nadie la esperanza de perdon, aunque reconoce que no es fácil que no tengan verdadero arrepentimiento en la muerte, los que en la vida han permanecido en la culpa, despreciando la divina misericordia.

Hay otra obra de San Isidoro, de la cual nos es imposible no hacer mencion especial. Se titula *De las sentencias*, y está dividida en tres libros. En el primero que contiene 33 capítulos, se esplica la naturaleza de Dios y de sus atributos con tanta claridad, tanto órden y tan prodigiosa exactitud teológica, como en la misma *Suma* de Santo Tomás. No comprendemos mayor elogio. En esta misma obra se esplica lo que es el tiempo, el mundo, el orígen del mal, la naturaleza y oficio de los ángeles, el hombre y su estado, y el alma con sus facultades y sus pasiones.

Además se trata de Jesucristo, del Espíritu Santo, de la Sagrada Escritura, de la Iglesia y de los hereges, de los gentiles, del martirio, de los milagros de los santos, del Ante-Cristo y sus signos, de la Resurreccion, del juicio, y por último, de las penas de los impíos y de la gloria de los santos.

El libro 2.° tiene 44 capítulos, y trata en ellos de los vicios y de las virtudes. Consagra dos capítulos, el V y el VI, á la gracia y la predestinacion. Y cinco,

desde el VII hasta el XII, á esplicar la conversion de los pecadores, su orígen, sus dificultades y sus ventajas. En todo lo restante no hay más que un conjunto admirable de máximas evangélicas contra los vicios y en provecho de las virtudes.

El libro 3.° tiene 66 capítulos, y en él se esplican todos los peligros de nuestra alma y todos los medios que pueden librarnos de caer en la tentacion. Seis capítulos, desde el VIII hasta el XIII se consagran á esplicar lo que es el estudio, lo que daña la ciencia sin la humildad, lo que es la lectura de los soberbios, y los males que puede acarrear el amor á los libros de los paganos.

Los capítulos XXIII, XXIV y XXV, se dedican á condenar la jactancia, la hipocresía y la envidia. En los capítulos XXIX y XXXI se indica lo que son los falsos amigos y lo que vale la union de los perversos.

En los capítulos XLI y XLIV, se dicen cosas admirables contra los *doctores* soberbios é iracundos, y contra el culpable silencio de los que tienen obligacion de hablar. Sin que por esto se condene la prudencia de los que creen necesario callar en circustancias verdaderamente oportunas.

En los caps. XLIX y L se trata de la paciencia y de la justicia de los príncipes.

En los caps. LI y LII se demuestra cuán perniciosos son los malos ejemplos de los que imperan y cuán estrecha es la obligacion que tienen los gobernantes de someterse á sus propias leyes.

En el cap. LIII se expone lo que es y lo que debe

ser la potestad de los príncipes en la Iglesia. Este capítulo deberia ser leido constantemente por los regalistas que ponderan sin cesar lo que ellos llaman la antigua disciplina de la Iglesia española.

Desde el cap. LIV hasta el cap. LX se trata de los malos jueces, de los testigos falsos y de los abogados que olvidan sus deberes.

El cap. LXI se dedica á condenar á los que oprimen á los pobres.

Sentimos no poder extractar toda esta importantísima obra. Es tan útil, tan necesaria y tan santa su doctrina; está escrita con tanta claridad y tan excelente método; es tal la economía de sus palabras y la asombrosa riqueza de sus pensamientos, que, al leerla y releerla con el lápiz en la mano, para escoger lo más notable, no se puede escoger nada, porque todo es notabilísimo.

Los tres libros *De las sentencias* son una coleccion bellísima de los más trascendentales pasajes de la Sagrada Escritura; los mejores trozos de San Agustin, y los más útiles pensamientos de San Gerónimo y San Gregorio Magno, casi los únicos Padres que cita San Isidoro en la obra que ahora examinamos.

Los tres libros *De las sentencias*, si hoy se tradujeran, sin añadirles ni quitarles nada, serian muy útiles para refutar los errores políticos, sociales y filosóficos que tantos escándalos ocasionan y tanto daño hacen en el mundo. Nosotros no cesarémos nunca de recomendar su lectura.

Hay una edicion de esta sola obra, hecha por García

Loaisa, en un tomo, en 1593. Podria considerarse como un excelente catecismo dogmático, moral, social, y aun político. La obra que examinamos es tanto más digna de estudio, cuanto que no hay en ella nada que no sea provechoso ni se halla una sola palabra que sea supérflua. Breves sentencias, brevísimas razones y siempre suma claridad. No se encontrará otra cosa en los tres libros *De las sentencias*.

Hemos consultado cuatro diferentes ediciones de las obras de San Isidoro. La de los padres benedictinos, hecha en París en 1601; la de Colonia, en 1617; la de Madrid, en 1778, y la de Roma, hecha desde 1797 hasta 1803. La edicion de Madrid consta de dos tomos en fólio, y la de Roma de siete en cuarto.

6.° Se han hecho críticas, acaso muy severas, de las obras de San Isidoro. Ya hemos dicho que San Braulio, Arzobispo de Zaragoza, y San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, ambos discípulos de San Isidoro, escribieron la vida y formaron un catálogo de las obras de este Santo Doctor. Necesitamos advertir que el mismo San Braulio indica en su catálogo que no se hallan todas las obras de San Isidoro, sino únicamente las que él conocia. De San Ildefonso puede decirse lo propio. Teniendo en cuenta esta observacion, es muy fácil rechazar el argumento de los que se fundan en el silencio de San Ildefonso ó San Braulio para negar una obra á San Isidoro.

El mismo cardenal Baronio dice que la obra de *Vita et morte sanctorum*, que hoy se conserva, no es del Santo Arzobispo de Sevilla. Nosotros, sin embargo,

que no tenemos tiempo para entrar en una cuestion crítica de esta naturaleza, nos limitamos á repetir las palabras del mismo San Braulio, que en este punto tienen una autoridad irrecusable. «Tenemos, dice el Santo Arzobispo de Zaragoza, otra obra del nacimiento y de la muerte de los Padres, en la cual se exponen con brevedad los hechos, la dignidad, la muerte y la sepultura de los Santos.» Si se nos dice que la obra de que habla San Braulio no es la misma que hoy se conserva, nosotros contestarémos siempre con el gran axioma de la crítica racional, segun el cual nada hay más absurdo que la crítica cuando se empeña en amontonar dudas sin fundamento.

Hay tambien quien crea que el *Tratado de officiis ecclesiasticis* no es de San Isidoro. Para hablar así se fundan en un pasaje del Lib. 2.°, cap. V, en el cual se encuentran algunas palabras que no sabemos por qué se han considerado como indignas de San Isidoro. Tan fútil es este argumento, que creeriamos perder miserablemente el tiempo si nos empeñásemos en refutarlo con más extension.

Se ha dicho que la epístola *Ad Redemptum* no es de San Isidoro, porque contiene un párrafo en el cual se ensalzan las costumbres de la Iglesia griega, deprimiendo las prácticas de la Iglesia latina. Indudablemente el pasaje en que esto se dice no es de San Isidoro; pero conviene no olvidar nunca que sus obras fueron interpoladas por su sucesor Teocisclo, que era griego de nacion, y, como ya se ha dicho, hasta no poco inclinado al arrianismo.

Ya en otro lugar hemos manifestado cuán profunda era la veneracion de San Isidoro á la Santa Sede. Ahora debemos añadir aquí que en la epístola *Ad Claudium ducem*, muestra la misma adhesion á la Santa Sede que en la epístola ya extractada á San Eugenio, Arzobispo de Toledo.

Creemos muy oportuno cerrar este capítulo con el siguiente magnífico pasaje de San Braulio, que dejamos en latin por no despojarlo de su energía y de su belleza. Dirigiéndose á San Isidoro, exclama: *Nos in nostra Urbe peregrinantes errantesque tamquam hospites tui libri quasi domum reduxerunt ut possimus aliquando qui et ubi essemus agnoscere. Tu ætatem patriæ, tu descriptiones temporum, tu sacrorum jura, tu sacerdotum domesticam publicamque disciplinam, tu denique sedium, regionum, locorum, omnium divinarum humanarumque rerum nomina, genera officia, causas aperuisti.*

CAPITULO XXVI.

San Ildefonso y San Braulio.

1.° El grande historiador fray Juan de Mariana, *Historia de España*, Lib. 6.°, cap. X, hace una excelente biografía de San Ildefonso, que nosotros creemos conveniente repetir aquí. Así logramos que la biografía de un gran santo español se ha hecha por el más grande historiador de España.

San Eugenio III, Arzobispo de Toledo, murió el año 657 de la era cristiana. Por su muerte fué elegido para sucederle el exclarecido discípulo de San Isidoro, San Ildefonso, que á la sazon era abad Agaliense. San Ildefonso tenía muchas letras y doctrinas, las cuales, unidas á la gran prudencia de que era dotado, fueron parte para que el clero, los nobles y el pueblo, lo juzgasen digno de ocupar la silla que habia dejado vacante San Eugenio. San Ildefonso nació en Toledo y

era de noble linage. Su padre se llamó Estéban y su madre Lucía. Tiénese ordinariamente por tradicion, que vivian en lo más alto de la ciudad, en unas casas principales que, de lance en lance, vinieron con el tiempo á poder de los condes de Orgaz, y de ellos, los años pasados las compraron los religiosos de la Compañía de Jesus, y por devocion de San Ildefonso, dieron á ellas, y en particular á la Iglesia, la advocacion de este santo. Esto indica una falta cometida por los antiguos, pues era razon que hubiesen edificado algun templo en Toledo con nombre de San Ildefonso, su ciudadano y natural.

En las letras tuvo San Ildefonso por maestro á Eugenio III, por ser como era persona docta, y aun deudo suyo, como algunos creen. La fama de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, volaba por todas partes, y el cuidado que tenía en enseñar la juventud, era muy señalado. Por esta causa, fué San Ildefonso á Sevilla para estudiar en el colegio de San Isidoro. Se dedicó San Ildefonso al estudio de las letras, y adquirió en ellas grande erudicion y profundos conocimientos. De esto dan testimonio los muchos libros que escribió. Juliano, que le sucedió en la silla de Toledo, dice que el mismo San Ildefonso juntó sus obras y las dividió en tres cuerpos. Son de mucha doctrina y están llenas de sentencias muy graves; pero el estilo conforme á la costumbre de aquellos tiempos, no es preciso ni elegante, y suele caer en el vicio de la redundancia.

Acabados sus estudios y vuelto á Toledo, sin embargo de que eran grandes las esperanzas que todos

tenian de él, y lo mucho que se prometian de su nobleza, de su doctrina y virtudes, pospuesto todo con deseo de más perfeccion y de seguir la vida más segura, se determinó á dejar el regalo de su casa y tomar el hábito de monje en el monasterio Agaliense. No se pudo esto negociar tan secretamente que su padre no lo entendiese. Procuró apartarle de aquel propósito, y aun el mismo dia en que iba á tomar el hábito, fué en pos de él y entró en el monasterio en busca de su hijo. Andúvole todo; más no pudo encontrarle, porque el santo, como viese á su padre de lejos y sospechase lo que era, y á su saña, torció el camino y se escondió detrás de un vallado hasta tanto que su padre dió la vuelta á su casa, sin efectuar lo que pretendia.

El monasterio Agaliense estuvo asentado no lejos de la ciudad de Toledo, en la parte del Septentrion. Tenía nombre de San Julian, como se colige de lo que dice Máximo, obispo de Zaragoza, que vivió hácia este tiempo. En el Concilio Toledano 11, afirma Gratino, abad de San Cosme y San Damian, y poco despues Avila, abad Agaliense de San Julian. Dúdase en qué sitio estuvo este monasterio Agaliense. Los pareceres son varios. La resolucion, es en este punto, y lo cierto que hubo dos monasterios en Toledo. Ambos de Benitos, y ambos á la rivera del Tajo y á la parte del Septentrion, por donde el dicho rio corre, como se ve en la caida que hace desde el aserradero, por la puerta de Alcántara de Septentrion á Mediodia. Además el puente por donde se iba á la huerta del Rey, estaba

más abajo del que hoy se ve, y por consiguiente, la dicha huerta con el rio, le caia á la parte del Norte. Uno de estos monasterios, se llamaba de San Julian, que era su advocacion, y por otro nombre se llamó Agaliense, del arrabal donde estaba, denominado Agalia. Caia muy cerca de Toledo, solo 250 pasos distante de la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. El otro monasterio se intitulaba de San Cosme y San Damian, distante dos millas de Toledo. Todo esto es de Máximo, obispo de Zaragoza, en la *Adiciones á Destro.*

San Ildefonso, siendo diácono, fué abad de San Cosme y San Damian. De esta eleccion habla Cixila, y añade que trascurrió mucho tiempo entre ella y el nombramiento de San Ildefonso, para la silla arzobispal de Toledo. En este intermedio fué elegido abad agaliense, y de esta eleccion y cargo es de la que habla Juliano en la *Vida de San Ildefonso.* Así se concilian los textos diversos, al parecer, de Máximo, Cixila y Juliano.

En la huerta que llaman de los Chapiteles, parte de la huerta del Rey, hay claros indicios de que fué monasterio, que debió ser la parte más principal del Agaliense, y pasados los tejares, hay una dehesa, y en ella una grande y antigua, que probablemente seria el otro monasterio.

La iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo, puede creerse que fué la llamada de San Pablo á la caida de la Alhóndiga, donde estuvieron los Padres dominicos por casi doscientos años. La palabra preto-

riense quiere decir iglesia de campo, y San Pablo está fuera de los muros de Toledo. Esta iglesia fué muy principal, y así lo muestran sus ruinas. En ella se celebró el Concilio 13 de Toledo.

Estos detalles aunque parezcan impertinentes, son de mucha utilidad para entender nuestras más antiguas *crónicas*, y no confundirse al estudiar la historia de la iglesia de Toledo.

San Ildefonso tomó por fin el hábito de monje. Su padre le concedió por fin el permiso necesario, cediendo á los ruegos de su madre. Esta piadosa señora aseguraba que habia tenido á su hijo despues de larga esterilidad, merced á las oraciones y al voto que habia hecho de consagrar á Dios lo que de Dios recibiera. Añadia que era más sano consejo carecer del hijo por un poco de tiempo que con hacerle volver atrás de su intento, incurrir en ofensa de Dios y ser atormentados con perpétuos escrúpulos de la conciencia.

Tanto se adelantó San Ildefonso en todo género de virtudes, que dentro de pocos años se le encomendó el gobierno del monasterio. Siendo abad, ya muertos sus padres, fundó con su propio patrimonio en una heredad suya llamada Duviense, un monasterio de monjes. Este monasterio, segun dice Juliano el arcipreste, se hallaba cerca de Illescas, á veinticuatro millas de Toledo.

Despues, por muerte de Eugenio III como queda dicho, fué elegido San Ildefonso Arzobispo de Toledo. En esta dignidad y cargo se señaló grandemente, y parecia aventajarse á sí mismo, y ser más que hom-

bre mortal. ¿Quién será tan elocuente y de ingénio tan grande, que pueda dignamente poner por escrito las cosas de este santo, y de tal manera contar sus obras y grandezas, que parezcan, no cosas fingidas sino verdaderas, como en realidad lo fueron? Sucedió que dos hombres, llamados Pelagio y Heladio, por la parte de la Galia Gótica, venidos en España, decian y enseñaban que la Madre de Dios no fué perpétuamente Vírgen. San Ildefonso, con el fin de que esta locura y fuerte atrevimiento no hiciesen prosélitos, acudió á hacerles resistencia, parte con un libro que compuso para defender lo contrario, parte con diversas disputas que con ellos tuvo. Con esta diligencia se reprimió la mala semilla de aquel error y se desbarataron los intentos de aquellos dos hombres malvados. El premio de este trabajo fué una vestidura traida del cielo. La misma noche, antes de la fiesta de la Anunciacion que se celebraba en Diciembre, al ir á maitines, en compañía de muchos clérigos, vió y vieron todos un grande y maravilloso explendor en la entrada de la iglesia. Los que acompañaban al Santo huyeron todos llenos de terror: sólo él pasó adelante y se puso á orar de rodillas delante del altar mayor. Allí vió á la Santísima Vírgen que, llena de gloria y majestad, le decia: «El premio de la virginidad que has conservado en tu cuerpo, junto con la puridad de la mente y el ardor de la fé, y de haber defendido mi perpetua virginidad, será este don traido del cielo.»

Esto dijo la Santísima Vírgen, y juntamente con sus sagradas manos le impuso una vestidura para que

celebrase la fiesta de la Encarnacion de su Santísimo Hijo.

Pasado algun tiempo, los sacerdotes que acompañaban á San Ildefonso, dominando la impresion del terror, entraron en el templo y hallaron al Santo Arzobispo conmovido, con sus ojos arrasados en lágrimas y con la lengua embargada por la devocion y la gratitud á la Santísima Vírgen.

Cixila, sucesor de San Ildefonso, refiere todo esto, como oido de Urbano que fué tambien Arzobispo de Teledo y de Evancio, arcediano de la misma Iglesia, personas ambas que conforme á la razon de los tiempos y de su edad, se pudieron hallar presenten al milagro.

La piedra en que la gloriosa Vírgen puso los piés, está hoy dia en la misma entrada del templo, con una reja de hierro para memoria de cosa tan grande. Demás de esto, el mismo año, como parece lo siente Cixila, ó como otros sospechan el luego siguiente, á nueve dias de Diciembre, dia de Santa Leocadia, sucedió otro milagro no menos notable que el pasado. Acudió el pueblo á la Iglesia de Santa Leocadia, donde estaba el sepulcro de aquella Vírgen. Hallábanse presentes el rey y el arzobispo. Alzóse de repente la piedra del sepulcro, tan grande, que apenas treinta hombres muy valientes la pudieran mover, y saliendo fuera la Santa Vírgen tocó la mano de San Ildefonso, y le dijo estas palabras: «Ildefonso, por tí vive mi Señora.» El pueblo con este espectáculo estaba atónito y como fuera de sí. San Ildefonso no cesaba de decir alabanzas de

la Vírgen Leocadia. Encomendóle asimismo la guarda de la ciudad y del rey; y como la Vírgen se retiraba hácia el sepulcro, con deseo de que quedase en lo futuro memoria de hecho tan grande, con un cuchillo que para esto le dió el mismo rey, le cortó una parte del velo, que llevaba sobre la cabeza. El velo juntamente con el cuchillo, hasta el dia de hoy se conserva en el Sagrario de la Iglesia mayor, entre las demás reliquias.

Desde este tiempo, y por ocasion de estos milagros, dicen que el Padre Santo quiso ser canónigo de Toledo. En señal de esto, en la noche de Navidad, el cabildo pena al Padre Santo como canónigo ausente.

Grande fué la autoridad y crédito que adquirió San Ildefonso por medio de estos milagros. El Santo Arzobispo por otra parte no cesaba de aumentar su prestigio con el explendor de sus virtudes siempre creciente. Se señaló especialmente en la caridad con los pobres y en el empeño que tenia en remediar sus necesidades. Se tiene por cierto que en tiempos de San Ildefonso, tuvo principio la costumbre de dar de comer todos los dias á treinta pobres, en Toledo, en las casas arzobispales y á costa del arzobispo. De estos pobres diez habian de ser mujeres y veinte varones. El canónigo de semana, despues de celebrar la Misa en el altar mayor, acudia á dar la bendicion á la mesa de los pobres y mirar que no les faltase cosa alguna. Esto es lo que en Toledo se acostumbra, y á lo que dicen dió principio San Ildefonso.

Mucho se pudiera decir de las virtudes y alabanzas

de San Ildefonso, y en particular, como la suavidad de su condicion era grande, y la gravedad y mesura no menor: virtudes que aunque entre sí parecen contrarias, de tal guisa las contemplaba, que ni la severidad impedia á la suavidad, ni la facilidad era ocasion para que alguna persona le despreciase.

Gobernó la Iglesia de Toledo por espacio de nueve años y casi dos meses. Murió el dia 23 de Febrero del año 667, á la edad de veintiocho años. Su cadáver fué sepultado en la Iglesia de Santa Leocadia á los piés de San Eugenio su predecesor. En la destruccion de España fué trasladado á Zamora y allí, en propio sepulcro y capilla, es venerado en la Iglesia de San Pedro de aquella ciudad. La vestidura sagrada que le dió la Vírgen, fué por el mismo tiempo llevada á las Asturias, y está en la ciudad de Oviedo, en un arca encerrada, que nunca se ha abierto, ni persona alguna ha visto la dicha vestidura que dentro está. Repetimos que lo dicho hasta aquí es, con muy ligeras variaciones, lo mismo que dice el Padre Mariana en la Historia de España, tomo 1.° Lib. 6.° cap. X. La edicion que tenemos á la vista es la que se hizo en Madrid el año de 1733.

Muy poco diremos de las obras de San Ildefonso. Es la más notable la titulada *De perpetua Virginitate beatæ Mariæ.*

Escribió este importantísimo libro, á ruegos de Quiricio, obispo de Barcelona, con el fin de refutar á los hereges, Pelagio y Heladio, que negaban la perpétua y absoluta pureza de la Santísima Vírgen.

San Ildefonso continuó la obra de San Isidoro titulada *De viris illustribus*.

Escribieron *La vida de San Ildefonso* Cixila y Juliano, Arzobispos de Toledo, que vivieron en los tiempos mismos ó poco despues de San Ildefonso. Los Bollandos insertan íntegra *La vida de San Ildefonso*, en el tomo correspondiente al mes de Enero, dia 23.

2.° San Braulio, obispo de Zaragoza, fué como San Ildefonso, discípulo y panegirista de San Isidoro. Fué varon de mucha virtud, grande ciencia y ardiente celo. Sus esfuerzos contribuyeron muchísimo á inspirar en el corazon de los españoles la viva fé y la admirable esperanza que les infundieron el valor con que asombraron al mundo en su terrible lucha de siete siglos contra el bárbaro poder de la media luna.

Murió San Braulio el año 646. Se conservan de él un elogio de San Isidoro su amigo y su maestro, la *Vida de San Emiliano*, y un himno en versos notables. Además tiene San Braulio la inmensa gloria de haber ordenado y publicado los veinte libros de *Las Etimologías* que escribió á sus instancias, y dejó sin darles la última correccion el sábio Arzobispo de Sevilla San Isidoro.

Las obras de San Braulio se imprimieron en Madrid el año de 1632.

CAPÍTULO XXV.

San Máximo, Sofronio y Juliano.

1.° San Máximo era de Constantinopla, y pertenecia á una antigua y noble familia. Nació en los últimos años del siglo VI, y murió mártir el dia 13 de Agosto del año 662. Fué sacerdote muy docto y de mucho celo. Escribió y predicó muchísimo contra los monotelitas que eran los hereges de su tiempo.

El padre Combefis, dominico, hizo una edicion de las obras de San Máximo en dos tomos en fólio el año de 1675.

Focio, en la *Biblioteca de los Padres*, habla de San Máximo en los códigos 192, 193, 194 y 195.

No creemos necesario dar más pormenores acerca de San Máximo.

2.° Sofronio, obispo de Jerusalen, nació al terminar el siglo VI. Fué nombrado obispo en el año 634 y murió en el año 639. En la Iglesia se le venera como santo. Era natural de Siria y nació en Damasco. Escribió y trabajó muchísimo contra la heregía de los monotelitas que nació en su tiempo. La conoció desde su orígen, y no perdonó medio ni sacrificio para lograr que todo el mundo la conociera y huyese de ella con horror. Apenas empezó á propalarse el error, reunió un concilio y en él condenó á los hereges llamados monotelitas, ó sea á los que, apartándose de la divina revelacion, sólo admitian una voluntad en Jesucristo. Sofronio escribió una larga y bien meditada carta al Papa Honorio para darle á conocer los errores, la perfidia y la hipocresía de los monotelitas. Tambien escribió otra carta á Sergio, patriarca de Constantinopla, á quien no creia manchado con tan sacrílego error como el que sostenian los monotelitas.

Sofronio, no contento con esto, envió á Estéban, obispo de Dora, á Roma, para que de palabra enterase al Soberano Pontífice de los males que ocasionaba el monotelismo en Oriente.

San Juan Damasceno elogia á Sofronio en la oracion 3.ª *De imaginibus*. Lo propio se hace en el sétimo Concilio General, en la *Accion* 4.ª.

Focio expone las obras de Sofronio en la *Biblioteca de los Padres*, código 231.

Las obras de Sofronio son *La vida de Santa María Egipciaca*, *La Epístola Synodica ad Honorium* y algu-

nas otras epístolas que aquí no necesitamos mencionar.

3.º San Juliano, Arzobispo de Toledo, vivió en la segunda mitad del siglo VII. Murió en el año 690. Fué tan respetado por su virtud, como por su sabiduría. Presidió los Concilios 12, 13, 14 y 15 de Toledo. Su cuerpo fué sepultado en la Iglesia de Santa Leocadia.

Fué varon de piedad tan insigne como profunda sabiduría. Su erudicion era grande, y sabia expresarse con elegancia y facilidad.

Escribió una obra titulada *Pronóstico del siglo futuro*, dividida en tres libros. Habia estudiado con asiduidad las obras de los Santos Padres, y muy especialmente las de San Cipriano y San Agustin. Así es que los cita con mucha frecuencia, y en bastantes ocasiones, aun sin citarlos, repite sus propias palabras.

De la demostracion de la sesta edad contra los judíos. En esta obra, por encargo del rey Ervigio, demostró á los hebreos que, ó eran falsas las promesas del Antiguo Testamento, ó Jesus era el verdadero Mesías. Como ellos no podian ni debian admitir el primer extremo, se veian en la alternativa de obstinarse en el error, cerrando los ojos á la evidencia ó convertirse á Jesucristo aceptando el segundo extremo. Escribió varias otras obras, de las cuales se conservan muy pocas.

Algunos lo han supuesto autor del *Rito Muzárabe*; pero el cardenal Baronio en los *Anales*, año 633, asegura que el verdadero autor del *Rito Muzárabe*, es San

Isidoro, Arzobispo de Sevilla, quien lo prescribió en el Concilio 4.° de Toledo.

La palabra Muzárabe, es una corrupcion de la antigua Mixti-Árabes, y se refiere á la época en que el pueblo español se hallaba mezclado con el pueblo árabe.

CAPÍTULO XXVIII.

Beda y San German.

1.° El venerable Beda nació el año 673 en Wermouth, diócesis de Durham, en Inglaterra. A la edad de siete años entró en un monasterio, en el cual recibió su primera educacion. En muy temprana edad se dedicó al estudio de las ciencias y la literatura. Además de la teología y la Sagrada Escritura, aprendió el griego y las matemáticas. Sabia escribir, no sólo en prosa, sino tambien en verso. Sus costumbres fueron muy puras, y empleó toda la vida trabajando en beneficio de la Iglesia y de la civilizacion. Murió el año 735, á la edad de sesenta y tres años. Su cadáver fué sepultado en la abadía de Sarrow. En el siglo XI se trasladó á la iglesia de Durham, y en ella permaneció hasta que en el siglo XVI, en el reinado de Isabel, la hija de Enrique VIII, los protestantes, llenos de fanático furor,

destrozaron su sepulcro y arrastraron por el suelo sus sagrados restos. Sin embargo, el nombre del venerable Beda se encuentra en el calendario de la Iglesia anglicana.

Beda escribió mucho, aunque su estilo no es bueno, ni su lenguaje puro. Se expresa, sin embargo, con sencillez, claridad y sana lógica. Todas sus obras se han impreso en Colonia en ocho tomos en fólio.

El mismo Beda formó un catálogo de sus obras cuatro años antes de su muerte. Hé aquí los títulos de cada una de ellas:

In principium Genesis. Consta de tres libros. Se extiende desde el principio del Génesis, hasta el nacimiento de Isac y la expulsion de Ismael de la casa de Abraham.

De Tabernaculo et vasis ejus, ac vestibus sacerdotatibus. Consta tambien de tres libros. El título esplica por sí sólo el objeto, plan y doctrina de la obra.

In primam partem Samuelis. Consta de cuatro libros. Escribe y comenta en ellos la historia de Samuel hasta llegar á la muerte de Saul.

De ædificatione templi. Esta obra consta de dos libros y se compuso el año 716, como se advierte en su mismo prefacio. Es una exposicion alegórica de las cosas más notables que se encontraban en el antiguo templo de Salomon.

In librum Regum. Esta obra abraza treinta cuestiones importantísimas acerca de la parte de la Sagrada Escritura que su mismo título indica.

In proverbia Salomonis. Se divide en tres libros.

In Esdram et Nehemiam. Tambien consta de tres libros.

In Cantica Canticorum. Se divide en seis libros.

In Canticum Habacuch. Consta de sólo un libro.

In Librum Toviæ. Consta de sólo un libro, y es una exposicion alegórica de Jesucristo y de su Santa Iglesia.

Capitula lectionum. Es una série de observaciones importantes sobre el Pentateuco, el libro de Josué y el de los Jueces.

In libros Regum, et verba dierum. En esta obra esplica el venerable Beda algunas cuestiones relativas á los dias de la creacion y á ciertos pasajes de los *Libros de los Reyes*. No debe extrañarse el ver que Beda vuelve á comentar los *Libros de los Reyes*, porque este venerable expositor tenia mucha ciencia, pero carecia de método y plan fijo. Exponia su doctrina segun lo creia conveniente, sin sujetarse á órden ninguno.

In librum Job. Teniendo en cuenta que el venerable Beda sobresalia en la moral, y que tenia una gran fé en la Divina Providencia, podrá fácilmente inferirse cómo examina y comenta la historia del Santo Job, modelo perfectísimo de resignacion y paciencia.

In Parabolas, Ecclesiastem et Cantica Canticorum. Aunque ya en otros libros ha expuesto el venerable Beda los proverbios y el *Cantar de los Cantares*, esto no impide el que trate aquí tambien de ello y exponga otros puntos omitidos en los tratados anteriores.

In Isaiam Prophetam. Esta obra se ha perdido.

In Evangelium Marci. Consta de cuatro libros.

In Evangelium Lucæ. Tiene seis libros.

Homiliæ in Evangelia. Consta de dos libros.

In Apostolum Paulum. Este tratado es una especie de recopilacion de la doctrina de San Agustin.

In actus Apostolorum. Consta de dos libros.

In epistolas canonicas. Se compone de siete libros, llenos de sentencias de San Agustin.

In Apocalypsim. Se divide en tres libros.

Capitula in Novum Testamentum. En esta obra, sin embargo, no se habla de los cuatro Evangelios.

Liber epistolarum. En esta obra esplica Beda la sesta edad del mundo, y lo hace de una manera que no es satisfactoria.

Epistola ad Leonem Isauricum. Esta carta se escribió el año 724, y fué dirigida al emperador Leon Isaurico, que se habia declarado iconoclasta ó perseguidor de las sagradas imágenes en el Oriente.

Historiam ecclesiasticam nostræ insulæ ac gentis. En esta obra se escribe la historia eclesiástica y civil de Inglaterra desde la entrada de César en la Gran Bretaña hasta el año 731. Es muy estimada esta historia, al ménos por los preciosos datos que contiene, acerca de las cosas que ocurrieron en los tiempos de Beda.

Martyrologium. En esta obra Beda escribe la historia de muchos mártires, señalando la época de su nacimiento, la de su muerte y el género de tormentos que sufrieron.

Escribió además muchos otros libros, como *La vida de San Félix, confesor*, la de San Anastasio, la de San Culverto y varias otras de igual índole.

Publicó además muchos otros tratados sobre asuntos filosóficos ó literarios, de los cuales no necesitamos aquí hablar.

El Padre Mabillon escribió el elogio histórico del venerable Beda.

2.° San German, patriarca de Constantinopla, nació en el siglo VII, y murió el año 733 de la era cristiana, á la edad de noventa y cinco años. Adquirió gran fama por su virtud, por su celo y por su ciencia. Fué acérrimo defensor de la fé católica contra los iconoclastas ó enemigos de las imágenes. Escribió tres *epístolas* que merecieron ser leidas como una exacta exposicion de la fé en el sétimo Concilio General.

Compuso además dos *homilias* sobre la Santa Cruz, y cinco sermones sobre la *Presentacion*, la *Anunciacion*, la *Muerte de la Santísima Vírgen* y la *Sepultura de Cristo*. Los sermones sobre la *Muerte de la Vírgen* son dos. Fócio cita á San German en la *Biblioteca de los Padres*, códido 233.

CAPITULO XXIX.

San Juan Damasceno, Alcuino, y Pablo, diácono.

1.° San Juan Damasceno nació en Damasco, ciudad célebre de la Siria, hácia el año 676. Sus padres eran ricos y procuraron darle una instruccion sólida en su juventud. Su principal maestro fué un religioso italiano, llamado Come, que habia sido hecho prisionero por los musulmanes. San Juan Damasceno era católico y á nadie ocultaba su fé. Se llamaba cristiano y vivia como tal. Sin embargo, su ciencia y su probidad le granjearon el respeto de todo el mundo, inclusos los islamitas. El califa de Damasco comenzó por pedirle consejos y concluyó por nombrarlo su primer ministro y hacerle depositario de toda su confianza. San Juan Damasceno, sin embargo, ni era amigo de los honores mundanos, ni podia vivir, sien-

do tan virtuoso, en una corte mahometana. Las costumbres de los islamitas espantan por su corrupcion, y horrorizan por su ciego fatalismo. San Juan Damasceno, por otra parte, no podia permanecer en un gobierno que se complacia en insultar la cruz, perseguir á los cristianos y blasfemar impíamente contra Jesucristo. Abandonó el poder y se retiró á Jerusalen para entrar en el monasterio de San Sabás. En este monasterio permaneció mucho tiempo, ejercitándose en las virtudes, meditando de dia y de noche en la ley del Señor y componiendo inmortales obras en defensa de la Iglesia.

La heregía del siglo VIII fué la de los iconoclastas ó enemigos de las imágenes. San Juan Damasceno, no sólo escribió contra esta heregía, sino que mereció ser perseguido en ódio á Jesucristo, por lo mucho que hablaba y escribia en favor de la doctrina católica. El emperador Leon Isaurico hizo cortar á San Juan Damasceno la mano derecha, con la cual escribia en defensa de las sagradas imágenes. Cuentan historiadores muy graves, y nosotros lo creemos, que la Santísima Vírgen hizo el milagro de devolver á San Juan Damasceno la mano que los incrédulos le habian amputado.

Este santo y sábio escritor, murió el año 760 á la edad de 84 años.

San Juan Damasceno era muy sábio y muy erudito. Escribia con método, con mucha claridad y grande energía. Belarmino afirma que en las ciencias teológicas, no solo aventajó á los que le habian precedi-

do, sino que abrió nuevas vías, y mostró nuevos horizontes á los padres que le sucedieron. Arnaldo, á pesar de ser jansenista, no puede menos de confesar que entre los griegos es tan respetado San Juan Damasceno, como entre los latinos Santo Tomás. El protestante Claudio reconoce y confiesa tambien el gran mérito y el inmenso prestigio de San Juan Damasceno.

Muchos críticos han creido que San Juan Damasceno trazó á Santo Tomás el plan de la Suma Teológica. Nosotros, sin embargo, creemos que si San Juan Damasceno trazó á Santo Tomás el plan de la Suma en el siglo VIII, San Isidoro de Sevilla, trazó un siglo antes el mismo plan en su inmortal obra *De las sentencias*. Ya se sabe que San Isidoro divide la obra citada en tres partes. En la primera trata de Dios, de sus atributos y de sus obras; en la segunda, examina las virtudes y los vicios, y en la tercera y última, esplica cuáles son los medios que nos apartan de la salvacion, y cuales son los que pueden ayudarnos á escalar el cielo. Este es exactamente el plan de la *Suma Teológica*. No queremos defraudar en nada á San Juan Damasceno; pero como dice el Padre Mariana, á los santos no se les complace con falsas alabanzas.

La edicion de las obras de San Juan Damasceno que tenemos á la vista, es la del Padre Le Quien, hecha en 1712, en dos tomos en fólio, con texto griego y latino.

San Juan Damasceno publicó tres excelentes discursos contra los iconoclastas. El título es: *De sacris*

imaginibus. Contienen todas las sentencias de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de la tradicion, que suelen citarse en defensa del culto de los santos. Lo que San Juan Damasceno decia en el siglo VIII, contra el iconoclasta Leon Isaurico, se ha repetido despues contra los albigenses, los protestantes y los socinianos, iconoclastas de los siglos XII, XVI y XVII.

De Duabus Christi voluntatibus. En este precioso opúsculo, refuta San Juan Damasceno á los monotelitas, demostrando que aunque en Jesucristo no hay más que una persona divina, hay dos naturalezas y dos voluntades.

En el libro *De natura composita*, impugnó y confundió á los acéfalos, hereges denominados así porque no reconocian jefe ninguno ni respetaban la divina gerarquía.

La epístola *De trisagio* va encaminada á destruir las falsas nociones que acerca de la Santísima Trinidad tenian ciertos hereges denominados teopaschitas.

De Orthodoxa fide. Consta de cuatro libros, y es una excelente exposicion de la doctrina católica, al propio tiempo que una sólida refutacion de casi todos los antiguos errores. Belarmino cree que esta obra sirvió de modelo á Santo Tomás y á Pedro Lombardo. Nosotros insistimos en creer que el verdadero plan de la *Suma Teológica* no se encuentra en los cuatro libros *De Orthodoxa fide*, publicados por San Juan Damasceno, sino en los tres libros *De las sentencias*, escritos un siglo antes por San Isidoro, Arzobispo de Sevilla.

Paralella. Esta obra es una magnífica coleccion de

sentencias de la Sagrada Escritura y los Santos Padres, hecha con claridad y buen método.

De Hæresibus. Es un opúsculo en el cual se reseñan las antiguas heregías.

Ya hemos indicado que San Juan Damasceno mereció un señaladísimo favor de la Santísima Vírgen. Ahora debemos añadir, que San Juan Damasceno compuso varios discursos elegantísimos en honra de la Inmaculada Madre de Jesus.

Lógica et Physica. En esta obra expone San Juan Damasceno la filosofía de Aristóteles, procurando *cristianizarla*, por decirlo así. En esto sí que fué el verdadero precursor de Santo Tomás de Aquino.

Oratio pro fidelibus defunctis. En este discurso se cuenta que Trajano fué sacado del infierno por las oraciones del Papa San Gregorio Magno, y la intercesion de Santa Falconila y Santa Tecla. Acerca de este discurso y de este milagro puede verse lo que dice Natal Alejandro, en la *Historia eclesiástica*, siglo II, disertacion 1.ª. En la edicion de 1741, que tenemos á la vista, se halla la citada disertacion en el tomo 5.º, págs. 67 y 68 hasta la 88 inclusive.

De Dialogo adversus Manichæos. Esta obra parece de dudosa autenticidad.

Historia Balaam et Josaphat. Es una excelente obra, tan digna de San Juan Damasceno como útil para los que la consulten.

2.º Alcuino floreció en el siglo VIII. Era inglés y diácono de la iglesia de Yorck. Tenia una instruccion inmensa, y se ocupaba en enseñar con gran crédito

las ciencias sagradas. Carlo Magno, emperador de Occidente, tan conocido por sus empresas guerreras como por su amor á la Santa Sede y al cultivo de las ciencias, llamó á Alcuino, lo nombró su maestro y lo tuvo á su lado en Francia. Alcuino hablaba á Carlo Magno con entera libertad. En una ocasion hubo un diálogo entre el sabio maestro y el augusto discípulo, que debemos aquí copiar, porque revela los buenos deseos del segundo y los sanos consejos del primero.

«¡Ojalá, decia Carlo Magno, me concediese el cielo doce hombres tan sabios como San Gerónimo y San Agustin!» «¡Cómo! replicó Alcuino, ¿es prudente que os atrevais á pedir doce hombres como San Gerónimo y San Agustin sólo para vuestro reinado, cuando Dios se ha contentado con enviar estos dos únicos hombres para toda su Iglesia?»

Aquí se ve en Carlo Magno el amor á la ciencia y el deseo de dominacion, y en Alcuino el empeño constante en inculcar la humildad y combatir la soberbia.

Alcuino aconsejaba á Carlo Magno que no cesase de trabajar en beneficio de la civilizacion, estableciendo colegios para la educacion de la juventud. Alcuino aprovechaba en este punto la buena voluntad del rey, y gracias á su saber y á su celo, se vieron aparecer en Francia aquellas célebres escuelas que tanto se multiplicaron en los siglos posteriores.

Alcuino escribió contra Félix y Elipando, hereges españoles que turbaban la Iglesia en aquella época.

Murió en la abadía de San Martin de Tours el dia 19 de Mayo del año 804.

Alcuino era un verdadero sabio y un verdadero erudito. Su estilo no es puro, ni su lenguaje correcto. Sus obras no pueden considerarse como un modelo bajo el punto de vista literario; pero es indudable que en ellas brillan los profundos conocimientos que tenía su autor en la teología, en la filosofía, en la historia y hasta en las bellas letras. Escribia en prosa y verso, si no con elegancia, con mucha facilidad.

Las obras de Alcuino se publicaron en París el año de 1617 en un tomo en fólio.

Alcuino escribió siete libros contra el herege español Félix de Urgel, y otros tres más contra Elipando.

De fide Trinitatis. Esta obra consta de tres libros, y está dedicada á Carlo Magno.

De Rhetorica, Dialectica, et Musica.

Epistola ad Eulaliam Virginem, De animæ ratione.

Interrogationes et responsiones in librum Geneseos.

Enchiridion. Es una piadosa y breve exposicion de los salmos penitenciales y graduales, y además del salmo 118.

Además de estas obras, tiene muchos otros comentarios sobre diversos libros de las Sagradas Escrituras.

Alcuino dividió por semanas el Salterio, y dió á su trabajo el título de *Offitiorum per ferias.* Hizo la coleccion de las Homilias de los Santos Padres, que se leen anualmente en el Oficio Divino.

De virtutibus et vitiis.

De anti-Christo.

Vida y milagros de San Martin.

Epístolas á los Papas Adriano I y Leon III, y al rey Carlo Magno.

Confessio fidei. Está dividida en cuatro partes.

El célebre Padre Mabillon, escribió un excelente elogio histórico de Alcuino.

3.° Pablo, diácono de Aquileya, floreció tambien en el siglo VIII. Era muy adicto á Desiderio, el último rey de los lombardos. Cuando Carlo Magno conquistó la Lombardía, se llevó á su rey cautivo á Francia. Desiderio era un rey ambicioso y sacrílego que se empeñó en conquistar á Roma y perdió sus propios estados, cayó prisionero y murió desterrado de su patria. Pablo Diácono, tambien, ó como prisionero ó por no apartarse de su rey, se trasladó de Italia á Francia. Carlo Magno lo trató con mucha benevolencia y lo colmó de honores; pero ó porque realmente conspirase contra la vida del emperador francés, ó por otra causa desconocida, lo cierto es que Pablo Diácono fué desterrado de Francia y se refugió en el monasterio de Monte Casino. En este monasterio profesó la regla de San Benito.

Se cree que Pablo no murió hasta los primeros años del siglo IX.

Pablo Diácono, era un excelente historiador. Escribió las vidas de San Gregorio Magno, de San Cipriano, de San Benito, de San Mauro, Santa Escolástica y otros santos.

Historia Longobardorum. Consta de seis libros.

Expositio regulæ Sancti Benedicti.

La célebre *Historia Miscella*, tiene ocho libros de Pablo Diácono.

Hemos creido conveniente dar estos ligeros detalles acerca de Pablo Diácono, porque como historiador antiquísimo, es muy conocido, y se cita con mucha frecuencia.

CAPÍTULO XXX.

Usuardo, Anastasio, Focio y San Gregorio.

1.° Usuardo fué monje benedictino, y floreció en el siglo IX. No es bien conocida su biografía. A no ser por los oscuros vestigios que han quedado en sus escritos, nada se sabria de su persona. Los tiempos han caido sobre su vida como una perpétua nube, y no permiten ver ni sus hechos, ni su nombre, ni su patria, ni el lugar de su nacimiento, ni la época de su muerte. Sin embargo, el nombre de Usuardo ha llegado hasta nuestros dias y no perecerá por cierto en el siglo futuro. Usuardo escribió y dedicó al rey Cárlos el Calvo un *Martirologio* que es una de las crónicas más estimadas de la edad media. Aparte el interés religioso que es grande, este Martirologio tiene un inmenso interés histórico, que por nadie puede ser desconocido. El Martirologio de Usuardo, es como un

faro esplendente que en aquella época de turbulencias y de tinieblas guia á los esploradores de los tiempos antiguos para que no se precipiten en un abismo insondable de confusion y oscuridad. *El Martirologio* de Usuardo se ha citado hasta aquí, se cita hoy y se citará siempre. Se han hecho muchísimas ediciones de este Martirologio. Nosotros tenemos á la vista la que hizo Molano en Lovaina, en 1568, la del Padre Sollier, jesuita, hecha en Amberes en 1714, y la que hizo el Padre Buillart, benedictino, en París, en el año de 1718.

2.° Anastasio, llamado el Bibliotecario, floreció en Roma bajo los pontificados de Nicolás I, Adriano II, y Juan VIII. Como presbítero romano asistió en el año 869, al octavo Concilio General celebrado en Constantinopla. Con sus profundos conocimientos, su elocuencia y su actividad, fué un poderoso auxiliar de los legados de la Santa Sede en el citado Concilio. Poseia perfectamente el griego y el latin. Tradujo del griego al latin las actas de los Concilios 6.° 7.° y 8.° Además tradujo la vida de San Juan el Limosnero y la de San Demetrio mártir. Escribió la vida de San Dionisio Areopagita, tradujo sus obras y las envió al rey de los francos Cárlos el Calvo.

Compuso *La Historia del cisma de Focio*. Esta obra es tanto más importante cuanto que su autor, además de tener á la vista los documentos originales, habla de cosas que han pasado en su tiempo, que ha visto ó ha oido, ó en las cuales ha tomado una gran parte.

Compuso Anastasio tambien unas memorias ó co-

leccion de documentos importantísimos para conocer la heregía de los monotelitas.

Tiene igualmente una obra titulada *Vidas de los Papas* que abraza el período comprendido entre San Pedro y Nicolás I.

Las obras de Anastasio el Bibliotecario fueron publicadas en Roma por Bianchini, en 1718, en 4 tomos en folio.

3.° Focio, patriarca de Constantinopla, pertenecia á una familia ilustre y rica. Era sobrino del patriarca Taracio, y hermano del patricio Sergio, de tan elevada alcurnia, y tan alta posicion que pudo desposarse con la hermana misma del emperador. Focio mostró desde sus primeros años grande ingenio, y sus padres procuraron educarlo bien para que no se malograsen sus talentos. Tuvo muy buenos profesores, entre ellos el célebre Bardas, y todos admiraban su precocidad, su aplicacion y la madurez de su juicio. Sus talentos podian llamarse universales. No se veia en él inclinacion hácia una ciencia determinada, sino que con la grandeza de su ingenio queria abarcarlas todas. Estudió la gramática, la poesía, las matemáticas, la medicina, la astronomía, la oratoria, la crítica, la filología y la filosofía. Su nacimiento y su instruccion lo elevaron á los más altos puestos del imperio. Fué gran escudero, capitan de la guardia imperial, embajador en Persia y primer ministro.

Su espíritu inquieto no reposaba en ninguna parte. Se cansó de los honores del mundo, y movido por un impulso, acaso natural, quizá de fastidio y no de la

gracia, abandonó todos los cargos civiles que poseia y abrazó el estado eclesiástico. En esta época se dedicó al estudio de las ciencias sagradas. Adelantó mucho en ellas; pero sus conocimientos fueron siempre más extensos que profundos. Aunque estudiaba los libros sagrados y el derecho canónico, salta á los ojos que lo hacia más por espíritu literario y de crítica, que de fé y sólida piedad. Como su vocacion no era verdadera, la humildad no fué la norma de su vida, y su ambicion empezó á desarrollarse en proporciones verdaderamente espantosas.

San Ignacio, patriarca de Constantinopla, fué sacrílegamente arrojado de su silla. Focio, lleno de ambicion, queria ser patriarca y consintió en sucederle. Desgraciadamente su crédito personal y la importancia de su familia le abrieron las puertas del crímen. Los obispos que acababan de deponer á San Ignacio no tuvieron reparo en conferir á Focio, en el breve espacio de seis dias, todas las órdenes sagradas, y por último, lo eligieron para ocupar la silla de Constantinopla. Se perpetró este horrendo sacrilegio el dia mismo de Navidad, en el año 857.

Focio, arrastrado por su ciega ambicion, se hizo tan perverso como hipócrita. Aparentando una santidad farisáica, que estaba muy lejos de su corazon, escribió una carta al Papa Nicolás I, manifestándole que consideraba el Episcopado como una carga insoportable; que habia sido elegido contra su voluntad, y que su eleccion habia sido para él una inmensa desgracia, por no decir un verdadero martirio. Sin embargo, al

tiempo mismo que esto decia, enviaba legados á Roma para que, con riquísimos presentes, torciesen la rectitud del Vaticano. ¡Vano intento! Para el Papa, para el sucesor de San Pedro, para el Vicario de Jesucristo no habia ni podia haber ningun presente tan rico como la virtud y la inocencia de San Ignacio. Y no sólo procuraba el impío Focio corromper la Santa Sede, sino que además aprovechándose del poderoso influjo que ejercia en el ánimo del emperador Miguel, trató con espantosa crueldad á los católicos que no renegaban de su fé ni abandonaban la justa causa de San Ignacio.

Focio, aparentando querer destruir la heregía de los iconoclastas, logró reunir un conciliábulo en Constantinopla el año 861. Los legados del Papa fueron en él sorprendidos y maltratados. El Papa, lleno de santa indignacion, no pudiendo sufrir por más tiempo, restableció á San Ignacio en su silla y fulminó el anatema contra Focio. Focio, á su vez exaltado por la soberbia y engreido con el apoyo del emperador, tuvo la sacrílega osadía de excomulgar al Vicario de Jesucristo. Inútil es advertir que esta sentencia fué recibida con espanto y rechazada con horror por los fieles. Muerto el emperador Miguel, concluyó toda la influencia y todo el prestigio de Focio. El emperador Basilio lo expulsó de Connstantinopla y permitió á San Ignacio que volviese á ocupar su silla. En el año 859 se celebró el octavo Concilio Ceneral en Constantinopla, y en él se cumplió todo lo ordenado antes por la Santa Sede. Focio fué anatematizado

y lo fueron con él todos sus secuaces. Los obispos firmaron las actas de este Concilio con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo que tenian en un cáliz consagrado al intento.

Pero Focio, adulador é hipócrita, tan soberbio como rastrero, viendo que su causa era condenada en todas partes, apeló á un recurso diabólico para granjearse la amistad del emperador. El emperador Basilio era de muy humilde cuna, y tenía gran pena por no llevar en sus venas la sangre de la alta aristocracia. Enterado Focio de esta debilidad del emperador, quiso valerse de ella para abrirse las puertas de palacio. Al intento compuso una historia absurda, llena de invenciones ridículas, con el objeto de presentar una especie de carta de nobleza ó árbol genealógico, en el cual hace descender al emperador Basilio, por línea recta, nada menos del célebre Tiridates, rey de Armenia. Apenas el emperador Basilio recibió esta obra, creyó, ó aparentó creer en lo que decia, la hizo circular por todas partes, llamó á Focio, le franqueó las puertas de palacio, le concedió toda su amistad y confianza, y hasta le dió órden para que volviese á ocupar la silla de San Ignacio, que acababa de morir. Sucedió esto en el año 877.

El Papa Juan VIII no se opuso á que Focio celebrase un nuevo concilio en Constantinopla. Las protestas hipócritas de este heresiarca, allanaban muchas dificultades. Es imposible precaverse contra hombres pérfidos que llevan siempre la paz en sus labios, aunque nunca abandonen la malignidad en su corazon. Focio

presentó exigencias que no pudieron ser satisfechas. Los Papas Martino, Adriano y Esteban, reprobaron sucesivamente su conducta. Focio entonces se declaró abiertamente contra la Santa Sede, negando la procesion del Espíritu Santo, combatiendo la palabra *filioque*, y declamando contra la iglesia latina, porque usaba en el sacrificio de la Misa el pan sin levadura. Este fué el orígen del malhadado cisma de Oriente que tantos dias de dolor y lágrimas ha dado á la Iglesia.

El emperador Leon examinó la causa de Focio, lo condenó, lo expulso de Constantinopla y lo hizo encerrar en un monasterio de la Armenia, en el cual murió el año 891. Fleury describe á Focio en los términos siguientes: «Era, dice, el hombre más sabio de su siglo, pero al propio tiempo era un perfecto hipócrita, que se expresaba como un santo y obraba como un malvado.»

A pesar de esto, nosotros que condenamos la conducta y la doctrina de Focio, no podemos menos de leer y consultar los monumentos de la antigüedad que ha conservado en algunas de sus obras.

Los principales escritos de Focio, son los siguientes:

La Biblioteca de los Padres. Es una coleccion de extractos de las escritas de doscientos ochenta escritores, cuyas obras en gran parte se han perdido, y solo se conocen por lo que de ellas se conserva en la Biblioteca de Focio. Basta indicar el objeto de esta obra para comprender cuál es su importancia.

Compuso además un tratado de las voluntades en Cristo, y otro de la Divinidad y Encarnacion del Hijo

de Dios. Tiene un comentario sobre las epístolas de San Pablo y un sermon de la Natividad de la Virgen. Su opúsculo *De Officio principis*, dirigido á Miguel, rey de los búlgaros, encierra 37 máximas, de grande utilidad para los que rigen los destinos de las naciones. Pueden leerse en la Historia eclesiástica de Natal Alejandro, siglos IX y X, tomo 11, cap. 3.°, artículo 25.

La edicion de las obras de Focio que hemos consultado, es la que se hizo en Rouen en 1653.

4.° Gregorio VII, antes de ser Papa, fué muy conocido con el nombre de Hildebrando. Fué hijo de un carpintero de Soano, en Toscana. Recibió su primera educacion en Roma, y entró por último, como monje, en la Abadía de Cluni. Llegó á ser prior de este célebre monasterio. Su ingénio, su inmenso saber, su experiencia en los negocios, y su perfecto conocimiento del mundo, lo llamaban al desempeño de cargos muy diversos de los que podia conferirle su abadía. Fué nombrado por Enrique III ayo de su hijo Enrique IV. Más tarde recibió destinos de suma importancia en Roma. Fué por el largo espacio de veinte años el consejero de todos los Papas. En 1073 fué Hildebrando elegido para suceder á Alejandro II en la silla de San Pedro. Tomó el nombre de Gregorio VII, y ejerció la autoridad suprema con tanto celo y tanta actividad, tanta inteligencia y tanto acierto, que sus hechos le han colocado en la más alta gerarquía de la historia. Aun bajo el punto de vista meramente humano, no puede eclipsarse el nombre de Gregorio VII aunque

se ponga en parangon con los hombres más grandes que han existido en el mundo.

Este Papa veia ya levantarse en Oriente el poder de la media luna, y concibió el gran pensamiento de las Cruzadas para destruirlo en su propio orígen. Sostuvo luchas terribles y constantes con su antiguo discípulo el emperador Enrique IV de Alemania, para corregir sus vicios, reprobar su ambicion y condenar su sacrílego empeño en privar al Papa de su autoridad y usurpar su territorio, su dominio temporal, á la silla de San Pedro. Enrique IV era espantosamente cruel con sus súbditos, inmoral y corrompido en sus costumbres, no conocía freno en su ambicion y no cesaba de perturbar la paz y producir cismas en la Iglesia. Gregorio VII al anatematizarle, no solo defendió la justicia y condenó la iniquidad, sino que protestando contra la ambicion y el libertinaje, que son la causa de todas las tiranías, hizo un bien inmenso á la humanidad.

Gregorio VII atendia á todas las necesidades de la Iglesia. Convocó y presidió muchos concilios, en los cuales se redactaron excelentes cánones relativos á la disciplina. El gran pensamiento de Gregorio VII consistia en dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; en arrancar del mundo el paganismo y basar la sociedad entera sobre la fé y sobre la moral de Jesucristo; en instruir al clero y hacer que resplandeciesen tanto en la ciencia como en la virtud todos sus ministros; en lograr, por último, que la unidad de la Iglesia existiese no solo en el dogma y en la

moral, sino tambien en la disciplina, en los ritos y hasta en la lengua. Gregorio VII queria que los gobiernos fuesen cristianos, que las sociedades fuesen cristianas y que hasta las ciencias, por decirlo así, se *cristianizasen*. Este es el motivo del ódio que profesa la incredulidad á Gregorio VII. Voltaire y Rousseau en el pasado siglo, Mazzini y Proudhon en nuestros dias, y para decirlo de una vez, todas las sectas de la fracmasonería no se han propuesto, ni se proponen más, que destruir la fé en la divinidad de Jesucristo, *descatolizar* la sociedad y desterrar del mundo la creencia en la revelacion divina. Fácil es comprender que el objeto de la incredulidad, es enteramente contrario al gran pensamiento de Gregorio VII.

Murió este Santo Pontífice desterrado en Salerno, el dia 24 de Mayo del año 1085. Poco antes de espirar, dirigiéndose á los que le rodeaban, dijo: «He amado la justicia; he aborrecido la iniquidad; por esto muero en el destierro.» Su nombre fué inscrito en el Martirológio romano en 1584.

Para formar idea más exacta de Gregorio VII, puede leerse lo que decimos en *El Papa y los gobiernos populares*, tomo 2.°, desde el cap. 4.° hasta el cap. 7.°, ambos inclusive.

Tenemos de Gregorio VII una obra que siempre será consultada con fruto. Es la coleccion de sus cartas, escrita desde el año 1073 hasta el 1082, divididas en nueve libros. Entre estas cartas, que con razon se han insertado en las colecciones de los Concilios, se encuentra un breve opúsculo, titulado *Dictatus Papæ*,

cuya autenticidad niegan algunos críticos de buena nota. Es imposible leer las cartas de San Gregorio VII, sin ver en ellas los gigantescos esfuerzos de este gran Papa por salvar la sociedad y las grandes virtudes y corregir los grandes vicios de su siglo.

CAPITULO XXXI.

San Pedro Damiano y San Anselmo.

1.° San Pedro Damiano era de Italia. Su familia era oriunda de Rávena. Fué monje en el convento de Santa Cruz de Abelino. Llegó á ser prior de su monasterio. Floreció en los Pontificados de Gregorio VI, Clemente II, Leon IX, Victor II, Esteban IX y Nicolás II. Esteban IX nombró á San Pedro Damiano cardenal de la iglesia romana. Tanto era el crédito de este Santo, que su influencia fué decisiva para resolver las cuestiones suscitadas por los cismas del antipapa Benedicto contra Nicolás II y de Cadolay contra Alejandro II. Por encargo del Papa Alejandro, desempeñó una legacion en Francia y en Alemania. Alejandro II, escribiendo á los obispos de Francia para darles cuenta del legado que les enviaba, les dice: «Os envio á Pedro Damiano, obispo de Ostia, *qui ni-*

mirum et noster est oculus, et apostolicæ sedis inmobile firmamentum.» Muy grandes deberian ser el ingenio y la virtud de San Pedro Damiano cuando un Papa, en ocasion tan solemne, lo llama ojo é inmóvil firmamento de la cátedra Pontificia. La mision de San Pedro Damiano en Alemania, era muy delicada, y sin embargo, la desempeñó con toda la dignidad, toda la prudencia y todo el celo que podian desearse. El emperador Enrique queria repudiar á Berta, su legítima mujer, para contraer segundas nupcias. San Pedro Damiano se veia obligado á combatir este injusto repudio, enfrenar las pasiones del príncipe y hacer respetar las leyes de la Iglesia. Bastan estas ligeras indicaciones para que se comprenda toda la importancia de su mision.

San Pedro Damiano fué rígido y constante defensor de la disciplina eclesiástica. Defendió con firmeza y constancia la ley del celibato en los clérigos; clamó sin cesar contra los simoniacos, y habló y escribió muchísimo contra los matrimonios incestuosos.

Murió San Pedro Damiano el dia 23 de Febrero del año 1072.

Sus obras fueron reunidas é impresas en tres tomos por el Padre Constantino Cayetano, monje benedictino. El tomo 1.° contiene *Las epístolas* divididas en ocho libros. El tomo 2.° contiene varios sermones y vidas de santos. El 3.° y último consta de sesenta opúsculos sobre diferentes materias.

El sermon sesenta y seis *De San Martino*, que se halla en el tomo 2.° no es de San Pedro Damiano. El

sermon 2.°, de San Andres y el de San Nicolás, aunque se encuentran entre los sermones de San Pedro Damiano son tambien atribuidos á San Bernardo.

El sermon de la vigilia de la Natividad del Señor, es ciertamente de San Bernardo, por más que algunos críticos se lo hayan atribuido al Santo Obispo de Ostia. Tambien es de San Bernardo el sermon de San Esteban.

El libro *De Correccione Papæ*, fué atribuido por los hereges á San Pedro Damiano en el año de 1562, con el fin de escudarse con la autoridad de este Santo Padre. Su estilo, su doctrina, las cuestiones que trata, las alusiones que hace, la maligna intencion con que está redactado, todo prueba que fué una obra escrita por los protestantes del siglo XVI y atribuida á San Pedro Damiano como pudieran haberla atribuido á San Isidoro ó á San Agustin por ejemplo. Juan Laudense, discípulo de San Pedro Damiano, escribió su *Vida*. Esta biografía se insertó al frente de la edicion de Constantino Cayetano, y se halla tambien en los Bolandos, dia 23 de Enero.

2.° San Anselmo, Arzobispo de Cantorbery, nació en Augusta, al pié de los Alpes, el año de 1033. Desde sus primeros años se mostró muy inclinado á la virtud y al estudio. Quiso entrar en el monasterio de Bec en Normandía, atraido por la santidad de sus monjes y la fama de su abad ó prior el célebre Lanfranco. Profesó San Anselmo en este monasterio la regla de San Benito. Fué prior y abad. Este último cargo lo recibió

en el año 1078. El año 1093, fué nombrado Arzobispo de Cantorbery en Inglaterra.

El rey de la gran Bretaña, Guillermo el Rojo, era hombre de perversas costumbres, enemigo del Papa Urbano II y defensor del anti-papa Guiberto. San Anselmo no podia menos de censurar al monarca por sus vicios y su error, y esto le grangeó la indignacion de Guillermo, la maledicencia de los cortesanos y una órden de destierro.

San Anselmo, obligado á huir del territorio inglés, se refugió en Roma. El Papa Urbano II, lo acogió con todo el respecto y toda la benevolencia que merecia un hombre tan santo, un teólogo tan sábio y un prelado tan justo y tan celoso.

San Anselmo combatió el cisma de Oriente y defendió con grande elocuencia la procesion del Espíritu Santo en el Concilio de Bari celebrado en 1098. Terminado este Concilio hizo un viaje á Francia, con el fin de irse acercando á su Iglesia. En todo el tiempo de su destierro no cesó de estudiar, de enseñar, de corregir, de argüir, de arrancar, de edificar y de plantar, como manda la Santa Escritura á todos los ministros del Señor.

Muerto Guillermo el Rojo, se abrieron de nuevo para San Anselmo las puertas de la Gran Bretaña. Volvió á Cantorbery y fué recibido con grandes aclamaciones en su Iglesia. Por la cuestion de las investiduras, se vió en la necesidad de reprobar la conducta de Enrique I, monarca sacrílego, que no contento con el gobierno civil, queria tambien ejercer el gobier-

no de la Iglesia. Esta cuestion le ocasionó un nuevo destierro.

Pasado algun tiempo, disipado el entusiasmo de las disputas, volvió á Inglaterra, y murió en su Iglesia de Cantorbery el dia 21 de Abril de 1109, á la edad de setenta y seis años.

El Padre Gerberon publicó en 1675 una edicion de sus obras. En Venecia se hizo otra edicion, en 1744, en dos tomos en fólio. El monje Edmer escribió una excelente biografía de San Anselmo.

San Anselmo era no solo Teólogo sino filósofo, metafísico y lo que hoy se llama un pensador profundo. El célebre argumento de Descartes para demostrar la existencia de Dios por la idea del ente infinito, lejos de ser invencion original del filósofo francés, fué una copia servil, hecha en el siglo XVII, de lo enseñado por San Anselmo en el siglo XI.

Hallándose San Anselmo en el monasterio de Bec en Normandía, escribio el *Monologio*, el *Proslogio*, el libro *Contra Guanilonem*, los diálogos *De veritate, de casu diáboli, de libero arbitrio, de grammatico*. En el mismo tiempo escribió y publicó sus célebres *Meditaciones*.

En el año 1094, concluyó el libro *De fide Trinitatis* que habia comenzado algunos años antes, siendo abad del monasterio de Bec. Está dedicado este libro al Papa Urbano II.

Los libros titulados *Cur Deus homo?* comenzados tambien siendo abad, fueron concluidos en el año 1098.

En 1099 terminó el tratado *De Conceptu Virginali*.

El libro *De procesione Spiritus Sancti* y la epístola *De Azymo*, se publicaron en 1101.

La epístola *De diversitate sacramentorum*, lleva la fecha de 1102.

El libro *De concordia* fué terminado en los últimos dias de la vida de San Anselmo. En esta preciosa obra se esplica la armonía que existe entre la presciencia, la predestinacion y la gracia de Dios, y el libre alvedrío del hombre.

Se atribuyen muchas obras á San Anselmo que debemos aquí enumerar y calificar con suma rapidez.

El libro *De voluntate Dei*, aunque está fundado en la doctrina de San Anselmo, no fué escrito por este Santo Padre. No se encuentra en los antiguos manuscritos ni habla de él Edmer en la *Vida de San Anselmo*.

El libro *De malo* no es más que un extracto ó un fragmento del cap. XI del diálogo *De casu diaboli*.

Offendiculum sacerdotum. Este opúsculo está formado de la epístola 56 del Lib. 1.° de San Anselmo. El *Tratado de nuptiis consanguineorum* es de San Anselmo, por más que algunos críticos susciten dudas acerca de su autenticidad. La razon principal que hay para negar la autenticidad de esta obra nos parece bastante fútil. En los caps. III y VII dice que los consanguineos en sesto grado pueden contraer matrimonio. Esto es contrario á la antigua disciplina de la Gran Bretaña, que prohibia el matrimonio á los consanguíneos hasta el sétimo grado inclusive. Nos parece que es esta una razon bien poco grave para suponer que no es de San Anselmo un libro que lleva su nombre.

Homiliæ et exhortationes, no se encuentran en los antiguos manuscritos ni habla de ellas el monje Edmer. Por lo tanto se consideran como de incierta autenticidad.

De contemptu mundi. Es una composicion en verso que no parece de San Anselmo.

La meditacion 9.ª que principia con las palabras *Jesum Nhazarenum*, se encuentra tambien entre las obras de San Bernardo con el título de *Sermo de passione Domini*. Se cree, no obstante, que no es de San Anselmo ni de San Bernardo.

Orationes Sancti Anselmi. Algunas son auténticas, pero la mayor parte no tienen de San Anselmo más que el nombre que les ha dado la posteridad. Seria muy difícil el poder distinguir las genuinas de las que no lo son.

Psalterium Beatæ Virginis. Se cree que no es del Santo Arzobispo de Cantorbery.

Elucidarium. Basta hojear este opúsculo para convencerse de que no es digno de San Anselmo.

Dialogus de passione Domini. Si es de San Anselmo, es preciso confesar que tiene cosas indignas de su brillante pluma.

De mensuratione crucis. Parece escrito este libro en época posterior á San Anselmo. Cita á San Bernardo, lo cual no acontecia aun en los tiempos de San Anselmo, y emplea términos escolásticos que no fueron usados hasta el siglo XIII.

De Conceptione Beatæ Virginis. Los críticos están muy divididos acerca de la autenticidad de este libro. El

cardenal Baronio, en las *Notas al Martirologio Romano*, dia 8 de Diciembre, dice lo siguiente: «Este tratado se atribuye á San Anselmo; pero hay motivos para dudar que sea suyo.» Nosotros creemos, sin embargo, que esta obra es digna de San Anselmo, y que se continuará siempre citando en su nombre. De todos modos, si no es suya, es de otro escritor del mismo tiempo tan respetable como el mismo San Anselmo.

La carta *De Conceptione Beatæ Virginis* tambien se ha considerado como de dudosa autenticidad. Nosotros no hallamos razones bastantes para justificar esta duda.

Disputatio judæi cum cristiano. Esta obra fué escrita por el abad Gisberto, y sólo examinada por San Anselmo.

Annulus. Es un diálogo importante, en el cual disputan un cristiano y un judío acerca de la fé de los Sacramentos. Aunque lleva el nombre del Santo Arzobispo de Cantorbery, su verdadero autor es el abad Ruperto.

De Sacramento altaris. Este opúsculo no puede ser de San Anselmo porque censura la obra *De divinis officiis*, escrita por el abad Ruperto en 1111, ó sea dos años despues de la muerte de San Anselmo.

De membris et actibus Deo attributtis. Esta obra se ha atribuido á San Anselmo, á San Agustin, á San Gerónimo y á San Buenaventura. Y lo más curioso es que se ha insertado en las obras de todos estos Santos Padres.

De imagine mundi. Tampoco es este opúsculo de San Anselmo.

Hemos creido conveniente hacer esta ligera exposicion de las obras supuestas ó dudosas de San Anselmo, porque se encuentran en sus ediciones, se citan con su nombre y llevan su autoridad. La crítica es aquí indispensable para distinguir la escoria del oro puro.

CAPÍTULO XXXII.

San Bernardo.

1.° Nació San Bernardo el año de 1091 en el pueblo de Fontaine, en la Burgoña. Sus padres, Tecelino y Aleta, distinguidos por su fé y su piedad, tuvieron siete hijos. San Bernardo era el tercero.

Desde sus más tiernos años se consagró á la virtud y al estudio. A la edad de veinte y dos años entró con treinta de sus compañeros en el monasterio del Cister. San Bernardo era tan austero en sus costumbres, como sútil en su ingénio, y dulce y persuasivo en su maravillosa elocuencia. En el año 1115 se fundó el monasterio de Clairvaus ó Claraval, y San Bernardo fué nombrado su abad, aunque apenas habia concluido el noviciado y tenia muy poca edad. Su virtud y su talento suplian con gran ventaja la falta de sus años.

San Bernardo era en su monasterio hombre de penitencia, maestro de moral, doctor de la fé, apóstol de las gentes, terror de los hereges, consejero de los príncipes, consultor de los Papas y hasta cultivador de los campos. Los que hoy oyen hablar de las antiguas abadías, se figuran quizá que eran tan ricas cuando se fundaron como cuando fueron destruidas por la revolucion. Es esto un error crasísimo. Contrayéndonos á la abadía de San Bernardo, debemos decir que se fundó en un país inculto é inhospitalario, poblado únicamente por las fieras y por los bandidos. San Bernardo y sus monjes llevaron la vida á aquella soledad, la fecundidad á aquella tierra estéril, y la caridad á aquellos bosques, antes sólo conocidos por las huellas del crímen que se encontraban en todas partes. San Bernardo y sus monjes poblaron y cultivaron aquella tierra que no tenia dueño ni producia nada para nadie. Sus frutos, sus riquezas, sus huertas, sus jardines, sus puentes, sus caminos, todo se debia al sudor y á la sangre de los monjes. El mismo San Bernardo invertia muchas horas en trabajar con sus propias manos.

Nos ha parecido conveniente exponer aquí esta sencilla reflexion para demostrar cuán erradas son las ideas que ha sembrado la filosofía incrédula, acerca de la ociosidad de los monjes.

El Papa Eugenio III habia sido monje y discípulo de San Bernardo. Esto contribuyó mucho á extender por toda la tierra el crédito del melífluo doctor.

Los templarios necesitan unas *Constituciones*, y al

momento, en 1128, apelan á San Bernardo para que las redacte.

Se suscita el cisma entre el anti-papa Anacleto y el Papa Inocencio II, y San Bernardo es llamado para que, con el enorme peso de su autoridad, dirima tan grave contienda. En 1130 se reunió un concilio para examinar esta cuestion, y todos los Padres aprobaron la opinion de San Bernardo, favorable al Papa Inocencio II. La Iglesia de Milan se obstinaba en respetar á Anacleto y no reconocer á Inocencio. San Bernardo hizo con este motivo un viaje á la Italia del Norte, y los fieles de Milan no sólo aceptaron la doctrina de San Bernardo, sino que lo recibieron con mucho entusiasmo, y enmedio de vivísimas aclamaciones se empeñaron en nombrarlo para ocupar la vacante silla de San Ambrosio. San Bernardo, lleno de profunda humildad, no quiso aceptar esta mitra tan ilustre; pero siempre es bueno consignar el hecho, para que todo el mundo conozca y admire el gran triunfo obtenido por el Santo Abad de Claraval.

En el Concilio de Sens, celebrado en 1140, refutó San Bernardo é hizo condenar los errores del célebre Abelardo.

En todas las necesidades de la Iglesia se apelaba siempre al Santo Abad de Claraval. San Bernardo es quien refuta al herege Gilberto Porretano, obispo de Poitiers. San Bernardo es quien impugna y confunde á Abelardo, sosteniendo la doctrina católica acerca de la fé, de la gracia, de la Santísima Trinidad y de todos los demás dogmas negados ó alterados por su

rival. San Bernardo es quien con su poderosa elocuencia defiende el poder temporal de la Santa Sede, combatiendo al sacrílego y sedicioso Arnaldo de Brescia. San Bernardo es quien destruye los cismas, quien une á los obispos, quien reconcilia á los príncipes con los Papas, y mueve á los mismos romanos á pedir perdon por su rebeldía y abrir las puertas de Roma al Papa Eugenio III, á quien antes habian impíamente calumniado y perseguido. San Bernardo es el elegido para predicar contra los albigenses, hereges sediciosos é inmundos, que con su mala conducta corrompian las costumbres, y con su crueldad eran el terror de los pueblos. San Bernardo es quien acepta el cargo inmenso de encender la fé en el corazon de Europa para que los cristianos de Occidente pongan la cruz sobre su cuello, y á miles, á centenares de miles se dirijan al Oriente á destruir en su propio orígen el bárbaro poder de la media luna, que como un torrente avasallador se precipitaba sobre el Occidente.

En fin, San Bernardo era el verdadero rey de su siglo. Todo el mundo veneraba su virtud, pedia sus consejos, admiraba su saber y consideraba como un gran milagro su elocuencia.

Y enmedio de tanta grandeza, resplandace en él una humildad portentosa. Quieren nombrarlo Obispo de Génova, de Sens y de Milan, y él rechaza obstinadamente estas honrosísimas dignidades, juzgándose indigno de ellas. Un Papa es su discípulo, es su amigo, hace un viaje solo por visitarlo en Claraval, y San Bernardo, lejos de engreirse, se humilla con tan

señalada distincion. Murió el Papa Eugenio III, y San Bernardo, su maestro, su consejero y su defensor, continuó como antes siendo abad de Claraval. La humildad de este santo le obligaba á rechazar de una manera formal y constante todas las altas dignidades que se le ofrecian.

Se quiso honrar á San Bernardo confiándole la direccion de la Cruzada que con tanto éxito habia predicado, y por humildad rehusó este cargo tan honroso y que con tanta justicia y tanta insistencia se le ofrecia.

San Bernardo se habia propuesto trabajar mucho en la tierra, y no obtener recompensa ninguna antes de subir al cielo.

Murió en Claraval el dia 20 de Agosto de 1053 á la edad de 63 años. Al morir se vió rodeado de muchos obispos y abades que habian venido á recojer sus últimos suspiros, ó más bien, á arrebatar como el antíguo Elíseo, el manto del nuevo Elías que en hombros de ángeles volaba al cielo.

La vida de San Bernardo fué escrita en 1649 y publicada en París por Le-Maitre. Villesore publicó otra biografía de San Bernardo en 1704.

2.° Las obras de San Bernardo son numerosísimas. Se cuentan cuatrocientas *epístolas* dirigidas á monjes, pueblos, príncipes, obispos, cardenales y Papas. Sus sermones sobre diversos asuntos, ascienden á trescientos cuarenta. Ademas tiene doce tratados de ciencias teológicas y morales.

Todas estas obras se han impreso muchas veces.

Nosotros hemos consultado la edicion del Louvre, hecha en 1642, en seis tomos; la de Mabillon, hecha en 1690, en dos tomos en fólio, y esta misma reimpresa en 1719 y 1835.

La edicion de Mabillon es muy estimada por los importantes prefacios y eruditísimas notas que contiene. El tomo 2.° contiene la vida de San Bernardo, muchos documentos curiosos y los escritos de autenticidad dudosa que se han atribuido á este Santo Doctor. El tomo 1.° contiene las obras que son ciertamente de San Bernardo, y se divide en cuatro partes. En la primera se hallan las *epístolas*; en la segunda los tratados teológicos ó morales; en la tercera los sermones sobre asuntos diversos, y en la cuarta los discursos sobre el Cantar de los Cantares.

San Bernardo, por la dulzura de su estilo, es llamado el doctor melífluo.

Por el siglo en que floreció se le ha considerado tambien como el último de los *Padres*. Sin embargo, despues han existido algunos.

3.° Nos es imposible enumerar siquiera todas las obras de San Bernardo, y no podemos menos de decir algo acerca de las más notables. San Bernardo es el Santo Padre de Francia, como San Isidoro lo es de España, y es imposible no exponer con algun detenimiento su doctrina.

En el principio del pontificado de Honorio, publicó San Bernardo dos obras de sumo interés. La primera, *(el opúsculo sétimo)*, es un tratado de la humildad, dedicado á Godofredo, entonces prior de Claraval, y más

tarde obispo de Langrés, en el cual examina con admirable método los grados y las condiciones de la humildad, puestos en parangon con los grados y las condiciones del humano orgullo. Este libro, siempre provechoso, en aquel tiempo de ignorancia y de espantoso egoismo podia considerarse como enteramente necesario. San Bernardo se habia propuesto arrancar del corazon del hombre el culto de sí mismo ó sea los escesos del amor propio. Queria que los hombres pensasen más en el bien general que en el individual. El orgullo es la confusion y la guerra. La humildad es la paz y la armonía. ¡Cuán necesaria es hoy esta doctrina!

La segunda obra *(el opúsculo octavo)*, está dedicada al cardenal Aimeri, canciller de la Iglesia romana. Trata del amor á Dios y de los motivos que para amar á Dios tenemos. Conviene fijarnos en una sola division que hace del amor.

«El amor, dice, tiene cuatro grados: en el primero el hombre es imperfecto y solo se ama á sí mismo. En el segundo, conoce que no puede vivir sin Dios y lo ama por amor de sí mismo, por interés individual, porque Dios le es necesario. En el tercero, meditando en lo que es Dios, le ama por su bondad, por lo digno que es de ser amado, prescindiendo de todo interés egoista. En el cuarto y último, tanto se perfecciona el amor divino, que ya el hombre no solo ama á Dios por lo que es, sino que se ama á sí mismo por Dios. Ama todo lo que Dios ama y aborrece todo lo que Dios aborrece. Este grado de amor excluye toda afec-

cion criminal y es incompatible con la ambicion, con la venganza, con la opresion y con todo género de vicios.

En 1126 publicó San Bernardo la *apología* de su órden contra algunos monjes de Cluny, que le dirigian fuertes é injustos cargos. Este opúsculo revela todo el espíritu de caridad y justicia que reinaba en el corazon de San Bernardo. Este Santo Doctor señala lo que es reprensible con admirable candor, y aprueba y defiende lo que es laudable con encantadora modestia.

En 1128, escitado por el obispo de Albano, cardenal legado, asistió San Bernardo al Concilio de Troyes. Los Padres de este Concilio encargaron á San Bernardo la redaccion de los estatutos de la órden de los templarios.

Cediendo á las escitaciones de Enrique, Arzobispo de Sens, publicó San Bernardo en 1126 el *Opúsculo segundo*, que es un libro excelente acerca de los derechos y los deberes de los obispos. En aquella época feudal, esta obra tenía grandísima importancia.

En 1128 publicó San Bernardo el *opúsculo tercero*, que es un precioso tratado acerca del libre alvedrío y de su concordia con la divina gracia.

En el mismo año compuso en París el *Opúsculo primero*, ó sea un tratado contra la ambicion y la inconstancia.

La *epístola* 78, dirigida al abad de San Dionisio, es una exposicion de los escándalos que con su desenfrenada vida habia ocasionado el abad Suger antes de su conversion.

En 1129 pronunció San Bernardo un admirable discurso en el Concilio de Reims que tuvo consecuencias de gran provecho para la paz de la Iglesia. Un presbítero inglés, fué nombrado por un rey de Inglaterra obispo de Verdum en Francia. Este nombramiento suscitó cuestiones muy graves que hubieran podido perturbar las conciencias de los fieles. Por fortuna, renunció el obispo de Verdum, cediendo á las persuasiones de San Bernardo, y se restableció la paz en el seno mismo de la Iglesia.

En 1130, en el Concilio de Estampes, resolvió San Bernardo, como árbitro soberano, la peligrosa cuestion que entonces se agitaba en la Iglesia.

El dia 13 de Enero de 1131, reconcilió San Bernardo á Enrique, rey de la Gran Bretaña, con Inocencio, el legítimo Vicario de Jesucristo.

El dia 22 de Marzo de 1131, con un rasgo de valor digno de San Leon, contuvo San Bernardo en Lieja al rey Lotario, obstinado en obtener del Papa, de grado ó por fuerza, el derecho de las investiduras.

En el mismo año asistió San Bernardo al Concilio celebrado en Nimes. Fué el alma de esta augusta asamblea.

En 1131 escribió la *epístola* 124 dirigida á Hildeberto, Arzobispo de Tours, en defensa del Papa Inocencio. En el mismo año escribió otra epístola (la 125) al célebre doctor Godofredo, Arzobispo de Burdeos, en la cual deplora el cisma, reprueba el partido del anti-papa Anacleto, y defiende al Papa Inocencio. Del propio tiempo es la epístola 126 dirigida, en fa-

vor de Inocencio á los cuatro obispos de la Aquitania. La carta 127, dirigida al duque de Aquitania, no tiene más objeto que el de conciliar á este príncipe con la Santa Sede.

En 1133, San Bernardo acompañó al Papa en su viaje á Italia, y con el poder de su elocuencia logró restablecer la paz entre Pisa y Génova, que se hacian una guerra encarnizada.

En el mismo año escribió Sen Bernardo una carta al rey de la Gran Bretaña, pidiéndole auxilios para expulsar al anti-papa Anacleto de Roma, desalojándolo del castillo del Santo Angel en que se hallaba encerrado.

El dia 21 de Agosto de 1133, fué asesinado el venerable Tomás, prior de San Victor. El asesino para eludir la accion de la justicia, llevó su causa á Roma, queriendo ser juzgado por el Papa en un asunto puramente civil. San Bernardo escribió al Papa al momento dos epístolas, (la 158 y 159), manifestándole cuál era el carácter del apelante y cuál la índole de su delito.

En 1134, hizo San Bernardo otro viaje á Italia, llamado expresamente por el Papa para que asistiese al Concilio de Pisa.

En 1135, San Bernardo hizo otro nuevo viaje á Italia, por orden del Papa, con el encargo de predicar la sumision á los fieles de la Lombardía.

En 1131 y en 1135, hizo diversos viajes á la Aquitania para lograr la pacificacion de este reino.

En 1136 publicó San Bernardo su libro *Sobre el*

Cantar de los Cantares. En el mismo año publicó sus veinte y tres primeros *sermones* y la *Exhortacion á los templarios*. Además escribió la epístola 140 al emperador Lotario, rogándole que protegiera la Iglesia, que la librara del cisma y fuese misericordioso con los pisanos, contra los cuales, malignos consejeros lo habian llenado de irritacion.

En 1137, San Bernardo fué llamado nuevamente á Roma, y enviado por el Papa con varios cardenales á Monte-Casino para examinar la eleccion del turbulento abad Reynaldo. En este viaje logró convertir en Salerno al Cardenal Pedro de Pisa, acérrimo defensor del anti-papa Anacleto, y reconciliar con la Santa Sede á Rogerio, rey de Sicilia, único patrono del cisma en aquellas circunstancias.

En 1140 asistió San Bernardo al Concilio de Sens y redactó la carta sinodal que en nombre de todos los obispos franceses se envió al Papa.

En el mismo año escribió San Bernardo una epístola (la 190), dirigida al Papa, contra los errores y la conducta de Abelardo. Además escribió las epístolas 188, 338, 192 y 193, todas sobre el propio asunto, aunque dirigidas á diferentes personas. En la epístola 188, dirigida á los prelados de Roma, se encuentran estas notables palabras: «Leed la teología de Pedro Abelardo. Esto os será muy fácil, puesto que él se jacta de que muchos la tienen en Roma. Leed su libro de las *Sentencias* y el que se titula *Nosce te ipsum*, y vereis cuántos sacrílegos errores contiene.» En la epístola 338, dirigiéndose al Cardenal Aimeri, dice

San Bernardo lo siguiente: «Abelardo dice con jactancia que los cardenales y los sacerdotes de Roma son sus discípulos; leen sus obras y tomarán á su cargo la defensa de su doctrina.» La epístola 192 está dirigida al Cardenal Guido, que fué despues Papa con el nombre de Celestino II. Abelardo contaba con la amistad de este eminente cardenal, que antes habia sido su discípulo. Las epístolas, 331, 332 y 333, están dirigidas al Cardenal Ibo, al Cardenal Esteban y al Cardenal Gregorio.

Hemos querido tratar con tanta extension de estas últimas cartas, para dar á conocer la táctica hipócrita de Abelardo, enteramente igual á la de todos los enemigos de la Iglesia. Todos comienzan por suponer que los obispos, los cardenales y aun los Papas, aprueban sus errores. Los hechos vienen pronto á demostrar lo que vale la jactancia de los hereges.

Arnaldo de Brescia, discípulo de Abelardo, era un hombre impío y sedicioso. Fué arrojado de Italia y de Francia, y se refugió en Zurich, en la diócesis de Constanza. San Bernardo escribió entonces la epístola 195, dirigida al Obispo de Constanza, para prevenirlo contra las malignas artes de Arnaldo. Este turbulento heresiarca, con satánica hipocresía, se acercó á Guido, legado del Papa en Suiza, pidiéndole su proteccion. San Bernardo lo supo y escribió la epístola 196 á Guido para que conociese quién era Arnaldo y lo que habia hecho contra la Santa Sede.

Los canónigos de Lyon empezaron á celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepcion en los primeros

años del siglo XII. San Bernardo les escribió con este motivo la epístola 174, que tanta celebridad ha adquirido. En esta epístola se niega la Inmaculuda Concepcion, se condena su fiesta como una innovacion reprobada, y se concluye diciendo que antes de continuar celebrándola debia consultarse al Soberano Pontífice. *Si sic videbatur, consulenda erat prius Sedis Apostolicæ auctoritas.*

En esta epístolla llama ante todo la atencion la fé y la humildad con que reconocia San Bernardo la infalible autoridad del Vicario de Jesucristo.

Acerca de esta carta se han suscitado, y continúan aun suscitándose, muchas y acaloradas cuestiones. Algunos han dicho que esta carta no es de San Bernardo, fundándose en que este Santo Doctor tenía un secretario llamado Nicolás, que poseia su sello, que imitaba su estilo y que escribia cartas apócrifas en su nombre. La existencia de este maligno secretario no puede ni aun ponerse en duda, puesto que el mismo San Bernardo se vió obligado á quejarse de su conducta, y aun á expulsarlo de la abadía de Claraval.

Sostiene esta opinion Pedro Oyeda, *in informatione pro Immaculata Conceptione*, cap. XIV, párrafo 2.° y 3.° Otros, por el contrario, dicen expresamente, que la epístola 174, fué escrita por San Bernardo. No falta quien pretende escusar al Santo Doctor, diciendo que hablaba de la Concepcion activa ó de la accion de los Padres, y no de la Concepcion pasiva, ó sea de la animacion de la Santísima Vírgen. Por último, hay quien sostenga que San Bernardo se equivocó real-

mente en lo que se refiere á la Inmaculada Concepcion, apartándose de la opinion piadosa que era, y es, la única verdadera. Aunque esto hubiese sucedido en realidad, San Bernardo no seria nunca culpable porque se sometió al juicio de la Iglesia, y porque además, la Concepcion Inmaculada, si ha sido siempre verdad de fé, no ha sido artículo de fé ó no ha recibido la sancion de la Iglesia hasta el dia 8 de Diciembre de 1854, dia memorable, en el cual habló San Pedro por la boca de Pio IX, y se declaró como dogma de fé, que la Santísima Vírgen habia sido concebida sin mancha de pecado original. Esto, no obstante, nosotros no podemos creer que San Bernardo impugnase la Inmaculada Concepcion. Al hablar así, nos fundamos en la inmensa devocion á la Santísima Virgen, y en varios pasages muy favorables á la *piadosa sentencia*, que se encuentran en sus obras.

De todos modos, la carta dirigida á los canónigos de Lyon, no tiene hoy valor ninguno, porque su autor se sometió al juicio de la Iglesia, y el juicio de la Iglesia le ha sido contrario.

El opúsculo cuarto titulado *Tratado del precepto y de la dispensa*, es una excelente instruccion que dá San Bernardo á unos monjes de Chartres que le consultaban sobre si era ó no obligatoria la regla de San Benito.

San Bernardo escribió el opúsculo, contestando al famoso doctor Hugo de San Victor que le habia consultado acerca de varias opiniones muy singulares de un escritor anónimo. En este opúsculo habla San Ber-

nardo de la necesidad del bautismo de agua; del martirio, y el bautismo de fuego que pueden hacer sus veces y de la fé que tenian en la Encarnacion del Verbo los justos del Antiguo Testamento.

San Bernardo escribió en 1142 y 1143 varias cartas muy enérgicas contra varios príncipes, que querian violar impunemente la santidad del matrimonio. Son las epístolas 220, 221, 222, 223 y 224. No creemos conveniente extractarlas; pero recomendamos su lectura á todos los que deseen conocer la resolucion con que defendia San Bernardo la causa de la inocencia oprimida contra la injusticia opresora.

En 1145, fué elegido Papa Bernardo, abad de San Anastasio en Roma. Era natural de Pisa y habia sido monje y discípulo de San Bernardo en Claraval. Apenas San Bernardo tuvo noticia de esta eleccion, dirigió una carta (la 237) á los cardenales que lo habian elegido, manifestándoles cuán profundo era su pesar por ver á un monje tan humilde elevado á una cátedra tan escelsa.

En el mismo año escribió la epístola 238 al nuevo Pontífice Eugenio III, en la cual reconoce y venera su autoridad, lo llamo padre y le hace muy oportunas observaciones.

Solo necesitamos indicar las dos cartas que dirigió San Bernardo á los romanos condenando su rebeldía y escitándolos á la obediencia de la Santa Sede.

No creemos necesario hacer especial mencion de las epístolas que escribió San Bernardo, escitando á los fieles á tomar parte en la cruzada.

En Alemania habia un monje llamado Rodulfo, que aconsejaba el asesinato de los judíos. San Bernardo, apenas tuvo noticias de este atentado, escribió la epístola 366 para reprobarlo y condenarlo.

En 1147, Etervimo, presbítero de Wesfalia, escribió una carta á San Bernardo, rogándole que escribiera alguna cosa contra los albigenses. San Bernardo compuso al instante dos *sermones* con el objeto de exponer y refutar los errores de estos nuevos heresiarcas. En el primero, que es el sesenta y cinco, manifiesta la hipocresía y la perfidia de los albigenses que se ocultaban cuando eran débiles, hasta el punto de negar con falsos juramentos su error. «Un católico aparente, dice el Santo Doctor, es más pernicioso que un herege manifiesto.» Los albigenses se mostraban enemigos del matrimonio, y se entregaban luego á todo linaje de desórdenes.

En el segundo sermon, que es el sesenta y seis, San Bernardo manifiesta la necesidad del matrimonio para todos los que no tienen la gracia especial de la vocacion á la castidad, y hace ver cómo ciertas penitencias, que son muy buenas cuando se consideran como voluntarias, degeneran en supersticion cuando se presentan como obligatorias. Los que se abstienen por mortificacion de ciertos alimentos, hacen bien; pero si se obstinan en imponer á otros, sin autoridad ninguna, su abstinencia, hacen muy mal. Aludia con esto San Bernardo á los escándalos que daban los albigenses imitando á los montanistas en la violencia con que querian imponer sus prácticas supersticiosas á todos los fieles.

Concluye San Bernardo refutando los errores de los albigenses acerca del bautismo de los niños, del purgatorio y de la autoridad de los obispos y de los sacerdotes.

En el año 1149 publicó San Bernardo el primer libro de su grande obra titulada *De consideratione*. Consta de cinco libros, y fué dedicada al Soberano Pontífice Eugenio III. San Bernardo consideró siempre á este Papa como su amigo y su discípulo, y no cesó nunca de darle las instrucciones necesarias para el beun desempeño de su altísimo ministerio. La obra que vamos á examinar es un excelente tratado de los deberes de los Papas y del mejor modo de cumplirlos. En el primer libro comienza San B ernardo manifestando que compone esta obra para consuelo del Papa Eugenio, y le muestra verdad era compasion por haberse visto obligado á trocar el reposo del monasterio en la multitud de cuidados que siempre rodean la cátedra pontificia. Sin embargo, lo exhorta á que viva prevenido, no sea que con la costumbre de oir quejas y escuchar clamores, pierda su sensibilidad y se endurezca su corazon.

En el cap. IV trata de los asuntos que de todo el mundo llegan á la Santa Sede, y encarga al Papa que los estudie con mucho cuidado y los juzgue con mucha cautela.

En el cap. VII deplora la tristísima situacion en que se encuentran los soberanos pontífices, teniendo que examinar, no solo las cosas espirituales, sino tambien las temporales. San Bernardo no dice, ni

podia decir, que los Papas deben rechazar todo lo que es temporal; lo que les advierte es (en el cap. 1.º) que procuren imitar á San Gregorio Magno, que aunque se hallaba muy ocupado con los negocios temporales, sabia siempre reservar y consagrar una parte del tiempo al estudio y meditacion de las cosas divinas. En el cap. X no solo aprueba el que los Papas se ocupen en asuntos temporales, sino que afirma que esto es necesario siempre que se trate del bien de los pobres, de la utilidad de los fieles ó del explendor de la Iglesia. Enseguida deplora y reprueba la manera con que se defendian los pleitos en el siglo XIII, y dice algunas palabras que debemos aquí copiar. «El modo dice, con que hoy se defienden los pleitos, es execrable, é indigno de todos los tribunales. Yo admiro cómo oidos piadosos pueden sufrir esas disputas de abogados y esos combates de palabras, más propios para destruir la verdad que para encontrarla. Nada hay tan propio para estos casos como una narracion sencilla.» Estas palabras demuestran que en los tiempos de San Bernardo como en los nuestros, los sofismas eran harto temibles en los tribunales.

En el cap. XXI llama San Bernardo la atencion del Papa Eugenio, acerca de ciertos tribunales que vendian la justicia y se dejaban corromper por el oro.

El Lib. 2.º *De Consideratione*, fué escrito un año despues ó sea en 1150. San Bernardo comienza este libro escusándose por lo que ha tardado en publicarlo, y defendiéndose de los cargos que se le dirigian con motivo del mal éxito de la cruzada. San Ber-

nardo declara que en todo lo que se refiere á la cruzada no ha hecho más que complacer al rey de Francia, obedecer al Papa y cumplir la voluntad de Dios. Entrega su conducta al juicio imparcial de la historia, descansa en el testimonio de su conciencia, y asegura que el mal éxito de la cruzada solo es debido á los escesos y perniciosas costumbres de los hombres que la formaban.

Abandonando este asunto, que solo era incidental, dedica el cap. III á esplicar lo que es la consideracion ó meditacion, y cuáles son los objetos que deben servir para ocupar nuestro espíritu. Como San Bernardo aplica en este libro la moral cotólica á los Papas, necesita hacer observaciones que serian por lo ménos inoportunas en un libro de otra índole. San Bernardo divide en cuatro puntos los objetos de la meditacion. «Vos, dice dirigiéndose á Eugenio III, debeis meditar en vos mismo, en las cosas que caen bajo vuestra autoridad, en las que os rodean y en las que están muy por encima de vos.»

Respecto al primer punto, le recuerda sus deberes y la necesidad de su vigilancia. «Debeis, le dice, arrancar y destruir, edificar y plantar como os enseña el profeta Geremías. En vos no debe haber fastuosidad, sino trabajo; desempeñais un ministerio y no ejerceis una dominacion. Os hallais en una cátedra muy elevada; pero no es para que permanezcais ocioso, sino para que veais desde lejos y podais cuidar de todas las Iglesias. Vos habeis heredado la dignidad y el trabajo, no el oro y las riquezas; y si las teneis debeis po-

seerlas no apegando á ellas el corazon, sino para bien de la Iglesia. Como San Pablo, solo debeis gloriaros en las angustias y en los padecimientos. Debeis humillar á los lobos y no oprimir á las ovejas. Vuestra nobleza consiste en la pureza de las costumbres, en la firmeza de la fé y en el explendor de la humildad.

Vuestra autoridad, como sucesor de San Pedro, es superior á la de todos los obispos. Como Vicario de Jesucristo, teneis la plenitud del poder y ejerceis autoridad, no solo sobre los rebaños sino tambien sobre los pastores.

Ved pues, añade, si habeis adelantado ó no en el camino de la virtud. Ved si sois paciente, manso, humilde, afable, fuerte y justo. Ved si la dignidad os ha llenado de amor propio, ó si por el contrario, os ha enseñado á desconfiar más de vos mismo. En fin, todo el Lib. II se consagra á exponer las virtudes personales que para su propia santificacion debe poseer un digno sucesor de San Pedro.

Aquí debemos llamar la atencion sobre una cosa importante. Los enemigos de la Santa Sede suelen citar esta obra de San Bernardo para impugnar el poder del Papa. Léase bien lo que con toda fidelidad dejamos extractado, y se verá como San Bernardo no hace más que justificar el uso y señalar el abuso, que faltando la precaucion debida, puede deslizarse en todas las cosas. San Bernardo lejos de condenar el poder temporal, lo que hace es pedir que se ejerza bien. No solo no condena las riquezas cuando son justas, sino que enseña que pueden ser meritorias cuando se em-

plean bien, no apegando á ellas el corazon. Respecto á la autoridad suprema del Vicario de Jesucristo, San Bernardo la reconoce de una manera esplícita y la defiende con raciocinios de irresistible fuerza.

San Bernardo fué un gran defensor del poder espiritual y temporal de la Santa Sede.

En el año 1152, publicó San Bernardo el tercer libro *De Consideratione*. Examinando las cosas que caen bajo la jurisdiccion del Papa, le esplica sus más tremendos deberes. «El mundo entero, le dice, cae bajo vuestra autoridad, pero no es para que lo domineis como dueño, ni lo oprimais como tirano; sino para que lo ameis como padre, lo instruyais como maestro y lo salveis como Vicario de Jesucristo. No hay veneno tan dañoso como la pasion de dominar. Debeis cuidar de los infieles para que se conviertan; de los judíos para que vean á Jesucristo en el cumplimiento de las profecías; de los griegos para que abandonen el cisma y vuelvan al seno de la Iglesia; de los hereges para que cautiven su entendimiento en obsequio de la fé, y oigan la voz de la Iglesia; de los católicos, por último, para que renuncien á los vicios y se ennoblezcan con el ejercicio de las virtudes.»

En este mismo libro trata San Bernardo de las apelaciones, y dice que reconoce el derecho de la Santa Sede para juzgar todas las causas eclesiásticas; pero cree que los Papas mismos deben cuidar que sean muy pocas las que vayan á Roma para que con las dilaciones inevitables no salga perjudicada la justicia. Cuando las apelaciones se admiten con frecuencia, los mal-

vados tienen siempre en su mano un arma terrible de venganza.

En el mismo año se publicaron los libs. 4.° y 5.° *De consideratione*. En el 4.° esplica San Bernardo las cosas que se hallan en derredor del Papa, y le dá instrucciones excelentes. Vuestro clero, le dice, debe ser santo, porque es la regla y el modelo del clero de toda la cristiandad. Los cardenales deben ser elegidos entre los sacerdotes eminentes de toda la Iglesia, y no de una sola nacion. Los legados deben ser hombres de celo é instruccion, de santidad y prudencia. Respecto al pueblo romano, todas las precauciones son necesarias. Todo el mundo conoce su orgullo y su insolencia. Es una nacion cruel, intratable, amiga de los tumultos, y solo se somete á la autoridad legítima cuando no tiene fuerzas para resistir. Es hipócrita y promete obediencia cabalmente cuando intenta dominar. Promete fidelidad solo para poder hallar ocasion de engañar á quien en ella confia. Los romanos quieren ser admitidos á todos vuestros consejos y no permiten que se les niegue nada. Son tan hábiles para hacer lo malo, como torpes para practicar lo bueno. Son odiosos á la tierra é impíos para con Dios. Se aborrecen unos á otros, tienen celo de sus vecinos, son inhumanos con los extranjeros, no aman á nadie y nadie los ama, y queriendo hacerse temer de todos, temen á todo el mundo. No pueden someterse y no saben gobernarse. Son desleales para con sus superiores, é insoportables para con sus subordinados. Son tan imprudentes para exigir como para rechazar. Son

inoportunos cuando piden, é ingratos cuando reciben. Hablan mucho y no hacen nada; hacen innumerables promesas y no cumplen ninguna; en fin, son aduladores y maldicientes, hipócritas y desleales.

No se olvide que San Bernardo describia al pueblo romano extraviado por el sedicioso Arnaldo de Brescia. El pueblo romano que describia San Bernardo en 1152, es el mismo pueblo romano que, seducido por Mazzini, gritaba contra Pio IX y blasfemaba contra Dios en 1848. Siempre hay que distinguir entre la inmensa mayoría de los romanos que son pacíficos, y la inmensa minoría que hoy, como en el siglo XII, son dignos del severo juicio de San Bernardo.

En el 5.° y último libro *De consideratione*, San Bernardo trata de los ángeles de Dios, de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion del Verbo, como asuntos de sublimes meditaciones para elevar nuestro espíritu al cielo y arrancar nuestro corazon de las miserias de la tierra.

Hé aquí en extracto lo que enseña San Bernardo en la obra *De consideratione*, dirigida al Papa Eugenio III.

Ya hemos indicado algo acerca del monje Nicolás. Este era un francés de mucho talento, grande habilidad y muy escasas virtudes. Entró primero en un monasterio cerca de Troyes, y más tarde, atraido por la fama de San Bernardo, se trasladó á Claraval. Con su astucia supo granjearse el afecto y la confianza de San Bernardo. Llegó á ser su secretario y hasta poseer el sello de sus cartas. Para especular con el cré-

dito del Santo Doctor, imitaba su estilo y escribia cartas apócrifas en su nombre. San Bernardo lo supo, y lo expulsó de su monasterio en el año 1151. En la epístola 298 que con este motivo dirigió San Bernardo al Papa Eugenio III, le dice lo siguiente: «Nicolás ha salido de aquí porque no era de los nuestros, y al salir ha dejado bochornosos recuerdos. Yo le conocí hace mucho tiempo; pero esperaba que se convirtiese ó que se declarara como Judas. Esto último es lo que ha sucedido. Al ser expulsado, se han encontrado en su habitacion libros, una cantidad considerable de dinero y tres sellos, el suyo, el del prior y el mio. Y no el sello antiguo, sino el nuevo que yo habia necesitado adoptar para evitar sus sorpresas. *Ha escrito á muchas personas todo lo que ha querido en mi nombre, y sin mi conocimiento.*» Esto último podrá servir para comprender con cuánta razon se duda que sea de San Bernardo la epístola á los canónigos de Lyon, de la cual ya hemos hablado.

3.° Sentimos no disponer del espacio necesario para examinar críticamente la autenticidad de las obras de San Bernardo. Solo podremos hacer algunas ligerísimas indicaciones.

La epístola titulada *Tractatus de vita solitaria*, no es de San Bernardo.

El tratado *De Vite mystica Jesuchristi passione*, tambien es apócrifa.

Las meditaciones *De congnitione humanæ conditionis*, no son más que un extracto de las Sentencias de San Bernardo y de otros Santos Padres, hecho en época posterior.

El tratado *De interiori domo*, es el Lib. 3.° de una obra de Hugo de San Victor, titulada *De anima*.

El tratado *De conscientia*, es un opúsculo dirigido á un religioso de la Orden del Cister, por un autor anónimo, que evidentemente no es San Bernardo.

El libro *De ordine vitæ et morum institutione*, no es del Santo Doctor. Este opúsculo se suele citar tambien con el título *De doctrina puerorum*.

Scala claustralium. Es un tratado del modo de orar, que no es de San Bernardo, aunque lleva su nombre.

El Lib. 1.° de *Amore Dei*, no es auténtico. *El de natura ac dignitate amoris*, se encuentra en igual caso. El Lib. 3.° *De amore Dei* ó *Tractatus de charitate*, es un extracto de las sentencias de Ricardo de San Victor y de San Bernardo.

Instructio sacerdotis. Es un opúsculo de los principales misterios de nuestra religion, cuya autenticidad parece dudosa.

El libro *De modo bene vivendi ad sosorem*, no es de San Bernardo.

No queremos continuar esta crítica. Hay muchas otras *epístolas*, *sermones* y aun *tratados*, cuya autenticidad se pone en duda. Sin embargo, estas dudas pueden fácilmente disiparse teniendo en cuenta las notas que se hallan hoy en casi todas las ediciones de San Bernardo.

CAPÍTULO XXXIII.

San Alberto el Grande.

1.° Nació San Alberto el Grande en La-Wingen, en la Suabia, en el año 1193. Entró en la Orden de Predicadores en el año 1221. Era de una familia ilustre, y tenía un ingenio asombroso. Estudió en Pavía, y despues se dedicó á la enseñanza. Desempeñó una cátedra en París en un lugar inmediato á la iglesia de Santa Genoveva. Era tanta la gente que acudia á oir las esplicaciones de San Alberto el Grande, que fué preciso poner su cátedra en el campo, en una gran llanura, para evitar la confusion y los tumultos de la inmensa multitud que deseaba oir á San Alberto. El sitio de estas esplicaciones se llama aun plaza de San Maubert, corrupcion de las palabras latinas *Magni Alberti*. San Alberto enseñó con igual crédito en Colonia. Fué maestro de Santo Tomás y de San Buena-

ventura. Siendo provincial de su Orden, hizo un viaje á Roma en 1254 para defender las comunidades religiosas, impiamente atacadas por la fraccion entonces dominante en la Universidad de París. El Papa Alejandro IV, conociendo sus grandes méritos y virtudes, le confió, primero un alto puesto en su palacio, y despues, en 1259, lo nombró Obispo de Ratisbona. San Alberto aceptó esta mitra por obediencia y la renunció con sumo placer, para encerrarse nuevamente en su convento en 1262. El Papa Gregorio X le mandó ir al Concilio que se celebró en Lyon en 1274. Murió en su convento de la Orden de Predicadores en Colonia, el 15 de Noviembre de 1282, á la edad de setenta y siete años.

San Alberto se llama el Grande por antonomasia, á causa del inmenso prestigio de su virtud y el asombro que en todas partes causaba su ciencia.

Un escritor incrédulo del pasado siglo, dijo que San Alberto fué llamado el Grande por haber nacido en un siglo en el cual todos los hombres eran pequeños. Esto no es más que una antítesis ingeniosa, destituida de todo fundamento. El siglo de San Alberto, el siglo XIII, es el siglo de Santo Tomás y de San Buenaventura, de Alejandro de Alés y San Raimundo de Peñafort, de Bacon y de Martino Polono, y un siglo en el cual florecen estos grandes hombres y cien otros que no numeramos, no puede llamarse siglo de hombres pequeños. Recuérdese que en este siglo florecieron tambien los grandes Papas Inocencio III y Gregorio Nono, Gregorio X y Bonifacio VIII. Tambien

sería oportuno recordar que en este mismo siglo se escribieron en España las leyes de partida por Alfonso el Sabio, y se publicó en Italia la Divina Comedia, obra inmortal del Dante.

Para brillar, pues, en el siglo XIII era necesario algo más que tener una estatura mediana para parecer gigante entre los pigmeos.

Otros han dicho que San Alberto se llamó el Grande, porque esto es lo que significa en holandés la palabra *groot*, que era el nombre de su familia. Esto aun es más ridículo que el absurdo error que acabamos de refutar.

San Alberto se llamó el Grande porque fué por su saber y su elocuencia la admiracion de su siglo. Los pueblos, llenos de estupor, solian decir que San Alberto era grande en la magia, más grande en la filosofía y grandísimo en la teología. *Magnus in magia, major in philosophia, et maximus in theologia.*

San Alberto se llamó el Grande porque tenia un ingénio profundo y universal. Abrazaba todas las ciencias y en todas sobresalia. El abad Tritemio, hablando de San Alberto el Magno, dice en su obra titulada *De scriptoribus ecclesiasticis*, lo siguiente: «No se ha levantado despues de él ningun hombre que le sea semejante, ni que como él sea tan docto, tan erudito y tan ejercitado en todas las artes y en todas las ciencias.» Aventino, *Annalium Bojorum*, Lib. 7.°, dice: «Nada se ocultaba á la penetracion de San Alberto. conoció perfectamente todas las cosas y fué un verdadero intérprete de la naturaleza. Conocia con profun-

didad la lógica, las matemáticas, la física, la metafísica, la moral y la teología. Cuando se le oia hablar acerca de una ciencia, parecia que habia empleado toda su vida en cultivar aquel único ramo del humano saber. Esponia con maravillosa exactitud los sistemas de Platon y Epicuro, de Pitágoras y Aristóles y de todos los demás filósofos del paganismo. Era muy erudito en las ciencias de los romanos, como de los griegos, como de los hebreos, de los árabes y de los egipcios. Fué el primero entre los latinos que comentó los libros de Aristóteles, de Euclides y otros autores de igual celebridad. Su elocuencia fué suma en su siglo; su erudicion será maravillosa en todos.»

San Alberto el Grande es conocido vulgarmente por el patrono de la mágia. Nace esta creencia del error con que creyeron muchos en los tiempos pasados que hacia San Alberto por medio de artes ocultas, lo que sólo era efecto de su profundo conocimiento en las ciencias naturales. Le llamaban el Mago, lo mismo que en el siglo x se dió este nombre al Papa Silvestre II. El nombre de Mago no significa aquí más que gran conocedor de la física y de la química, profundo descubridor de las propiedades de las plantas y poseedor de muchos secretos de la naturaleza.

San Alberto el Magno escribió muchísimo y con una fecundidad prodigiosa. Tiene tratados de física, de química, de teología, de escritura y hasta de mística. No es posible dejar de asombrarse al contemplar la variedad y universalidad de su ingenio.

Sus obras se imprimieron en Lyon, en veintiun to-

mos en folio, el año de 1651. Hizo esta edicion el Padre Jammy, religioso de la Orden de predicadores. En esta edicion se encuentran algunas inexactitudes.

Son muchos los escritores que han examinado las obras y que han publicado la vida de San Alberto. Nosotros solo citaremos aquí á Enrique de Gante, libro *De Viris illustribus*, cap. XLIII. El abad Tritemio, en su obra *De scriptoribus ecclesiasticis*, escribe la vida y enumera todas las obras de San Alberto el Grande. Lo propio hace Leandro, Lib. 3.° *De Viris illustribus Ordinis prædicatorum.*

San Alberto el Magno ha sido juzgado de muy diversos modos. Mientras unos han querido convertirlo en el primer hombre del mundo, otros han intentado reducirlo á la nada. Fleury no puede ni aun comprender la razon que hay para llamar grande á San Alberto. Conviene traducir al pié de la letra lo que dice este famoso historiador: «Hé aquí, exclama Fleury, lo que yo he encontrado en las obras de San Alberto. En los tres tomos de física cita siempre á Aristóteles y á los árabes que le habian comentado. Supone siempre los cuatro elementos y las cuatro cualidades. Con frecuencia expone como principios proposiciones que no son evidentes y que no pueden probarse. Hablando del cielo muestra que no conoce bien la astronomía; supone la influencia de los astros, y trata de la astrología judiciaria, sin reprobarla, como si fuese una verdadera ciencia. Cuando quiere esplicar los meteoros hace ver que no conoce la *geografía*. Además, coloca á Constantinopla en Italia, al lado de Tarento.

Al tratar de los minerales, atribuye á las piedras preciosas virtudes parecidas á las del iman. Por último, empeñándose en esplicar las etimologías de los nombres griegos, dice cosas absurbas por no conocer este idioma.»

Este juicio prueba, en primer lugar, que Fleury no habia ni hojeado siquiera las voluminosas obras de San Alberto; y en segundo lugar, que es muy posible el ser muy buen historiador y muy mal conocedor de las ciencias naturales.

Para conocer bien á San Alberto Magno, y formar juicio cabal de su ingénio, de su elocuencia, de su inmenso saber y de sus nomerosísimas obras, es preciso leer con detenimiento el libro que este mismo año, en 1864, ha publicado en Madrid el Sr. Costanzo, titulado *Alberto el Grande y su siglo*. En esta obra importante, su autor, con imparcial criterio y grandísima erudicion, escribe la vida de San Alberto; enumera y examina sus obras, y señala lo que hay en ellas de auténtico, lo que es apócrifo y lo que debe considerarse como dudoso. Lo que hay más notable en el libro del Sr. Costanzo es el estudio comparativo que ha hecho de muchos principios filosóficos, esplicados ó indicados al menos por San Alberto, y no pocas máximas pertenecientes al órden natural, con cuya invencion suelen engalanarse en nuestra época los más famosos naturalistas.

Aquí no podemos nosotros ni enumerar todas las obras de San Alberto, ni señalar siquiera las que son de autenticidad dudosa. Solo haremos una sencilla

observacion acerca de dos ó tres obras por circunstancias especiales.

Los doce libros *De Laudibus Virginis Mariæ*, que se hallan en el tomo 2.° de la edicion del padre Jammy, son atribuidos por algunos críticos á Ricardo de San Lorenzo, penitenciario de Rouen. Nosotros, por nuestra parte, continuarémos leyendo esta obra como propia de San Alberto.

En 1655 se publicó en Amsterdam un libro inmundo, titulado *De secretis mulierum*, con el nombre de San Alberto el Magno. Aunque no se atribuyera este libro á Enrique de Sajonia, bastaria hojearlo para convencerse de que no es ni puede ser del sabio y Santo Maestro de Santo Tomás de Aquino.

CAPITULO XXXIV.

Santo Tomás de Aquino.

1.° Nació Santo Tomás el año 1225 en el castillo de Rocca-Secca, cerca de Aquino, en el reino de Nápoles. Su padre fué Landulfo, conde de Aquino, y su madre Teodora, hija de un conde oriundo de la Normandía. A la edad de cinco años entró Santo Tomás en el monasterio de Monte-Casino, para recibir en él su primera educacion. Cinco años despues fué enviado á Nápoles, y no obstante su tierna edad, comenzó á dar pruebas inequívocas de su vocacion. A pesar de la violenta oposicion de su familia entró en un convento de Santo Domingo. Para impedir la realizacion de sus deseos, su madre lo tuvo un año entero encerrado en una verdadera prision. Sus hermanos lo trataban mal, y todas las personas que le rodeaban hacian increibles esfuerzos por disuadirlo de su intento y mantenerlo

en el siglo. Su familia, con el fin de ladear la vocacion del santo niño, despertando en él malas pasiones, permitió que penetrara en su habitacion una jóven impúdica, deshonesta en su traje y sin recato ninguno en sus palabras. Santo Tomás la miró con horror y la alejó de sí lanzándole un tizon encendido, que fué lo primero que encontró á la mano.

Esta prueba de heróica resolucion, este evidente testimonio de la vocacion divina, sirvió para desengañar á su madre, para desarmar á sus hermanos y demostrar á todo el mundo que Santo Tomás no habia nacido para morar como hombre en la tierra, sino para volar como ángel al cielo. Desaparecieron todos los obstáculos de su familia y se le abrieron las puertas del convento. Entró en la órden de Santo Domingo, é hizo sus estudios en Colonia bajo la direccion de San Alberto el Grande.

Santo Tomás poseia las tres grandes virtudes que más contribuyen para santificar el alma y esclarecer el entendimiento. Era muy puro en sus costumbres, tenía una humildad profundísima, y consagraba á la oracion todo el tiempo que le permitian sus estudios ó las obligaciones del claustro. Pudiera añadirse que su vida entera era una contínua oracion, porque todas sus obras las referia al cielo, y en todos sus deseos y en todos sus pensamientos buscaba la gloria de Dios.

A causa de su profunda humildad, parecia taciturno y aun tímido. Como hablaba muy poco, sus condiscípulos empezaron á llamarle *el buey mudo*. San Alberto que habia comprendido ya la verdadera razon

del silencio de Santo Tomás, al tener noticia del nombre que le imponian, dijo: «¡Buey mudo! pues tened en cuenta que los mugidos de este buey resonarán en todo el universo.»

Cuando Alberto el Grande fué llamado á París, le acompañó Santo Tomás de Aquino. Aunque todavía carecia de la edad neceraria para ejercer el Mgisterio, con dispensa, fué encargado de esplicar en la universidad de París la Sagrada Escritura y el libro *De las sentencias*.

En 1248 se encargó Santo Tomás de la cátedra que desempeñaba San Alberto el Grande en la Sorbona. Inútil es advertir que el discípulo continuó sus esplicaciones con el mismo crédito y quizá con más provecho que su maestro. Por este tiempo se suscitó en París la gran cuestion de las órdenes religiosas. Guillermo de San Amor las combatía; una gran parte de la universidad se puso de su parte, y llegó el encono hasta el punto de no querer admitir á Santo Tomás para el grado de doctor, solo porque profesaba la vida monastérica. Santo Tomás, con este motivo, se trasladó á Anagni, donde á la sazon se hallaba el Papa. En esta ciudad se encontraban tambien al mismo tiempo San Alberto el Grande y San Buenaventura. Los tres trabajaron mucho cerca del Papa Inocencio IV, para darle á conocer los errores que contenia la obra de Guillermo de San Amor, titulada: *Peligros de los últimos tiempos*.

Por fin, restablecida la paz, recibió Santo Tomás el doctorado en el año de 1257. El Papa Clemente IV,

le ofreció con insistencia el arzobispado de Nápoles; pero el doctor angélico lo rehusó siempre, juzgándose verdaderamente indigno de tan pesada carga y de tan alta honra. San Luis, rey de Francia, conociendo tambien el mérito de Santo Tomás, lo llamaba con frecuencia para tenerlo á su lado. Cuéntase que comiendo en una ocasion con el Rey, Santo Tomás, despues de un rato de profunda distraccion, dió un golpe en la mesa y dijo· «*esto es concluyente contra los maniqueos.*» Cuando advirtió su falta, lleno de rubor, pidió humildemente al rey que lo perdonara. San Luis, por el contrario, estaba maravillado de lo que habia visto. ¡Es tan poco frecuente el ver en la mesa de los reyes hombres que se olviden de su propia persona para pensar solo en el bien de la Iglesia y de la sociedad, que San Luis, excelente conocedor del corazon humano, no pudo menos de admirar y bendecir la involuntaria distraccion de Santo Tomás! Aquella distraccion le demostraba, que Santo Tomás iba á palacio por obedecer y no por buscar mundanos honores. Aquella distraccion le demostraba que en la grande alma de Santo Tomás habitaba el Señor y no se albergaban las miserias y ambiciones de los hombres. Aquella distraccion, en fin, le demostraba que el corazon de Santo Tomás no podia saciarse con la humana gloria que circunda la mesa de los reyes.

Los hombres que como Santo Tomás desprecian la vanidad y el amor propio, son los buenos súbditos, son los que sirven con lealtad y abnegacion, y son por último, los que llevan siempre la justicia en sus

obras, la rectitud en sus consejos, y la prudencia y la verdad en sus palabras.

Gregorio X citó á Santo Tomás para que asistiese al Concilio de Lyon, celebrado en 1274. Se hallaba entonces el santo en Nápoles, á donde habia sido enviado por el capítulo general de su órden, celebrado en Florencia en 1272. Apenas recibió el precepto del Papa emprendió el camino de Lyon. Cayó enfermo al atravesar la Campania. Como en las cercanias no habia ningun convento de Dominicos, entró en la abadía de Fosanova, en la diócesis de Terracina, que pertenecia á los monjes del Cister. Su enfermedad se agravó y murió en dicha abadía el dia 7 de Marzo de 1274 á la edad de 48 años. El Papa Juan XXII lo colocó en el número de los santos en 1313. San Pio V lo declaró doctor de la Iglesia en 1567.

2.° Santo Tomás tiene una inmensa autoridad como santo y como sabio en toda la Iglesia. Se llama el sol de las escuelas, el angélico doctor, el príncipe de los teólogos y el maestro por excelencia. Se cree que su sabiduría fué adquirida en la oracion al pié de un Crucifijo. Se tiene por cierto que San Pedro y San Pablo iluminaban su entendimiento cuando escribia sus inmortales obras. El mismo Jesucristo se le apareció y le dijo: «Tomás, bien has escrito de mí. ¿Cuál es la merced que deseas? Señor, contestó, yo nada quiero sino vos mismo.» *Bene Scripsisti de me Thoma; quam ergo mercedem accipies? Nihil Domine, nisi te ipsum.* En esta respuesta se mostró Santo Tomás de Aquino más prudente que el mismo Salomon. El sabio rey de Is-

rael, en iguales circunstancias, se contentó con pedir la ciencia. Santo Tomás, más humilde, pidió á Dios, á Dios mismo, que es la fuente única de todas las ciencias.

El Papa Juan XXII, decia que Santo Tomás habia hecho tantos milagros como artículos habia escrito. Los mismos hereges han hecho justicia á la terrible lógica de Santo Tomás, mostrándole un grandísimo aborrecimiento y exclamando con Lutero: *Tolle Thomam et Christi ecclesiam scindam.* «Suprimid los libros de Santo Tomás y destruiré la Iglesia de Cristo.» Esto no es más que una ipérbole, en la cual manifiestan los heresiarcas cuánto los horroriza la irresistible dialéctica del príncipe de los teólogos.

La Iglesia no ha cesado nunca de recomendar eficacísimamente la doctrina de Santo Tomás. El Papa Clemente VI, en una bula expedida en Aviñon en 1342, dice: «La doctrina de Santo Tomás es singular, y de ella puede reportar mucho fruto la Iglesia entera.» El mismo Papa en un sermon que pronunció en honra de Santo Tomás, dice lo siguiente: «Escribió el angélico doctor tantas cosas y con tanta profundidad, que no puede comprenderse, sin acudir al auxilio del Espíritu Santo, cómo pudo bastarle para tan grandes cosas el breve espacio de su vida. Esta doctrina, pues, no debe faltar de nuestros labios, ni debe apartarse nunca de nuestro corazon. Pensando en ella, no erramos; siguiéndola, no nos extraviamos; teniéndola, no caemos; enseñándola, no mentimos; estudiándola, en fin, llegamos á la verdad.»

El Papa Inocencio VI en un panegírico de Santo Tomás, dice lo que sigue: «La doctrina del Santo Doctor, es la más excelente, con la única escepcion de la canónica. Tiene exactitud en las palabras, método en el estilo, y verdad en las sentencias. Los que la tienen, no caen en el error; los que la impugnan, se encuentran por lo menos en peligro de apartarse de la verdad.»

El Papa Urbano V, dirigiéndose á la universidad de Tolosa, decia: «Queremos y os mandamos que sigais y estudieis con todas vuestras fuerzas la doctrina de Santo Tomás, considerándola como católica y como bendita.»

San Pio V, en la bula que expidió relativa á la celebracion de la fiesta de Santo Tomás, añadiéndolo á los cuatro doctores de la Iglesia, dice: «Es la doctrina de Santo Tomás una regla ciertísima de la doctrina cristiana, con la cual el doctor angélico ilustró á la iglesia y refutó todas las heregías.»

Muchos otros Pontífices se han expresado de igual manera. Nos es imposible hacer expresa mencion de todos. Para esto, neceritaríamos copiar lo que dice Fray Juan de Santo Tomás, en el *Tratado de approbatione, et aucthoritate doctrinæ angelici doctoris*, disposicion primera, art. 2.°.

Lo propio que los Papas, han hecho todos los concilios desde el de Lyon hasta el de Trento, es decir, todos los que se han celebrado despues de la muerte del sol de las escuelas.

El Concilio de Lyon, al cual no pudo asistir Santo

Tomás por haber muerto cuando á él se dirigia, se valió de las obras de este Santo Doctor, para refutar los errores de los griegos.

El Concilio de Viena refutó los errores de los Beguardos y Begüinos con el auxilio de la doctrina de Santo Tomás. El Concilio de Constanza tuvo á la vista el opúsculo del Doctor angélico contra Guillermo de San Amor, para refutar la heregía de Wicleff y Juan de Hus.

El Concilio Florentino para confundir á los cismáticos de Oriente, no necesitó más que recordarles la doctrina de la *Suma Teológica* y el opúsculo *Contra los errores de los griegos*. El Cardenal Cayetano dice que en este punto fué canonizada casi al pié de la letra la doctrina de Santo Tomás. Gravina asegura que muchos artículos del Santo Doctor, sin sufrir variacion ni aun en las palabras, quedaron convertidos en definiciones dogmáticas.

Los griegos se llenaron de admiracion al oir exponer la doctrina de Santo Tomás, y para que tambien á ellos les fuese provechosa, hicieron traducir la *Suma Teológica* á su propia lengua. El Padre Camblat, dice que en esta época se tradujo tambien al hebreo la Suma de Santo Tomás. Véase el autor citado, *Institutiones theologicæ*, tomo 1.º, opúsculo segundo, en el cual trata con bastante extension de la autoridad de la doctrina de Santo Tomás en las universidades y en toda la Iglesia.

Al hablar de la version hebráica de la *Suma Teológica*, dice Spondani, *Anales*, año 1406, núm. 12, que

Pablo de Búrgos, sabio maestro de los judíos, leyendo la edicion hebrea de la Suma se convenció de su error, recibió el bautismo y se convirtió en un esclarecido doctor de la Iglesia.

El Concilio Tridentino colocó la *Suma Teológica* al lado de la Sagrada Escritura, estando separada la primera de la segunda, solo por la peana de un Crucifijo.

En el libro publicado en Lovaina el año de 1567, titulado: *De orationibus habitis in Concilio Tridentino*, se encuentra un panegírico de Santo Tomás, pronunciado en el mismo Concilio, del cual traducimos literalmente lo que sigue: «Santo Tomás no pudo asistir á los Concilios por habérselo impedido la muerte; pero sobreviven sus obras y vivirá eternamente en ellas. Desde su feliz tránsito ningun concilio se ha celebrado sin consultar al angélico Doctor. Por no hablar de antiguos tiempos, digamos en su alabanza lo que vemos, lo que oimos, lo que tocamos con nuestras propias manos. Examinad vuestras sesiones. ¿Quién es el doctor que al exponer aquí su doctrina no procura apoyarla en la autoridad de Santo Tomás?»

Pero para ver el gran respeto con que ha sido tratado Santo Tomás en los Concilios, conviene leer lo que dice el doctísimo Gravina, en su obra titulada: *Cherubin Paradisi sanctus Thomas Aquinas*. Lib. 2.°, capítulo V.

Las más célebres universidades católicas, han rendido tributo de honor á Santo Tomás, ensalzando y aceptando su doctrina. La célebre universidad de Pa-

rís, en un decreto expedido cincuenta años despues de la muerte de Santo Tomás, dice: «Santo Tomás fué luz brillante de la Iglesia universal, precioso modelo de los clérigos, fuente de los doctores, clarísimo espejo de la Sorbona, en el cual todos los hombres se encuentran los caminos de la vida y los tesoros de la sana doctrina.»

La celebérrima universidad de Salamanca, por decreto de 9 de Junio de 1627, ordenó que todos sus doctores y profesores hiciesen juramento de enseñar y sostener la doctrina de la Suma Teológica.

La no menos célebre universidad de Alcalá de Henares, se expresa así: «La doctrina de Santo Tomás es firmísima é inconcusa. Con ella se refutan los errores de los hereges, la perfidia de los arrianos, la obstinacion de los judíos, las absurdas máximas de los gentiles y la contumacia de los cismáticos.» Véase á fray Juan de Santa María en la *Vida de Santo Tomás*, desde el cap. XIV hasta el cap. XXIV.

Las órdenes religiosas han mostrado tambien el mismo respeto y la propia admiracion á Santo Tomás y á su doctrina. Léase lo que dice el Padre Luis Bancel, de la Orden de predicadores, en su obra titulada *Moralis divi Thomæ*, tomo 1.°, introduccion, pág. 26, párrafo *De estatutis ordinum religiosorum*. En esta obra y en el lugar citado, se refieren los decretos dados en favor de la doctrina de Santo Tomás por la Orden de predicadores, la de San Agustin, la de los Carmelitas, la de San Benito, la de la redencion de cautivos, la de los Capuchinos, la de San Francisco, y por últi-

mo la Compañía de Jesus y las congregaciones de los Bernavitas, el oratorio y la doctrina cristiana.

Seria hasta insoportable la tarea de enumerar lo que han dicho y hecho los teólogos católicos en honra del angélico Doctor Santo Tomás. Los historiadores, como Natal Alejandro, han mostrado una especialísima complacencia en elogiar al angélico Doctor Santo Tomás y en escribir largas y muy eruditas disertaciones en su defensa. Los teólogos, como Billuart, han tenido á mucha honra el dar á sus grandes obras de teología el mismo título, el propio método y la doctrina entera de Santo Tomás. El gran tratado de teología del sábio Billuart, se titula *Summa sancti Thomæ hodiernis academiarum moribus accomodata.*

Los filósofos, como el eruditísimo Roselli, escriben excelentes obras de filosofía, obras que no morirán nunca, y procuran en todo aplicar á los modernos errores los antiguos y sólidos raciocinios de Santo Tomás.

Los grandes metafísicos, como Balmes y Taparelli, ponen en parangon y refutan las nuevas y falsas teorías con muchas y verdaderas teorías de Santo Tomás.

Santo Tomás era, y con razon, considerado como el gran maestro de la moral. Por esto el Padre Luis Bancel publicó un diccionario en dos tomos, titulado *Moral de Santo Tomás de Aquino*, en el cual, por órden alfabético, se esplican las virtudes y los vicios, todo con la doctrina y aun con las palabras testuales de Santo Tomás. Por esto el sabio Cardenal Cayetano emprende la grande obra de comentar la *Suma Teoló-*

gica, del propio modo, y casi con el mismo empeño que empleaba Cornelio á Lapide para comentar la Sagrada Biblia. Por esto, en fin, la mayor parte de los teólogos se han gloriado de pertenecer á la escuela de Santo Tomás; de llamar á Santo Tomás angélico maestro, el maestro por excelencia y hasta sol de su doctrina.

Son muchos los que han escrito la vida de Santo Tomás. Nosotros solo podemos enumerar aquí algunos. Los que hemos consultado y tenemos á la vista son: Esteban de Salancho, que murió en el año 1290 y dejó escrito el panegírico de Santo Tomás en el libro titulado de *Cuatuor rebus quibus Deus prædicatorum ordinem insignivit*. Guillermo de Thoco, prior del convento de predicadores en Benevento, y promotor de la causa de la canonizacion de Santo Tomás, escribió la vida de este Santo Doctor con la abundancia de datos y documentos originales que él más bien que nadie, podia poseer. *La vida* de Santo Tomás, escrita por Guillermo de Thoco, se encuentra en los Bolandos, dia 7 de Marzo. San Antonino de Florencia escribió el panegírico de Santo Tomás, y un elogio de sus obras en la *Crónica*, parte tercera, tít. 1.°

En España se han escrito y publicado muchos panegíricos y biografías de Santo Tomás. Aquí solo haremos mencion de una, escrita por el célebre teólogo y filósofo español Rodrigo de Arriaga, en tres tomos en 4.° mayor. En esta obra, Arriaga examina con mucho detenimiento la genealogía, las virtudes, el talento, las obras y las glorias de Santo Tomás.

3.° Se han hecho muchas ediciones de las obras de Santo Tomás. Aquí solo mencionaremos la de Roma, en diez y ocho volúmenes, en folio, hecha en 1570; La de París, en veintitres tomos, en folio, hecha desde 1636 hasta 1641, y por último, la de Venecia, en veinte tomos, en folio, hecha en 1645.

Para conocer las obras de Santo Tomás bajo un punto de vista crítico, debe leerse la obra que publicó Alemanni en París en 1646, titulada *Thomæ Aquinatis summa philosophica.* Es tambien curiosa la obra que publicó en Venecia en 1730 Bernardo de Rubeis, titulada *Disertationes criticæ et apologeticæ de gestis et Scriptis ac doctrina sancti Thomæ.*

Bach publicó en París en 1836, un libro en 8.°, cuyo título es : *Divus Thomas de quibusdam philosophicis quæstionibus et præsestin de philosophia morali.* El mismo autor publicó una obra en francés titulada: *Del estado de las almas* despues de la muerte, segun Santo Tomás y Dante.

Leon Montet ha publicado una memoria erudita sobre Santo Tomás de Aquino, que se halla en las *Memorias* de la Academia de ciencias morales y políticas de París, impresas en 1847, tomo 2.°

Barret, presbítero, publicó en 1848 un libro importante, titulado *Estudios filosóficos sobre Dios y la creacion, segun la suma contra gentes.*

Feugnesay ha publicado en 1857 un *Ensayo sobre las doctrinas políticas de Santo Tomás de Aquino.*

4.° Las obras de Santo Tomás son muchas y es imposible que aquí puedan enumerarse todas. Hare-

mos, pues, solo una ligerísima indicacion de las más notables.

Sabido es que Santo Tomás tomó á su cargo la árdua empresa de *cristianizar* á Aristóteles. En el siglo XIII se levantaba Europa de una postracion de ocho siglos. Habian pasado sobre el mundo la tiranía del imperio romano, la invasion de los bárbaros del Norte y las espantosas ordas del islamismo. En todo este tiempo, los cristianos no podian hacer más que pelear y resistir, y nadie podia pensar en inventar. Los monjes son dignos de eterna alabanza por haber conservado, á costa de tan inmensos sacrificios, la ciencia de los antiguos. Por tanto, desde que acabó la escuela de Alejandría hasta que comenzó la Sorbona en Francia, puede asegurarse que el mundo vivió entregado á una verdadera inercia filosófica. San Anselmo y San Alberto, Santo Tomás y Escoto, no podian hacer más que restaurar y conservar lo antiguo, presentándolo de una manera digna de su época. Los que quieren atribuir la gloria del renacimiento á los griegos del siglo XV, deberian recordar que tres siglos antes habian ya trabajado muchísimo Santo Tomás y San Alberto para extender en Occidente la antigua filosofía del Oriente.

Los que acusan á Santo Tomás de no haber inventado una nueva filosofía, prueban con sus acusaciones, que ó no saben lo que dicen, ó no han leido jamás las obras del gran filósofo á quien censuran. Las filosofías no se inventan, se heredan; se forman por capas, si nos es lícito expresarnos así. Los sabios se su-

ceden unos á otros como las generaciones, legando los que mueren el fruto de sus trabajos á los que vienen despues de ellos. Ni hoy, ni nunca, se podrá encontrar un solo filósofo que haya formado su sistema no consultando ningun libro, cerrando sus ojos y buscando sus conocimientos solo en sí mismo. En todos los sistemas filosóficos hay muchísimas reminiscencias y muy poco original. Descartes y Malebranche revelan en todas sus páginas que habian leido mucho á Platon, Cant y Hegel, Schelling y Krausse, están materialmente llenos de recuerdos y aun de parodias del antiguo escolasticismo. ¿Por qué, pues, se reprueba la filosofía de Santo Tomás? ¿Podía acaso hacer en el siglo XIII lo que Descartes no pudo hacer en el siglo XVII y lo que Krausse no ha podido hacer en el siglo XIX? Lo que Santo Tomás hizo, lo único que podia hacer, era escoger un antiguo filósofo, adoptar su método, purgarlo de sus errores y perfeccionar su doctrina. Podia haber escogido entre el materialismo de Epicuro, el idealismo de Platon ó la filosofía sensata de Aristóteles. Santo Tomás era espiritualista, creia en el alma, la distinguia esencialmente de la materia, y necesitaba por lo tanto rechazar el ateo é inmundo materialismo de Epicuro.

Santo Tomás poseia un admirable buen sentido, y no podia aceptar de ningun modo los sueños de Platon, que solo pueden arrastrar á los delirios y extravagancias que tantos escándalos ocasionaron en la fraccion gentílica ó neo-platónica de la escuela de Alejandría.

Santo Tomás necesitaba, pues, una filosofía sensata, y escogió la de Aristótoles, que era, es y será siempre, la preferible entre todas las antiguas.

Si tuvo ó no razon, el tiempo ha venido á decidirlo. Las reglas de Aristóteles sobre la dialéctica se conservan todavía sin alteracion ninguna. El sistema de la observacion y de la experiencia de Aristóteles, es el mismo que se conserva y se practica en nuestros dias. Aristóteles tenia el sistema de estudiar los hechos y buscar luego sus causas. Hé aquí sus propias palabras, copiadas por Santo Tomás. *Videtur inde incipiendum ut primum fenomena summantur circa unumquodque genus et deinde eorum causæ dicantur.*

El principio, que se ha considerado como una grande invencion de Bacon el Canciller, no es más que una copia, que apenas se distingue en las palabras del principio de Aristóteles, que acabamos de citar. Bacon dice: «Obsérvense los fenómenos, háganse experimentos y fórmense luego conclusiones generales por vía de induccion.» *Fenomena observare, experimenta capere, indeque conclusiones generales inductione inferre.*

¿Qué diferencia hay, pues, entre estos dos sistemas? Ambos exigen la observacion de los hechos y la designacion de sus causas. Son, pues, completamente idénticos en el fondo. Y sin embargo, se ensalza hasta las nubes á Bacon, por lo que dijo en los últimos años del siglo XVI, y se censura á Santo Tomás por haber dicho lo mismo en la mitad del siglo XIII. Lo que hay es, que el protestantismo primero, y la incredulidad despues, han querido destruir á Santo

Tomás con el olvido, y sepultarlo con la ignomia.

Sin embargo, Santo Tomás no fué un servil copista, sino un sabio traductor y un prudente reformador de la filosofía de Aristóteles. El filósofo de Estagira, al menos en lo que se conocia de sus obras en los tiempos de Santo Tomás, no se habia expresado de una manera conveniente acerca de Dios, de la creacion, del alma y de otros grandes principios fundamentales de toda buena filosofía. Santo Tomás corrigió á Aristóteles en todos estos puntos. Esto es lo que se llama *cristianizacion* de la filosofía aristotélica.

Aristóteles escribió sobre la lógica, la física, la metafísica, las ciencias naturales, la política y la literatura. En todas las obras que sobre estos asuntos compuso el filósofo de Estagira, al menos en las que se conservan, puso su mano el angélico Doctor para conservar lo bueno y verdadero, rechazar lo malo y falso, y consignar y esplicar lo que solo era oscuro ó dudoso. Esta es la *mision* de todo el que sea ó aspire á llamarse filósofo ó amante de la verdad. La filosofía no consiste en inventar fábulas, sino en buscar la verdad cuando no se conoce, ó en conservarla y esplicarla cuando ya se posee.

Téngase en cuenta que al expresarnos así, hablamos únicamente del método científico, ó sea del sistema filosófico de Santo Tomás. La índole de este libro no nos permite entrar en minuciosos detalles acerca de los tratados filosóficos del sol de las escuelas.

Despues de lo dicho, no creemos conveniente ni aun el detenernos á enumerar las obras filosóficas de

Santo Tomás. Basta la exposicion que hemos hecho en globo de todas ellas.

5.° Las obras teológicas de Santo Tomás son muchas, y todas de suma importancia. Expuso muchos libros de la Sagrada Escritura. Aquí solo debemos indicar los *Comentarios* sobre los salmos, sobre Job, sobre Isaías y Jeremías.

Su *exposicion* de las epístolas de San Pablo, forman un tomo en folio, y todo está compuesto con sentencias de los Santos Padres.

La exposicion de los Santos Evangelios, ó sea la *Catena Aurea*, forma un gran tomo en folio con cerca de 800 páginas, y en todo él no se encuentra ni un solo pensamiento, ni una sola frase, que no sea un texto literal, y citado con exactitud, de los Santos Padres. No es posible hojear estas obras sin llenarse de admiracion y asombro. Espanta el considerar cómo habia podido Santo Tomás leer y saber tanto en un siglo en que no habia imprenta y en que solo existian manuscritos que no se encontraban sin gran trabajo, y no podian leerse sin suma dificultad.

Los *opúsculos* de Santo Tomás son muchos y de grande importancia. Tratan de asuntos morales y dogmáticos, y alguno que otro tambien de asuntos de disciplina. Todos son dignos del grande ingenio, de la asombrosa erudicion y maduro juicio de Santo Tomás.

Aquí, sin embargo, solo haremos mencion de algunos.

El *Opúsculo* contra los errores de los griegos, es una sólida impugnacion del cisma de Oriente.

En el *Opúsculo* sobre los vicios y las virtudes, hace Santo Tomás, en seis capítulos, observaciones muy prudentes y de grandísima utilidad para todos los que ejercen el poder público.

En el *Opúsculo* sobre el modo de confesarse y de la pureza de la conciencia, se esplican las condiciones de la buena confesion, la vanidad, la soberbia, la desobediencia, los depravados deseos, los malos pensamientos, los peligros de la castidad y el modo más sencillo y más seguro para que el hombre pueda conocerse á sí mismo.

El *Opúsculo* sobre el Santísimo Sacramento del Altar, expone en treinta y dos capítulos todo lo que se necesita saber acerca del orígen y excelencias de la Sagrada Eucaristía, de sus frutos y de las cosas que debemos hacer para recibirla con provecho de nuestra alma. Es un excelente tratado, lleno de reflexiones teológicas y observaciones morales y místicas.

Estos tres *opúsculos* se han publicado en este mismo año, en 1864, con texto latino y español en Sevilla. El autor de esta traduccion y edicion es el ilustre escritor católico D. Leon Carbonero y Sol, tan conocido por el celo y energía con que defiende la causa de la Iglesia.

El *Opúsculo* contra Guillermo de San Amor, necesita ser expuesto con más detenimiento. Guillermo de de San Amor es un doctor de la Sorbona, tan lleno de instruccion como de preocupaciones contra las órdenes religiosas. Publicó un libro titulado *Peligros de los últimos tiempos*, en el cual atacaba fuertemente á

todo el clero regular. Esta obra, dictada por la envidia al gran crédito de Alberto el Grande y de Santo Tomás de Aquino, produjo un cisma en la Sorbona. Los doctores de aquella universidad no quisieron admitir en su claustro á Santo Tomás sólo porque pertenecia á una órden religiosa. Guillermo de San Amor fué además enviado á Roma para defender allí sus obras y su conducta. Santo Tomás, Alberto el Grande y San Buenaventura, se presentaron tambien ante el Soberano Pontífice con el objeto de defender las órdenes mendicantes, tan horriblemente impugnadas por la fraccion que á la sazon dominaba en la universidad de París. La doctrina de Guillermo de San Amor fué condenada por el Papa Alejandro IV.

En el discurso que Santo Tomás pronunció en Anagni, delante del Soberano Pontífice en defensa de las órdenes regulares, es lo que se publicó en 1257 con el nombre de *Opúsculo* contra Guillermo de San Amor.

En el cap. I de este *Opúsculo* expone Santo Tomás la cuestion, recopilando todas las acusaciones de Guillermo de San Amor.

En el cap. II dice que las órdenes religiosas, lejos de ser incapaces de enseñar la doctrina católica, se hallan para ello en situacion más apropósito y más ventajosa que todos los demás hombres y todas las demás corporaciones. Guillermo de San Amor se habia empeñado en sostener la absurda y ridícula máxima de que los sacerdotes regulares debian encerrarse en sus conventos para hacer oracion y penitencia, y

no salir de ellos nunca para confesar, ni predicar, ni enseñar, ni hacer nada en beneficio de la Iglesia. Santo Tomás refuta con suma facilidad y de una manera incontestable este absurdo error, haciendo ver que los sacerdotes regulares, previas las oportunas licencias de sus propios superiores y del obispo, pueden estudiar y recibir el doctorado, confesar y predicar y ejercer escribiendo ó enseñando, ó administrando Sacramentos, todo lo que se refiere al ministerio eclesiástico. Además prueba el Doctor angélico que los sacerdotes regulares pueden ser nombrados obispos, por más que creyesen lo contrario ciertos doctores de la universidad de París. No podrá decirse nunca que esta doctrina era hija de la ambicion. Cabalmente no pudieron ser más humildes los tres grandes doctores que la defendieron. Fueron estos San Alberto el Grande, San Buenaventura y Santo Tomás. El primero renunció el obispado de Ratisbona; el segundo se hallaba ocupado en la limpieza de su convento cuando recibió, sin esperarlo, y aceptó contra toda su voluntad, el birrete de cardenal, y el tercero y último nada obtuvo en Francia, á pesar de su amistad con el rey San Luis, y en Italia, despues de haber rehusado el arzobispado de Nápoles, se contentó con ejercer el magisterio por la miserable suma de 320 rs. que le daba cada mes su amigo el rey de Sicilia. Santo Tomás sostuvo que los regulares podian ser obispos, porque no hay ninguna ley canónica que lo prohiba, porque esta es la práctica de la Iglesia, porque esto es lo justo y conveniente, porque, en fin, cuando se

trata de un ministerio tan alto como el episcopal, sólo deben buscarse, sean ó no regulares, sacerdotes de virtud y ciencia que puedan dignamente desempeñarlo.

En el cap. III sostiene Santo Tomás que los sacerdotes regulares pueden entrar en las universidades y enseñar en ellas las ciencias que se les confien.

Guillermo de San Amor llegó hasta el extremo de suponer que los regulares no podian confesar, predidicar ni enseñar, ni aun con la delegacion de los obispos. Esto es lo mismo que ligar las manos á los prelados é imponer á la Iglesia leyes que la Iglesia misma no ha querido dictar.

No contento con esto, añadia Guillermo de San Amor que los regulares no debian vivir de limosnas, sino trabajar asíduamente para alimentarse con el fruto de su propio trabajo. Santo Tomás le hace ver que, cuando hay necesidad de consagrar todo el tiempo al cultivo del espíritu, no es conveniente ni justo ocuparse en el cultivo de la tierra. El mundo no se empobrecerá nunca, porque un corto número de eclesiásticos deje de trabajar con sus manos para trabajar incesantemente con su espíritu y con su lengua. No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios.

Guillermo de San Amor combatia además la pobreza evangélica, sosteniendo que no era lícito abandonarlo todo por seguir á Jesucristo. Muy pocos esfuerzos necesitó hacer el angélico Doctor para refutar esta absurda é impía doctrina.

Guillermo de San Amor escarnecia á los religiosos por la pobreza de sus hábitos, por las obras de caridad que practicaban, por los frecuentes viajes que hacian para el bien espiritual de la Iglesia y por lo mucho que estudiaban para poder enseñar y predicar con utilidad de los fieles. No se necesita más que exponer estos cargos para comprender cuál seria la respuesta del Doctor angélico.

Hemos querido extractar este opúsculo con algun detenimiento para hacer ver que los enemigos de las órdenes religiosas no han podido añadir nada á los sofismas que empleaba en el siglo XIII la fraccion anti-monacal de la Sorbona.

El libro titulado *Quæstiones disputatæ*, trata del poder de Dios, de la verdad, del mal y de las virtudes. *Los Quodlibetos* ó *Las cuestiones Quodlibetales*, aunque tienen un nombre tan poco literario, contienen mucha y muy sana doctrina teológica. Son doce, y en ellos, sin órden ni método científico, se examinan asuntos de la más alta importancia. Se trata entre cien otras cosas, de Dios, de los ángeles, de Jesucristo, de la gracia, del hombre, del libre albedrío y de la Iglesia. *Los Quodlibetos* son doce y se dividen en cuestiones y artículos.

Sabido es que Pedro Lombardo se llama el *Maestro de las sentencias* por haber compuesto los cuatro libros de teología con un admirable conjunto de citas de los Santos Padres. En el siglo XIII era muy general la costumbre de escribir comentarios sobre el *Maestro de las sentencias*. Santo Tomás, siguiendo esta costum-

bre, publicó dos comentarios sobre estos libros. El angélico Doctor trascribe primero el texto, y despues añade cuestiones, artículos y cuestiones incidentales que él llama *quæstiunculæ*. El segundo comentario sobre las sentencias, está dedicado al Cardenal Hannibaldo. Hacemos esta advertencia porque muchas veces suele encontrarse citado en esta forma: 4.° *Ad Hannibaldum*, distincion 8.ª, cuestion 2.ª, etc.

Santo Tomás compuso una obra esencialmente filosófica, cuya lectura será siempre de gran utilidad. Es la *Suma contra gentes*. Esta obra se divide en cuatro libros, y los libros se subdividen en capítulos. Comienza el Doctor angélico sentando el principio de que los enemigos de la Iglesia deben ser siempre impugnados con las armas que ellos mismos aceptan; los judíos, con el Antiguo Testamento que tanto veneran; los hereges, con el Evangelio, en el cual creen, y los paganos, ó los incrédulos, con la razon ó con lo filosofía, que es lo que únicamente admiten. Con decir esto, y con recordar que Santo Tomás se propone en esta obra defender la fé católica é impugnar los sofismas de los incrédulos, fácilmente se comprende que refuta á los filósofos con las armas mismas de la filosofía. Todo lo que dice Santo Tomás contra el panteismo en la *Suma contra gentes*, puede repetirse hoy contra los panteistas del siglo décimo nono, sin riesgo de tropezar con una refutacion sólida.

Otra obra de Santo Tomás, cuya lectura será siempre necesaria, es el *Tratado de Regimine Principum*. Está dedicada al rey de Chipre, y merece copiarse

aquí su dedicatoria. « Considerando yo, dice, que podria ofrecer á la majestad real que fuera digno de ella, y conforme á los deberes de mi profesion, me ha parecido lo mejor escribir un libro sobre el gobierno monárquico, en el cual expusiera con la mayor diligencia el orígen de la monarquía y cuanto se refiere al ejercicio de la autoridad real, con arreglo al testimonio de la Sagrada Escritura, á los principios de la filosofía y á los ejemplos de los reyes más esclarecidos. Para empezar, continuar y concluir esta obra, segun las fuerzas de mi inteligencia, imploro el auxilio de aquel que es Rey de reyes y dominador de dominadores; de aquel por quien los reyes reinan, Señor poderoso, Rey excelso, superior á todos los dioses. »

¡Qué dedicatoria! Aquí no hay vanidad ni lisonja. Aquí no hay más que fé, virtud, verdad y humildad.

El *Tratado de Regimine Principum* se divide en cuatro libros. El primero contiene quince capítulos y trata de la sociedad, del orígen de la autoridad, de los deberes de los gobernantes, de los premios que esperan á los que gobiernan bien y de los castigos que deben temer los que gobiernan con injusticia. En esta obra, en el cap. III especialmente del Lib. 1.°, habla Santo Tomás de una manera terrible contra la tiranía; pero téngase entendido que la doctrina de Santo Tomás es enteramente opuesta á la de los modernos demagogos, que confunden la potestad real con la tiranía. Santo Tomás separa, con gran cuidado estas

dos cosas, y hace ver que son tan opuestas como la lealtad y la perfidia, la piedad y la hipocresía.

Se ha dicho que Santo Tomás justifica en algunos casos el regicidio. Nada más falso. El angélico Doctor rechaza y nunca admite la perniciosa teoría demagógica de que los pueblos ó las turbas amotinadas tienen derecho para destruir los tronos sólo por el deseo de fundar repúblicas. Por el contrario, el angélico Doctor cree que el gobierno monárquico es preferible al republicano, admite el derecho divino, reprueba el asesinato y condena la rebeldía.

El Lib. 2.° tiene diez y seis capítulos y en ellos trata el angélico Doctor del bien material de las naciones. Demuestra la necesidad de la agricultura, de la industria y del comercio; prueba que los gobernantes deben construir ciudades, y que para ellas deben escoger sitios fértiles, en los cuales haya abundancia de aguas y aun lugares de recreo; y hace ver, por último, que los gobiernos necesitan acuñar moneda propia y rodearse de empleados instruidos y celosos que les ayuden á llevar la inmensa carga de la administracion pública. El Lib. 3.° tiene veintidos capítulos y todos están consagrados á demostrar la estrecha relacion que existe y la armonía que debe reinar entre la potestad eclesiástica y la potestad civil.

El Lib. 4.° y último tiene veintiocho capítulos; en él se examinan las antiguas repúblicas, sus legislaciones, su grandeza y su decadencia, y la doctrina de los filósofos del paganismo, acerca de la política.

Esta obra fué traducida y publicada con texto es-

pañol y latino en Sevilla, en 1861, por el señor Carbonero y Sol. Esta edicion lleva al frente un excelente prólogo del Sr. Monescillo, Obispo de Calahorra.

6.° La principal obra del angélico Doctor es la *Suma Teológica*. Consta de tres partes. La segunda se subdivide, por su mucha extension, en otras dos partes que se llaman *prima pars secundæ partis* y *secunda pars secundæ partis*. La tercera parte quedó sin concluir, por la muerte del Santo Doctor. Sus discípulos, para completarla formaron un suplemento, extractando el cuarto libro del primer comentario sobre el Maestro de las sentencias. Este suplemento ó adicion tiene noventa y nueve cuestiones y trata de la penitencia, extremauncion, órden, matrimonio, sufragios por los difuntos, vision beatífica y otros asuntos de suma importancia. Este suplemento se halla inmediatamente despues de la tercera parte, cuestion 90 que trata de las partes de la penitencia en general, punto en el cual se interrumpió el trabajo de Santo Tomás.

La *Suma Teológica* se divide en cuestiones y artículos. Cada artículo puede considerarse como subdividido en cuatro puntos. El primero es la exposicion de los argumentos que existen contra la doctrina que se sustenta. El segundo es una autoridad de la Sagrada Escritura, un argumento concluyente ó una sentencia concisa y evidente, que se titula *sed contra* porque es una compendiosa pero irresistible impugnacion de todos los raciocinios ú objeciones que antes se han expuesto. El tercero es una demostracion doctrinal, que se llama cuerpo del artículo, porque lo es en realidad,

ó *respondeo* porque comienza siempre con esta palabra. El cuarto y último es la respuesta á cada una de las objeciones presentadas en el principio del artículo. Este punto se subdivide en varios párrafos, que se denominan *ad primum, ad secundum, ad tercium*, etc., segun que es 1.° 2.° ó 3.° la objeccion á que se contesta.

La Suma Teológica se escribió, segun indica el mismo Santo Tomás en su brevísimo prólogo, con el solo y único fin de demostrar la verdad de la religion de una manera breve y compendiosa, al propio tiempo que ordenada y clara, para que pudiese ser útil á los que se dedican al estudio de la Sagrada Teología.

Ya hemos dicho que *La Suma Teológica* se divide en tres partes; en la primera trata el angélico Doctor de la doctrina revelada en general, de la necesidad de la revelacion, de Dios, de su esencia, de sus atributos, de sus obras, de la bienaventuranza, de la Santísima Trinidad, de Dios en fin considerado como criador y conservador de todo lo que existe.

En la primera parte de la *Suma Teológica*, en el primer artículo de la primera cuestion, se hallan armas de irresistible fuerza para confundir á los racionalistas que niegan la necesidad de la divina revelacion. Al mismo tiempo se halla la verdadera doctrina acerca de los alcances de nuestro entendimiento, con la cual es fácil rechazar, lo mismo los errores de los pelagianos y socinianos que todo lo conceden á la razon del hombre, que á los jansenistas y luteranos que suponen enteramente corrompida nuestra naturaleza, ciega completamente nuestra razon y muerto para siempre el libre

alvedrío. Santo Tomás señala la verdad escluyendo los escollos que por todas partes la circundan.

En la misma primera parte se encuentra un inagotable arsenal para combatir á los ateos que niegan la existencia de Dios, á los materialistas que confunden el espíritu con el cieno, á los deistas y fatalistas que convierten á Dios en una estátua, ó al hombre en una máquina, negando el libre alvedrío y la divina providencia, y á los panteistas, por último, que tienen la sacrílega osadía, que caen en el horrendo delirio, de negar al verdadero Dios, para imponer el santo nombre de Dios aun á las cosas más inmundas.

No hablamos con exageracion. La experiencia nos ha demostrado de una manera evidente que adoptando las razones y el método de Santo Tomás, es muy fácil refutar de una manera irresistible aun á los más instruidos defensores del racionalismo. El método de Santo Tomás es la distincion y la claridad, y el método de los incrédulos es la confusion y las tinieblas. La doctrina de Santo Tomás es la verdad y precision, y la de los incrédulos es el error y la vaguedad. Por esto se extremece el racionalismo siempre que tropieza en su camino con la doctrina fija, con el método claro y con el lenguaje preciso de la Suma Teólogica.

Ya hemos indicado tambien que la segunda parte se subdivide en *prima secundæ*, y *secunda secundæ*. En la primera parte de la segunda parte examina Santo Tomás los movimientos de la criatura racional hácia Dios, su último fin, y habla de los medios de llegar á este fin último. Al intento expone con mucha exten-

sion, gran solidez y suma claridad, todo lo que se necesita saber acerca de las virtudes para amarlas y practicarlas, y acerca de los vicios para apartarse de ellos y detestarlos. En la segunda parte de la parte segunda trata Santo Tomás en particular de las virtudes teologales y morales, y de todos los vicios que le son contrarios.

En toda la segunda parte se halla mucha y muy abundante doctrina para impugnar á los llamados moralistas, que niegan la diferencia esencial entre lo bueno y lo malo; á los sansimonianos y economistas, que rechazan la abnegacion y solo piensan en el placer, y por último á ciertos hombres políticos, que olvidando la fé, creen posible gobernar el mundo sin que la autoridad del que manda y la humildad del que obedece, comiencen por fundarse en la moral divina. Hoy se encuentran muchos hombres que creen ó dicen que creen en la posibilidad de la virtud sin la gracia, ó de la moral sin la religion. Toda la segunda parte es un inmenso conjunto de sólidos raciocinios contra este pernicioso error. El mundo es hechura de Dios y sin las leyes de Dios no puede gobernarse.

En la tercera parte trata Santo Tomás de los medios que nos conducen á Dios. Son estos la Encarnacion de Jesucristo, que al redimirnos con su propia sangre nos abrió las puertas del cielo, y los Sacramentos, que, ó nos abren las puertas de la Iglesia, ó nos reconcilian con el Señor purificando nuestra alma de todo pecado.

Ya antes hemos indicado que Santo Tomás murió

antes de concluir la *Suma Teológica*, y que la muerte le obligó á suspender su tarea en la tercera parte, cuestion 90, antes de concluir el tratado de la penitencia.

7.° Acerca de la *Suma Teológica* necesitamos hacer todavía algunas observaciones. Muchos teólogos han creido que Santo Tomás habia sido contrario á la *opinion piadosa*, hoy dogma de fé, de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen. Nosotros prescindiendo de los pasajes que se hallan en otros lugares de sus obras, nos limitamos á recordar y esplicar lo que dice en la tercera parte, cuestion 27, art. 2.°. Escojemos esta cuestion y este artículo, porque este es cabalmente el lugar en que Santo Tomás trata de propósito la cuestion que ahora nos ocupa.

Desde luego, debe llamar nuestra atencion el epígrafe del art. 2.°. Hélo aquí: *Utrum Beata Virgo fuerit santificata ANTE ANIMATIONEM.*

Se pregunta «Si la Santísima Vírgen fué santificada *antes de su animacion.*»

Estas palabras *antes de su animacion*, precisan la cuestion y determinan la mente de Santo Tomás. Sabido es que en los tiempos antiguos se disputaba y hoy se trabaja todavía para averiguar si media algun tiempo entre la formacion del cuerpo humano y la infusion del alma que le dá la vida. Hoy suelen encontrarse filósofos que admiten porque quieren la simultaneidad completa entre la formacion del cuerpo y la creacion é infusion del espíritu que lo anima. Nosotros, dejando á un lado esta cuestion que solo pue-

de resolverse por una revelacion divina, nos limitamos á consignar el hecho evidente de que los antiguos filósofos distinguian entre la concepcion activa ó la formacion del cuerpo, y la concepcion pasiva ó la infusion del espíritu ó la *animacion*. En los pasados siglos, en los tiempos de Santo Tomás, se creia generalmente que entre la concepcion activa y la concepcion pasiva, ó sea entre la formacion del feto y su animacion, pasaban muchos dias y aun algunos meses. Esta doctrina era tan corriente, que sirvió de base para las leyes canónicas y civiles contra el aborto y el infanticidio.

Esto supuesto, fácil es comprender que Santo Tomás distingue aquí tres tiempos y tres hechos muy diversos.

1.° Lo que sucede antes de la animacion, *ante animationem*.

2.° Lo que sucede en el tiempo mismo de la infusion del alma, *in animatione*.

3.° Lo que sucede despues de la formacion de la persona, despues de la animacion, *post animationem*.

Esto entendido, para resolver la cuestion no se necesita más que copiar la pregunta del Doctor angélico. «¿Fué la Vírgen santificada *antes de su animacion?*»

Santo Tomás contesta que no, porque dice, y con mucha razon, que antes de la animacion la Santísima Vírgen no era más que un poco de carne, un puñado de materia, carecia de alma, no era una verdadera persona, y por lo tanto, era incapaz de gracia y de pecado. La cuestion, pues, puede plantearse en estos

términos: »¿pudo ser la Vírgen santificada *antes de tener alma?*» Claro es que no. Pues bien, esto y solo esto, es lo que enseña Santo Tomás en el lugar citado. Por doce veces repite la palabra *ante animationem*, para indicar siempre que se referia al tiempo en que aun no podia decirse que era una persona la Santísima Vírgen, porque si bien existia su cuerpo, aun no le habia sido infundida el alma.

Añádase á esto, que el mismo angélico Doctor en la tercera parte, cuestion 27, art. 2.° *ad tercium*, dice expresamente que en su tiempo, en el siglo XIII, «la Iglesia romana toleraba la costumbre de algunas iglesias que celebraban la fiesta de la Inmaculada Concepcion. *Ecclesia romana tolerat consuetudinem aliquarum ecclesiarum illud festum celebrantium: unde talis celebritas non est totaliter reprobanda.*

¿Hablaría así Santo Tomás creyendo que habia pecado en la Concepcion de la Santísima Vírgen? ¿Hubier adicho jamás *que no debia ser totalmente reprobada*, si hubiese creido que con ella se celebraba un pecado, esta fiesta como una cosa santa?

Convengamos, pues, en que no han interpretado bien la doctrina de Santo Tomás los teólogos que lo han contado entre los impugnadores de la Inmaculada Concepcion. Santo Tomás no podia ni aun pensar así, despues de haber dicho que la Santísima Vírgen, por el solo hecho de ser Madre de Dios, tiene una dignidad en cierto modo infinita. *Beata Virgo ex eo quod sit Mater Dei, habet dignitatem quodam modo infinitam.*

Algunos escritores galicanos han querido citar á Santo Tomás en apoyo de sus teorías contra la Santa Sede. Nada nos sería más fácil que refutar este error amontonando hechos de su vida y pasajes de sus obras, en los cuales manifiesta Santo Tomás su respeto y su veneracion al Soberano Pontífice; pero por lo mismo que seria tan fácil esta tarea, la omitimos y nos limitamos á consignar aquí la magnífica protesta de fé y humildad que hizo antes de morir el Doctor angélico, sometiendo todas sus obras al juicio y correccion de la Santa Iglesia Romana. Hé aquí sus propias palabras: *Ego de isto Sanctissimo Corpore Domini nostri Jesu Christi et alliis sacramentis multa docui et multa scripsi in fide Jesu-Christi et Sanctæ Romanæ Ecclesiæ, cujus correctioni cuncta subjitio, cuncta suppono.*

Estas palabras se hallan en Natal Alejandro, Historia eclesiástica, siglo XIII, cap. IV, art. 4.° núm. 3. Y citamos especialmente á Natal Alejandro, porque en el caso presente su autoridad no puede ser sospechosa, siendo un historiador bien poco ultramontano.

CAPÍTULO XXXV.

San Buenaventura y San Raimundo de Peñafort.

1.° Nació San Buenaventura en Bagnarea, en la Toscana, el año de 1221. Se llamaba Juan Fidenza; pero cambió este nombre por el de Buenaventura á causa de haber sido librado á la edad de cuatro años de una enfermedad mortal por un milagro de San Francisco de Asís. Entró en la Orden de los padres menores en 1243. Su maestro Alejandro de Halés solia decir que le parecia no hallar ni aun las huellas del pecado original en su discípulo. Con esto queria expresar su fé, su humildad, la verdadera santidad que resplandecia en toda la vida de San Buenaventura. Su ingenio y su aplicacion eran tan grandes como su virtud. Bien pronto se halló convertido en el hombre más instruido de su órden, y en digno miem-

bro del triunvirato de santidad y sabiduría que con él formaban en el siglo XIII Santo Tomás y San Alberto Magno. Fué primero profesor de filosofía y de teología en su órden. Más tarde, en 1253, desempeñó con gran crédito una cátedra en la universidad de París. En 1256 fué nombrado general de su órden. En este destino trabajó con vivo celo é inmensa caridad por lograr el explendor de su órden y la santidad y la sabiduría de todos los individuos que la formaban.

Los honores, en vez de extinguir, aumentaron la humildad y abnegacion de San Buenaventura. En 1260 rehusó con santa obstinacion el arzobispado de Yorck, que con insistencia le ofrecia el Papa Clemente IV. Muerto este Soberano Pontífice, los cardenales acordaron elegir Papa al cardenal que libre y expontáneamente, por su propia eleccion, les designase San Buenaventura. Este Santo Doctor aceptó *el compromiso*, señaló al cardenal Tibaldo, y fué Papa con el nombre de Gregorio X. Este hecho es una demostracion evidente del crédito asombroso que tenía San Buenaventura en toda la Iglesia.

En 1273, este Papa nombró á San Buenaventura Obispo de Albano y Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Cuando los enviados del Papa iban á entregarle la púrpura cardenalicia, lo encontraron ocupado en la limpieza de la cocina de su convento. ¡Tan profunda era su humildad! San Buenaventura se llenó de afliccion y queria rehusar; pero las órdenes del Papa eran perentorias, y se vió obligado á acatarlas. Ya

cardenal, acompañó al Soberano Pontífice Gregorio X al Concilio de Lyon, al cual asistió San Alberto Magno y no asistió por haber sido sorprendido por la muerte el angélico Doctor Santo Tomás. San Buenaventura, en su calidad de legado del Papa, necesitó trabajar muchísimo en esta religiosa asamblea. Estas fatigas alteraron su salud y le ocasionaron un vómito de sangre que le dió la muerte antes de salir de Lyon, el dia 14 de Julio de 1274. El Cardenal Pedro de Tarentaise, más tarde Papa con el nombre de Inocencio V, pronunció su oracion fúnebre. El Papa Gregorio X, acompañado de algunos reyes y muchos cardenales, asistió á sus exequias. Sixto IV lo canonizó en 1482. Sixto V lo nombró sexto doctor de la Iglesia, poco despues.

Muchos son los antiguos escritores que han encomiado la ciencia y virtud de San Buenaventura. El abad Tritemio lo juzga así: «Su lenguaje es profundo y no escesivo en palabras; es sutil y no curioso; elocuente y no vano; ardiente y no declamatorio. Así es, que se lee bien, se entiende con facilidad y se recuerda con dulzura.»

El célebre Juan Gerson, halla á San Buenaventura superior á todo encomio, y no sabe si anteponerlo á todos los demás doctores, como el más idóneo y seguro para iluminar el entendimiento é inflamar su voluntad. Y esto lo decia despues de treinta años de estudiar asiduamente sus obras.

San Antonino de Florencia dice: «Sus obras revelan la perspicacia de su entendimiento; pero en ellas se

encuentra la ciencia divina mucho más bien que la ciencia humana.»

Las obras de San Buenaventura se imprimieron en Roma en 1588, en ocho tomos en fólio. Los dos primeros tomos contienen sus *Comentarios* sobre la Sagrada Escritura. En el 3.° se hallan los *Sermones*. En el 4.° y 5.° los *Comentarios* sobre el Maestro de las sentencias. El 6.° y 7.° abraza los *Opúsculos morales*. El 8.° y último es la coleccion de los opúsculos que se ocupan más directamente en asuntos dogmáticos.

El salterio de la Vírgen que generalmente se le atribuye es de dudosa autenticidad, segun la opinion de algunos críticos.

San Buenaventura por su inmensa piedad y ardientísima caridad, es conocido con el nombre de Doctor Seráfico.

Boule escribió su vida en un tomo en 8.°

2.° San Raimundo de Peñafort pertenecia á una familia ilustre. Nació en 1175, en Cataluña, en el castillo que le dió nombre. Despues de haber hecho sus primeros estudios en Barcelona se trasladó para aumentar sus conocimientos á la universidad de Bolonia. Allí recibió los grados de doctor en teología y cánones, y enseñó el derecho canónico con mucha brillantez y grande aceptacion. Vuelto á España, Berengario, su obispo, lo nombró canónigo y dean de la iglesia de Barcelona. Renunció este beneficio y entró en la Orden de predicadores el año 1218. Trabajó mucho cerca de Jaime, rey de Aragon, para fundar la Orden de Santa María de la Merced para la redencion

de cautivos, que Dios habia revelado á San Pedro Nolasco. Fué compañero de Juan Cardenal, obispo de Savina, como legado de la Santa Sede en España.

El Papa Gregorio Nono lo llamaba *Padre de los pobres*, á causa de su ardiente caridad. Conociendo su gran pericia en el derecho canónico, le dió un destino, que aunque diverso en el nombre, en la realidad es lo que hoy se llama auditor de la Rota romana. Las causas más graves de la Iglesia no se resolvian sin el consejo de San Raimundo de Peñafort.

El Papa Gregorio Nono lo empleó en la grande obra de la compilacion de las *Decretales*, que llevan su nombre. Despues lo nombró Arzobispo de Tarragona; pero el santo rehusó esta dignidad de una manera tan tenaz como humilde y reverente. El Papa Gregorio Nono queria conservarlo en la Ciudad Eterna; pero San Raimundo de Peñafort, abrumado con las tareas de la corte Pontificia, anhelaba por volver al silencio y la soledad de su convento. En 1238, hallándose ya en España, fué nombrado general de su órden. Deseando siempre la humildad y el retiro, renunció este cargo dos años despues.

Gracias á su influencia, fué establecida la inquisicion en Cataluña por el rey Jaime I de Aragon.

Asistió San Raimundo de Peñafort al Concilio provincial de Tarragona, en el cual se adoptaron disposiciones muy severas, pero muy justas y muy necesarias contra los hereges llamados albigenses, que vagaban como fieras por los campos, destruyendo los árboles, incendiando las mieses y asesinando á los cris-

tianos. Las medidas del Concilio de Tarragona fueron dictadas por la ley de la defensa. Esto debe tenerse muy en cuenta para rechazar las acusaciones que lanzan los incrédulos contra la Iglesia, fundándose en lo que ellos llaman cruel, inhumana y aun feroz persecucion de la Iglesia contra los albigenses. Cuentan lo que hacian los católicos para resistirse; callan lo que hacian los hereges invasores, y de este modo les es muy fácil presentar á la Iglesia como un mónstruo de crueldad, y á los albigenses como inocentes víctimas, dignos de entera compasion. Véase *El Papa y los gobiernos populares*, tomo 2.°, caps. VIII y IX.

San Raimundo murió en Barcelona, á la edad de cien años, el dia 6 de Enero de 1275. Asistieron á sus honras los reyes Alfonso de Castilla, y Jaime, rey de Aragon. El Papa Clemente VIII lo canonizó en 1601.

El Padre Tourum ha publicado una excelente biografía de San Raimundo de Peñafort en la *Historia de los hombres ilustres de la Orden de Santo Domingo*. Además han escrito su vida Juan Marietta, en la *Historia de los Santos de España*, parte segunda, Lib. 12, cap. XXX hasta el XXXIX, y Francisco Diago en la *Historia de la Orden de predicadores en la provincia de Aragon*, parte primera, Lib. 2.°, caps. VII y XX.

San Raimundo de Peñafort compuso la coleccion de *Decretales* que forma el segundo tomo del cuerpo del Derecho Canónico. Esta coleccion se divide en cinco libros y consta de decretos de los concilios y constituciones de los Sumos Pontífices. Este trabajo, que hoy nos parece tan fácil, era de suma dificultad en los

tiempos antiguos. Hoy todo está hecho, y entonces todo necesitaba hacerse.

Escribió además la *Suma de los casos de conciencia*, obra recomendada por el Papa Clemente VII, en la Bula de la canonizacion de San Raimundo, como llena de doctrina y de autoridad, y muy útil para los confesores y para los penitentes. Esta obra fué escrita por San Raimundo, á instancias del Padre Suger, provincial de su órden, antes de ser llamado á Roma por el Papa Gregorio Nono. Así lo prueba Diago en la obra citada.

La *Suma de casos de conciencia* se divide en tres partes: en la primera se trata de las culpas que se cometen contra Dios; en la segunda, se exponen los delitos contra el prógimo, y en la tercera, se habla de las irregularidades, de los impedimentos de los ordenandos, de las dispensas, de las purificaciones, de las sentencias, de las penitencias y de la absolucion. Hay además un tratado del matrimonio.

Diago, Lib. 2.°, cap. XIII, dice que, á ruegos de algunos obispos, escribió tambien San Raimundo un tratado importantísimo *De ratione visitandæ Diœcesis*. Lo propio afirma Domenec en la *Historia de los Santos de Cataluña*, Lib. 2.°.

Publicó tambien su opúsculo titulado *Modum juste negociandi*.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Cap I.—San Justino	1
Cap. II.—Atenágoras	18
Cap. III.—San Clemente de Alejandría	25
Cap. IV.—San Ireneo	40
Cap. V.—Tertuliano	49
Cap. VI.—Orígenes	76
Cap. VII.—San Cipriano	88
Cap. VIII.—Lactancio	100
Cap. IX.—Eusebio de Cesarea	106
Cap. X.—San Atanasio	112
Cap. XI.—San Cirilo de Jerusalen y San Hilario de Poitiers.	124
Cap. XII.—San Optato, San Paciano y San Efren	130
Cap. XIII.—San Basilio Magno	136
Cap. XIV.—San Gregorio Nazianceno y San Gregorio Niceno	145
Cap. XV.—San Ambrosio	152
Cap. XVI.—San Epifanio	161
Cap. XVII.—San Juan Crisóstomo	165
Cap. XVIII.—San Gerónimo	175
Cap. XIX.—San Agustin	188
Cap. XX.—San Cirilo Alejandrino, San Pedro Crisólogo y San Vicente de Lerins	234
Cap. XXI.—Sócrates, Sozomeno y Teodoreto	244

Páginas.

Cap. XXII.—San Leon, San Gelasio y San Leandro..... 257
Cap. XXIII.—San Fulgencio, Casiodoro y San Juan Clímaco..... 266
Cap. XXIV.—San Gregorio Magno y San Gregorio de Tours..... 275
Cap. XXV.—San Isidoro..... 283
Cap. XXVI.—San Ildefonso y San Braulio..... 318
Cap. XXVII.—San Máximo, Sofronio y Juliano..... 328
Cap. XXVIII.—Beda y San German..... 332
Cap. XXIX.—San Juan Damasceno, Alcuino, y Pablo, diácono..... 337
Cap. XXX.—Usuardo, Anastasio, Focio y San Gregorio.... 346
Cap. XXXI.—San Pedro Damiano y San Anselmo..... 357
Cap. XXXII.—San Bernardo..... 366
Cap. XXXIII.—San Alberto el Grande..... 391
Cap. XXXIV.—Santo Tomás de Aquino..... 398
Cap. XXXV.—San Buenaventura y San Raimundo de Peñafort..... 432

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El Papa y los gobiernos populares.—Tres tomos, 36 reales en Madrid, y 42 en provincias.

Impugnacion de Mr. Renam.—Un tomo.

Historia de las Heregías.—Dos tomos.

Sermones de Cuaresma y **Mes de María.**—Cuatro tomos.

Todas estas obras se venden en la administracion de LA REGENERACION.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN CASA DE LOS EDITORES

SRES. SAN MARTIN Y JUBERA.

Rs. vn.

Vida de Santa Teresa de Jesus, fundadora de las descalzas y descalzos carmelitas, compuesta por el P. Doctor *Francisco de Rivera*, de la Compañía de Jesus: nueva edicion; 1 t. 4.° de buen papel y esmerada impresion..... 20

Predicador (el). Coleccion de sermones, panegíricos dogmáticos, morales, y prácticas para todos los domingos del año y para la santa Cuaresma: obra dedicada á los señores curas párrocos, por el presbítero D. Emilio Moreno Cebada; 8 t. 4.°..... 160

Nuevo manojito de flores en tres ramilletes, compuesto de varias flores, para todas las personas católicas, eclesiásticas y religiosas, por el P. Fr. Buenaventura Tellado; novísima edicion arreglada y aumentada; 16.°..... 8

Novenario doloroso de María, por un misionero apostólico..... 10

Mes de María para predicadores, ó curso completo de sermones, conferencias, instrucciones para todos los dias del mes de Mayo, para todas las festividades y sobre todos los asuntos que se refieren á la Santísima Virgen María, por C. Martin, traducido por el presbítero D. Juan Troncoso; 2 t. 4.°..... 30

Mujeres de la Biblia: 2.ª edicion adornada con 38 primorosas láminas, que representan las mujeres más célebres del antiguo y nuevo Testamento, abiertas en acero por los mejores artistas de París y Lóndres; 1 t. en fól..... 140

La ley de Dios, coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, escrita por la señora doña María del Pilar Sinués de Marco, obra dedicada á S. A. R. la Serma. señora infanta, y publicada bajo la proteccion de SS. MM.; 1 t. 4.°, edicion de lujo con láminas finas..... 28

Institutiones Logicæ et Metaphisicæ, *Matthæi Liberatore S. J.* editio Matritensis, ab ipso auctore in meliorem ordinem redacta et in singulis fere partibus insigniter emmendata, accurante D. D. Emmanuele Jacobo Moreno, presbitero, et baccalaureo theologo; 3 t. 8.°, de buen papel y letra clara, que comprenden Lógica, Metafísica, Derecho natural y Etica; pasta..... 18

Homilías sobre los evangelios y epístolas de los domingos y principales fiestas del año, por Mr. Tiébaut, doctor en teología, antiguo superior de seminario.— Esta obra, tan importante para los párrocos y para los eclesiásticos en general, y especialmente para los que se dedican al ministerio de la predicacion; consta de 2 t. en 4.° marquilla, á dos columnas, de letra clara, que contienen la lectura de más de 8 t. en 4.° regular..... 60

El amigo del pecador, sacado de las obras de San Alfonso Ligorio y del beato Porto Mauricio, por don José Pinos..... 6

Estudio sobre la elocuencia sagrada, por D. Manuel Muñoz y Garnica: 3.ª edicion, aumentada con notas del autor; 1 t., 8.°..... 20

Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas, *por el V. P. Alonso Rodriguez de la Compañía de Jesus.*— Estas obras son tan conocidas y apreciadas, así de las personas religiosas que moran en el cláustro, como de las que en el siglo aspiran á perfeccionarse en la virtud, que creemos escusada toda recomendacion. Diremos únicamente que en esta nueva y hermosa edicion en 4.° á dos columnas, se hallan traducidas la multitud de citas latinas que se hallaban intercaladas en el texto, sacándolas además al pié de las planas para los que quieran consultarlas. — Consta de 2 tomos, que contienen 135 pliegos en 4.° marquilla, su precio..... 36

Emilia Paula, ó Roma en la época del emperador Neron, por J. Barcille: obra del género de la Fabiola, traducida por los redactores de la Razon Católica; 2 t. 4.° mayor con lám..... 32

La Verdad del Progreso, por D. Severo Catalina; 1 t. 8.°..... 14

Imprenta á cargo de J. Peña, Rubio, 35.